ALBERTO LAMAR SCHWEYER

VENDAVAL EN LOS CAÑAVERALES

HABANA
1937

ALBERTO LAMAR SCHWEYER

VENDAVAL
EN LOS
CAÑAVERALES

NOVELA

PORTADA DE CARLOS DÍAZ VERSÓN

LA HABANA
TIPOGRAFÍA LA UNIVERSAL
HABANA 110

1937

Verdaval en los Cañaverales

CAPITULO PRIMERO

Cubanos en Niza

LOS ojos se le llenaron de luz y de azules quedándose fijos en el preciso horizonte. Abrió la boca y aspiró con fuerza como si quisiera que por garganta y nariz entraran igual que por la mirada, los encantos del Mediterráneo. Había llegado a Niza horas antes buscando eso, el mar, el sol y las tibiezas de su lejana tierra, huyéndole a las nieblas de París y con una vaga nostalgia de las calientes asperezas nativas. Llevaba varios años en Europa, casi sin salir de Francia. Niza debía dar un poco de reposo a sus andares y energías nuevas al viejo vividor para que reiniciara sus caminos sin brújula.

Por otra parte, Gonzalo Maret llegaba a la conclusión de que el mundo, que amaba variado y disímil, resultaba igual en todas partes. Descubría apenas diferencia de matices, de colores, de climas, pero, en el fondo, lo empezaba a ver siempre semejante a sí

mismo. Esto irritaba su sensibilidad ansiosa de novedades excitantes. Demasiado escéptico para sentirse por ello y confesarlo, tampoco se resignaba a que el *Hotel Aletti*, en Argel, tuviera los refinamientos de los palaces londinenses y que a la hora del aperitivo un cantinero inglés le ofreciera cocteles, mal hechos, desde luego, pero con intencional parecido a los habaneros. El tan elogiado *mechoui* argelino, no dejaba de ser un cordero asado en criollísima *barbacoa.*

Niza, al menos, no encerraba desencantos. Ciudad tranquila, honesta más que pecadora, con su gran paseo sobre el mar, y sus filas de inglesas de taco bajo y rápidos andares, tenía en su cosmopolitismo tranquilizado por el cansancio de todos, un cierto y vago reposo acogedor. Venía cansado de ruídos, de lecturas y de amores, esperando que el mar calmara sus inquietudes. Después; allá lejos, la Habana lo aguardaba y a ella pensaba llegar un poco más viejo que a la partida.

Lo interrumpió en sus meditaciones andando a lo largo del paseo de los Ingleses, el taconeo ligero de una muchacha con falda corta, piernas bien formadas y boina vasca. Avanzó entonces un poco más rápido y al llegar frente al casino de *La Jetée*, se detuvo con el pretexto de prender el cigarrillo y observarla de frente. Era rubia y tenía una boca amplia, de labios finos, fea y sabrosa cuando sonreía dilatándola bajo la nariz respingada. Sintió sus ojos claros con reflejos de mar, mirarlo al paso, con femenina mezcla de picardía, invitación y acaso de dulzura. Veinte años, quizás menos, que cruzaban a su lado. Viéndola que torcía hacia el hotel *Ruhl*, apretó el andar con intención de detenerla en el parque. Se le interpuso un coche de cansino jamelgo y cuando pudo cruzar la calle, ya andaba la muchacha alejada. Pero

percibió pronto que recortaba el paso y se detenía en el kiosco de periódicos para mirar sin curiosidad las revistas. Consiguió entonces aparejársele, y juntos se internaron por las veredas arenosas del parquecillo, entre palmeras sin garbo y canteros de claveles. En los soportales que se alargan en la Avenida de la Victoria, se detuvo de improviso frente al escaparate de una bombonería y Maret paró en seco la marcha. Se lanzó con su francés sin flexiones, triturador de matices.

—Señorita...

La joven lo miró una vez más, sin sorpresa y sin ira, sin complacencia excesiva tampoco, pero con esa mirada dulce y expresiva de la francesa que va por la calle. Más decidido, insistió.

—¿Quiere entrar a tomar el te?

—¡Gracias! Tengo a las cinco una cita. Prefiero bombones— se arrancó sincera y sin remilgos, con acento que no era saboyano sino sabrosamente bulevardero.

Cuando le dió las gracias, mientras abría la caja y alzaba hasta los ojos del profesor los suyos, ahora de un verde más oscuro con el reflejo de la plaza pizarroza, Maret observó de frente, el cuerpo ágil y bien formado, de líneas juveniles bajo el débil paño del abrigo oscuro que se cerraba, con un botón rojo y grueso, a la cintura. Volvieron a emprender la marcha, ahora más lentamente, masticando bombones de licor.

—¿Cita de amor?

—Cita con mi amigo —aclaró ella, dejando sin contestar la pregunta—. Me espera en el bulevard Víctor Hugo.

—¿Y después? —insistió el profesor apretándole el brazo, duro bajo la manga ajubonada.

—Después, nos iremos a comer al *Palace Medite-*

rranée. Si usted va a jugar esta noche, nos veríamos allí.

—¿Pero su amigo no es celoso?—avanzó cuando el brazo envolvía ya el talle flexible.

—Mucho, porque es español. Todos ustedes—continuó como un monólogo—son lo mismo. ¿Usted es español verdad?

—No, soy cubano—y agregó para sacarla del atolladero—de la América.

—Entonces, usted habla español. Mi amigo estará muy contento con eso porque habla muy poco francés. El conoce algunos cubanos, porque tiene sus negocios en la Habana.

—Pero tu amigo—requirió acentuando el tu, tomando con la mano libre una de ella— ¿es de Cuba?

—No, de la Habana. A mi me gustan mucho también los argentinos y se bailar el tango y la carioca. La rumba todavía no he podido aprenderla bien, pero es formidable y encantadora. ¿Usted no ha oído tocar la rumba a la orquesta cubana de Julio?—le ofreció con la punta de sus dedos rosados otro bombón.—Mi amigo tiene setenta años es muy bueno, pero casi no podemos hablar, porque yo se muy poco español.

—Pero si tiene setenta años y no puede hablar ¿qué hacen ustedes?

—¡Oh! nosotros nos entendemos muy bien —respondió sin inmutarse y parpadeando una sonrisa.

Habían llegado al bulevard Víctor Hugo. Apretó un poco más el cerco del brazo. Se detuvieron así, sin separarse, en la corriente de la multitud indiferente que pasaba sin mirarlos y que en su prisa, los unía. Ella se llamaba Germaine, habitaba París y había venido con su amigo a pasar en Niza unos días. Un poco pequeña como era, al hablar tenía que alzar la cara y presentar a su acompañante la boca. Pasó una pregonera vendiendo *Le Petit Niçoise* pero ya no la

oyeron apretados como estaban. El abjuró en unos segundos sus propósitos de reposo.

—¿Cómo se llama tu amigo?—preguntó con interés lleno de proyectos maliciosos.

Germaine se dispuso a arrastrar las es finales, para dar toda su castellana prosodia al nombre de su protector.

—Vicenté Fernandéz ¿tú lo conoces?

Maret se acordaba perfectamente de un Vicente Fernández, comerciante —firma Ruibal y Fernández— asturiano bonachón limado por el trópico, que en otro tiempo poseía una gran casa de comercio en Palmares, un pueblo oriental que le era familiar. Solterón y millonario, se retiró de los negocios unos años atrás para regresar a Asturias a descansar trabajos y gastar rentas. Debía tener, aproximadamente, la edad que Germaine le señalaba. Lo iba recordando con precisión. Era menudo de cuerpo, endeble en apariencias, con un pelo color ceniza rebelde a la cama definitiva. Para salir de dudas bastábale andar un poco más, hasta la terraza del café en donde don Vicente esperaba a su amiga. ¿Sería el mismo? Maret no concebía al comerciante asturiano tranquilo y trabajador, en Niza, al lado de una flor del bulevard, desquitándose a los setenta años privaciones y cansancios de medio siglo, protegiendo a una muchacha, él, que en su juventud afanosa y llena de sacrificios, no se había dejado conocer ninguna aventura.

Al espíritu sutil del profesor, el inesperado contraste le pareció aun más interesante que la muchacha. Empezaba a sentirse viejo y hasta cansado y le sorprendía que don Vicente, con quince años más y una vida agotadora, mantuviera ánimos para aventuras de amor. Olvidaba que mientras Vicente Fernández estaba en pié tras el mostrador de la ferretería tratando de ganar una onza en cada libra de clavos, él as-

piraba el cansancio de vivir y desentrañaba el misterio de horizontes y mujeres. Escasamente instrospectivo en sus juicios, para la vida de los otros lleno de sutileza y comprensión, pensando con una cierta vaguedad, Maret avanzaba del brazo de la parisién, temblándole en los ojos verdiclaros, una sonrisa.

—¡Allí está! —señaló la compañera, al tiempo que retiraba el brazo.

Allí estaba don Vicente, tras la mesilla más recatada de la terraza, descansando las manos en el puño del paraguas, con los ojos perdidos en la multitud que cruzaba. Aunque un poco más viejo, el pelo seguía gris. Era el mismo de años atrás, un poco más atildado acaso con el brillante relumbrón en la corbata negra y la estilográfica de oro en el bolsillo. Parecía haberse situado intencionalmente en el sitio más humilde para beber con calma su agua mineral. Germaine se le aproximó con remilgos de coquetería y aún despintada por el chocolate la boca grandaza y le apretó un beso casi furioso, que agradeció el viejo con los ojos.

—¡Vaya con el gigoló! —se destapó un mozo de cadencia argentina y bufanda a cuadros, en el momento en que Maret cruzaba a su vera para llegar a la mesa, dando tiempo a que la muchacha se sentara.

—¡Don Vicente! ¿Usted aquí? —se sorprendió con falsías al tiempo que dejaba caer la mano enguantada sobre la espalda del viejo.

—¡Doctor! ¡doctorazo! qué gusto —sonrió el indiano satisfecho, poniéndose en pie menudo y endeble, abriendo los brazos—. Aquí mi amiguita Germaine— presentó, señalando a la muchacha que marcó un mohín de complacencia.

—¿Viene de Cuba?

—Llevo cinco años fuera.

Mientras Germaine se timaba con el mozo de la

bufanda a cuadros y el acento de tango, entrelazaron conversación profesor e indiano. El tema obligado; la caña, el azúcar, el tabaco. Reminiscencias y nostalgias entre falsas y ciertas. Canela de mulata en las evocaciones y efervescencias criollas. Cada uno al hablar, evocaba un mundo diverso. Solo ahora los dos se encontraban situados en el mismo plano y ante un paisaje común. Allá lejos, todo había sido diverso y hasta un poco antagónico. En realidad, no tenían más que vagos recuerdos comunes, el sol quemante, el cielo azul y el aroma del trópico.

Don Vicente admiraba desde años atrás en Maret todas las finas cualidades que lo distinguían y que no podía apreciar totalmente y ahora, el profesor se recreaba frente al espíritu a la vez simple y fuerte del indiano sin refinamientos.

—Yo, desde que dejé Palmares, vengo a París todos los años y hago después un recorrido por la Costa Azul ¡qué diablos! este es mi desquite, que ya pasé bastantes privaciones allá. Porque yo llegué a Cuba, sin un centavo y al cuidado de mi tío Fermín y cada peso lo he hecho sudando, cuando usted doctor, era todavía un niño. Eran duros mis tiempos —afirmó con un dejo entre amargo y complacido— duros, muy duros... Entonces no existía esa cordialidad entre cubanos y españoles que ha venido después. El gallego era el enemigo, el dueño, el dominador o, por lo menos, así lo creían los cubanos, que yo jamás me sentí sino hombre de trabajo. Los primeros diez años, hube de dormir en la trastienda entre las cajas de bacalao y las pipas de vino agrio y me vestía con las ropas que el tío Fermín dejaba. Estos españoles de ahora no saben de eso, no saben de la vida de antes, ni tienen idea de lo que costaba hacer dinero en América.

En el fondo de su espíritu tenía resentimientos

por aquella vida suya de medio siglo atrás. Mejor hubiera sido acumular menos reales y gozar un poco más la juventud. Maret le iba descubriendo estos pliegues del espíritu mientras se imaginaba el españolito humilde, trabajador y abnegado, perdido en la bodega de campo, privado de todo y con un solo sueño, la conquista del oro. Observaba ahora, el sueño hecho nostalgia. Efectivamente, Germaine podía ser el desquite, pero llegado demasiado tarde. Quiso cortar en don Vicente los pensamientos oscuros.

—Pero, ahora se gana y se gana bien, el tiempo perdido.

Sonrió el aludido, echando una mirada a la muchacha que ponía seltz en su vermouth.

—¡Nada! me aburro menos y eso es todo. Esta es una buena chica, una infeliz que me distrae aburriéndose y que me cuida. Ahora quiere irse a España. Pero no me la llevo ¡imagínese el escándalo allá en la tierra! y no crea, la tengo afecto y me la llevaría a gusto.

—Quédese, entonces en París —resolvió Maret simplemente.

—Me aburre París. París está bien para ustedes los literatos o para los jóvenes, pero es para mí imposible. Ni bailo, ni leo francés, ni se de vinos, ni puedo comer cosas complicadas. ¡Los museos! —exclamó como si interrumpiera una objeción— ¡pero si yo estoy ya para que me coloquen en una vitrina! Allá en España tengo por lo menos, a los sobrinos, hijos de mi hermana. Heme traído este año, como siempre, uno de ellos, porque éstos sobrinos tienen la suerte de tener tío como yo no tuve. No los he hecho trabajar como me hicieron trabajar a mí y ya nacieron señoritos y hablan idiomas y juegan polo.

Ponía un poco de ira en el adjetivo señorito. Es decir, inutilidad, triturar de la fortuna amasada

con tanto trabajo, cabarets y whiskey hasta la madrugada. Mujerío a la española, fachandoso y un poco insolente y despego de la tierra, que lo dió todo pero empaña el brillo elegante de la bota. El indiano experimentaba contradictorias sensaciones y se quejaba sin ganas. Admiraba secretamente aquella juventud despreocupada en la que su raza parecía estilizarse refinada por la savia dorada de Cuba. Nada de tosquedad, de maneras rudas, ni hablar a golpes como de maza. Sus sobrinos eran flexibles y mundanos y decían cosas vagas, incomprensibles, pero seguramente interesantes.

Eran tres los sobrinos. Dos de ellos varones. La hembra que también se había educado en París, casada estaba con un ingeniero de minas. De los tres, Jaime era el preferido.

—Sabe usted doctor, un chico terrible— se deleitaba Fernández pintándolo—terrible, le digo. Siempre pienso en usted cuando se de sus andadas porque ¡ha hecho cada una! Pero eso sí, buenazo, noble e inteligente. El día en que diga a trabajar será algo serio, como dicen allá. Pero es mi ahijado y yo soy un buen padrino ¡qué diablos! que el muchacho goce de lo que yo no gocé ¿sabe? este es otro desquite. Esta —señaló a Germaine con el pulgar— se lleva con él maravillosamente. ¡Forman una pareja! Cuando dicen a bailar tango ¡un lleno, doctor! Y nada le digo de la rumba, que la baila el muchacho como si la hubiera aprendido allá. Pero, cuénteme ¿usted sigue siendo el mismo? ¡Me acuerdo de aquellas navidades en el central!

—No, he cambiado—confesó, no sin melancolía—. Los años no pasan en vano. Tengo amagos de reuma y por eso he venido a Niza. Me hago viejo, me siento cansado y solo. Tengo ganas de volverme a Cuba para sentirme entre los míos y descansar.

¡Descansar! ¡Volver a la querencia vieja! Lo decía con un terrible dejo de sinceridad. Cansancios de cuerpo y alma tenía, signo de la vejez que acecha. Cansancio de carne femenina ya irretenible pese al arte, hastío de caminos, sed de reposos largos, de hogareñas tibiezas inalcanzables cuando se dejaron escapar las posibilidades. Le aburrían las cámaras de hotel, la mesa a solas en el movido comedor y los complicados menús, cambiando de idioma pero no de sabores. ¡Feliz don Vicente que iba teniendo, al menos, al remozar de los sobrinos, revancha de lo que no se tuvo. El no tenía a nadie y otrora lo había tenido todo. Porque todo, antaño, eran las mujeres; la distancia y una honda curiosidad por las más variadas inquietudes del mundo. A los treinta años —no se ocultaba esta verdad— una noche de amor dura hasta la hora de almuerzo, pero a los cincuenta y cinco ya se desea tomar el desayuno a solas. Los años hasta poco antes, habían sólo resbalado sobre la cabeza y no iba su huella más adentro de la cabellera. Empezaba ya a sentir frío bajo la ceniza.

Se habían quedado los tres en silencio, con la mirada insegura puesta en la móvil muchedumbre. Pasaban robustos cazadores alpinos vestidos de azul y con la boina caída al desgaire sobre la oreja. Continuaba Germaine lanzando miradas codiciosas casi, al mozo del hablar con cadencia de tango. Los tres seguían hacia adentro el hilo de su propio pensamiento. Menos complicada de espíritu, la francesa rompió el mutismo con un ligero grito, frunciendo el ceño.

—Mira, viejito, por ahí va Jaime con Marquito.

Maret descubrió un destello de ira en los ojos claros, al tiempo que seguía su mirada la dirección del carruaje. Iban los paseantes con desgarbo, los pies en el asiento delantero del coche desteñido. Entre los jóvenes, sonriente y picante, dejándose abrazar por Jaime, abandonado en las rodillas el sombrero y dando al viento sus crenchas oscuras, María Teresa, la hija del acaudalado doctor Arias, parecía al reírse con toda la boca, estar un poco ebria a la luz del tempranero atardecer. Maret la había dejado de ver niña aún, pero la reconoció inmediatamente.

—¿La familia de Arias está aquí?

—Hace tres semanas que llegaron. Están en el *Negresco* y con ellos viaja Conchita Delgado y sus hijas. Hay algunos cubanos en Niza —comentó don Vicente, removiendo un poco en vano su copa de Vichy.—Yo, como verlos, poco los he visto, pero Jaime anda siempre con ellos.

Muchos cubanos ciertamente, no había. No pasaban de seis o siete las familias habaneras que aquel año recorrían la Costa Azul y distaba de la docena las que giraban entre Niza, Cannes y Menton buscando un poco de sol invernal que desquitara nieblas y fríos de París. Casi todas, por demás, estaban de años atrás radicadas en Francia y arribaban otras de España. Escasamente, dos o tres, como la de Arias permanecían aquel invierno rezagadas mientras la zafra mediocre devoraba en Cuba el verde de los cañaverales. Don Vicente hacía los comentarios sin percibir que el pie de Maret buscaba, bajo la mesa, el zapato de Germaine, que oprimió con fuerza. Respondió la muchacha con un guiño cómplice, sin dulcificar el gesto. Se le veía arrugar el pañolín de batista casi con rabias con los dedos de pulidas uñas rojizas. No había duda de que entre los doscientos cincuenta mil habitantes de Niza, sólo le interesaban, realmente, Jaime y María Teresa Arias. No pudo contenerse más.

—¿Doctor usted conoce a esa María Teresa?

—La conozco desde que nació. ¿Bonita no es cierto?—recalcó todavía.

—¡Bah! ¡La cursi! No se como Jaime sale con ella a mostrarse en la calle. La vimos la otra noche; borracha y escandalizando en el Mediterranée. ¡Señoritas! —lanzó una carcajada estruendosa, irónica y sin alegría —¡cómo yo!

Don Vicente la envolvió en una apenada mirada de reproches. Germaine se iba excitando cada vez más. Tenía brillo de rencores en las pupilas claras en que se fundían las últimas luces de un sol rojizo. Prendiendo un cigarrillo Maret la observaba. Habituada a su vida franca y sin engaños, amorosa y pecadora, alma burguesa que traicionó un amor, Germaine se irritaba viendo en María Teresa, en su hermana y en sus amigas, mujeres que pudiendo arribar a donde ella soñó una vez, interferían su camino. Unas noches antes, efectivamente mientras cenaban aburridos y discretos ella y su amigo, el grupo de muchachas, abusando del champaña excedióse en los límites del pudor y del recato, con ese gesto fácil que para ser ligeras ofrece a las mujeres el anónimo. En la Habana, María Teresa seguramente, no habría guardado la cigarrera en el escote para que Jaime, entre risas, le robara cigarrillos que tomaba un poco tibios y perfumados de su carne.

Salieron del café, silenciosa Germaine bajando la cabeza y aparejados don Vicente y Maret. En la iglesia vecina golpeó las cinco y media el reloj.

—¡Un coctel don Vicente?

—Sí, vamos al *Embassy* —apoyó la francesa volviéndose.

—No, gracias —moduló el indiano.—Pero le cedo a Germaine si quiere irse a bailar un tango.

Don Vicente no era celoso o no quería parecerlo. Lo que entre su sobrino y la muchacha ocurriera, casi le alegraba. ¡Si había de ser de todas maneras! A los setenta años es mucho pedir fidelidad a una mujer

de veinte. En cuanto a Maret, pensaba sin afanes que poco había de conseguir. De ello marchó seguro cuando tomó el taxi y vió la pareja perderse en una grieta de la multitud, en dirección al Casino Municipal.

—Ellos estarán todos allí— le explicó Germaine andando con el paso ligero que ya él conocía.

Ellos, es decir, María Teresa, Jaime y todos los demás. No dejó de complacerle que la muchacha se le pegara para dar celos al otro. A Jaime, no lo conocía, pero el resto del grupo le era familiar aun cuando la edad pusiera entre ellos melancólicas distancias. Se mesó el cabello que tomó tintes azulosos a la luz de la gran escalera y pasando entre porteros inútiles de casaca oscura con visos dorados y medias de seda, entró del brazo de Germaine en la sala penumbrosa en que solo se podían distinguir las parejas que danzaban frente a una orquesta criolla vestida de beige con solapas azules. Arrancó la orquesta en aquel instante sones calientes de rumba y el golpear de las maracas, con el raspar del guayo y el ritmo de los jimaguas, hicieron que un soplo de sensualismo tropical los envolviera. Apenas tuvieron tiempo de abandonar en el respaldo de la silla el abrigo de ella y ordenar dos Martini. Se lanzaron al centro de la pista. Germaine se dejaba guiar, apretándose a él, metiendo entre los suyos su muslo duro y recostándole la cabeza en el hombro, dilatando un poco la boca grande y sabrosa mientras los ojos perseguían en la penumbra las sombras inmóviles. Al fin, descubrió junto a la ventana a María Teresa, con Jaime, Marcos y otra muchacha, los cuatro cortando pasteles y riéndose. Maret ciñó el paso, buscando el metro cuadrado en que un buen danzador debe agotar su experiencia y su arte. Llevaba muchos meses sin bailar, pero estaba seguro de sí mismo. Sintió de pronto, en el cuello, un vaho caliente de alcohol.

—¡Doctor! déjeme que lo abrace—Marcos tenía los ojos congestionados de sol, de mar y de cocteles y gritó volviéndose al director de la orquesta.—Oye, Julio, ¡mira quién está aquí!

Efusividades criollas un poco altisonantes. María Teresa desde la mesa alzaba la copa y los músicos acentuaron la cadencia de la rumba con golpes de maraca. Julio, desde el piano, hacía saludos con la cabeza encrespada y hasta un perrillo que acompañaba a una inglesa, perdió su ladrido entre las expresiones tumultuosas. Solo Germaine permaneció en silencio, con la mano puesta en el brazo del compañero. Siguió la rumba en la orquesta desprendiendo compases. Se acercó María Teresa con Jaime, desdeñando la mirada cortante de Germaine, que desvió la vista para no tropezarse con la del joven.

Se encontró de pronto, un poco cohibido sintiéndose demasiado en el centro de los espectadores, pero lo consoló ver que un inglés panzudo y pícaro, lo miraba con envidia entre las dos señoronas enjoyadas con guindajos, que más parecían pareja de guardianes que compañeras. Abandonó a Germaine al percatarse de que Jaime trataba de arrastrarla y sintió en la rodilla un alfilerazo de reuma. Positivamente, se hacía viejo.

Se sintió desplazado y hasta fuera de sitio entre aquella juventud a la que no podía seguir como antaño. Cuando percibió que Jaime y Germaine más que hablar estaban riñendo al compás de la música, comprendió que la aventura de la tarde no llegaría lejos. Tuvo que confesar a María Teresa que no bailaba porque estaba cansado. Le dolía la rodilla. En la mesa, apuró la bebida con desgano, parsimoniosamente.

—Otro— pidió la muchacha, pasándose la lengua por los labios.

—Para tí, pero no para mí—nadie vió en sus ojos el destello adolorido de la renuncia. No quería confesarse vencido por la vida el altanero conquistador.—Aquí los cocteles no son buenos. ¡Oh aquel *Maret* que inventó Constante en el Floridita!—Inició una disertación sobre las bebidas pasándoles revista, tal si hablara de mujeres gustadas. ¡Mujeres, bebidas, aromas, humo azul de tabaco! Ahora, el reuma, las renuncias. Sintió que el alma se le iba sollozante en los compases del tango. Miró a Germaine y Jaime reconciliados y pensó engañarse a sí mismo renunciando al intento, sin confesarse que no hay renuncia en el abandono de las cosas inalcanzables, sino simple y dolorosa impotencia de conquistarlas.

Marcos vinó a ellos dando el brazo a su rubia compañera. Maret, que no había podido observarla, la analizó de un solo golpe de vista. Mariita Delgado—la que siempre tenía línea aparte en las crónicas sociales—divorciada dos años antes, elegante, con los ojos húmedos de risa, esbelta y a la vez carnosa y fragil, era un tipo que en otra época le hubiera cautivado. Cuando se la presentaron, le dijo galanterías más por hábito qué por deseo y a solas ya con ella, por primera vez en su vida rehuyó el flirt por temor a que lo aceptara. Le habló de cosas espirituales, sin calor. Acabó por disculparse.

—Debo resultarle muy poco entretenido —esbozó.

—¡Por Dios, doctor!—la rubia, grácil, apoyó la mano sobre la suya, riéndose.—Los hombres se imaginan que a nosotras nos gustan solo las palabras de amor y que lo demás no nos interesa. Es todo lo contrario. Los hombres dicen siempre lo mismo y eso aburre. Al amor hay que crearle un poco de atmósfera, un ambiente de interés y esto solo se consigue no hablando demasiado de amor.

—Usted habla del amor con experiencia, ¿es que se ha enamorado muchas veces?

—¿Muchas?, no sé si muchas, pero algunas, desde luego.

—¿En la Habana?

—Y en París y en todas partes. A usted que es viejo—le sonó la palabra agria, certera y dolorosa por cierta— se le puede hablar sin temor a que interprete mal las cosas. El amor, yo me imagino que lo llevamos dentro de nosotros, va con uno y se aplica, hoy a un hombre, mañana a otro, pero es siempre el mismo amor.

Era mas honda en el pensar de lo que cabía imaginarse y empezó a interesarle aquella personalidad fuerte. Quiso penetrarla más a fondo y arrancó una audacia al responderle.

—Pero eso quiere decir mucho. Por ese camino llegamos a la conclusión de que el amor no es más que una secreción glandular.

—Eso no puede sorprenderle, pues es teoría que ha mantenido usted. Acuérdese que una vez escribió que "no hay Julieta que resista un ginecólogo". El arte se muere asfixiado por la ciencia, doctor. Estamos en una época que revisa todas las cosas y tiende a darles interpretaciones científicas. Antes se pensaba, y hay quienes lo piensan todavía, que el hombre pone en el amor más carne que espíritu y que nosotras, por el contrario, damos más emoción que cuerpo y eso no es cierto.

—¿Quiere usted decir que esa es una afirmación que han escrito los hombres y las mujeres prefirieron no desmentir?

—Exactamente. La mujer necesita del hombre tanto como el hombre de la mujer, pero la moral ha tratado de torcer esta realidad y concedido a un sexo lo que niega a otro.

En todo espíritu que se abre, hay algo atrayente de paisaje nuevo. Descubriendo una mujer de hondo pensar en aquella figulina de salón habanero, se sorprendió, porque estaba habituado al charlar banal y cansino casi siempre, de sus compatriotas. De la bonita interlocutora, recordaba variadas historias de pecados, pero sin haber tenido nunca oportunidad de penetrar al fondo de aquel espíritu liberal. Años atrás, le hubiera tendido la red de sus paradojas para apresarla con el cebo de una ilusión mentida. Ahora lo veía imposible. Demasiado plenitudes para sus años. Se lo recordaba la rodilla adolorida. Minutos antes, ella misma lo había llamado viejo y sus confesiones daban, por el abandono en que eran hechas, la sensación de que estaba segura de no caer.

—¿Usted nunca se ha enamorado, doctor?

—Algunas más que usted— confesó con seguridad y pensando que en otros tiempos le hubiera dicho que jamás hasta verla a ella.—Pero siempre a la manera de su teoría, ya que no me atrevo a decir, a la manera de usted.

Ciertamente. Confesó que no siempre lo sensual fué el todo en sus amores. También había tenido sus momentos de ilusión, sus crisis, decía, de romanticismo. Sabía que si unas veces por el deseo se llega al amor, hay otras en que es por amor que se arriba al deseo.

—Pero al cabo—comentó con un tono lleno de firmeza—deseo y amor van juntos hasta confundirse.

Cuando Germaine regresó a la mesa, ya no le interesaba, ni ella pareció preocuparse por la pérdida del eventual galanteador. La lucha seguía terca y cerrada en silencios, entre María Teresa, novia presunta y la francesa. Al ruído ligero de las copas se mezclaban los de una conversación que saltaba indistintamente del castellano rudo a las vocales silbadas

del francés. Julio, el director de orquesta, habanero expresivo, acudió a saludar a Maret con su alegría nerviosa de criollo. Se sorprendió viendo que no bailaba. No quiso él confesar el reumatismo, pero habló de los años. Sintió sobre la suya, otra vez, la mano de Mariita.

—¡Pobre lobo, que se hace el viejo!— y en los ojos de porcelana azul hubo un pícaro destello que se ocultó en un guiño.

A los veinte años, se cree el hombre dotado de experiencia, pero a los cincuenta y cinco sabe ya que no tiene ninguna para interpretar a las mujeres. Se desconcertó frente a Mariita que comenzaba a inquietarlo. Hubiera querido adivinar qué había realmente, en el contacto misterioso y suave de su mano. El ambiente lo iba envolviendo en tentaciones con la penumbra azul de humos, el aroma de los perfumes y de la carne mezclados en el vaho voluptuoso del salón. ¿Estaría deseando a la muchacha? Difícilmente sus sentidos agotados iban a traicionarlo tan pronto. Debe ser la costumbre, pensó. Sensación refleja, hábito tal vez, el espíritu que quiere seguir siendo, cuando ya el cuerpo no resiste. Había llegado a Niza a reposar y no en busca de aventuras. Pero era demasiado vividor para no torcer a tiempo un propósito honesto. Recogió la alusión.

—El lobo está ahito de carne.

—Nunca lo están los lobos, aun cuando sean viejos —sonrió arrugando ligeramente los ojos azules, desvaídos ya por el alcohol que le daba audacias.— ¡Al lobo viejo, corderitos tiernos!

Con un guiño malicioso indicó a Germaine como interrogando. Hizo él un gesto vago de negativa y, tomándola del brazo, la aproximó más hacia él. Sintió el perfume que se desprendía de su pelo.

—Ese corderito tiene sus lobos. Hay otros que tientan más al lobo, que por viejo sabe escoger.

Ella entendió y dejó pasar la alusión, para devolverla. Levantó ligeramente la copa al descubrir que María Teresa la observaba.

—¿Por qué no escribe una novela y la titula "El lobo viejo"?

—Porque prefiero vivir las novelas a escribirlas.

Salieron del *Embassy* a la plaza neblinosa por parejas, pero ya no como entraron. No cabían todos en un coche y María Teresa se empeñaba en no tomar taxi. Mariita propuso a Maret que la acompañara a pié, por el Paseo de los Ingleses hasta el hotel. Partieron de prisa. La niebla daba al cutis fino una pastosa suavidad brillante y el alcohol le dilataba las pupilas en que se copiaban las luces opacas abiertas en la noche. Al pasar frente al casino de *La Jetée,* le propuso detenerse a tomar unas ostras y en lo íntimo con el deseo de embriagarla un poco más. Le gustaba oírla hablar con aquella boca de labios perfectos.

Cuando a las dos de la madrugada, Mariita llegó al *Negresco* explicó a su madre que venía de escuchar la mejor *Viuda Alegre* que había oído y sin recordar que esa noche en el programa —abierto en letras rojas sobre el paseo— se anunciaba *La Casta Susana.*

María Teresa, que estaba en el vestíbulo, sí lo sabía.

CAPITULO SEGUNDO

Los ojos de Argos

LA colonia hispanoamericana se hizo un largo guiño. La aventura de Mariíta con Maret, que solo a ellos interesaba, fué de inmediato expandida por María Teresa y su madre. El doctor Oscar Arias, hipócrita, cazurro y avaro, al desmentirla por su parte, la radiaba con aquel placer especial que experimentaba dañando a los demás para cobrarles el drama oculto de su envidia. Bajo su disfraz de increída honestidad, Arias tenía la perversión de desacreditar a todas las mujeres y a todos los hombres, como si tratara con ello de aminorar los propios pecados y el largo escándalo de su esposa, a la vez víctima y victimaria. Bien caro hacíale ella, después de todo, pagar el don de sus millones. Pero Oscar Arias aceptaba. Cuánto había llegado a ser en su país, a los dineros del suegro español lo debía, pero sin agradecerlo. Aquella mañana, a lo largo del paseo, gozaba viendo el escándalo extenderse, como en la arena, la espuma de las olas.

—Yo no critico a Mariíta, ni la juzgo—afirmaba el abogado, que nada había podido conseguir de ella apesar de haber movilizado sus armas mejores, la mujer y las hijas.—Que regresara a las dos de la madrugada y que haya estado hasta entonces con ese tipo de Maret, no quiere decir nada.

—Pero doctor, una señora no se está con un hombre así, a esa hora ¡vamos! Buena está Mariita—corregia llena de falsas alarmas, Lolita Menéndez de Peláez, insinuante y morbosa, que solo se detuvo a saludar a los Arias por el placer de oírles maltratar una reputación.

Lolita se irritaba a ojos vista. Ella tenía una moral a la antigua seca e inhumana, casi terrible. Cargó como para acentuar la protesta al perrillo pekinés que se parecía ligeramente a Arias, arregló con impaciencia el abrigo arrugado y después de estallar un beso lleno de rojo en la mejilla de Dalia, siguió su camino, ondulando entre la multitud, pintada y provocativa con sus ojos tiznados de azul. Le dolía un polo en el brazo al cargar el faldero, la mordida amoratada del joven bailarín del casino, que era en verano, profesor de natación.

Como las hormigas, los hispanoamericanos a través de todo el paseo se iban deteniendo unos a otros para darse, lo que llamaban, la noticia. Estaba fresca la mañana, un poco nublada, con mar agitado que hacía hablar en voz alta. Marcos y Jaime hacían ronda a la cobradora de las sillas, una trigueña de caderas amplias y ojos negros que, interesada, no les era esquiva. Arias y Dalila, se cruzaron con don Vicente que no los saludó, para disimular el desaire, hablándole a Germaine.

—Ese señor de carita de payaso—preguntó la francesa— ¿no es cubano?

Don Vicente, hombre honesto y de trabajo, sentía en el fondo un desprecio altivo por el repulsivo personaje enfatuado, que lo despreciaba pero, guardándose de demostrarlo.

—Sí, pero tiene fama de ser el hombre más antipático de Cuba. Es el padre de María Teresa y el

abógado del central en que tengo mis negocios, ¡imagínate si lo conoceré!

Cruzaban yanquis vestidos de corto, inglesas con lentes gordos y alemanes de paso largo. Con el cielo nebuloso, la prolongada fila de hoteles blancos adquiría matices de clara pizarra en que eran como un grito de color el rojo y azul de las banderas. Por la médula de la multitud, la colonia iba comadreando la aventura de Mariita con ácida ira. Era sabroso deshonrarla como una aceituna mondada antes del aperitivo.

Arias descubrió a Didí Martínez-Pizarro, que avanzaba ligera y carnosa, la cámara fotográfica en la mano enguantada de gris. Acababa de llegar de Génova y no sabía nada. Pero la colonia es acogedora siempre para dar al recién llegado la sensación del último pecado, puesto que sería exagerado decir el escándalo, ya que la vida nizarda seguía corriendo ajena a la opaca aventura de los dos turistas. La esposa de Arias, teñidas de caoba sus canas, clavó en Didí los impertinentes y se arrancó un suspiro.

—¡Ahí tienes a Didí!

Sentía envidia sórdida y celos de la alta trigueña de ojazos verdes y grandes. Dalila era celosa por avaricia y en cada mujer creía descubrir una posible cisterna que tragara los millones del padre, ahora en manos del esposo corrompido y corruptor. Después de veinte años de matrimonio, Dalila había llegado a la conclusión, por demás fácil, de que su marido sólo podía inspirar amor por lucro o por vicio. Didi se complacía en mortificarla y levantar la ira de sus celos obligándola a sonreir cuando en lo íntimo temblaba de rencores. Avanzó hacia ellos mostrando los dientes perfectos. Alta, esbelta y frágil a un tiempo mismo, ofreció un contraste fuerte con la desmedrada figura de Dalila, pechugona y retaca. La calva de

Arias se hizo rosada con los reflejos del cielo cuando se descubrió para tenderle la mano, una mano fría y pegajosa, endeble y repulsiva como sus vicios. Los tres sonrieron hipócritas y mundanos. El saludo de Dalila fué efusivo.

—Si acabas de llegar, no sabrás nada.

—Efectivamente, no se nada, ¿de qué se trata?

—Lo de Mariíta.

—Ahora pensaba irla a ver, ¿qué le ha pasado?

Arias era un caballero. No podía permitir que su mujer pusiera en entredicho la reputación de una amiga íntima de sus hijas. Habló doctrinalmente, estudiando el gesto y clavando el bastón en la reja de una silla.

—¡Nada! Calumnias, tonterías...

Detalló el episodio. Vació sobre Maret sus desprecios, careta de envidia y su compasión sobre la muchacha. Un caballero no quiebra el prestigio de una señora, decía siempre. Cierto que habían salido solos a las ocho del *Embassy* y que ella había regresado a las dos al hotel. Cierto también, que de las ligerezas de Mariíta, aún antes del divorcio, mucho se había hablado y en cuanto a Maret, cínico y bufo, inculto y sin gracia, era capaz de haberle embriagado pero ¡oh! nada más...

Se encrespó Dalila apretando las uñas. Presumía demasiado de conocer a las mujeres y se creía con suficiente experiencia de la vida, para dejarse engañar. Destapó su risa de histérica, levantándola por sobre el rumor de las olas.

—¡Pero si yo lo sabía!—la voz y el gesto tomaron sones proféticos—¡si eso es viejo!

—¿Viejo Dalila?—rezongó tímido.

—Sí, viejísimo. Yo lo sabía desde la Habana. Yo sé muchas cosas que ustedes no saben, porque me las dicen los espíritus.

—Pero si María Teresa misma, hizo anoche la presentación.

A Dalila no le importaba. Ella lo sabía todo desde la Habana. Era una loca razonadora. Se creaba, inventándola, una verdad y esa verdad la dominaba pronto, la arrastraba y la envolvía. Se lo decían los muertos al oído o la descubría en dos copas de agua que todas las noches dejaba junto a la cama y que, sumiso, Arias tenía que ponerle antes de dormir frente a los ojos mientras la oía vaciar sus profesías estúpidas. De las videntes, Dalila sólo tenía las crisis histéricas, pero le era suficiente en su ignorancia, oculta en unas cuantas frases. Demasiado la conocía Didi para soportarla. Se veía venir la crisis con gritos y protestas que subirían de tono hasta llegar a la afrenta y el insulto para el marido, filosóficamente resignado. Didi quiso desviar el tema, señalando para Jaime y Marcos. Saltó Dalila con ímpetus nuevos.

—Sí, ahí están los dos. Ellos se entienden.

Descubrió un reproche en la mirada del marido. Jaime, al cabo, podría llegar a ser su yerno.

—Sí, lo son, ¡vaya si lo sabré! ¡Si se les ve inmediatamente!—desafió contrayendo la boca.

Didi trató de descubrir en los dos muchachos algún signo de afeminamiento. Marcos daba sensación varonil, segura y fuerte, enfundado el ancho tórax de deportista en un sueter marrón. Un poco más afinado pero con espaldas de boxeador, duro y curtido el musculoso antebrazo, Jaime, rudo, respiraba salud de cuerpo y de espíritu. Miró Didi a Arias, menudo y feo, con los ojos pequeños de ausente pestaña y los saltones pómulos amoratados. Ella sabía, también, algunas cosas, pero discreta se guardó de decirlas. En los ojos de Dalila había destellos golosos.

El matrimonio Arias, pregonero de escándalo, con-

tinuó su curso, afanoso buscando gentes de su lengua a quien contar lo ocurrido. Cuando a las doce un cañonazo coronó de humo blanquecino la montaña señalando el mediodía, en los cafés del paseo, al son de orquestas de zíngaros y gauchos, bajo los toldos y frente a las copas del aperitivo, los aburridos americanos desplegaban su malicia. ¡Qué sabroso es morder en la honra de las mujeres bonitas que se han negado! Tiene la calumnia el sabor agrio y fresco de los pepinillos.

Lolita Menéndez avanzó sofocadamente hacia la mesa en donde su bailarín consumía copas y hastíos, pero primero se detuvo a comentar con Madame Piton, su amiga de París y amiga de la viuda de Delgado, la desgracia de Mariita. La francesa dejó en el plato el bizcocho para irritarse un poco.

—Bien, ¿pero y qué más pasó?

Lolita hizo un gesto, como si no comprendiera.

—¡Pero le parece poco! Hasta las dos de la madrugada ¡hasta las dos! —remarcó con énfasis como si hubiera en la hora una condenación especial.

—Bueno, pero Mariita con eso ¿les ha hecho algún daño? Ya tiene edad para saber lo que hace.

No había forma de irritar a la encintada madama. Lolita cargó de nuevo el falderillo y se llegó con bizarrías a la mesa de su amante. El bailarín tenía un gesto de elegante cansancio con los ojos oscuros perdidos en el horizonte que hacían irregular las velas pescadoras. Mimosa, con carantoñas, la recién llegada le apretó la mano, interrogándole con los ojos pintados de azul. El silencio se le quebró al gigoló con un gruñido. Ella comprendió.

—¿Otra vez?

Efectivamente, otra vez, la noche anterior, había perdido diez mil francos. ¡Estaba tan seguro de ganar! Se marchaba desolado a París para levantar

fondos y cubrir su deuda en el Casino. A su madre, en Buenos Aires, no podía pedirle un centavo.

— Yo te los daré— suspiró Lolita enternecida.

—No debo aceptarte dinero— rehusó sin entusiasmo al tiempo que acariciaba con jactancia la aleonada pelambre del perrillo.—¡eso estaría mal!

—¡Tonto! Si nadie lo sabrá! Ya me los pagarás después y si no me los pagas, no importa; se le pegó a la oreja y le dijo alguna sabrosa picardía, que él cortó con su sonrisa de supremo hastío.

Allí mismo le extendió el chèque. Pero nadie lo sabría y eso era lo único que a Lolita preocupaba, que lo malo del pecar, no es el pecado sino el escándalo. Su reputación en los círculos sociales habaneros era intachable y la mantenía pulida y brillante como una bandeja, los seis meses que en el año contenía sus impulsos bajo los aires incitantes. Además, ningún cubano pudo jamás envanecerse de un amorío con ella, demasiado temerosa de un desliz de discreción al calor de unas copas—el alcohol es bueno para conservarlo todo, menos los secretos—. En la Costa Azul, en París, en Deauville o en Biarritz, era distinto. El rumor de sus adulterios moría pronto, sepultado por algún episodio más vibrante como ahora el de Mariíta. La colonia, al regreso a sus cuarteles, necesita llevar alguna historia que esmalte el relato monótono y sin gracia del viaje. Si no lo hay, se inventa. Bastan unos pocos hilos bien atados, unos detalles de realidad combinados con un poco de malicia criolla, para mentir una verdad rotunda y absoluta. ¿Qué el millonario Narciso de Armenteros, blasón de aristocracia antillana, invitó a almorzar a la esposa y la suegra de su íntimo amigo el banquero Duval y que ni la esposa del uno, ni el marido de la otra estaban allí? ¡Divorcio! ¡Adul-

terio! Matrimonio del gran mundo. Hay erupción de cartas en los buzones de la vía más rápida.

La colonia cruza por todos los caminos, se mueve elástica y sinuosa, pero es siempre la misma, con igual espíritu, con las mismas preocupaciones. Se diría que la mayor parte de los viajeros de América, no se desplazan para ver cosas nuevas, sino para encontrarse unos con otros, sobre un fondo distinto. Todo resbala sobre ese espíritu, hechos, paisajes y cosas. Los clanes subsisten, naturalmente y las divisiones de posición social apenas se liman, y atenúan con la distancia, al estrecharse el círculo. Aristócratas improvisados, burgueses enriquecidos, explotadores de la política, se mezclan sin soldarse y se vigilan, acechándose para afilar flechas al regreso.

Desde el balcón de su hotel, abierto sobre el paisaje blanco entre montañas históricas desprendidas de los Alpes, Gonzalo Maret meditando, observaba la fila de turistas. Todo el frente de Niza se iba dilatando en curva ante sus ojos. La ciudad, antaño florón de coronas imperiales, le hacía evocar viejas lecturas y en cada monte y en cada rada quería el erudito localizar algún episodio que se le refrescaba en la memoria. De tarde en tarde, miraba hacia el hotel de Mariíta, esperando que las persianas de su habitación se abrieran.

La aventura de la noche anterior habíale dejado con el agotamiento, una extraña sensación de desasosiego. Todavía era capaz de conquistar una mujer bonita y codiciada, pero conquistar no es mantener. Una mujer no se tiene sino después que se ha entregado, porque a veces, el abandono inicial tiene sabor de punto final en una conversación que no se desea prolongar.

Había en su inquietud mucho de amor propio, porque estaba habituado a ser él quien pusiera en el amor la puntuación a su capricho. Presentía el declive. Em-

pezarían ahora ellas a dejarlo y, bien pronto, a negárselo. Con esto, se le aparecía el porvenir carente de todo sentido fundamental, porque vivir había sido para él alternar de placeres y libros. Pero el libro, al cabo, era sólo un puente necesario, ya que goza más quien más sabe. El placer era el todo en aquel panteísmo sensual que le obsedía. Ser erudito en vino es gustar tres veces la copa, al pedirla, al olerla y al tomarla. Cuando se sabe su historia, se ve tres veces cada paisaje.

Mariíta había prometido llamarlo al despertar. El tiempo transcurría sin que sonara el teléfono. Le dió un golpe el corazón cuando repicó largo el timbre. Por los oídos se le coló como un gusano, la desilusión.

Oyó la voz del general Cisneros a quien desde un año atrás no veía. Le hablaba desde Cannes, acabado de enterarse de que se encontraba en Niza.

—Si me esperas nos veremos a las cuatro.

Todavía, una última esperanza. Calculó que acaso a las cuatro podría estar la rubia en su camino. Dilató la cita para las ocho.

No había duda de que hasta Cannes, la noticia había llegado y que la ola del escándalo levantaba también allá sus espumas. De otra forma, no se explicaba que supieran a media hora de distancia su presencia en Niza. Impaciente, miraba el reloj cada cinco minutos. El paseo estaba casi desierto y un silencio de siesta empezaba a envolver la ciudad. Se dejó caer en la cama, mirando por la ventana un pedazo de cielo azul. Ignoraba lo que ocurría en la calle, pero lo presentía, de sobras conociendo a sus paisanos. Estaba, por demás, habituado a esas reacciones de la burguesía irritada y envidiosa. Piedra de escándalo había sido su vida. Pensaba en Arias, cuyas mañas conocía, en Dalila, en Lolita. ¡Feliz don Vicente, ignorante e ignorado! Nadie se ocupaba de él, ni de

Germaine. Le hubiera complacido como en sus días mozos y en los primeros de su húmedo otoño, desafiar todavía más la ira de la opinión ajena encrespada. ¡Si Mariíta quisiera!...

Mariíta no quiso. Disipadas las nieblas del alcohol, en calma los sentidos que habían tenido embriaguez de música, de perfumes y de salsas picantes en las ostras saladas, lo ocurrido al salir del *Embassy* no pasaba de ser para ella una aventura más, tal vez con un nuevo sabor, pero intrascendente. Se había entregado; por darse, qué es una razón convincente si bien descarnada; comprendió Maret que no había podido atraparla y acabó pensando que se le había dado a él aquella noche, porque de todas maneras tenía que entregarse a alguién. Hacerse la confesión, le fué doloroso. ¿Experiencia en el amor? ¡Naderías! El espíritu seguía siendo el mismo, pero ya los músculos de esgrimista habían perdido elasticidad. Le ahogaban los besos demasiado largos y no podía cargar en los brazos el cuerpo de una mujer deseada, porque el reuma le hincaba en la rodilla. Eso era todo.

Sin referirse al origen de sus preocupaciones, esquivándolas por el contrario, hacía la confesión tardes después a Cisneros y Fernández, andando los tres a lo largo del paseo bordado de claveles y geranios. Para hablar con calma, se habían alejado del centro de la ciudad, rumbo al puerto sin barcos, pasando revista a los botes encalfados en el desierto malecón. De tarde en tarde, los envolvían proyectando sus sombras móviles en el camino, bandas de gaviotas.

El general Cisneros y Maret, eran amigos de la juventud, compañeros de cien correrías y en los años del pelo oscuro y la cintura estrecha, fueron más de una vez rivales en el rondar de las casquivanas mujeres. Ahora podían hablar de ellas, sin celos, como se

evoca por viajeros cansados un paisaje conocido. Pero, no evocaban el mujerío esfumado, aquella mañana.

—Ha llegado el momento, Gonzalo—comentó Cisneros, cerrándose los botones de la gabardina porque sentía fresco el aire del mar—de cambiar de vida, de tranquilizarte, de poner un poco de orden en tus cosas; ya no estamos para correrías ni para pretender hacer el gigoló. Andate a la Habana, vuélvete a tu cátedra, a tus libros, al club en donde se te quiere. Mujeres, han de sobrarte, pero no abuses de ellas. A nuestra edad, sólo se puede abusar del juego, pero hay que medir las mujeres, el vino y las salsas.

Don Vicente asentía a todo silencioso y humilde. Habló también el indiano,

—Sobre todo, doctor, que usted como abusar, ha abusado siempre.

—No he abusado, he vivido—reclamó deteniéndose y aspirando el aire salobre, mirando al horizonte como si buscara un nuevo camino—. Yo no puedo vegetar, ni me resigno a la vida sin emociones. Tengo que buscar un sentido a la vejez que llega.

—¿Vuelves a pensar en inventar un vicio como decías una noche en el Club?—sonrió Cisneros.

Tomó en serio la frase.

—Si pudiera, lo inventaría, pero ya todos los vicios son viejos—se quedó después en silencio, como si de cierto quisiera inventar un vicio.

Pasaba los días meditando, sintiéndose envejecer. Encerrado en sí mismo, huía del contacto de las gentes, temeroso de que adivinaran lo que consideraba su fracaso. Además, Mariíta partió para Montecarlo con su hermana, sin despedirse. Iba a esconderse por las tardes en la biblioteca municipal a leer viejos cronicones, hurgando en el pasado de Niza, descubriéndole aspectos nuevos y siempre tratando de saber más para gozar mejor. Entretenía las noches diva-

gando a solas entre los jardines o al reflejo de la luna frente al mar sin sombras. Le asfixiaba, como de viejo el ambiente burgués de los turistas, a él, que no comprendía sino los extremos. Oyéndolo disertar sobre estas y otras cosas, sin entenderlo bien, el bueno de Fernández se extasiaba.

—Yo no comprendo la burguesía altanera, como no entiendo la democracia, que es su producto más específico. Quiero un mundo, o lleno de jerarquías como la Iglesia o un régimen llano, igualitario. Venimos de lo uno y vamos a lo otro.

Burgués de médula, amigo cuando más de una monarquía constitucional que en el fondo no concebía, don Vicente se asustaba un poco.

—¿Pero iremos, doctor, al comunismo?—Pensaba alarmado en la casa de comercio que tenía en Palmares con su socio Ruibal.

—Iremos a la igualdad de posibilidades, don Vicente, pero no por los caminos de ahora y además, esó demorará mucho tiempo.

El indiano calmaba su alarma entonces, sintiendo que la fortuna llegaría sana a manos de los sobrinos. Confesó que ya el dinero no le preocupaba gran cosa. ¡El dinero que había sido el norte de su oscura vida laboriosa!

—El panteón, comprado lo tengo desde que regresé de Cuba. A los setenta años se empieza a pensar en el rincón en que van a echarlo a uno un día cualquiera. ¡Diez mil duros he pagado por él!

Maret sonrió ante aquella vanidad infantil del indiano. El panteón—mármoles pulidos, ángeles de alas sin vuelo, cadena de bronce que algún día no brillará demasiado al sol—había sido para Fernández el primer lujo y el primer derroche. Constituía el segundo, el brillante ostentoso en la corbata. Después Germaine y alguna otra. Vida simple en fin, que

Maret empezaba a envidiar secretamente y que nunca había entendido. Continuaron silenciosos, divagando entre los canteros.

Una semana después de la aventura de Mariíta, en la colonia apenas quedaba el recuerdo de lo acontecido. Otros temas atraían la conversación de las honestas señoras. Se acercaba el carnaval y orquestas callejeras llenaban de música italiana las calles. Gentes nuevas afluían de toda la Riviera y se concentraron los cubanos dispersos, posándose sobre Niza muchos de ellos, como las gaviotas, sin penetrar en la ciudad. Volvió Mariíta, trayéndose enamorado un yanqui rubio, con traje de cuadros, cachazudo y sin malicia. A los requerimientos de mister Parker ni negaba ni asentía la blonda criolla de ojos de porcelana. Mientras tanto, se complacía en invitar a sus amigas a los largos paseos que hacían en el yate del galanteador. Los partys eran tan mundanamente elegantes que obligaron a perdonar deslices y hasta Lolita suavizó su moral con escozores. Días después, supo Maret que Conchita Delgado y sus hijas habían seguido para Jean-les-Pines.

Se había ido encariñando con don Vicente, que escuchaba sus desconsuelos y trataba de interpretar sus paradojas con un cierto afán cordial que Maret impresionado, agradecía. El indiano que había sentido el abandono de su pobreza, ahora que era millonario, se vengaba un poco despreciando a su turno. Con excepción de Cisneros, a nadie de la colonia saludaba, aún sabiendo que más de una hacía a Jaime la ronda por ser su heredero. Frente a frente se encontraron una mañana con el nuevo Ministro de Cuba en la Ciudad Vaticana. El diplomático, con la espalda casi más alta que el cráneo, tenía andares lentos como de camello. Se adelantaba el cuerpo siguiendo a la cabeza como si ésta quisiera, por inútil, caérsele. A Maret,

escéptico y volteriano, le molestó que el hueco personaje representara su país en la Corte Pontificia, porque tenía un concepto elevado de la parte formal de la Iglesia y adoraba el lujo de las doradas casullas y se le humedecían de lujuria los labios finos pensando en los pontífices pecadores del cuatrocientos. Detuvo a Su Excelencia, que avanzaba enguantado y bobalicón.

Maret sabía ser expresivo cuando le interesaba.

—¡Ministro! ¡qué alegría!—se detuvo a presentarle a don Vicente cohibido, que hizo gallear su brillante a la luz del sol—¿es que lo han traído por acá los aires del Carnaval?

—¡Algo!, ¡algo!—respondió el aludido, incoloro y vago como su pensamiento.—Ya ve usted, aquí pasando el tiempo. Una licencia corta ¿sabe?—terminó justificándose.

Sintió deseos de mortificarlo un poco más, punzante y mordaz.

—Bien, para un Ministro ante la Corte Pontificia esto del carnaval... Ya usted sabe—el Ministro, naturalmente, nada sabía—es una fiesta pagana que repudia la iglesia. Pero ¡naturalmente! Usted ha querido conocer esta ciudad amada de los papas. ¡Claro! Paulo III junto a Francisco I y Carlos V ¿Ha visto ya en la calle de Francia, la plaza de la Cruz de Mármol? Es encantadora. La cruz señala el sitio en que se levantó la silla pontificia cuando la entrevista de los dos rivales.

—Acabo de llegar hace dos días—explicó Su Excelencia, buscando salida á su ignorancia.—Pero, ya sé, ¡ya sé!.... Sí, es bonito todo eso.

El enfatuado personaje, le molestaba, no por ignorante, que la ignorancia no es pecado, sino por fatuo. La pretensión era lo que le irritaba en el ignorantón satisfecho.

—¿Y la columna que marca el arribo de Pío VII, Ministro? Aquel Pío VII, que no hubiera pasado á la historia si Napoleón no le hace prisionero—desplegó toda su malicia—¿porque usted cree, sinceramente, que Pío VII fué un gran papa? Yo creo que si no es por lo de tragediante que endilgó á Napoleón...

Su Excelencia estaba decidida a cortar de todos modos aquel río que lo ahogaba. Todo era, desde luego, muy interesante. La Historia es muy interesante, puntualizó. La ignorancia se le iba escapando por todas partes como en una vasija rajada y llena se escapa el agua.

Maret malicioso como un epigrama, erudito y socarrón, se explayaba. Al ministro, más que avergonzarlo, le irritaba la cultura ajena y en lo íntimo, conociendo a Maret temía la burla y la esquivaba, pero sin habilidad. Cuando por fin pudo alejarse, buenazo y con malicia, don Vicente puso su comentario a la charla incolora:

—¡Y pensar que mandamos eso!

En todos los casos en que sus expresiones eran sinceras al referirse a Cuba y a sus cosas, solía hacerlo en plural. Se explicó

—En Cuba, me creía español; pero al regresar a la tierra encontréme con que me sentía cubano. Si no me regresé fué por no abandonar a mi hermana, sola y vieja y a los sobrinos. Ahora, el loco de Jaime ronda que te ronda a la cubana, que es bonita y rica, pero no me gusta. Si casaran, los retoños serían de allá y eso, me alegraría.

A Fernández, que sólo podía atribuir a María Teresa cierto exceso de ligereza, por demás de su época más que su culpa, le iba a contrapelo la idea de emparentar con Arias, que correspondía con un igual sentimiento, sin que nadie cediera en orgullos. Perga-

minos, ausentes estaban por ambas partes y en cuanto a dineros ahí se andaban los enamorados. La diferencia estribaba en que Fernández no olvidaba sus orígenes, mientras querían Dalila y el marido desmentir los suyos. Sin embargo, las riñas frecuentes del matrimonio solían esmaltarse por parte de Arias de un vocabulario más paisano que aristocrático que revelaba ante propios y extraños, no ya las íntimas cuitas, sino la torpeza de sentimientos. Nada le iba a Maret en los amores de los muchachos, pero puesto que se gustaban, no dejaría él de poner su grano de arena. Trató de convencer a don Vicente, para que se aproximara a los Arias.

—¡Pero si nunca los he tratado!—rehuyó al principio el indiano.—Desde la Habana me ha sido insoportable ese hombre hipócrita. No me gustan los hombres que no saben hablar alto, ni mirar de frente.

—Bien, dejemos prejuicios aparte. Yo concertaré la forma de que nos encontremos reunidos, a ver si el hielo se rompe. Al cabo, María Teresa y Jaime se casarán de todos modos y será mejor hacer las cosas por las buenas. Además, no olvide que Arias es el abogado de Goldenthal con quien tiene usted sus negocios.

Hábil zurcidor de voluntades era Maret cuando quería. Pocos días más tarde, había conseguido invitar a los Arias a tomar el té con el indiano. Dalila convencida por el doctor aceptó y hasta obligó al marido a decir que sí. Arias era, en manos de su mujer. un pelele que pagaba caro el descanso de sus millones.

—En la terraza del *Mediterranée?*—propuso Maret.

—El sábado a las cinco—ratificó Arias.

—Mejor a las cinco y media—cerró Dalila corrigiendo a Arias que acató con el sumiso gesto que ponía cuando su mujer fijaba una hora, que él sabía siempre prematura.

Llegaron el sábado a las seis, malhumorados los dos por la tardanza de ella. Aquella tarde la carita de payaso, a la luz de los faroles, tenía tintes violetas y se le contraía la boca como si estuviera mordiendo en la mueca de la cara, una palabrota.

Dalila abrió su sonrisa para lucir la boca fresca como el paisaje de un abanico. Arias tendió la mano, una mano viscosa, que tenía languideces de trapo. Reservado y en guardia. Fernández sonrió casi amable cuando saludó a María Teresa, garbosa y contenta, que se aisló con Jaime en mesa aparte, para mirar el mar sin luces y hablar de amor. Se inició con tanteos banales la charla insípida, porque Arias era tímido. Al tercer *side car,* ya estaba Dalila haciéndole a Maret insinuaciones, guiños con malicia y preguntas indiscretas que a Arias ponían fuera de si y le amorataban aún más la naricilla regordeta y menuda, que parecía de cartón. Para Dalila apenas existían hombres que supieran serlos y para Arias, no eran honradas las mujeres en ningún caso. Unas, porque se le habían dado, insinuaba, y las más porque, de cierto, prefirieron negársele.

Riéndose, y con la risa dilatando las arrugas que el maquillaje no conseguía ocultar, feas las manos ásperas y cubiertas de venas oscuras con todo el sexo en los ojos bonitos, a Maret, Dalila le resultaba un caso interesante como una hoja clínica. Y decía cosas con gracia punzante, que ser simpática era su ventaja sobre el marido. Entre sonrisas y sorbos, fué desgarrando la honra de todas las amigas. Don Vicente la observaba agitado por un desconcierto íntimo. Buenazo como era, el indiano apenas la comprendía, pero lanzaba a Maret miradas interrogantes. Arias se daba cuenta de que su mujer se vendía y hubiera querido ahogarla, pero se inclinaba a disimular su agonía, por no dar gusto a Maret. Hasta para no irritarla, la

apoyaba algunas veces con monosílabos. Frente a Fernández, tímido y parco, la charla de los otros tres era un magnífico torneo de cinismo y las frases crudas y los adjetivos audaces y ásperos, estallaban en su oído como secos golpes de látigo. ¡Vaya que tiene una conversación desvergonzada esta gente conocida! Maret llegó a una conclusión burlona:

—Entonces, señora, en toda Nizá no hay más que cuatro personas que no tengan algún vicio vergonzante.

Dalila miró hacia don Vicente. Paseó sus ojos pícaros del tórax a la cara angulosa de rasgos finos.

—¡Quizá no tantos!—apuntó inmediatamente, rompiendo a reír con risa de histérica que cree haber dicho algo gracioso y llama sinceridad a la grosería.

—Posiblemente, no más de dos—devolvió Maret, sin inmutarse y con el pulgar apuntando a don Vicente y a su pecho.

Arias dió un respingo como caballo con tábano. Pero era de Dalila la culpa y no era hombre de polémicas. Dejó pasar el saetazo sorbiendo el cóctel y masticando un bocadillo. ¡Si no había nada que hacer con ella!. Por algo no tenían un amigo.

Aquella noche, en el apartamento, hubo relámpagos de tormenta. Injurias secas y en tono bajo, como dichas para desahogarse más que para ser oídas, gritos agudos que iban subiendo de tono en la boca crispada de Dalila, confusión de motes y de palabrotas, procacidades de mujer sin dominio. El marido llegó a amenazar con darse un balazo. Los gritos de Dalila subieron, airados, largos, como ondas de alarma en el silencio de la noche.

—¡Mátame!.¡Sí!. mátame...—aullaba rasgando el kimono azul con garzas de oro—¡sinvergüenza! ¡explotador!—y le lanzó, al cabo, el viejo dardo de siem-

pre—¿qué hubieras hecho tú, ni qué hubieras sido, sin el dinero de mi padre?

Empezaron a escucharse puertas entreabiertas sobre los pasillos. Los gritos encontraban ecos opacos en el artesonado de los techos, subían en la caja de los ascensores y bajaban apagándose en la alfombra de las escaleras. Una holandesa, dormilona, sin marido y malhumorada, obligó al conserje a llamar por teléfono y el conserje, un belga que había aprendido el castellano en Buenos Aires y al que Arias hurtaba las propinas, cumplió su deber sin remilgos.

—¡Ché! dígale a la señora que a ver si se calla—y cerró con voz ronca de sueño—¡qué pavadas!

Oscar Arias en pijama, envuelto en su bata carmelita y con medias de hilo blanco para librarse del frío los pies, colgó el receptor pensando que al cabo, es más duro administrar millones que ganarlos.

CAPITULO TERCERO

Paulette, burguesa de París

LLUVIA pertinaz, penetrante y fría, hecha de neblinas y nieves. Brillaba todo húmedo en la calle con los toldos chorreantes bajo el cielo monótono del invierno parisién. Paraguas y altas botas de goma, la multitud que iba de prisa resbalando en el asalto desde el Arco de Triunfo al Trocadero bajo los árboles sin hoja; se hubiera, sin duda, detenido a gusto en la Avenida Kleber de haber podido contemplar a Paulette, mordiendo el bizcocho con los dientes perfectos, entre las sábanas blnacas, dejando asomar el encanto sonrosado y caliente de su muslo, revuelta un poco la negra melena rizada, mientras leía con hastíos *Le Petit Parisien*.

Tomó dos sorbos más de café, agitó la cabeza y saltó de la cama en camisa. ¡Otra vez al agua! ¡el agua interminable! Perdió la mirada sin interés a través de la cortina entreabierta y se volvió para contemplarse en el espejo. Las nueve y media y no tenía más sueño. Hubiera querido dormir hasta las doce, hasta la una, para aburrirse menos. En la niebla del invierno y cuando la ciudad se enfriaba, la honradez tenía algo desagradable y como viscoso para ella. En los días de sol, las visitas, los almacenes y el andar con prisa por las calles, la consolaban un poco insucándole vida. Pero el invierno con sus brumas, le lle-

naba de fantasías extravagantes la cabeza y la obligaba a quedarse horas enteras, desabrida y en silencio, tendida en el diván o echada sobre la cama. Entonces, vivía una existencia de sueños, de aventuras imprecisas y hasta de amores, llenos de la espiritualidad un tanto vaga que ponen en sus sueños de amor las mujeres que nunca se han, de verdad, enamorado. Pero aquellos adulterios blancos, se fundían pronto como la nieve menuda en la ventana.

Muchos hombres, sin duda, la habían asediado más de una vez, unos al calor del baile cuando muy de tarde en tarde podía bailar a regañadientes del marido y otros conociéndola en la calle, persiguiéndola, buscando pretextos para llamarla por teléfono sabiéndola sola. Ninguno había conseguido nada, porque Paulette era ariscamente fiel, con el corazón al primer novio y con el cuerpo, al marido que le impuso la familia. Pero el aburrimiento encendía los sueños de aquella cabecita del mediodía francés, sin que jamás pensara que alguno de ellos pudiera trocarse en realidad.

Veinticinco años y ya seis de matrimonio. Cuando la analizaba, su vida de soltera le parecía brevísima y experimentaba la sensación angustiosa de haber vivido más tiempo casada, porque la monotonía alarga las distancias. No tenía, ciertamente, quejas del marido, trabajador, cariñoso y honrado, hasta pocos años mayor que ella. Pero lo encontraba falto de imaginación, carente de entusiasmos, demasiado apegado a sus negocios. Llegó a tomarle cariño porque sentía el suyo siempre cerca, cálido cada vez más pero intuyendo que la vida tiene otros sentidos. Hay que embriagar un poco la existencia, descoyuntarla de cuando en cuando para quebrar monotonías.

—¡Novelas! ¡novelas!... Todos los hombres son

iguales y el matrimonio no es una diversión ni tampoco una carga, sino el destino de la mujer.

Muy apegada a su madre, sin atreverse a llevar más lejos sus confesiones, a Paulette el razonamiento hecho así, no la convencía. Positivamente, debía haber algo más. Hay novelas en que las cosas suceden tan naturalmente que tienen que ser ciertas alguna vez. Por hablar con alguien llamó a la criada.

—Oye, Armanda, ¿cuando tú besas a tu novio, sientes algo extraño?...

Menuda y delgada, siempre con una sonrisa en la boca, y en los ojos, experta en malicia, Armanda se ruborizó ligeramente, ocultando su cortedad al recoger la bandeja y haciendo como si no entendiera. Paulette insistió riéndose como una chiquilla.

—Oye ¿dónde te gusta más que te bese tu novio? ¡Dímelo, no seas tonta!

—¿A mí? ¡en la nuca!—respondió al cabo.

—¡Hija! ¡Por Dios! Vaya una cosa. ¿No te crispa sentir los pelos del bigote?

Se crispaba cuando el marido la besaba en el cuello. En el amor, no había pasado nunca de las zonas iniciales y periféricas y todavía ignoraban sus veinticinco años esas zonas hundidas, misteriosas y oscuras, en que la plena consciencia del amor se vuelve inconsciencia. Envuelta en el kimono, se sentó frente al tocador, con desgano, puliéndose las uñas y sintiendo, de nuevo, cómo por los caminos del invierno avanzaban los sueños.

Feliz, no era, pero no podía sentirse, tampoco, desgraciada. Mimada por Renaud, llevaba una vida recatada y desprovista de inquietudes. Para Charles, que no aspiraba más que a ver progresar su negocio de representaciones comerciales, podía ser esto suficiente, pero no para la esposa. Sabiéndose bella, hubiera querido ser una dama del gran mundo que va

a las galas de los casinos, a los estrenos en los teatros y aplaude o desvía, pauta la moda en las tardes luminosas de Longchamps y de Auteil y se tuesta en el verano en las playas de arenas elegantes. Hubiera querido ser cualquier cosa, menos la insignificancia que era. Se sabía bonita y sentíase codiciada pero sólo tres veces por año la dejaban entrever aquel mundo de frivolidades, luces, música y locuras en que triunfan las mujeres bellas, el día de su cumpleaños, el aniversario de su boda y la noche última de diciembre.

Pero Renaud, cuando su esposa le confesaba estas banalidades, sonreía sin ganas a través de las gafas y casi siempre respondiéndole sólo con los ojos, volvía a su lectura del periódico. De soltero, pavoneábase de haber sido mujeriego y divertido, hasta un poco aficionado a beber con exceso y al canto sutil de sirena de las ruletas tintineantes. De no ser ésto cierto, el cansancio de tales cosas le pesaba como si lo fuera. La única verdad era la que Paulette ignoraba. Tenía una amiguita que se llamaba Yvonne y trabajaba en el bulevard Montmartre como taquillera de un cinema.

Por entre las brumas, sobre los húmedos techos de pizarra, Paulette sentía con el tedio el avanzar de los sueños. Cuando a las doce y media Renaud llegó, estaba todavía sin vestir. El requirió, indiferente y regañón, porque estaba de prisa.

—¿Qué has hecho toda la mañana?

—Ordenar mis cosas, arreglar los trajes y hablar por teléfono al zapatero y a la sombrerera. No he podido salir con esta mañana imposible. Si continúa así el tiempo, no podremos irnos el jueves para Niza.

El marido se irritó, agrio y con impaciencia. Las vacaciones que habían concedido a Ivonne empezaban el mismo jueves.

—Pues tendrás que apurarte y dejar algo sin llevar. Tengo separadas las literas.

—Bueno, pero dime ¿no te decides por Cannes mejor que Niza? Es más divertido y más juvenil, se hacen deportes, se juega tennis, se pasea en bote. Allí están los Dupré.

—El sol es el mismo en toda la Costa Azul y no veo de qué nos sirven todas esas cosas, si ni tú ni yo, jugamos tennis, ni remamos, ni sabemos nadar.

—¡Es que el año pasado me aburrí tanto en Niza!

—¡Como en todas partes! Si te aburres siempre porque te has creído que la vida es una diversión.

Dócil, no se atrevió a insistir. Irían a Niza. Después de todo su marido tenía razón. Ella se aburría un poco en todas partes. Estaba aburrida de su vida opaca, sin alicientes, monótona como la misma honestidad. Rumiando estas ideas, apenas almorzó. No envidiaba a sus amigas que tenían un amante, pero comprendía que a veces se fuera al adulterio por cansancio, por novedad, por andar un camino nuevo que se remoza. No caía en el adulterio por indiferencia sensual tal vez, por respeto al marido desde luego, por no engañar a un hombre que de veras la quería, a su manera pero con corazón. Su marido no era como el de Andrea Durand, mero administrador de la dote. No, Charles, la quería, la mimaba y se hacía perdonar sus frialdades con gestos amables y palabras melosas.

—Armanda—llamó mientras abría el ropero—alístame el traje marrón. Tengo que salir con este tiempo ¡al fin nos vamos a Niza!

—Como el año pasado—apuntó Armanda.

—¡Sí! Como el año pasado, y como el otro y como el que viene!...! ¡Siempre lo mismo!

Consoló a su patrona la servidora con reticencias

—Pero es por la salud de la señora. Le hace falta sol, aire de mar, descanso...

—¡Descanso! ¡pero si yo lo que tengo es cansancio de descansar! Necesito cansarme, agotarme, ¡necesito vivir! Oye, Armanda, ¿tú sabes lo que a mí me hace falta?

—¡Un hijo! —como dice el señor.

—¡Un amante! —triunfó Paulette ofreciendo al espejo de mano el brillo de sus ojos hondos y oscuros como estrellas negras—¡Sí! un amante que me haga sufrir de celos; que me canse de cuerpo y de alma, que me preocupe siéndome infiel.

La sirvienta con dengues se llenó la boca de pudores falsos mientras, gazmoña, le ponía sobre los torneados hombros la cibelina.

—Pero ¡por Dios! qué cosas dice la señora.

Salió al fin a la avenida Kleber y torció hasta la Estrella a esperar el ómnibus. En el oído su propia broma le repicaba como el ruido de la llovizna en los toldos del camino. ¿Y si fuera cierto? Pero ¡qué iba a serlo! Sufrir de celos, llorar de rabias inconfesables poner en peligro su tranquilidad por un hombre que no le iba a ser fiel. No conocía a ninguno que ameritara tal sacrificio. No, no lo conocía y para probárselo, mientras el ómnibus trepidaba monstruoso y caliente por la avenida de Friedland rumbo a la plaza de la Opera, empezó a pasar revista a todos los que le hacían la corte o se la habían hecho. Bonjour, el abogado, era poco interesante con su sonrisa llena de vaguedades. Cierto que se parecía al Lord Byron de los viejos grabados, pero no hacía versos. ¿El periodista Guilbert acaso? ¡Bah! Interesante, mundano, experto, pero demasiado presumido de sus éxitos sin trascendencia. Era el mejor, porque el asedio del grueso y nada divertido Coustenoble, le molestaba sinceramente. ¡Si Jean, su primer novio viviera en

París! Pero Jean estaba casado y en Burdeos comerciaba en vinos. Físicamente, no dejaba de ser interesante con aquel su pelo negro y crespo y la tostada piel, pero tampoco Jean era para amante, por lo menos, en la concepción que ella se había hecho de los amantes. Le faltaba sabor picante. Decididamente, ninguno valía la pena. Había llegado a la rue Scribe y descendió del ómnibus en busca del peletero. Después el trajín de los bulevares, el tráfago del gentío sin prisa, las magníficas exposiciones de modas—un mundo de ensueños para su cabecita de burguesa que no sabe bien lo que quiere—la envolvió. Había cesado de llover y Paulette cuando caminaba sentía bien que los sueños se disolvían como ahuyentados por el golpear del tacón de sus zapatos.

Durante tres días, salió a todas horas. Regresaba tarde al piso, pero era inútil sofocarse, porque Charles llegaba siempre después que ella. El miércoles en la mañana, Guilbert la llamó por teléfono. Flirteaba con él cuando no había cosa de más interés que hacer, pero nunca le prometía nada. Le gustaba, eso sí, oírlo divagar diciéndole naderías y pintándole lo que serían sus amores si ella quisiera. Era más interesante que Bonjour que insistía demasiado en lo que tenía que trabajar y le relataba sus casos de divorcio en que siempre defendía el interés de la mujer. En cuanto a Coustenoble, Armanda se encargaba de disculparla, lo que no impedía que el crédulo insistiera. Pero, era demasiado amigo de Renaud, que imponía su presencia las pocas veces que la dejaban aspirar el aire viciado de las noches de Montmartre. El jueves en la mañana, la llamó por teléfono para invitarla a tomar el té.

—Charles no podrá ir, porque en estos días tiene mucho trabajo; como nos vamos a Niza...

—Mejor, si no es a él a quien invito, sino a usted. Nos iremos a *Bágdad*, si le gusta.

Terca, irritada y vengativa, aceptó.

—Nos reuniremos allí a las seis o si lo prefiere, pasaré a recoger a Amelie.

—Bién—terminó el galanteador, mordiendo la brida del fracaso—se lo advertiré a mi mujer.

Compró antes de partir libros para llevar a Niza. ¡Se iba a aburrir tanto! Libros todos de amor, novelas de aterradores adulterios, confesiones de grandes enamorados o memorias de conquistadores, al modo del Duque de Richelieu o del cínico Casanova. El veneciano no acababa de gustarle para su ideal de amante. Exceso de cinismo encontraba en él. El Duque era otra cosa. En el fondo, allá en lo íntimo de sus sueños, estaba enamorada de la sombra empelucada del gran señor y lo perseguía a través de la historia que no era para ella demasiado extensa, pero que como la de ciertos historiadores repartíase en épocas marcadas por los grandes conquistadores. Si para los acuciosos la historia se divide en meros períodos convencionales, en su intuición Paulette pensaba que debía haber también una división sentimental de la Historia. No la precisaba, pero bien sabía, por ejemplo, que un Richelieu galanteador podía marcar, para ella al menos, un período con más razón que un ignorado Turenne absolutista y dominador. Esa simple cronología de los eruditos no le gustaba. Encontrábala falta de sentido humano. Debía haber una Historia para las mujeres. Pero en ésto como en amor, Paulette era una intuitiva que se desconcertaba pensando que el mundo no estaba hecho a su gusto.

CAPITULO CUARTO

Hastío en los meridianos.

EL reloj iluminado de la estación de Lyon—la más francesa de las estaciones de París—señaló las nueve y media y el *tren Azul* partió sigiloso como si se deslizara hacia un involuntario destino.

Paulette, con los ojos perforando el cristal de la ventanilla miraba pasar las luces de la ruta. Antes de llegar a Lyon estaba ya dormida, un poco malhumorada quizá. Iba contra su voluntad a la Costa Azul.

Washington: Tessie Burmann fué puntual y exactamente a las tres y media—hora del Este—hizo su entrada en la iglesia de San Mateo cubierta de yedras y rematada por una cruz de hierro, en Connecticut Avenue. Aquella tarde se casaba con el doctor José Agüero y Pérez de Guzmán, Secretario de la Legación del Ecuador.

Matrimonio de interés, chismorreaban las comadres que hubieran querido para hija casadera aquella buena pieza. Se les hubierá dado la razón viendo el gesto aburrido de Pepe Agüero, rígido en los laureles de oro del uniforme, que aquella tarde cerraba calaveradas. Terminada la ceremonia, una lluvia de arroz se mezcló a la nieve y los novios partieron rumbo a

New York para tomar el trasatlántico que los dejaría cinco días después, en Nápoles.

Quito, señorial y dormitando sus hastíos de altura. En el caserón lleno de reminiscencias coloniales del Ministerio de Relaciones Exteriores, el ministro hubo de recibir al doctor Calzada, cacique influyente. ¡Como le aburrían las peticiones reiteradas del político ambicioso!

—¡Bien! He consultado con el Presidente el asunto y todo queda arreglado. Vamos a trasladar de Washington al doctor Agüero para que su sobrino ocupe el puesto. Agüero se ha casado hoy y sale para Europa, así que la semana próxima se firmará el traslado y su sobrino podrá partir.

Por cortar la entrevista, miró el reloj. Eran las cuatro menos veinte.

Habana costera, pegada al puerto, olorosa a mercancías y a gasolina mal quemada. Manuel Viñas, en vista de que no había encontrado otro trabajo, penetró en las oficinas de la *Goldenthal Sugar Co.* para volver al central en que trabajó años anteriores.

—El míster no estará hasta dentro de media hora! le notificó malhumorado el gallego portero.

Viñas miró el reloj barato en la fina muñeca. ¡Tendría que aburrirse hasta las cuatro!

Bahía, construída en espirales sobre la montaña. Desde el yacht, Goldenthal el millonario y sus invitados descubrían la antigua capital brasilera erizada de cruces. La ciudad subía en una sofocada competencia de campanarios coloniales, oscuros de años y el *Marling* iba haciéndose diminuto al acercarse a la roca, espléndida de verdores oscuros. Goldenthal llamó a Levine, su secretario.

—¿A qué hora cree el capitán que estaremos en el muelle? ¡Estoy aburrido de mar!

—En diez minutos más, a las tres y media—repuso Levine.

Gonzalo Maret, caminando sin prisa en la noche, dejaba vagar el pensamiento con la placidez de quien no tiene grandes cosas de que preocuparse. Sin embargo, la dispepsia le obligaba a hacer ejercicio después de comer ¡maldita *crepe sweette!* Damasiado fuerte. Se detuvo al fin frente a la Western Union para observar los relojes de esfera lechosa que marcaban la hora en todos los meridianos.

Por un momento, en su cerebro inmóvil iluminaron los soles lejanos. ¿Qué estaría sucediendo en esas ciudades? Después de todo, se encogió de hombros ¿qué le importaba? Nada de cuanto pasara en ellas interfería su vida. Ciudades perdidas, lejanísimas, vistas alguna vez y olvidadas pronto...

La hora cero. Némesis aburrida de su sexo sin fruto, quiso castigar a los hombres y clavando los ojos verdes y crueles en la Rosa de los Vientos, extendió la mano fatal y eterna para mezclar todos los dispersos caminos.

CAPITULO QUINTO

La Tela de los Destinos

CRUZANDO la mañana caliente de sol después de hacer su recorrido por entre las palmeras y dar de comer a las gaviotas andariegas, Maret avanzaba a paso lento rumbo a su nuevo hotel. Resbalaba a su lado la multitud de turistas sin atraer la cansada atención, prefiriendo levantar la vista hacia las montañas que ciñen la blanca ciudad. Casi por azar entró hasta el vestíbulo por ver a los viajeros que acababan de abandonar el tren de la noche. A lo lejos, el sol hacía rosadas como plumas de garza las cumbres alpinas.

Observó sin curiosidad el grupo cosmopolita. Damas teñidas y despintadas por la premura de la mañana, perros inquietos que recelaban unos de otros, jovenzuelos espigados con los esquíes a la espalda e insinuantes jovencitas parlanchinas. Pesadumbre de maletas abandonadas en las alfombras y sonrisa protocolaria del conserje. El grupo insustancial e incoloro estaba preso del desconcierto de quien arriba y lo ignora todo por el momento. Pintándose los labios, casi oculto los ojos por el ala del sombrero deportivo, bajo el brazo los guantes, menuda y graciosa, aislada del grupo de viajeros, apenas reparó en Paulette aguardando a que Renaud seleccionara habitación. Sólo se fijó en ella cuando supo que le

señalaban cuarto fronterizo al suyo y eso, por ver si la acompañaba algún perro que pudiera molestarlo en la noche. No, iba sola y además, tenía un encanto especial ajeno a la belleza. Paulette no hubiera reparado en el profesor si un guante no cae en el momento de tomar el ascensor. Rápido, él se lo tendió. Se lo agradeció mirándolo con amabilidad indiferente en la sonrisa.

Exhalaba un perfume extraño, un poco fuerte y la envolvía un misterioso halo de atracción que obligó a Maret a estudiarla detenidamente con experto disimulo. La encontró deliciosa, bonita y fresca. Sin embargo, otras más bonitas nada o mucho menos decían a sus sentidos. Cuando le cedió el paso en el ascensor lo hizo por cortesía y por verla de espaldas. Magnífica silueta un poco desdibujada por el peso del abrigo de pieles que cargaba al brazo. Sintió que aquella mujer le gustaba en una forma novedosa y sonrió ante la perspectiva encantadora de deshilachar una ilusión desconocida.

Desde esa mañana, encontró un aliciente nuevo y el hastío se le fué disipando tal copo de niebla al rayo de sol. Sabía sus horas de salida, descubrió sus horas de entrada, adivinó después, las largas soledades en que Renaud la dejaba para irse un poco más adelante con Ivonne. En el comedor, con disimulos expertos de cazador viejo, atisbaba sus ojos hondos y oscuros a los que se asomaban los aburrimientos. Cada día, lo atraía más y sin saber porqué, cada día sentía con precisión más completa que aquella mujer no le gustaba como las otras. Parecía un poco arisca a pesar de ser dadivosa en las sonrisas. Para aproximársele sin cuidado, buscó el trabar conversación con el marido. Aprovechó el encontrarlo una mañana solo, distraído en ver unos ingenuos pescadores cuyas cañas se arqueaban en un vano esfuerzo. Iba con don Vicente en uno de sus andares junto al mar en que gustaba de escrespar paradojas como olas.

—Usted tenía interés en entrar en conversación con ese señor y, al cabo, no veo que se hayan dicho nada interesante ¿quién es?—requirió curioso, porque conocía demasiado a su amigo para pensar que no hubiera interés particular en alguno de sus actos.

—¡Un marido!... ¡Nada menos y nada más que un marido! ¿Usted piensa que exista nada más interesante que el marido de una mujer bonita?—se perdió en una divagación de aquellas que amaba.—Un marido-puente es utilísimo y este tiene todo el aspecto de llegar a serlo. Se le utiliza para arribar a donde se quiere y después se deja.

—Pero hace tres días usted me confesaba que ya no le interesaban las mujeres sino como una simple necesidad fisiológica. ¡Vamos doctor! ¡Usted sigue siendo el mismo con reuma y todo! ¡Ya se ha enamorado otra vez!—recalcó haciendo con el paraguas dibujos en el piso como si trazara el gráfico de sus nostalgias.

—¿Enamorado? ¡Bah! No tanto como enamorado, pero si me gusta esa mujer y me gusta mucho, sin saber por qué. Yo no me enamoro nunca y ahora que me voy haciendo viejo, siento como nostalgia de no haberme enamorado alguna vez. Las mujeres me han gustado y he gustado de ellas no sólo con la carne, sino con la voluptuosidad que se gustan con los ojos los cuadros, con el paladar los vinos, y con el olfato las flores.

Su panteísmo sensual lo hacía gozar con cierta totalidad las cosas y por amar lo superficial y lo impalpable, se defendía del adjetivo de materialista que le endilgaban siempre sus amigos. No veía en la mujer

la capacidad de placer solamente, sino que exigía en ella, lo había exigido siempre, cosas más altas.

—Las mujeres son como las ostras—dijo a don Vicente, que le clavó los ojillos desconcertados, visiblemente sin poder adivinar—¡Sí! Exactamente como las ostras. A mí me gustan todas las mujeres y todas las ostras; sin más condición que el ser frescas. Pero, hay clases y cada una tiene un perfume, un sabor y una carnosidad distinta. Unos prefieren las *claires*, otros las *marennes*, las *portugaise* los buenos comedores. Es cuestión de horas, del día, del vino que el paladar esté reclamando. En la mocedad, todo es bueno y no hay que detenerse en menudencias, pero, después, el cansancio a que damos el nombre de experiencia, nos hace más delicados. Entonces se prefiere una *marenne* con picante blanco de Alsacia o una *portugaise* carnosa y regordeta si es que hay Rhin helado. ¡Invenciones! pero invención sabia—corrigió al momento.—Una ostra, en si, no es más que una ostra, pero con un perfume peculiar, con una gelatinosidad propia, y por eso, unas nos gustan más que otras, no sabemos por qué razón. Igual ocurre con las mujeres y hay que paladearlas con paladar afinado para irles descubriendo el sabor propio.

Interiormente, se estaba burlando de si mismo y en el fondo, tratando de desviar una realidad que empezaba a obsederlo. Paulette, sin saber la razón, le gustaba más que el resto de las mujeres y en una forma distinta. Se asombró un día al notar que pensaba en sus ojos con cierta dulzura evocadora y que se le presentaba sin el imperio sensual de las otras, pero con un sentimiento confuso, más hondo. Por vez primera, la evocaba, antes de dormirse, imaginándola a su lado, con ternura nueva en él, sin brusquedades sensuales, quizá hasta conforme de sólo haberla tenido recostada suavemente en el hombro y con los ojos

cerrados. No podía concretar con diafanidad las sensaciones contradictorias. De haber sido más joven, se hubiera dicho que le llegaba el amor. Pero hizo como siempre frente a las incógnitas invencibles. La dejó a un lado, sin ir más lejos en el análisis, para no torturar su pensamiento.

Paulette, que notaba la insistencia de las miradas, la persecución de los ojos, la búsqueda pertinaz, si no rechazaba las insinuaciones, tampoco parecía fácil al asalto. Algo la separaba esta vez del hombre que la rondaba. Le interesaba, empero, un poco y se lo confesó a si misma. Le gustaba su perfil puro, el grisar de los cabellos sin onda, la mirada audaz, escéptica y amable, el porte aristocrático y aquellos gestos llenos de un reposo armónico. Al principio aceptó los galanteos con extrema seguridad.

Se hicieron amigos una tarde en que la lluvia velaba de gris la ciudad. ¡La lluvia! Cuando él, con un pretexto tan banal que sólo como pretexto pudo tomarse, le preguntó si podía leer la revista que ella acababa de abandonar, Paulette, mirando a la calle desierta dejaba vagar sus sueños sin sexo. Maret vió su mirada vaga, como vuelta hacia adentro y descubrió que aquella mujercita que apoyaba con desgano el brazo sobre la mesa, se aburría. No en vano a los dos los separaban treinta años. La tarde era cerrada y plomiza.

—¿Me quiere usted decir dónde está el sol de Niza? Vine buscándolo y no lo encuentro.

Le hizo gracia la pregunta, hecha en un tono muy de él, entre bromas y veras. Empezaba a preparar el asedio, explorando el terreno para buscar la brecha que la haría más abordable. ¿Positivista? ¿Sentimental? ¿Interesada? ¿Con otro amor? Más bien parecía ingenua. La descubrió al cabo y sin dificultad, soña-

dora y asomándose a los ojos el cansancio de su fatigada vida sin polos.

A la luz de la tarde, el saloncillo iba adquiriendo acogedora penumbra, llenándose de una música vaga que salía del salón. Sobre la ventana, recortándose, se destacaba el perfil magnífico, con los labios bien rojos un poquillo levantados, como si tuvieran siempre una insinuación de beso. Presintió una suprema e ignorada dulzura en aquel rostro suave, ligeramente pálido. Expandía una extraña delicadeza, inmaterializándose a sus ojos. Se desesperaba tratando do descubrir su verdadero sentimiento. Le gustaba, la estaba queriendo y no sabía cómo, ni porqué, lo emocionaba aquella mujer desconocida. No se ocultaba que el lance era difícil. Pero había algo más que amor propio de conquistador en su interés de reducirla y hacerla suya. Sintió que además de amarla, la quería. Era una novedad interesante.

Pronto empezó ella también a percatarse de que aquel otoñal insinuante, malicioso, sutil y mundano, comenzaba a interesarle. Rompía un poco sus hábitos. Cierto, este hombre no era como Guilbert ni como Bonjour. En el reflejo acerado de sus ojos y en los pliegues de su boca fina, había algo nuevo, como de dominador.

Tenía Maret que analizarla con un cierto trabajo, pues la parisién era reticente y estaba en guardia. Pero la sentía ir cediendo, ablandándose sin querer y sin que conociera ella misma qué había en su interés por facilitar los encuentros. La hacía la ronda malicioso y frío, sin prisa, paso a paso. Llevar a una mujer al primer adulterio requiere meticulosidad. Una imprudencia la espanta y todo puede perderse. Hay algo de obra de arte, de paciencia, de estudio en hacer pecar por vez primera. El idioma extraño le hacía más difícil el empeño. No se canta bien el amor

sino en la lengua materna. Interesa a las mujeres el acento extranjero por lo que insinúa, pero no las apasiona sino tardíamente. Al fin descubrió una tarde que ella hablaba castellano y la revelación fué como una puerta abierta.

—¿Por qué ha tardado usted tanto tiempo en decirme que habla español?

—Porque me gusta oírlo hablar en francés y porque yo sé muy poquito castellano—lo hablaba con erres retorcidas y alargadas, pero con un dejo encantador.—Pasé en España dos años y hace tiempo de eso. ¡Hasta tuve un novio madrileño! Era guapo, como se dice, pero ¡le gustaban todas las mujeres! Como todos los españoles.

Sin ser peninsular, se vió obligado a recoger la alusión iba a él.

—Todas, pero algunas más que otras. Usted, por ejemplo, me gusta como ninguna.

—¡Bah! siempre dicen los hombres lo mismo.

—Me enamoré de usted desde que la ví. No sé por qué me figuro que usted va a ser la mujer de mi destino.

Creyendo mentirle, había dicho una verdad sin saberlo. La francesa, no por eso cedió y todo el resto de la conversación fué una esgrima entre el qué asedía un poco como en burla, sin conceder al hecho demasiada trascendencia y quien en tono análogo resiste. Creían estar jugando al flirt por engañar las lluvias que se prolongaban aquellos días. Al cabo, no podían dar demasiada importancia al episodio sabiendo que los dos venían de caminos tan apartados y que horizontes tan lejanos los aguardaban.

Pasaron en esta forma varios días, él buscando la oportunidad de encontrarla y ella dejándose encontrar sola. Hablaban de arte y de amor, siempre como en broma. Sólo así podía irle interesando y el viejo

zorro desplegaba todas sus argucias para envolverla.

Andando, sin prisa, se iban por las mañanas a recorrer los sitios apartados de la ciudad, en donde empiezan a florecer los encantados jardines. De tarde en tarde le deslizaba cerca del oído una palabra de amor, desvirtuándola a veces con una broma, guardando una retirada por si en ella la duda trucábase en alarma. Inexperta como parecía ser en el juego del peligroso equilibrio, resistía y esquivaba con habilidad, encontrando siempre veredas para escapar el asedio sin romperlo. Pero en detalles nimios, se vendía. Maret tenía demasiada experiencia para buscar la verdad en los labios y así, cuando se le negaba o pretextaba esquiveces confusas, prefería interrogarle a los ojos, que iban vendiendo los secretos de la lucha interior.

Se propuso visitar el museo Masséna. Quería buscar en aquel escenario el momento definitivo que sentía acercarse. Necesitaba aturdirla, dominarla, envolverla en él grave silencio de las salas desiertas. Por mujer y por burguesa, Paulette era bonapartista y en el ambiente aquel cargado de polvos de oro y rumores de la gran epopeya, buscaba con picardías de experto, aliados seguros para vencer el último reducto. Poniéndola, de pronto, menuda y aislada, sin pasado y sin gloria frente al paisaje del Imperio, le daría la sensación de su vida sin horizonte y acabaría por despertarle la sed de algo nuevo.

Bulevard Victor Hugo abajo, vestida Paulette de un rojo vivo con adornos negros que destacaban el matiz oscuro de la piel y de los rizos escapados bajo el menudo sombrero, se fueron aquella mañana hablando de cosas ligeras y ocultándose los dos el pensamiento. Experimentaba una voluptuosidad suave al sentir con la presión de su mano la carne dura en el brazo desnudo bajo la capa y a la luz del sol nizardo veía

brillar las pestañas grandes cuando ella le clavaba los ojos queriendo desentrañar el secreto de alguna palabra. Mañana bien de Niza, con el tibio encanto de la ciudad saboyana hecho de perfumes de naranjos en flor, de olas mediterráneas, de azules y de silencios, apenas quebrado por el ruido antiguo de un carruaje.

La visita fué para él un despliegue fácil de erudición. Sala por sala, llevándola del brazo y dejándose Paulette apoyar suavemente en una entrega consciente pero que parecía involuntario descuido, recorrieron los pisos, ella en silencio admirativo, él desplegando toda su verba cálida. No perdía la oportunidad de deslizarse en cada cita antigua una palabra actual.

Armaduras de acero pulido, espadones enormes, mandobles para ser manejados por brazos hercúleos y salvajes, acuarelas de la vieja Niza, uniformes, pistolas garibaldinas, todo desfiló ante ella mezclado a frases de amor. No sabía bien en aquel atropellado desfile, distinguir personajes ni épocas y poco a poco, gracias a la habilidad del galanteador, se fué sintiendo centro de un mundo cálido y amoroso. Llegaron frente a la diadema esmaltada de camafeos que ciñó alguna vez Josefina.

—¡Linda!—dejó escapar.

—¡Bah! me gustaría más sobre tu frente! Lanzó el tu así, conciso y breve. Ella aceptó sin objetar y hasta se dejó caer un poco más sobre la mano que le ceñía el brazo. Lo miró a la luz de una ventana que proyectaba claridad en el salón desierto, con una mirada llena de dudas interrogantes que hacía aun más bellos los grandes ojos.

Se sintió perdida. No podía resistir la sugestión y el encanto misterioso de aquel hombre. Veía sus cabellos entonados en gris, la cara de rasgos finos

surcada de arrugas de años y de vida y los labios voluntariosos. En el fondo de su ser algo nuevo nació para ella. Por primera vez pensó que debía dar unos besos agotadores y largos aquel hombre y que debían ser sus manos pulidas exquisitas para acariciar. Entregóse en una mirada, que él apresó porque la esperaba. Había estado siempre seguro del triunfo.

Bajaron al jardín buscando mayor soledad. El mar visto entre los árboles era un contraste violento de azules. Les llegaba cargado de un caliente sabor, el aire venido de lejos.

Le habló de amor, persuasivo, convirtiéndola en centro del mundo. Todo para él estaba en ella. Las palabras fluían ardorosas y sinceras aun cuando las mismas frases se hubieran quebrado cien veces en otros oídos. Paulette quiso mentir una resistencia última.

—Yo no puedo ser para usted más que una aventura. Pronto nos separaremos y al tomar cada uno su camino pasaré a ser un recuerdo cada día más vago y menos interesante.

—Te he dicho que presiento en tí la mujer de mi destino ¿quién habla, además, de separarnos? No me iré mas nunca de tu lado—para darle fuerza a las palabras se aproximó al oído y le apretaba el antebrazo—. Te llevo a Cuba.

—¿Y mi marido?

—Tu marido se queda aquí. Te divorcias y nos vamos a mi país.

—Se moriría si yo le hiciera eso. Su vida se quebraría para siempre con mi abandono. No pensemos más en ello!

Lejos, la multitud pasaba tomando el sol. Cerca de la costa vieron un barco que partía.

—¿Ves? Se va allá lejos, camino quizá de Cuba. ¡Cuba!, cuánto daría yo por tenerte en Cuba a mi

lado, en una de esas noches del trópico que ustedes aquí no pueden sospechar. Porque ustedes los europeos, a fuerza de estilizarlo, le han quitado al amor lo que tiene de instintivo, de primitivo y hasta de brutal a veces.

Paulette entornaba los ojos y las palabras le quemaban la sangre. El, ducho en ardides, vió que por el camino de lo sensual vendría la entrega y le habló del amor a la luz del sol violento, con músicas de rumba, aroma de cañaverales, el amor, en fin, de la leyenda criolla que hace interesantes para las mujeres ardientes, los hombres del trópico. Mintiéndole el amor de las islas acabó de enajenarle la voluntad.

—Ustedes no conocen más que el amor de cinco a siete, un amor sin impulsos y sin celos. El amor nó es eso, es violentó.

—Pero usted es un europeo—cortó ella.

—No, el refinamiento es en mí superficial—y agregó sonriendo la mentira cómplice—¡yo soy un salvaje!

—Un salvaje que ha leído a Voltaire.

—Eso mismo. Pero conmigo vas a conocer en el amor momentos que no sospechas.

Siguió exagerando. Ya ella no resistía. Junto a aquel hombre venido de lejos, desconocido, que le hablaba en un lenguaje extraño, se sentía perdida. Lo véia tan sabedor de amores que experimentaba una íntima vergüenza sintiéndose inexperta. Por primera vez alguien le hacía sentir el sexo en lo que tiene de grito y de imperio. Hasta entonces había creído en el amor un poco infantil y candoroso; y empezó a percibir que en el amor había más carne que espíritu. Se ruborizó de sus ingenuidades de soñadora y prefirió mentirle, quizá con el íntimo deseo de atormentarlo un poco, porque lo amaba ya.

—Ningún hombre puede intentar descubrirme co-

sas nuevas en el amor. Mi marido me las ha mostrado todas.

Pintó a Charles como un amador exquisito, sabio, agotador y apasionado, pero Maret veía en sus ojos límpidos asomar la falsía. Estaban aislados y se creían invisibles. Le tendió el brazo por la espalda y en una falsa sorpresa, la besó.

Era suficiente saber. Se había entregado conscientemente y lo que faltaba era ya camino conocido y arribada fatal. No insistió más. En lo alto de la montaña sonó el mediodía por boca del viejo cañón.

—Estaré esta tarde a las tres en mi habitación—le dijo acomodándole en los hombros la capa de seda negra.

—Yo no puedo entrar a su cuarto. Le he dado un beso, es cierto, pero para mí un beso no significa nada y es muy poca cosa.

—¿Es que has dado muchos besos en tu vida?

—Muchos ¡muchísimos! no significan nada para mí—era terca en mentir—vamos a olvidar todo esto. Ni usted me quiere ni yo puedo quererlo.

—Bien, ya hablaremos. Estaré en mi habitación a las tres.

Durante el almuerzo se vieron en el comedor. Al paso, saliendo, la saludó fríamente. Se entretuvo corrigiendo un poco el desorden de la cámara, cerrando las cortinas, sacudiendo los libros, escondiendo en el armario la fotografía de Lupe, la mexicana achinada y celosa que había dejado en París. Estaba cierto de que ella iría, a pesar de la negativa.

Sintió detenerse el ascensor. Escuchó los pasos menudos de la deseada y el abrirse brusco de la puerta fronteriza. Minutos después, unos golpes menudos y frente a él, espléndida y sonriente, Paulette se detuvo con los brazos en cruz y las manos en el marco de la puerta. Avanzó hacia ella en silencio, contem-

plándola con detenimiento observando las piernas bien hechas, la insinuación de carne dura de los muslos en que se plegaba pesada la seda de la falda y los senos prometedores bajo el ajustado *sweater* rojo, fácil de abrir. Al tomarle la mano para que entrara, resistió.

—Entrar no. Si quiere, hablemos aquí un momento.

No quiso exigir. Se apoyó en la cama, cruzó los brazos y se quedó mirándola en un silencio sonriente cargado de sugestiones. La sentía rendida, pero quería gozar la entrega sin forzarla, dejándola llegar, obligándola casi a ser ella quien se diera. Estribaba en eso su éxito con las mujeres y lo sabía. Hablaron de amor. De tarde en tarde la atraía hacia sí y la obligaba a dejar descansar todo el cuerpo sobre el suyo, cubriéndole de besos el cuello, los cabellos aromados y los redondos brazos. Se dejaba besar, pero tuvo que forzarla un poco para que besara ella. Lo consiguió al fin y cuando el beso anhelado iba a llegar se lo anunciaron los ojos con una luminosa mirada enigmática. Le clavó al fin en los labios, los dientes finos hasta arrancarle con un hilillo de sangre un grito que se imaginó suspiro. Le abrió entonces el *sweater* y sus besos fueron como lluvia de menudas y quemantes estrellas que la rindieron. La sintió desfallecer y por momento, tuvo la tentación de tomarla, tan fácil era.

El crepúsculo se cerró a lo lejos como una gran pupila entornada y a poco quedaron envueltos en penumbra. Para reaccionar de aquella lucha, se acodaron en la ventana mirando el atardecer rendirse en la sombra.

—¿Irás esta noche al *Mediterranée*? Voy con mi marido a comer con unos amigos que han llegado de Cannes.

—Prefiero quedarme aquí, pensando en tí. Ya nada me interesa fuera de tu amor.

Quiso ella mentirle otra vez para agitar sus celos y por dar a su vida tan simple, complicaciones de pecado.

—¡Y con Dupré que me persigue con sus galanteos, sus palabras de amor y su afán de conquistarme! ¡Si tú supieras! no me deja tranquila un segundo.

—Ya un día me dijiste que te gustaba. Acabaré estando celoso.

—¿Gustarme? ¡Bah! no tanto. Simpático sí, es y buen mozo también. Algunas veces tomamos el té solos en París.

—¿Ha sido tu amante?

—Nunca, pero eso no quiere decir que no me pueda invitar alguna vez a tomar una taza de té.

—¿Para que te diga palabras de amor?

—¿Qué importa, si no le pongo atención?

Salió escapada, después de suplicarle que diera un vistazo al pasillo por temor a ser vista. Dejó tras ella un perfume penetrante y embriagador que él aspiró con fruición mientras se aproximaba a la ventana para que el mistral le trajera el aroma sedante de los jardines.

CAPITULO SEXTO

Las almohadas de piedra

TODO sucedió sencillamente. Pero ni aquella noche ni las siguientes durmieron sueños tranquilos y almohada de piedra fué para cada uno la gran interrogación abierta, porque presentían que de lo fortuito nada iba quedando y que de veras un insospechado amor se les metía en el alma con su cortejo de inquietudes. En la noche se sentían el uno cerca del otro, frente a frente como estaban sus habitaciones, pero se les hacían interminables y huecas las madrugadas, rumiando como iban su duda y sus presentimientos.

A Maret, aquella mujer le revelaba cosas insospechadas en su agotado medio siglo. A veces pensaba haber vuelto a la ingenuidad de los veinte años, tan candorosos eran sus pensamientos y tan sin malicia se acumulaban sus sueños. No era Paulette como las otras. Lo había cautivado con la timidez agacelada de sus ojos, con su boca de labios un poco alzados, con el perfume raro de la piel y le subyugaba precisamente aquello que trataba con más afán de ocultarle, porque la sabía novicia en artes de amor y la descubría ingenua cuanto mayores alardes de malicia hacía.

Por la noche, como se acostaban temprano, cada uno pensaba largamente en el otro. Erale honda y

sutil como un presentimiento y como los presentimientos, inquietante. Llegó hasta creer en la eternidad de su amor, lo que se justifica a los veinte años pero es imperdonable a los cincuenta y cinco. Los amigos observaban el proceso interior, sin comentarlo y él mismo, instrospeccionándose, confesaba la derrota, pero sin amargura, hasta con una íntima y secreta alegría.

Es derrota en los viejos sentirse jóvenes, pero esto para él tenía ahora sabores de novedad. Aquellas noches de insomnio, evocando un beso, una sonrisa, un gesto, lo que al cabo había sido toda su vida, le parecían encantadoras y nuevas. Enamorado y tropical, no podía contener las confesiones y al general Cisneros y a don Vicente gustaba de decirles en las mañanas claras sus desvelos nocturnos. Ellos hacían como ignorar la causa de las cuitas, pero Paulette fué adquiriendo actualidad en la colonia cubana, popularidad y prestigio también, porque triunfo era y de los grandes, haber sometido al gran aventurero, que desfallecía de amor.

—¡Doctor, todo eso es broma!—Lo tentaba por oirlo don Vicente mientras tomaban el aperitivo.—¡Usted enamorado de verdad! ¡Hablando de hogar, de amor puro! ¡Vamos doctor, si ha de ser choteo suyo!

Terció Cisneros, calentando en las dos manos la copa de coñac.

—Gonzalo ¡estás de remate! A tu edad y después de tantas cosas, eso de divorciar a la francesa, de llevártela a Cuba, de casartet; pero ¿y la Ley? ¿y el marido? ¿y en Cuba tu familia?

—¿Y qué me importa a mí todo eso? Si he encontrado ahora el sentido de mi vida ¿voy a torcerlo por tonterías? ¡Si estoy cansado de andar a saltos y no aspiro más que a la parte de felicidad que me corresponde! Tú tienes tu casa, tu mujer, tus hijas y tus nietos ¡Yo no tengo nada de eso!—se volvió a Fernández fosco—Y usted don Vicente se equivocó como yo. Sus sobrinos son el remordimiento y no la esperanza.

Se exaltaba y nadie podía contradecirle porque conocían sus iras. Tenían que seguirle la corriente y escucharlo. La vejez se le empezaba a ver en lo regañón y persistente. A veces hacía largos paseos a solas o tomaba del brazo a Germaine llevándosela por las calles más apartadas hasta la estación del ferrocarril que es en Niza, como en todas partes, el remate de los paseos sin malicia. Ya la pizpireta sólo le atraía porque simulaba comprender sus desconciertos. Ella entendía bien aquello. Y a cada uno, le contaba los desasosiegos del otro aunque en el fondo, no acabara de comprender bien aquel amor extraño.

Conoció Germaine las cuitas de Paulette que durante los primeros días, arrastrada por la pasión trató de luchar. El sentimiento religioso la contuvo en un principio, pero duró poco la resistencia, que la religión no es un freno para el amor y al cabo sólo hace dar a la caída irremediable un cierto sabor agridulce de sacrificio. La incrédula falta y la religiosa peca, pero las dos, en un determinado momento se entregan lo mismo. Para Paulette el amor fué abnegación y sacrificio e irresistible impulso a la vez. Todos sus sueños se concentraron en el amante real con una fuerza de desquites y un bárbaro impulso carnal. Le había tomado el alma como quien estruja en el puño un ligero pañolín de encajes.

Hasta un blasón le pareció su adulterio, como si fuera pecado de aristocracia o de artistas. Y él ponía todo su arte, todo su empeño y su experiencia en dominarla más y en envolverla. Al cabo de dos semanas todo en ella había cambiado, desde la sonrisa al tono de la voz y los bellos ojos, antes candorosos, se carga-

ron de tristeza luminosa que los hacía más profundos a la sombra de las grandes pestañas húmedas algunas veces. Aprendió que es más grato dar que tomar, que en esto consiste a veces el amor.

De la mujercita soñadora de la avenida Kléber cada vez iba quedando menos. Empezó a sufrir, que es empezar a vivir. Al lado de Renaud se le hacían largas las horas y a medida que los días pasaban, descubríale defectos nuevos en contraste con el amante. Se enervaba ante su falta de imaginación y de espiritualidad cuando, mentalmente, lo comparaba con el criollo batalloso, imaginativo y cultivado. En vano trataba entonces él de atraerla con halagos para mantener bajo su dominio lo que presentía se le escapaba. Encontrándola indiferente se pegó más a ella y se alejó de Ivonne. Ahora su mujer le parecía cómo nunca bonita y atrayente.

—El sol de Niza me ha hecho amarte con pasión—le decía una tarde en el comedor, poniéndole sobre la mano la suya.

Paulette miró, por ver si Maret la observaba y sonrió.

Insistía en sus menudos engaños por atormentar al celoso. Le narraba noches de amor frenéticas con el marido exigente. Al esposo lo esquivaba acudiendo a argucias y subterfugios que él creía. Cada vez, sin embargo, sufría más, porque iba haciéndose una vida doblada, convirtiéndola en madeja que la ahogaba. Conoció las tormentas del insomnio lleno de recuerdos, remordimientos y dudas. Sin hábito de mentir y hasta entonces sin haber tenido nada grave que ocultar, el adulterio se le convirtió en un tormento pertinaz que apenas compensaban las horas de fogoso placer. ¡Cómo empezó a añorar una mañana la nostalgia de sus sueños antiguos! Pero era tarde. Alma y cuerpo se habían abierto a nuevos mira-

jes y sentía la plenitud del amor que él cuidaba con mimos.

También en él la revelación del amor había adquirido tintes melancólicos. Sentía por vez primera los celos y se le fué con eso enturbiando la espiritualidad. Se había enamorado como quien andando, cae de improviso arrodillado. Paulette era entre el ayer y el mañana, algo como una suave bruma de olvidos. Se entregó a su amor desesperadamente, casi con furia y en cada beso que le daba parecía abandonarle un retazo de vida. Le había exaltado la sensualidad sin acordarse que los separaban treinta años y empezó a temer que alguna vez, casi fatalmente, ella se le iría. ¡Y los celos!

—Lo terrible—le explicaba una tarde a Cisneros—no son los celos del marido que se presiente engañado a alguna hora del día, sino los del amante que se sabe fijamente desposeído de lo que cree suyo.

Se detuvo el general, poniéndole en la solapa la mano flaca y mirándolo seriamente a través de los lentes con aro de oro:

—Pero es un poco absurdo todo esto, Gonzalo. ¡Vete! Deja esa mujer, lárgate a la Habana y no vivas más novelas. A tu edad y después de tu vida, es tonto venirse a enamorar como un estudiante.

—Peor que un estudiante—rectificó—mucho peor, porque a mis años se tiene conciencia del amor y sentido de la realidad. ¿Irme? ¿para qué? Jamás esquivé nada en la vida. Me iré, pero con ella. La divorciaré. ¡Si la vida es demasiado breve para llenarla de reflexiones! Me gusta, la quiero y me quiere y lo demás me importa un bledo.

Hablaban fuera de la población, viendo la luz mortecina de la tarde cribada por los faros. Todo el paseo amarilleaba al crepúsculo y una capa de niebla ligerísima empezaba a caer sobre la ciudad. Se cruza-

ron con Arias y Dalila, riendo, acusándose mutuamente del descoco de María Teresa que se mostraba abrazada al novio en la terraza de *La Jetée*. Dalila, charlatana los detuvo y se asombró viéndolos solos.

—¿Y su francesa doctor? ¡Vaya; lo felicito!... Buena moza y... ¡bien ya sabe lo que quiero decirle! Se le ve en los ojos ¡aproveche! Lo guardadito que se lo tenía en París...

Arias, bufo, le tiraba del brazo, silencioso como siempre. Terció por desviar la conversación.

—¿Han leído el anuncio en *Coock* del crucero a las Antillas? Hará escala en la Habana. Decídase, general y véngase con nosotros y usted doctor ¿por qué no cambia de ruta?

Todos los cubanos estaban reservando pasajes en el *Coligny* que debía salir de Niza en crucero invernal a las Antillas Francesas. El general cayó pronto en la tentación del regreso por caminos nuevos.

—Decídete y nos vamos juntos—propuso a Maret.

—No, me quedo aquí. No sé, ni si me iré después o me iré antes. Te repito que estoy entregado al Destino. Si logro divorciarla, me la llevo, si no, me quedo aquí hasta que se decida.

Divisó a lo lejos la silueta de Paulette que avanzaba, según su hábito, buscándolo para beber el aperitivo en el pequeño bar tendido sobre el mar. Estaba espléndida y triste, con los ojos febriles y la boca entreabierta destacándose roja en el zorro plateado que le envolvía el cuello.

—¡Tengo fiebre! Me siento mal. El médico dice que es nervioso y lo creo, porque me tienes fuera de mí. Anoche, no me dejó dormir el dolor de cabeza y me siento débil—agregó apretándole el brazo, apoyándose en él hasta que en un girón de sombras lo besó inesperadamente.—Ahora mi marido, que habló con el médico, se empeña en que demos un viaje, en

que me distraiga ¡imagínate! llevándome lejos de ti. Me propone que hagamos el crucero ese que anuncian en el *Coligny* y que pasa, precisamente, fíjate que coincidencia, por tu tierra.

—¿Y lo harás?

—¿Pero eres tonto, cómo voy a separarme de tí... ¡Dos meses sin verte! Me pondría peor de los nervios y eso es lo que el médico no sabe. ¡Que se vaya Charles solo!—encogió los hombros casi rabiosa, con un dejo amargo en la flexión ligera de la boca.

Maret puso la mano en su cuello, para sentir la tibieza de las pieles. La mesa en que se habían sentado al azar, era pequeñísima, con mantel a cuadros blancos y rojos. Lo embriagaba más el perfume de ella que el vago aroma que se desprendía de las copas intocadas.

—Bien, oye, pero ¿y si nos fuéramos juntos?

Paulette, que jamás había viajado, contuvo un grito de alegría. Cierto ¿y si se fueran juntos? Sería como un viaje de luna de miel en el gran trasatlántico, fácil para todos los deslices y lleno de complicidades muelles. Además ¡entregarse a aquel amor bajo las estrellas, al ritmo de las olas y frente a la gran sombra combada de las noches en alta mar! La cautivó la perspectiva de aquel amor gozado así, furiosamente, por semanas aislados del mundo.

—Pero ¿y Charles?

—¡Bah! Tú no sabes lo que son los barcos. A las tres horas de la partida tendrá ya su aventura de amor. ¡Ah! ¡el mar y el amor! ¡Qué dos grandes incógnitas a desentrañar!

Fué imprudente por vez primera y alzándose por encima de las copas, la besó.

Ella debía aquella noche decirle al marido que aceptaba el plan, como si lo hubiera pensado en la tarde, estando en la iglesuca humilde en que decía

entretener sus horas antes de salir a tomar un poco de sol vespertino. A la mañana siguiente, Maret se apresuraría a separar su camarote, de acuerdo con Cisneros. Ya verían lo que ocurría en alta mar. Y en Cuba todo sería fácil con tal de que ella quisiera. Y ella, él estaba seguro, querría.

La mañana siguiente fué movida, llena de nerviosidades criollas y de tropicales exigencias en la agencia Cook. Todos querían pasaje en el Coligny, cuyas líneas armoniosas con las tres grandes chimeneas pintadas de rojo adornaban en un cuadro los ventanales abiertos sobre el mar y enmarcados de palmeras lenanas. Uniformes de todos los grandes hoteles —HN, HR, HL, HQ y HC se leía en oro sobre los trajes azules, marrones y rojos—llenaban la sala, cada mensajero reclamando un mejor acomodo para el buen cliente. Por teléfono, los conserjes se desgañitaban demandando instalaciones. Prometía ser movido el viaje. Con orgullo, los cubanos veían a los demás detenerse para examinar la exhibición de fotografías habaneras que en un gran cuadro servían de reclamo: La cúpula del Capitolio, el aguila del Maine, el Malecón abierto en curva como si evocara a Niza al revés, Prado semicolonial y más allá los grandes jardines y los edificios de los clubes. ¡Y qué lindo el Casino, comparado con el de Montecarlo que todos conocían! ¡Y Niza no tenía un *Hotel Nacional*...! Reviviendo las imágenes de su país lejano, Maret volvió a tener la sonrisa de otros tiempos y con su traje de un ténue gris, los guantes impecables y el sombrero caprichosa y bohemiamente echado sobre la oreja derecha, junto a Cisneros que también se pavoneaba, se movía entre los grupos, ya ansioso de saber quienes iban a ser los afortunados viajeros que con él llegarían a la Habana. ¡Cuando vieran su ciudad desde alta mar! Porque la Habana tendrá sus

defectos, pero vista desde el mar es única. ¡La Habana! ¡La Habana! ¡Oh, Paulette, la Habana!

Lolita Menéndez de Peláez se dejaba en Niza para siempre su bailarín, regresándose a Cuba a tentar de paso, la aventura de los azules caminos. Allí estaban también los Arias, Dalila impertinente y dominadora, ocultando en reires su absolutismo y el marido aconsejándo con timidez alguna economía. Aceptó, finalmente, los caprichos de su mujer por temor a que le recordara, como hacía siempre que se empeñaba en realizar su voluntad, que el dinero era suyo.

Por curiosidad y más que por eso, por reunirse con Maret y Cisneros, acudió don Vicente, que también se aprestaba a regresar a España, ahora decidido a llevarse a Germaine a Madrid y ponerla un pisito cerca de la Castellana. El viejo indiano aparecía neblinoso de melancolías en el tráfago de las próximas despedidas. Se acercó al profesor buscando en las brusquedades del amigo algo que disipara sus neblinas. Tentó a Maret, por oírle una paradoja.

—¿No le dará pena dejar Niza, doctor? Aquí en donde ha vivido los días que según usted mismo han sido los más interesantes de su vida. Me imagino que debe sentir algún dolor en decirla adiós...

Tuvo el indiano con su ignara sentimentalidad, el arte de hacer evocar al escéptico, que con el amor fresco empezaba a dar tonalidades a las cosas. Dos cocteles, apurados en ayunas en la espera, le habían despertado un poco la sensibilidad.

—Mi amigo, una ciudad más es como una mujer más, un poco de recuerdo y de nostalgia al principio, un vago afán de volverla a ver alguna vez, para encontrar, a la vuelta, que ni ciudades ni mujeres son ya las mismas.

Don Vicente estaba visiblemente complacido de ha-

cerlo hablar. Se volvió a Cisneros que estrujaba con sus dedos flacos una palmera.

—Yo creo que al doctor le están molestando los recuerdos.

—¿Molestarme los recuerdos? ¿por qué? ¡Si yo no tengo recuerdos!—prendió un cigarrillo y miró, al paso, a una americana linda que se le cruzó.—Mire, hay quienes coleccionan sellos de correos y quienes guardan monedas y eso, al cabo, es divertido. Hay quienes coleccionan recuerdos y eso es siempre triste. ¡Yo no tengo recuerdos!—reafirmó como quien se empeña en sacudir una duda.—Para mí no existe más que el porvenir y ese porvenir, se llama Paulette.

No vió el intercambio de sonrisas burlonas entre los amigos. En la calle, una orquesta callejera con arpa y violines, cantaba una melodía llena de infuso dolor. Guardó silencio oyendo aquellas palabras que encontraban un eco misterioso en su corazón y no eran más que el anuncio del cercano carnaval.

Creyó que sus amigos lo habían sorprendido en el pecado de la tristeza. Un grupo de norteamericanos lo envolvió oportunamente, acaso quebrándole una paradoja. También ellos reclamaban su sitio en el barco. Una miss rubia y linda, envuelta en pieles y perfumada con alquimias de París se le pegó al lado. Inmediatamente le cedió el puesto en la fila creyéndola sola. Se les acercó Dalila con un guiño prendido en los ojos pícaros. Habló en voz baja, señalándola.

—"Miss Kansas" el año pasado. Se llamaba Alice Morrison y el padre es el viejo del sombrero alón, que viaja con ella y una amiga, que es más amiga de él que de la hija ¿comprenden?

Dalila se complacía relatando las cosas que en el hotel escuchaba a camareras parlanchinas y a mozos de ascensor. Siguió informando.

Ahora ella se va a Miami a casarse con un amigo millonario que la pidió por teléfono trasatlántico. Pero ¡vaya que la niña tiene un impulso! ¡Si el novio no se apura! ¿Qué le parece, general? Bueno, ya lo veremos en el barco, porque usted bien acaramelado que estaba con ella la otra tarde!

Maret, por esquivar la catarata de infundios y de historias que era siempre una charla con los Arias, se había dado un poco la vuelta para examinar sin ganas los pasquines anunciadores del crucero, impresos en azules cobalto y anaranjados absurdos. Palmeras dobladas sobre mares de añil y sombreros enormes cubriendo cabezas de negros. El *Mont-Pelée* coronado de humos. Palacio haitiano del emperador Cristophe. Después, las piedras blancas del Capitolio cubano y las palmeras de Miami, erguidas en avenidas asfaltadas. Lunas de plata redondas y relumbrantes como monedas, fantasía de trópico y sudor de razas tristes, reminiscencias de piráticas correrías, telón de artificio, en fin, que para atraer a los europeos hastiados de civilización, proponen las agencias turísticas. Vió llegar a Renaud y mostró una sorpresa perfectamente simulada.

—¿Y la señora también vendrá con nosotros a ver mi país?

—Por ella hago el viaje—declaró ingenuo el francés—Anoche se decidió después de pensarlo bien, empeñada sin confesarlo en no alejarse de la madre y totalmente indiferente a cuanto no sea parisién. Se ha dicho que nosotros somos hombres que no queremos saber geografía y eso ya no es cierto. Pero nuestras mujeres no creen que exista nada después de París y todo cuanto esté más allá de Saint Germain o de Vincennes, es provincia.

—¿Y no será cierto?—sonrió Maret, ofreciéndole la pitillera.

Cortó la porfía, después que todos hubieron firmado los billetes y dejadas las reservaciones, invitando a beber el aperitivo. Renaud aceptó y agarrándolo del brazo abrió la marcha mientras Cisneros y Fernández los seguían bordando comentarios. Frente al hotel del Luxemburgo, tropezaron con Paulette que caminaba llena de ritmo, taconeando con premuras, enseñando los dientes detrás de la sonrisa. Sin inmutarse al encontrar del brazo al marido y al amante simuló no ver más que a Renaud. Casi pareció no advertir que Maret le anunciaba que serían compañeros de viaje, haciendo un saludó ceremonioso a Cisneros, que le fué presentado por segunda vez.

A don Vicente le resultaba embarazosa la situación, poco habituado el setentón a estos episodios. Se escudó en su ignorancia del francés. Todos con excepción de Charles eran camaradas de muchos paseos y se conocían intimidades cuya alusión despertaría en el marido sospechas y dudas. Pero la experiencia de Maret fué sorteando las dificultades. Cisneros inclinaba en la terraza el busto sobre Paulette, diciéndole galanterías mientras Renaud y Maret hablaban de negocios mineros, de azúcar y de estadísticas. Dando al sol el iris de la copa con la mano curtida por el sable, Cisneros habló de pintura por no hablar de amor.

—¿No han visto a Federico Beltrán Massés?—inquirió Paulette.—Está en Niza y lo encontré ahora frente al correo, paseando con *Miss París*.

Apretó el pie a Maret para que se volviera a ella. El suspendió sus estadísticas para hilvanar la charla con la amante. Cisneros no sabía que Beltrán era cubano.

—Cubano, habanero, de Melena del Sur y, además, ha inventado un azul. Sus azules son únicos, fíjense ustedes, nuevos, magníficos. ¡Si es un genio, Federico!—empezó a hacer malabarismos con las paradojas.—Beltrán ha descubierto en su paleta, ese azul suyo. Además en los retratos armoniza el fondo con el modelo y sus canales venecianos, sus paisajes con neblinas, sus montañas, corresponden siempre misteriosamente al color de los ojos. ¿Y su Salomé? ¡Si Wilde la hubiera visto! Porque Salomé fué así, sin duda. ¿Por qué la imaginó blonda Tiziano? El día en que yo ame definitivamente, una mujer, la haré retratar por Federico y así, cuando los años hayan lamido el recuerdo, la tendré palpitante y bella como era, en el marco.

—¿Así que cuando usted ame definitivamente una mujer, tampoco la tendrá siempre a su lado?—requirió con malicia Paulette, llevándose a los labios la copa.

—Yo no he dicho eso. El amor podrá durar siempre, pero la belleza no.

Renaud se puso en pie invitando a su mujer. Dejó Maret que adelante marchara Cisneros con ella y presto, el general se ofreció al disimulo. Se escabulló don Vicente para irse en busca de Germaine y Jaime.

Se encontraron los amantes, como de costumbre, por la tarde. A la hora de la siesta, envuelta en el kimono rosado se le presentó exuberante, tentadora y sabrosa, hasta un poco más excitada que de costumbre, tal vez por el episodio de la mañana. Olía a perfumes extraños y exhalaba algo embriagador. En la mano la boquilla de ámbar terminaba en un cigarrillo también aromado de exotismo. Se le metió en la cama con su gesto impaciente e incitante. Sobre las almohadas blancas la melena revuelta tenía contrastes azules.

A las cinco, buscó pretextos para hacerla salir, sin decírselo. Se horrorizó frente a la protesta.

—¡Hoy no me quieres!—y agregó, mimosa mien-

tras clavaba los dientes en los hombros: Te encuentro frío y hasta indiferente. ¿Vamos a llegar ya a los amores de "cinco a siete"? Yo no te quiero así, sino como era antes, como son los cubanos.

Creyó que el beso que le daba al partir, rozado en el pasillo mismo, era un poco falso y hasta frío. Sintió angustias terribles. La atrajo entonces y le apretó los brazos con las manos duras, mordiéndole la boca que se despintó. Cuando levantó la cabeza sacudiendo la cabellera, estaba sofocado y sin aire. Brillaron las canas blanqueando a la luz del rayo de sol robado al poniente por una ventana.

Aquella noche ninguno de los dos pudo dormir, acosados como estaban de dudas. Paulette llegó a pensar que estaba dejando de quererla y que se esfumaban los entusiasmos antiguos y él rumió desesperadamente su senilidad próxima, que empezaba ya a apuntar en el fondo de los cansancios. La madrugada los sorprendió desvelados. Tuvo Paulette que pedir una taza de tilo. El se durmió, al fin, con la boca seca y amarga.

CAPITULO SEPTIMO

La amarga caña de azúcar

OTEO Manengue la clara mañana que a lo lejos se cargaba de nubarrones oscuros sobre el verde claro de las cañas. Como en el bohío no tenían reloj, guiábalo el gallo cantando al sol en la tranquera cerca del cloquear de las mansas gallinas. Escupió para quitarse de la boca el sabor amargo que le había dejado el café sin azúcar y frotando la mocha oxidada y plana sobre el gastado pantalón, dió un puntapié al perro sarnoso y enflaquecido que lo acompañaba en sus miserias. Se veían a lo lejos las grandes chimeneas del central expeler su humo que subía a confundirse con las nubes.

—¡Bah!... Casiana, me paece que vamo a tené agua eta mañana. ¡Maldita sea! Se van a enfangar las guardarrayas y tendremos que dejá el tiro y el corte—lanzó algunas duras interjecciones guajiras al tiempo que del poyo de la batea recogía una colilla a medio consumir, dándole fuego con el rústico mechero.—¡Perra vía esta! Trabajá, total pa que los hijos se le mueran a uno de jambre! Casiana —volvió a llamar con malhumor— ¡dame un trago e caña!

Casiana —tez de pergamino viejo a los treinta años, desdentada, flaca de miserias y café, las greñas caídas sobre la frente sucia—se asomó por el

ventanillo del bohío. Tenía en los brazos magros un chiquillo macilento y tiñoso cuya desnudez mostraba el vientre enorme y las flácidas piernas huesudas y con granos. El crío lloraba de ayunos en la mañana aromada de azúcar.

—Si s'acabó la caña hace tres días! ¡Eonde quiés que la saque?

Cerró de un golpe el ventanillo y se volvió a la cocina de piso de tierra y fogón hecho con cuatro piedras y unos hierros. Lloró el crío de los ojos legañosos azotados por el humo de la leña húmeda. Se empezaron a levantar los hermanos. Eran cuatro. Dormían vestidos, si vestirse era andar cubiertos con aquellos guiñapos multicolores hechos con retazos de lo que abandonaban en la basura los empleados del batey. El suelo era duro y olía mal la cobija a que llamaban frazadas, en que se acostaba por el día el perro y en donde hociqueaban los marranos murmuradores. Manengue volvió a gritar desentonado:

—Casiana, dáme un poco é café. ¡Apúrate! —arrastraba un poco las vocales finales como si se quejara.—Ya se ve en la guardarraya la carreta e Pancho.

Excepto el mísero bohío techado en guano y hecho de yaguas amarradas con bejucos secos, todo era espléndido en su torno, aunque Manengue no lo supiera. El cañaveral se dilataba como un mar inmóvil en todos sentidos, cuadriculado por las guardarrayas de tierra rojiza y parecían las palmas alfileres adornados puestos para señalar alguna cosa en el llano. A lo lejos, azules de horizonte unas lomas cuyas asperezas esfumaban la distancia alzaban los conos limados. Al otro lado, gris la mole de zinc y los techos rojos, rascacielos en la llanura dominado, el central, eje de la vida en la región.

Estaba bajo el precio del azúcar aquel año y con la restricción de la zafra se había reducido también el ya ínfimo jornal. Sobre la miseria real, profunda y triste, el aire de la mañana, el cielo cubano y el alarde esmeralda de las palmas ponían un poco de engaño. El central, con sus chimeneas coronadas de negro, sus grandes jardines, la casa de vivienda en cantería, mármol y caoba, desentonaba un poco en la miseria circundante. Y era un símbolo además, porque la casa de vivienda es, exclusivamente y por tradición, la del administrador y en ella se alojan los magnates de la compañía. ¡Casa de vivienda suntuosa y fresca! Rastrojo colonial de cuando no había en los ingenios diminutos más que el amo—buenas maneras sociales, molicie criolla, raspaduras y melado— y los negros esclavos doblados de trabajo. Pero ¡qué sabía de estas cosas viejas el pobre Manengue, nacido allí cuarenta años atrás, cuando todavía no se anunciaba el derrame de oro de los americanos!

Bebió el café de recuelo, claro y amargo y con la mocha encajada en el cinturón, moviendo los brazos como un pelele, salió a paso lento hacia el corte de caña. Olía bien la mañana, avivados sus verdores por el rocío. Caminaba a su vera Cañengo el perro que tenía un mastín en su genealogía perdida y parecía reflejar las miserias del amo. Igual que él debía experimentar una cierta sensación de descanso y euforia al dejar el bohío miserable cargado de olores nauseabundos. Cojeaba un poco de la mano derecha el animalejo desde que siendo cachorro, por distraerse, un criado de Goldenthal había dejado que lo mordiera Gip, el perro feroz que el americano había comprado en Europa con un pedigrí en que figuraban tres primeros premios en ciudades populosas y magníficas —Londres, París y

New York—cuya existencia Manengue y Cañengo no sospechaban. Pero a Manengue no le pareció extraño que el perro del amo desgarrara la pata de su cachorro. Después de todo, era americano y resultaba naturalísimo que fuera feroz y fuerte. Por irracional, el can pensaba de otra manera y con sus andares humildes que levantaban mofa, atisbaba siempre una revancha sobre los rivales gordos y lustrosos que le ladraban al pasar frente a la casa de vivienda.

Cumpliendo órdenes emanadas del central, apagó la colilla del cigarro y se la guardó en el bolsillo. La guardarraya iba a morir al centro del batey y por ella, a lo lejos, se veía el oasis de los jardines, con su lago artificial, las arecas menudas y las flores exóticas que un jardinero italiano cuidaba con esmero. Torció a la derecha para ir hasta la colonia que se señalaba en el mar de cañas por el molino de viento y el tanque rojo al lado. Era allí en donde Manengue y Pancho trabajaban. ¡Mala caña aquella de primavera, de tronco grueso y hojas anchas! ¿Cuándo habría fuego? La idea de cortar caña quemada lo consolaba en sus miserias porque casi duplicaba la tarea no teniendo que separar las hojas, ni luchar entre la paja. Como nunca, le parecía acertada la teoría del gallego Cofiño.

—Con darle fuego a la caña, no hacemos mal a nadie. Dicen que se pierde, pero lo pierden los ricos, lo pierde la compañía. ¡Debíamos meterle fuego a los cañaverales!

Lo malo fué que después de repetir esto, una vez en que hubo un fuego grande en que se perdieron como tres millones de arrobas y que fué de línea a línea, envolviendo casi el batey, una pareja de la rural se llevó a Cofiño para el pueblo y lo encontraron dos días después, colgado de una ceiba, balanceándose y picoteado de tiñosas, al lado del camino y en el sitio en que se originó la candela. ¡Diablo de Cofiño! ¡Mira que meterse con los americanos!

Alzó Cañengo las orejas raídas de sarna, se detuvo en seco y olfateó entre las cañas. Rompió a ladrar mirando al amo y revolviendo con el hocico negro la paja húmeda y amarilla.

—¡Cañengo! ¡Aquí! deja ese nio e jíbaros.—Como el perro siguiera dando vueltas y ladrando, hizo ademán de extraer la mocha del cinto.—¡Cañengo! ¿Te paece que somo poco en casa pa llevá ma perro?

El corte no estaba lejos y llegaron en pocos minutos. Un gran círculo claro se abría amarillo y cubierto de paja que crepitaba al paso. Al centro, dos carretas se iban cargando mientras los bueyes cansinos rumiaban cogollos y hojas verdes. Cantaban sofocados y monótonos los jamaiquinos, hablando en inglés y despreciando a los haitianos casi salvajes. Los únicos blancos en el corte eran Manengue, Pancho y Tobías, *el Gallego*, que trabajaban juntos. En un recipiente de lata que los humos habían ennegrecido, colgado debajo de la carreta, había café. Se dió Manengue un trago después de un saludo breve y empuñando la mocha atacó la caña.

Desde niño había aprendido a cortarla y en eso se distinguía de Tobías, que no tenía los músculos flexibles como él. Manengue sabía el ritmo del cortador y como tenía curtidas las manos ásperas y con callos, no se lastimaba con el pica-pica de las hojas. Un golpe vertical para limpiar el tronco de hojas, otro para separar la caña, un tercero para dividirla en dos en el aire. De las mitades, impulsaba una con el plano de la mocha hasta la pila y tiraba el otro con la mano izquierda. Cada caña eran cinco flexiones de cintura. Viéndolo trabajar con tanto ritmo y con tan precisa armonía, una tarde un amigo de

Goldenthal, que no hablaba en inglés y al que decían el doctor Maret, le había regalado unos décimos de lotería. ¡Diablo de doctor aquel! Siempre andaba hablando con los cortadores y con los obreros, como si quisiera ser representante o cosa así.

Trabajando desde la salida del sol hasta que el crepúsculo hacía dorado el sable de las hojas, Manengue ganaba setenta centavos. No era mal jornal para los tiempos que corrían. Con esos siete reales hubiera podido comprar algo para los muchachos y quizá si hasta ahorrar para un décimo de lotería. Pero había algo malo. No le daban dinero, sino que cada semana le entregaban un vale para que lo cambiara en la bodega del central en donde tenía que comprarlo todo, porque así lo quería la compañía. Y descontado lo que había comprado para comer, muy poco quedaba en el bolsillo.

La mañana iba avanzando un poco nublada, sin que se alterara el ritmo monótono del corte. Seguían llegando los cantos jamaiquinos y cerca de los tres blancos, los haitianos hablando gritaban su patuá, que nadie entendía. Manengue los odiaba, porque eran los culpables de la reducción de los jornales, viviendo como vivían, sin familia, reuniéndose dos o tres para tener una mujer que les servía de cocinera y querida a todos y hasta a veces, cortaba caña.

—¡Cañengo! Deja lo totí, perro!... Oye Pancho, ¿qui hay de la güelga que me dijiste el otro día.

—Too se ta apreparando y uno de estos días se para el central si el míster no hace caso a lo que le van a peil. Si no quiere, tocarán la sirena pa que naide siga trabajando.

—¿Y pa nosotros qué van a peil?—preguntó Manengue sin dejar de cortar y enviando su pregunta

al que estaba en la carreta como un trozo más de caña.

—Me afiguro que pa nosotros, na. Eso e pa los del batey.

—Pero si no cortámo ¿e que vamo a yivil, Pancho?

—¡Qué sá yo! —respondió el carretero con ese fatalismo desgarrado del campesino cubano que lo ha ido perdiendo todo— ¡qué se yo! Pero entenemo que dejá de trabajá por no se qué cosa que le dicen de soliadiá.

—¡Solidaridaz!— restalló Tobías, que era el más culto de los tres.—Ahora nosotros por ellos y después,ellos por nosotros. Vénganse al pueblo esta noche que hay una reunión de directores de la huelga que se prepara. El catalán Ramón está organizando a la gente de las fornallas y dicen que el maquinista Paz es delegado de la Hermandad Ferroviaria. Pero la compañía no sabe nada.

—¿Y pa qué too eso?

—¡Sois idiotas! Cuando cada parte del central esté agremiada, se forma una federación y así, todos unidos, le damos la batalla a la compañía para acabar con los abusos. Pero hay que tener solidaridaz. Aquí no hay más que dos clases de hombres, unos que trabajan poco y ganan mucho y otros que trabajan mucho y ganan poco. A ese Márquez al administrador, cortábale yo la cabeza! Siempre de parte de la compañía...

Manengue iba a darle la razón al gallego, pero se acordó de Cófiño al que vió balanceándose, picado de tiñosas.

—Bueno, gallego, pero, ¿a nosotros que nos va en too eso?

—¡Ya veremos! Déjame a mí. Si los macheteros me designan para representarlos, yo pediré lo que haya que pedir.

Se quedaron los otros en silencio de pronto, doblados sobre el rimo del corte, sin atender a Tobías que continuaba hablando de espaldas a la entrada. Resaltando el kaki cruzado de correajes lustrosos, aplastando la paja seca por el sol, bien plantados y buenos mozos, los rurales avanzaban después de soltar los caballos a pastar el cogollo fresco. Viéndolos, los haitianos temblaron un poco, que siempre cobraba su piel oscura los cintarazos perdidos. El gallego seguía su prédica.

—Unirnos es lo que nos hace falta!... Ya verá el americano y ya verá ese desgraciado de Márquez, de míster Márquez, como se hace llamar.

Le cortó el discurso y la respiración, un planazo dado con saña y en medio de una carcajada irritada. El cabo García tenía en la mano el paraguayo de hoja brillante y larga, todavía cimbrando un poco.

—Dobla el lomo gallego y nada de discursos comunistas. ¡Vamos! a ver si trabajas tranquilo. ¡Oye! y si sabemos que sigues aquí armando líos, ya sabes ¡eh! ¿Tú ves esa guásima que está ahí? Bueno, te echamos una soga y a bailar con los pies en el aire ¡y con lo feo que vas a lucir!

Se había suspendido el trabajo. Un jamaiquino se adelantó a la sombra de la carretera para buscar un poco de agua. Pero el cabo estaba irritado, mordiéndose los bigotes con cierta fiereza.

—¡Oye, haitiano!—increpó avanzando—¡vamos! ¡al trabajo! A ver si tú tambén eres comunista y te corto la cabeza primero que al gallego.

El jamaiquino, sin comprender. seguía su camino, enseñando los dientes blancos sobre la tez oscura. García iba a saltar para imponerle respeto a su autoridad, cuando el soldado Ayala habló.

—Déjelo, cabo, ese es jamaiquino.

Field, paria como todos, llegó hasta el cubo de agua y se bebió un gran jarro de un solo trago, mirando al cielo y confiado, en tanto que el cabo, marcialmente envainaba el machete y acariciaba la empuñadura con la cabeza de águila que muerde un adorno de cuero retorcido. Por desquitarse del fracaso de su autoridad, al pasar frente a un haitiano que con la mocha se arrancaba la costra de una herida, le increpó.

—¿Es que tú vas a empezar ya la huelga?

—Yo no sa —explicó lastimero, pero viendo la mano sobre el machete, dejó de rescarse la herida para curvarse sobre la caña.

—Bueno ¡ya saben, eh! Tú gallego.... mira—y se puso en la garganta, abierta la mano entre el pulgar y el índice—. ¡Déjate de comunismos!

Iñíguez, mayoral de la *Goldenthal Sugar Company*, sobre su caballejo criollo se aproximó al corte. Lo saludó con camaradería la pareja.

—¿Hay algo nuevo, Iñíguez?— demandó el cabo García.

—¡Ahí luchando, como siempre! Los comunistas esos tienen perturbado el elemento y me parece que vamos a tener lucha si la cosa estalla. Manolo Viñás, el rubio de las centrífugas, está organizando toda la casa de calderas, pero menos mal que no se ponen de acuerdo. La única gente que parece quedará trabajo son los del tráfico, con Alvarez a la cabeza. Ese es un mal elemento y un desagradecido, después de tanto como la compañía ha hecho por él, y con que no trabajen ellos viene a la fuerza el paro, porque las vías están muy malas para meterles elemento nuevo que no conozca los caminos. Al que le dió míster Márquez el *tebote* fué a Colín, el pesador.

—¿Ha visto al teniente?

—Sí, iba para la colonia y me dijo que está es-

perando nada más que le den la orden de meter mano y acabar con este asunto ¡qué hombre ese teniente! Bueno, es verdad que le debe mucho a la compañía. Lo que pasa es que no lo dejan ¡que si no fuera eso!

—Pero usted sabe que nosotros no actuamos dentro del batey hace años, desde que la compañía puso los jurados que Panchito ha organizado muy bien. Hay que reconocer que la compañía nos da poco que hacer, fuera de cuidar los campos y de perseguir el bandolerismo, como es nuestro deber. Por suerte, ahora esto anda tranquilo.

Efectivamente, dentro del batey, el Ejército, con ser la expresión suprema de la República, poco tenía que hacer. El central había logrado convertirse en un feudo extranjero en el corazón de la isla. Tenía su puerto propio, sus vías férreas, un aduanero que entre el fisco y la casa de Ruibal Fernández y compañía, prefería defender a esta, cosa que daba a los concesionarios de la tienda ganancias magníficas. Una organización así, tan completa, todo puesto en una sola mano, requirió pronto una autoridad que no obedeciera más órdenes que las de la compañía. Un cuerpo de guardajurados, fué creado y mantenía un orden cesáreo en el batey. No se permitía en terrenos de la compañía hacer política y para actuar en ella los empleados y los obreros tenían que irse lejos, al pueblo de Palmares, lo que prácticamente, los mantenía lejos de toda actividad cívica. La Constitución no daba su sombra en terrenos de la **Goldenthal Sugar Company**, bien cercados con alambradas de púas. Hasta el precepto de libertad de tránsito en el país, quedaba en receso si no quería Panchito el jefe de los guardas o a Márquez el administrador no le era simpático el transeúnte. Primero se le decía que se marchara. Si no

atendía la súplica, se le ponía en los linderos con una pareja, que como recuerdo solía darle un par de planazos en la cintura.

La conversación se detuvo en seco. Al tiempo que los caballos paraban las orejas escuchando la sirena que bramaba a lo lejos. Un toque alargado, después tres cortos y otro largo al final. Hizo una pausa y volvió a sonar.

—¡Fuego! En la colonia de Valdivia ¡vamos!— y el mayoral picó el caballo enfilando al trote la guardarraya seguido de los rurales que espolearon las cabalgaduras lanzándolas al galope hacia la ligera columna de humo, que serpenteaba en el azul.

¡Fuego! Y ojalá que el viento soplara y se extendieran las llamas, que se hacen buenas tareas con la caña quemada, sin tener que andar luchando con las hojas. Los cortadores alzaron la vista en dirección a la colonia de Valdivia y se miraron sin atreverse a hablar su alegría. Iba bien aquello y la columna se hacía ancha en la base, negrísima después y gris cuando se expandía como nubes de verano.

—¡Y que hay una ventolera! —comentó Tobías volviendo a su trabajo después de haber visto los progresos del fuego.

La llamada de la sirena había puesto en movimiento todos los caballos del batey y las cercanías que piafaban un poco en sus amarras, habituados a la carrera hacia las llamas. Por segundos, a impulsos del viento el mar de fuego se extendía. Pronto, lenguas rojizas y doradas subieron entre el humo que se corría. Crepitaba la caña ardiendo y el ruido era a lo lejos, como descarga de ametralladora. Remolinos de viento y polvo se alzaban en el calor y expandían chispas como estrellas. Momentos después, nuevas columnas de humo blanquecino se fueron alzando y al cabo de pocos minutos de haberse adver-

tido el incendio ya era un mar de humos y llamas todo un cuadrante del irregular horizonte.

Iñíguez el mayoral dirigía las operaciones y todos los hombres disponibles, cortadores y jinetes, éstos con sus machetes de campo, se lanzaron a tumbar caña para oponer una zona vacía a las llamas. Se encabritaban espantados los caballos molestos por el humo, relinchando y dilatando los belfos cuando los perros jíbaros se les colaban aterrados entre las patas huyéndole a las llamaradas. Al paso, de un solo golpe de machete, dividió Iníguez un majá que a poco más se le enrosca en las piernas por el pánico. Toda la menuda fauna habitante del cañaveral huía aterrada y ratas enormes, jubos de escamas brillantes, cienpiés largos y sinuosos como espirales distendidos, perros jíbaros de orejas en punta y ojos vivísimos, salían de entre la paja ya caliente a las guardarrayas para que el ladrar de los perros, persiguiéndolos aumentara aún más el ruido confuso que dificultaba oír y dar las órdenes. Como crecía el incendio, la sirena en el central seguía clamando para atraer a los que estaban más lejos. Las chispas infinitas parecían luciérnagas en la noche del humo espeso.

Se trabajaba con dificultad, porque el humo hacía llorar los ojos enrojecidos y el calor del aire era sofocante. En las manos se iban formando ampollas por el roce de los machetes. Unos a otros, los hombres se gritaban para acicatarse en la lucha contra lo invencible. Hasta los rurales, con mejor intención que arte, dejarón los caballos para ayudar en la tarea. Se quedó el cabo montado, recorriendo el terreno como en una línea de fuego. Medio asfixiado sacó, arrastrándolo, a un mestizo que se había internado tajando cañas. Se fué haciendo negro el cielo y el humo en la atmósfera parecía nubes de tor-

menta. Duraba ya media hora aquello y cada remolino era un nuevo y peligrosísimo pulverizador de chispas que prendían en seguida en la paja reseca. Iñíguez se humedeció el dedo índice en la boca y lo alzó.

—¡Anjá! el viento está del lado de la furnia. A ver ¡oye tú, Gonzalito!, vamos a meter contracandela por el lado de la línea.

Por tres lugares distintos él y el guardacampos dieron fuego a la caña. Bastaba lanzar el fósforo en la paja para que se prendiera con furia y en tres minutos fué el cañaveral una sola llamarada crepitante y dorada. Machete en mano, los hombres iban de un sitio al otro, apagando los brotes nuevos que menudeaban. Con cubos de agua fué preciso humedecer el cartón del techo del trasbordador por miedo a que se incendiara también la madera. Toda una parte al sur era ya una quieta mancha oscura, con las cañas erguidas, llenas de tizne, sin un solo verdor. Grandes troncos resecos que quedaron de cuando se tumbó el monte, ardían como panales de chispas. Era desolado y negro cuanto iba el incendio dejando a su paso.

Llegaban en caballos sudorosos y jadeantes con espumas bajo las cinchas, colonos y mayorales de la vecindad a dar su ayuda a Valdivia ausente. Por las guardarrayas, blandiendo la mocha y sin atreverse a cantar, los macheteros se acercaban para abrir la tarea tan pronto se disiparan las llamas. Desde su caballo, abarcando con la vista toda la extensión desolada y la que aún ardía abandonada porque se confiaba en la zona despejada de la línea para poner una barrera natural al fuego, el mayoral, alzándose en los estribos, con ojo experto calculó el monto de lo quemado.

—Doscientas mil arrobas, por lo bajo y de caña

de frío! —explicó al sargento Ibarzábal—. ¡Como míster Márquez no le de más carros a Valdivia, se le queda parada más de la mitad!

Tirado por una yunta de bueyes, el carro de agua rechinaba acercándose. Tres hombres con grandes baldes repletos empezaron a humedecer los troncos que seguían ardiendo con lentitud. La sirena había dejado de sonar y el teniente Taboada, tiznado y rojos los ojos después de haber colaborado, no como militar sino en su calidad de colono, a la extinción del incendio, se pegó al encargado de la colonia, un camagüeyano emparentado con Valdivia.

—¿Por dónde empezó la candela?

—Por ahí, al lado del linderito. ¡Vamos a ver, teniente!

Encontraron lo que sospechaban. Casi al lado del camino, entre la tierra todavía caliente, una gran mancha de cera derretida mostraba el sitio en que la mano hartera puso el pedazo de bujía. Taboada, inmediatamente, se volvió sobre el acompañante.

—¡Oiga, Betancourt! ¿Qué elemento tiene aquí cortando?

—No, teniente, buena gente toda. Ese ha venido de otro lado, sabiendo que con el fuego volvería. Ningún machetero, y lo sé por experiencia de treinta años metido en colonias, da fuego donde trabaja. ¡Imagínese, cómo podemos saber! Mire todos esos que vienen. Alguno será el *fáino* sinvergüenza. Con el sistema de la vela, mientras se consume, hay tiempo de sobra de alejarse algunos cordeles. ¿Usted dará cuenta al juzgado, no es eso? Bueno, ahora vamos a decirle a la gente que anden para la bodega a darse un trago de ron, para que se les quite la sed y no tomen agua.

Sudorosos, jadeantes, manchados de tierra y hollín, comentando los incidentes de la batalla contra el fuego, galopando apremiados por la sed, guardacampos de la compañía, mayorales de las colonias vecinas y algunos colonos, con los cortadores que llegaron a tiempo, llenaron la diminuta bodega para humedecerse la garganta con un trago, obsequio de Valdivia. Habían acudido todos los jinetes de los contornos a prestar su concurso, con una tradicional solidaridad campesina, hija de las necesidades.

Flotaba hollín en el aire y a lo lejos empezaba a levantarse el aullido de las jíbaras que habían perdido las crías y las lloraban en la sabana oscurecida. Asustadas, arremolinándose en el abrevadero bajo el tanque del molino, molestas por el humo, las vacas se corneaban nerviosas todavía. Mugía un ternero lastimado, atado en su abandono.

Estaba triste el pedazo de campo, pero alegres Tobías y Manengue y todos los macheteros. ¡Con tal de que no lloviera! Porque un simple chubazco echaría a perder la caña quemada, agriándola y no sería preciso cortarla. Ya había sido así dos semanas atras con el fuego de *Dos Hermanos*.

—Aquí tenemos pega lo meno pa cinco día— insinuó Manengue al gallego.

Pero Tobías estaba contento y no escuchaba. Se puso a cantar saudades.

CAPITULO OCTAVO

Las Cuentas del Rosario

QUE tienes?

—Te he dicho que nada. Miro el mar y si no hablo, es porque pienso en cosas que no debo decirte. Ustedes los hombres jamás podrán comprender ciertos matices y es inútil explicárselos. ¿Vas a repetirme la escena de anoche? ¡celos!—agregó con un mohin de disgusto que tuvo contracciones ásperas—¿no te parece un poco ridículo?

—Absolutamente. Te propongo divorciarte, casarte conmigo, unirte a mí, si es que de verdad me quieres y rechazas eso y acabas invocando el dolor de tu marido, su sufrimiento y su desolación ¿es que esto es lógico? O me quieres a mí o lo quieres a él, pero esa duplicidad, es un absurdo y no lo entiendo.

—No lo es y por eso te repito que es en vano tratar de explicarte. Yo no tengo motivos para dejar de querer a mi marido aun más que el día en que nos casamos. Ha sido bueno y leal conmigo, me ha mimado, me ha atendido, jamás me ha proporcionado un disgusto... ¿es que se puede pedir más a un hombre? Me ama, aunque siente que yo no le amo, y dejarlo así, abandonado a traición, llegando a la Habana, en donde todo está a tu favor, en donde todo conspira en su contra y en donde estaría solo, inocente al cabo, frente a un mundo adverso, me parece una acción desleal y no la acepto por mucho que te

quiera. Charles no me ha hecho sino querer y se ha comportado bondadosamente conmigo. ¿que le soy infiel contigo? Es otra cosa. No es mi culpa; son cosas de la vida!... Pero lo que me propones es una mala acción ¿no te parece?

No le parecía. Su amor había sido escalando los absolutos y estaba dispuesto a arrostrarlo todo con tal de no perderla. Hablaban aislados en la terraza solitaria del hotel, viendo caer la niebla como un manto sobre el bulevard y oyendo cómo, desde el salón, subían las notas perdidas de una canción cubana que a él le removían los criollos impulsos. El humo del cigarro se iba a perder en espirales por entre la niebla y un frío ligero subía de la tierra o venía del mar que enviaba por sobre el silencio de la ciudad, sus aromas saladas.

A un lado, el bulevard moría en oscuridades y al otro, se confundían sus luces con la Avenida de la Victoria, arteria nocturna de la Niza honesta. Subían hasta ellos aromas cálidas y húmedas y cuanto los envolvía en aquella hora casi de éxtasis, era para él un poco externo, superficial y hasta extraño. El alma del nómada tenía nostalgias de trópico. Se sentía distante, celoso, primitivo y un poco brutal; él, exquisito, desgranador de paradojas sutiles. Pero Paulette en pocos días, le había abierto un mundo nuevo. Cerca de ella y por ella, sentía su medio, se doblegaba a su instinto ancestral. Al cabo, todo lo demás era superficial y lo mismo que en el fondo del alma andariega la música de su isla hallaba ecos extraños y personalísimos, el instinto de posesión absoluta se le revelaba acosándole y exigiéndole. Sintió como si se deseuropeizara de pronto, cuando por unos segundos se la imaginó a su lado, en la casa de Marianao, cerca de las negras que decoraron su lejana infancia y envuelta a la vez, en los perfumes de París y en el de las yerbas silvestres después de un aguacero.

—Ya te he dicho—afirmó al tiempo que le tomaba la mano con fuerza—que entre nosotros, el amor es dominante y absolutista. Para un cubano, cuando se trata de llevarse a la mujer que ama, no hay barreras, porque allá vivimos y morimos por el amor. No me hagas más reflexiones inútiles y dime si estás dispuesta a lo que te propongo. Nuestro amor, no es como el de ustedes.

amor como la ozplacción

Iba a seguir hablando y tejiendo la gran mentira de sus exaltaciones, de los soles, de los mares ardientes, de las cálidas brisas encendidas con que había logrado envolverla y hasta dominarla antes de la posesión. Pero Paulette indiferente, graciosa, sensual, al tiempo que cruzaba las piernas bonitas, escondida la carne en lo alto bajo la media clara, cortó sus frases:

—Allá en tu tierra, como aquí en la mía, el amor es uno. ¡No más novelas, Gonzalo! ¡No más exageraciones! Tú no eres sino un parisién, un perfecto parisién, un buen vividor, inteligente, es claro—corrigió como para limar la aspereza de su afirmación—ni más ni menos, que los de acá. También tú tienes tus cansancios—agregó en un tono que le pareció hiriente—y tus agotamientos. ¿A qué más novelas?

—Si no me quieres, es inútil tantas vueltas para decírmelo.

—No desvíes el tema—le interrumpió ella poniéndose en pie y apoyando la mano ensortijada, abierta en la mesa—¡Te quiero! No he dejado de quererte y te quiero mucho; pero por tí mismo, ¡sí, te adoro! —ponía en los labios una expresión sabrosa y jocunda—pero ¡no más novelas! En tu país aman como en el mío, como en todos y cuanto me has dicho son fantasías que no me importan. Sí, te quiero por tí,

porque me satisfaces, porque me gustas. Tus escenas de celos son un poco ridículas ¡celos del marido! ¿pero si entre el marido y el amante preferiríamos al primero, a qué la molestia del amante?

Discutieron todavía una hora más. Enviaba la ciudad sobre el balcón sus silencios y aun estaban hablando, riñendo, ásperos a veces, crueles y desconcertándose. Renaud llegó a su habitación cansado de Yvonne arisca y se metió en la cama sin aguardar a su mujer, que se presentó a las doce y media, con el rimmel corrido por las lágrimas y en los brazos el sabroso dolor de los apretones recientes. Por miedo, no había querido entrar a la habitación del amante que la dejó un poco efervescente.

Aquella noche, como en noches anteriores, pidió tila para dormir. Pero estaba demasiado linda, envuelta en el traje oscuro que dejaba al descubierto los hombros excitantes y el nacimiento de los pechos. Charles evocó, viéndola plena y encendida, la muchacha burguesa, menuda y tímida de la Avenida Kleber. Al tiempo que ella se iba desvistiendo mostraba—inconsciente acaso, ahora—sus encantos sonrosados y cuando él, al desgaire, apresándola en el último paso, la atrajo y clavó en su muñeca los dedos agarrotados, se dejó suavemente atrapar. ¡Sentía aquella noche una piedad tan grande por su pobre marido!

Se durmió casi agotada, en apariencias tranquila, sin tratar de desmenuzar demasiado el complejo de sus sensaciones extravagantes. Pensó sí, sin detenerse en ello, que había perdido muchos años de juventud. Cuando se quedó dormida, el brazo bajo la cara y la boca entreabierta, tenía una sonrisa que era como una burla muda e íntima al cortejo de sus sueños derrotados por una realidad persuasiva y dominadora. Los nervios excitados, no podían darle sueños tran-

quilos. Despertóse de madrugada después de un ligero grito en una pesadilla que la atormentó. Había soñado que se encontraba en una isla desierta, muy semejante a esas que muestran los carteles de las compañías navieras, a medias desnuda en una playa y que muchos hombres jóvenes y fornidos, con músculos tensos y ojos dilatados, la rodeaban luchando entre ellos por llevársela. Uno, al fin, había logrado asirla por los hombros. Tenía la cara contraída, los ojos de loco y la boca parecía enorme con los dientes blancos, bajo el bigote menudo. Reconoció, entonces, a un joven que aquella misma tarde, en viaje de novios, había llegado a Niza desde San Remo.

Al despertar, no se explicaba el sueño absurdo. Ni el nombre del viajero conocía y apenas se había fijado en él unos segundos, cuando lo tropezó en el salón llevando del brazo a su mujer. Sólo le había llamado la atención lo bien que portaba el frac y más reparó en la esposa, de unos claros ojos azules y una tez admirable que hacía aun más delicada el abrigo rojo adornado de plumas blancas—lo había visto en una exposición de Patou un mes antes—. En el desvelo que siguió a la pesadilla trató de explicarse el fenómeno. Intentó dormirse sin querer darle importancia, apesar de que creía en el sentido misterioso de los sueños. ¿La estaría engañando Gonzálo? ¿No dicen que beso en la boca es traición? Estaba nerviosa, temblando casi. Despertó a Charles besándolo en el cuello robusto de gladiador. Y se dijo a sí misma, que era por piedad.

Si complejo, angustioso y lleno de ambigüedades extrañas era el dormir de Paulette, más angustioso todavía; era en su soledad, el de Maret que daba vueltas en la cama sin poder pegar los ojos. Si tenía ella el sueño intranquilo de su desconcierto, padecía él, el excitador de la duda. Le aterraba la perspecti-

va de que sus cansancios se alargarán en los caminos y era demasiado viejo para no temer que aquella juventud en flor no resistiría; al cabo, el valor de las medicinas que disuelven por igual, los sueños de amor y el ácido úrico. Por vividor y por viejo, llegó al final a la conclusión de que resultaba una tontería preocuparse del sacrificio ajeno. Pero, también, se alarmó pensando que es el egoísmo, síntoma cierto de vejez.

Durante el largo insomnio, recuerdos deshilvanados golpeaban su cerebro. Se acordaba de lo que leyó cierta vez en una barra neoyorkina con una falsa decoración española—¡oh interpretación judáica de sevillanos mirajes!—Estaba allí escrito en la pared, sin que él supiera de quien era el pensamiento sin duda certero, que "lo que es la historia en la vida de una mujer, es un episodio en la vida de un hombre". Siempre después, en sus correrías, aquella sabia advertencia lo había acompañado pero recordándola, empezó a temer que la regla tuviera sus excepciones. ¿Y si Paulette sin quererlo, invirtiera los términos?

Decidió dejarlo todo al Destino, habituado como estaba a que le resolviera la vida las incógnitas de todas las ecuaciones. Los planes, al cabo, habían sido siempre inútiles en su vivir. Se entregaría a Paulette como quien después de mucho vacilar en escribir una carta, la deposita al buzón, de pronto, para ayudar infantilmente lo inevitable. Se levantó y por teléfono dictó al cable su mensaje definitivo. "Salgo día doce abordo S. S. Coligny".

Creyó que con esto iba a dormir tranquilo, pero no le fué fácil atrapar el sueño que como una mariposa se le posaba en los párpados para escapar en seguida. Sintió que el reloj de la iglesia metodista daba las tres. Tenía palpitaciones y un poco de disnea.

Al diluir una pastilla calmante, recordó que al mes siguiente cumplía cincuenta y seis años...

Gustan los solterones en su desvelo, de repasar recuerdos como la solterona las cuentas del rosario. Le venían a las mientes las evocaciones, confusas unas y más precisas otras cuanto más antiguas. Sobre todo, las mujeres—¡toda una vida!—desfilaban desnudas y sonrientes como en la escena de ciertos espectáculos. ¡Su vida! ¡cuánta boca en flor! Se iba acordando de cada una, porque jamás había hecho el amor como aventura, sino amando tal si lo hiciera para siempre. En cada mujer se detuvo como si fuera la esperada. Ninguna había logrado ser la anhelada plenitud. ¡Y aquella gatuna de Paulette tenía lo mejor de cada olvidada! Encanto de Silvia, lejana novia iniciadora, de Zoila la boca única, la atracción de Josefina, que era como una llama. Pasaba las cuentas al rosario de recuerdos. La francesa tenía de Luisa los ojos inolvidables. de Rosa María los senos en flor, de aquella Madame Collar que amó una sola noche yendo ella de paso para Berlín, tenía la risa caliente, de Javiera la sensualidad inconsumible y de Carmen, cuyos ojos eran como abismos iluminados poseía las manos magníficas. Ninguna empero había sido tanto para él. En esta se aunaban todos los dispersos encantos y la suave nostalgia, que al pasar, cada una dejó en su boca, en su mano o en su oído.

Le escocía un poco la idea de tantas bellas cosas, como si fueran un lujo excesivo para la pobreza de ahora. Se le anunciaban en la cansera los desfallecimientos próximos. Dió una vuelta en la cama, encogió las piernas y apretó los ojos. Sonaron las cuatro. El insomnio le tensaba los nervios. Tuvo que seguir repasando los recuerdos que se proyectaban en el tiempo, produciéndole angustia de vejez arribada. Pero no tenía el hábito de las incertidumbres dema-

siado largas. Descubrió que por el estor de la ventana se reflejaba azulosa y fresca la mañana y se fué adormeciendo, pensando que de todas maneras, el cuerpo perfumado de Paulette le reservaba horas inefables que bien merecían vivir.

CAPITULO NOVENO

El Panal de las Lujurias

DOS semanas más. Después serían las olas, los puertos apenas entrevistos, el barco lleno de luces y música como una gran caja de vida y al final la Habana, con sus bancales soleados, sus tropicales languideces y los hondos hastíos. La perspectiva del largo viaje y la seguridad de pronto tener Europa a la espalda, distendía un poco los nervios, haciendo florecer prematuras nostalgias y en todos los viajeros inyectaba un impreciso afán de gozar hasta el último minuto la vida que iba a terminar.

Cada uno, a solas frente a sí mismo, se confesaba lo que allá lejos sería el recuerdo más agudo y más fuerte. Solo Maret no pensaba en el pasado sino que indagaba en el porvenir. No había en él nada de la nerviosidad que agitaba a los demás que se sofocaban. Dalila, con la cabeza llena de figurines y nombres de modistos, apenas hablaba de otra cosa que de eso, codiciando todo para encrespar la envidia de sus amigas. Se habían dispersado un poco los cubanos, cada uno en lo suyo. A Lolita, que se entregaba con furias a su bailarín, apenas se la veía mostrarse en horas de la primera noche. Cisneros, ligeramente cansado el gesto por las trasnochadas, arrojaba al tapete de los casinos las últimas reservas, esperanzado en un inalcanzable desquite. Había en todos un afan desesperado por atrapar el minuto en

fuga y remordía perder cualquier ocasión, como si fuera la única. Antes de tornar a las canseras cubanas había que beber la última gota en las copas.

Yvonne, desconcertada, pero sin alarmarse con exceso, partió a París después de una despedida sin lágrimas de Renaud, que sintió alivios viéndola embarcar. Esto trajo a Paulette y su amante algunas molestias que desaparecieron pronto con la amistad celestinesca de María Teresa y Jaime que con ellos se iban fuera de la ciudad, generalmente hasta Cannes por la ruta sombreada de Grenoble y otra hasta Antibes, que les placía con sus aguas tranquilas y sus mirajes alpinos.

Fué en uno de estos paseos vespertinos, tomando en el Carlton de Cannes el te, que conocieron al doctor José de Agüero y a su esposa, en viaje de novios, llegados a Niza. Jaime había conocido a Pepe Agüero en París cinco años atrás. Encontrándose, se dieron un fuerte abrazo y formaron de inmediato un solo grupo para el té en la terraza. También ellos iban en el *Colighy*, porque Agüero había sido trasladado a la Habana a raíz de su boda.

—¿Y tú?— requirió el diplomático de Jaime.

—No, yo me quedo para regresar con mi tío a España. Después me iré a la Habana a buscar a María Teresa y casarnos en primavera.

Paulette iba observando con detenimiento al ecuatoriano. Le parecía, a la vez, exótico y vulgar. La tez quemada, los ojos negros, el bigotillo áspero y recortado, le recordaba a ciertos galantes bailadores de tango de París. Ni simpático ni antipático le era, reconociéndolo buen mozo. Recordó, sin querer, que una noche había soñado con él y a punto estuvo de confiarle el secreto a Maret que se inclinaba un poco sobre la figulina pálida y bella de madame Agüero hablándole de Washington. No sintió celos a pe-

sar de que descubrió en sus ojos el reflejo de alguna chapucería mezclada a un poco de ternura. Por no disgustarse, volvió a charlar con Agüero, anunciándole que ella también iría en el crucero.

—¿Y el doctor, se queda?— aventuró con malicias el mocetón.

—Sí, en la Habana. Se vuelve a su club, a sus amoríos, a su ciudad adorable ¿no sabe que está escribiendo un libro?— siguió disimulando todavía, chanceándose, retocándose el rojo de los labios, banal y coqueta—. ¡Se va a descansar a Cuba sus cansancios europeos y no volverá más!

—¿Ni a buscarla?— sonrió Pepe, acercándose y poniendo picardía en el tono de la pregunta sin disimulos.

Rió ella con su risa, ya un poco falsa de coqueta, mostrando al inclinarse el nacimiento curvado de los pechos blanquísimos.

—¡Buscarme a mí! ¡Si yo soy casada y nada tengo que ver con él! Usted interpreta mal una amistad que no tiene misterios.

Ponía malicia en las afirmaciones como mermelada en su tostada. Le gustaba sentirse deseada sin tapujos ni melindres como se lo estaban diciendo los ojos verdes del desconocido. El crepúsculo se caía velozmente y las velas del puerto menudo tomaban matiz de mandarina. De la copa de *Pernaud* de Maret se bebió un trago para animarse, contenta al ver que Agüero no se preocupaba de su esposa, sino que sólo la miraba a ella. Hablóle de nuevo, bajando la voz.

—Pues lo siento por él. Una amistad con una mujer que tiene esos ojos, debe encerrar misterios.

—Aquí no lo hay.

—¡Pues es una tontería!

—¿Y si no fuera culpa del doctor?— apuntó procurando que sólo él la escuchara.

—¿Suya entonces? ¡que lástima! ¡Porque debe ser usted algo muy interesante!

...Tessie y Maret se pusieron en pié para ver desde el balcón la playa con la estatua de Eduardo VII erguida en el modesto pedestal. Ahora, ya le era simpático Pepe por su desgaire un tanto descarnado y sin matices. Se le veía fornido, sano, decidido y audaz, más curtido, según el mismo dejaba entrever, en artes de revolucionario que en diplomáticas argucias. Tipo de hombre que cuando quiere las cosas, se las toma sin pedirlas demasiado, se lo imaginaba Paulette. Y no prometía amores de toda la vida. La afirmación encontró eco imprevisto en ella, enamorada como estaba.

—Una noche de amor puede ser toda una vida ¿no lo sabe usted? ¡Pues tanto peor! La cuestión no es darlo todo en una vida, sino dar en unas horas o en unos días, algo que valga una vida. Se viven así varias vidas, tantas como amores ¿no le parece?

Iba a responderle, con algún subterfugio de coquetería que ni afirma ni niega, pero tuvo que guardar silencio, porque Tessie y Maret se acercaban. Disimuló entonces.

—¿Se ha fijado, definitivamente, la fecha en que saldrá el barco?

Esto era mucho decirle a Pepe Agüero. Quería decir que la conversación podría seguirse abordo. Volvióse a su mujer que lo cariciaba con sus ojos verdes, enamorados y admirativos, hablándole en inglés.

—Míster Maret nos propone incorporarnos a un party que se está organizando para despedirnos de Niza antes de embarcar.

Quedaron citados para verse en el hotel al siguiente día. Jaime y María Teresa, pretextando tener que

hablar con Miss Morrison que tomaba el te un poco más lejos, se levantaron y después de conversar brevemente con la amiga, desaparecieron. Diez minutos pasaron y el *maitre* se aproximó a Maret con un mensaje blanco en la bandeja "Nos veremos dentro de dos horas en el jardin de *La Malmaison.*" Nada más decía; pero era bastante y Maret sonriendo hacia adentro, rompió el papel y propuso a los demás dar un paseo. Por hábito diplomático pensó que Agüero tomaba a Paulette del brazo y si no le fué grato, lo disimuló sonriéndole a Tessie que lo aguardaba. Aquella reciéncasada, con sus ojazos verdes, aún no del todo abiertos a la vida, apesar de ser bella, no le interesaba. Demasiado joven le parecía y aún no se encontraba demasiado viejo.

Regresaron a Niza tarde, en plena noche, Paulette un tanto sofocada por el temor a los reproches de Renaud que se limaron gracias a que se presentó sola con la esposa de Agüero y María Teresa, riéndose las tres de la aventura e inventando la historia de un accidente en el omnibus que las trajo de Cannes, primera lección que para futuros adulterios recibió, sin inmutarse, la malcasada.

Pasados los días desconcertados de la iniciación, Paulette había aprendido a simular con sutiles maneras. Ella misma se asombraba de su aplomo viendo cómo la facultad de mentir a tal punto se le desarrollaba que a veces lo hacía por gusto, y por hábito ocultaba la verdad, en ocasiones, sin necesidad. En lo físico como en lo moral, la había transformado el adulterio. Ahora tenía bajo las pupilas ojeras reales, había engrosado y se encontraba desenvuelta de maneras, picaresca y maliciosa en coquetería con todos los hombres que le placían. Nunca en París había mirado a los buenos mozos por ser-

lo y ahora solía observarlos hasta con golosidad, cierto que sin ir más allá, ni dejarlo adivinar. Como marionetas gustaba manejar a los que atrapaba con el bebedizo de sus encantos. Jugaba con el marido y el amante, y hasta creyó que manejaba también a Pepe Agüero.

Pero estas ligeras satisfacciones de amor propio, no acababan de satisfacerla. En el fondo de su yo, cuando se detenía a pensar, durante sus desvelos que iban siendo frecuentes y angustiosos, se sentía menos feliz que antes. ¡Qué complicada la vida! A veces, hasta suspiraba evocando sus días diáfanos de la Avenida Kleber, en que era todo sencillo y aburrido. Sintió impulsos de detenerse, de volver atrás, de regresarse tranquila, al pisito empapelado en oro, de reanudar su vida hogareña de bornes simples. Después de pecar, los remordimientos se aguzaban y creyente como era, dejó de ir al confesionario por no revelar al confesor sus pecados. Pero la angustia del alma perdida, le quitaba el sueño. Al ver a Charles enamorado y tierno, engañarlo le parecía crueldad, y empezó a sentir por él una piedad que a veces se confundía con el amor. Maret mismo empezó a convertirse en un ente complejo, rebelde a la definición. Le agradecía las revelaciones, su cariño que la obligaba, por entero a darse a su amor, pero la enardecía notar que aquel voluntarioso se lo llevaba todo, la despojaba de voluntad y le hacía sacrificar su propia felicidad. Por él, todo se había perdido y, sin embargo, era imposible separarse. Buscando la felicidad, sólo había topado la inquietud perenne.

Mintiendo por necesidad unas veces y después por costumbre, habíase creado una vida falsa que cada vez la envolvía más. Llegó a tener espanto de dormir, por temor a soñar en alta voz sus pesadillas y aquel vivir a sobresaltos y en continua alarma, le fué afectando los nervios, haciéndola impaciente y agriándola en la intimidad, el carácter. Se daba cuenta de que su adulterio trascendía, se iba expandiendo, como los círculos de una piedra lanzada al agua. Para muchos, ya no era una mujer honrada y en vano trataba de pensar que los otros no le daban al hecho, importancia. Y todo alguna vez acabaría por descubrirse. Pensaba en el dolor de su marido, con la vida rota para siempre frente al desengaño, en las lágrimas de su madre y en su propio existir que se quebraría definitivamente. Y. sin embargo, a ciertas horas del dia, todo aquello se esfumaba y el instinto la dominaba, envolviéndola, subyugándola hasta el total abandono, trocando en sensiblería sus remordimientos. Con sus trucos, aquel hombre endemoniado la había llevado a coronar una sensualidad con algo de hiperestésica. Su necesidad de placer no podía dominarla. Rompió a llorar, percatándose que eso era, al cabo, el vicio simple y sin melindrerías.

Cínica, parlanchina y en sensualidades experta, Dalila le descubrió todo esto una noche en que comían juntas en Menton, después que Maret y Agüero se fueron a estudiar con Renaud una de esas fórmulas ingenuas que se descubren para ganar infaliblemente en la ruleta. Habían bebido las mujeres un poco más de lo habitual y estaban solas. Dalila tenía la presunción de conocer en la fisonomía, los secretos más recónditos. Como en realidad para la esposa de Arias no existía más que un tipo femenino, el suyo, aplicando sus propias experiencias hízole a Paulette un diagnóstico, que la sorprendió,

por exacto y complicado, casi milagroso. Resistió, por no entregar su secreto.

—¡Pero si te lo conozco! Yo soy bruja y lo sé todo. Te gustan los hombres guapos, todos, ¡todos!—puso en los ojos, que parecían más oscuros bajo el rubio de la teñidura, una llama extraña—¡Bah! Tampoco Maret te basta, ¡hija no seas boba! Muy viejo. ¿El amor? Mira, ¿tú sabes lo qué es el amor?

Dió del amor, riendo y con rabia, una definición ruda y desesperadamente materialista. Tessie se ruborizó.

—¡Ay niña, por Dios!—atajó Dalila con su hablar plebeyo—¡Miren la mosquita muerta! Como si no se le viera en los ojos, todo lo que sabe... ¡Pero si todo es cuestión de glándulas! ¡las mías son de una mujer de veinte años!

Con ligera repugnancia, Paulette la escuchaba y por hacer algo, le alargó la copa de champaña.

—No, si no estoy borracha. Yo me embriago con mi juventud, con mi experiencia. He tenido nueve hijos ¡nueve!—recalcó con fuerza— ¡ah!, pero sigo siendo la misma que de soltera.

Todas suspiraron con cierto alivio cuando Arias se acercó a la mesa. La bebida le amorataba la naricilla de cartón y la pérdida de setenta y cinco francos ponía un poco de palidez en sus labios contraídos. Se empeñó en hacer bailar a Tessie el tango que en la sala vecina arrastraba la orquesta. Acabó por convencerla y se quedaron solas Paulette y Dalila. Afortunadamente, llegó en su auxilio Maret, sentándose junto a ella y poniéndole en la mano un manojo de claveles. Esto desvió la conversación que a Paulette molestaba, porque temía vender sus secretos.

Del interior del salón salía un aire caliente, car-

gado de humo de cigarrillos y de música, contrastando con el ambiente fresco por la ventisca y rítmico de olas, de la terraza. Un mendigo, zurrón al hombro, doblado y sucio, enrojecido de vino y vientos alpinos, se acercó por el sendero, tendiéndoles la mano arrugada. Lucían magníficas en la clara noche las constelaciones, y todas aquellas existencias vacías sintieron por un momento el anhelo de justificarse. Como si recogiera el pensamiento de todos, Dalila habló. Ella, había sido líder sufragista.

—Oscar y yo no somos partidarios de la caridad individual. Dar limosna es fomentar la vagancia, y lo que precisa es trabajar para que existan asilos, creches, hospitales, es decir, para que desaparezcan en conjunto estos males.

Aunque hubiera podido interpretarse como una página marxista su breve discurrir, a todos pareció admirable la teoría de la millonaria, excepción del vagabundo que no pedía explicaciones, sino un vaso de vino y un mendrugo. También habló Tessie Agüero, para informar que había sido dama de la Cruz Roja, en Washington, al salir del colegio. Y Paulette formaba parte de una comisión de las que en París recaudan para los niños tuberculosos—¡y qué linda es la Opera la noche del baile de las *camitas blancas!* Oyéndolas, Maret se encrespó como en sus buenos tiempos riesgozos, porque era demasiado humano para no ser, al menos, socialista. Del chaleco extrajo un billete de cincuenta francos, lo dobló y avanzó hacia el mendigo.

—Hermano, tú y yo estamos cansados de discursos ¡Toma y bébetelo! Y si algún día puedes, entra aquí con los tuyos, salta esa baranda y bébete toda la bodega. Cuando hayas bebido bien y te hayas comido media libra de *pate foi-gras* y un pollo a la *Grand Mere,* después que te limpies los bigotes de la

salsa y entre gritos, te bebas una botella de champaña, entonces, ¡dí, tú también, tu discurso!— La indiferencia de los demás ante la miseria humana lo exaltaba siempre, viejo ahora igual que cuando mozo— ¿Tú no eres comunista?—preguntó al vagabundo que ocultaba el billete en el pliegue de sus andrajos pringosos de caminos y tiempo.

Por agradecerle el obsequio, le dijo que no el ladino.

—¡Pues haces mal! Si fueras tú quien me dieras los cincuenta francos, yo sería comunista, revolucionario, anarquista, ¡qué sé yo! Todo, menos mendigo resignado.

Renaud trataba de llevárselo, temeroso de que su exaltación causaran en el sitio, disturbios. Pensando en sus hipotecas al diez por ciento, en su palacete, en su finca improductiva y lujosa, en sus terrenos yermos que capitalizaban sus excesos de renta, Arias se sofocaba, sin valor para entrar en la polémica. Dalila pugnaba por decir algo, pero no encontraba brecha a sus desbarrar, qué ella era al cabo, un producto típico del sistema que Maret estaba poniendo en entredicho. Paulette sintiéndose conservadora, abría los ojos con admiración, bebiéndose las palabras del amante y comprendiéndolas a fuerza de amarlo. Por llevar paz a los ánimos, como única solución, Arias propuso ir a desayunar a Montecarlo.

CAPITULO DECIMO

Vendaval en los Cañaverales

CON la huelga que se aproximaba y cuyo rumor era cada vez más persistente, Panchito—bigotudo, cetrino de café, flaco de alcohol y adicto a la compañía—había tenido un gran trabajo con sus hombres. Por amordazar la protesta, se cometieron algunos abusos y en la Habana empezó la prensa a protestar. Hubo que abrir un poco la mano y como Manuel Viñas era corresponsal de un diario de la tarde, se libró de la expulsión que ya tenía decretada Márquez.

A Viñas sus compañeros lo apodaban *Planeta*, canijo como era, exagerado y cuentista, pero todos lo querían por decidido, servicial y buen camarada. Nervioso, rubio y endeble, parecía imposible que en tan poco cuerpo cupieran tantos entusiasmos. Era el jefe del departamento de centrífugas y no devengaba mal sueldo. Por eso, Márquez, hombre práctico, no se explicaba su inquietud y hasta llegó a pensar en un aumento de soldada como calmante. Si se quejaba Viñas con su cien pesos al mes ¿qué dejaba para los demás? Iñiguez devengaba un poco menos y era adicto a la compañía. Nada más que ochenta se pagaban a Panchito y era fiel también a la entidad casi mitica, tentacular, enorme y

confusa, sin piedad para nadie y a la que jamás se podía hablar, ni ver, ni suplicar, sino odiar.

—La compañía no puede pagar sueldos más altos, porque el azúcar está por los suelos ¿qué quieren, entónces? ¿que les regalen el ingenio?

Iñiguez ciego de fidelidades y obtuso de entendederas, no comprendía el problema. Nadie pedía que le regalaran el central, ni siquiera que se aumentaran los sueldos. Eran cosas más sencillas las que en su angustia por un vivir menos malo, demandaban los cubanos de la empresa extranjera. Aquella tarde, Viñas, que había terminado a las doce su cuarto de la mañana y tenía que estar de nuevo a las seis en las centrífugas, para hacer el cuarto de prima, robándoselas al sueño, dedicaba las horas a redactar el proyecto de demandas que presentarían a la administración de la *Goldenthal Sugar Company*. Cada uno de sus compañeros en los distintos departamentos le había entregado la minuta de las cosas imprescindibles a pedir, pero eran tantas, que alguna habría que relegar para otra oportunidad. Era difícil llevar al ánimo de los otros la cuestión fundamental. ¡Si hasta un cuarto para guardar la ropa exigía la gente de los filtros! ¿Y no era una broma de Ortega, eso de solicitar un lavamanos en los tachos? Pero había que bandearse, contanto con el escepticismo de los más y con la rabia acumulada de los otros maltratados. Revistiéndose de paciencia, él que era eléctrico y nervioso, comenzó a trabajar. Tenía hasta el dia siguiente para redactar el escrito. Pero en los ingenios, para la gente de la casa de calderas, el día siguiente es una concepción abstracta. Al empezar la zafra precisa abandonar las divisiones regulares del tiempo. Se cuenta por cuartos de día: cuarto de mañana, cuarto de tarde, cuarto de prima y cuarto

de madrugada. La cronología en esta forma, venía de atrás, desde que se introdujo la máquina de vapor en los trapiches y desde que se empezaron a instalar los tachos al vacío en el último cuarto del siglo XIX. Cada hombre tenía que trabajar dos cuartos, que si aritméticamente es igual a trabajar medio día, lo que de por sí es demasiado, no lo es en la realidad. Pasarse varios meses al año, sin poder dormir más de cinco horas seguidas como máximo, es terrible. Pero para modificar esta realidad antiquísima precisaba un aumento de personal y era inútil pedirlo. Como rebelde, Viñas era bien razonable.

Trabajaba con afanes, nervioso, contrapunteando rebeldías, unificando las protestas. Tenía que someter el escrito a sus compañeros que trabajaban ya en organizar las diversas dependencias. Molina representaba a los trapiches, Corzo, aquel bohemio magnífico que se divertía siendo pobre y libre mejor que como su hermano, siendo rico, tenía toda la confianza de los puntistas. Núñez, cuyo pelo albo dábale aspectos de mentida seriedad, era el delegado de los filtreros. Todos aceptarían sus sugestiones, sin duda. Pero Tamayo, el de los hornos, era un rebelde típico y un inconforme absolutista. Habría que hablar a solas con él y convencerlo, lo que le parecía fácil, porque era honrado aquel oriental que por no llamarse como Primo de Rivera se firmaba Mike, sin escribir inglés. Cierto que ninguno era comunista, pero todos aspiraban a vivir en su país honesta y decorosamente como hombres libres. No querían gastarse en la tienda del central sus sueldos de por sí magros, pagando las cosas a precios inverosímiles y de este modo mermándose el efectivo que nominalmente debía servír para vivir el tiempo muerto, que era cada año más largo y an-

gustioso. Ariscos en la defensa de sus intereses hollados, se les tachaba de revoltosos y hasta bolsevizantes se les llamaba por sus propios compatriotas de la oficina, un poco mejor pagados y tratados, pero también con resentimientos, aunque no los hubieran querido confesar.

Esto era humanamente natural, al cabo. En la oficina, el ascenso existía, con límites, desde luego y con pocas posibilidades, pero siempre era una esperanza. De tenedor de libros se podía llegar a pagador y de cajero a jefe de la administración. Más nada, siendo cubano. En la oficina de la *Goldenthal Sugar* el cajero, el contador, el tenedor de libros y los dos mecanógrafos, eran cubanos, pero el jefe, McDonald, era americano y casi no hablaba español o hacía como si no lo entendiera para acentuar sus desprecios de conquistador. Lo mismo ocurría en el laboratorio, a pesar de existir buenos químicos cubanos. El jefe, era un floridano, mister Dodds y sus dos ayudantes también eran del norte aunque todas las zafras el jefe los cambiaba. En el laboratorio había un solo cubano, el muchacho que iba a la casa de calderas a buscar las muestras y lavaba las probetas y los tubos de ensayo.

Cierto que el sueldo más alto que repartía la compañía en el batey era el de Márquez, nativo de Cienfuegos, pero educado en New York, tomador de whiskey, fumador de pipa y ciudadano americano, según se decía. De no serlo, hubiera sido una casualidad.

Pero no era esta la realidad contra la que los iniciadores del movimiento pretendían luchar. Al cabo, si la compañía era extranjera resultaba lógico hasta cierto punto, que defendiera a los suyos si el gobierno del país no protegía a sus ciudadanos.

Estaba confortable la clara oficina de paredes

blancas adornada de un gran retrato de Samuel Goldenthal en traje deportivo. Fotografías alargadas, iban diciendo gráficamente, la historia del gran central desde que era una masa confusa de hierros y zarzales hasta que se convirtió, varilla mágica del capitalismo, en el soberbio centro industrial, que era uno de los mayores del mundo. Años antes, el ingenio sólo tenía al centro la gran nave de siete pisos apoyándose en las naves alargadas y bajas de los trapiches a la derecha, y con una cierta armonía, al otro lado, la nave del taller de reparaciones. Después, con los precios fabulosos que llegó a obtener el azúcar se habían aumentado naves en todos sentidos. Un trapiche más de seis molinos, dos cuadruplefectos, seis tachos al vacío y doce centrífugas, obligaron a irradiar un poco la construcción primeriza.

Mirando las fotografías apaisadas, Márquez sentía una satisfacción íntima. Cuando el central era más pequeño, aunque ya enorme, él trabajaba en New York en casa de unos corredores de azúcares en Wall Street. ¡Cómo la vida tiene sorpresas al correr del tiempo! Ahora era allí el todo, el representante de la compañía—al hablar de ella se llenaba la boca, como si comiera un dulce sabroso y gordo—. Y todo por un juego sucesivo de casualidades.

Aunque jamás lo confesara, sino todo lo contrario, reconocía en lo íntimo, que le faltaban méritos para ocupar el alto puesto. De campos de caña nada sabía—nació en Cienfuegos y se fué a los quince años—. Pero, para eso tenía a Iñiguez nacido y criado entre cañaverales. En cuanto al resto del gran negocio, no lo conocía mejor. Era ya administrador cuando pudo enterarse y malamente, de ciertas peculiaridades químicas del guarapo que le

parecieron asombrosamente nuevas. Para ilustrarse compró, leyó en parte y en poca entendió, el libro clásico de Alvaro Reynoso que consiguió gracias a su librero, habituado a servirle novelillas ligeras para Mercy, su mujer. Pero ¡cuantas cosas seguía ignorando además! El maquinista, aquel enorme y robusto Santos, que bebía el ron como agua y doblaba con los dedos una peseta, honrado, servicial y para el trabajo serio, era quien llevaba el ritmo acompasado y lentísimo de los trapiches crugientes.

En la casa de máquinas, Márquez se concretaba a cansarse los ojos con el vértigo de las brillantes voladoras de alma femenina, impulso ligero del trapiche en contraste con las gordas y lentas catalinas esforzadas. En la nave de los aparatos, era el químico azucarero, Ortega, gordo, panzudo y sudoroso en el calor de la gran nave de zinc, con su camisa abierta y su cara llena de granos, quien vigilaba las templas. Alguna vez, por diversión maliciosa, extraía del tacho un poco de meladura y lo vaciaba caliente en la mano de Márquez, que por imitarlo, tomaba entre el pulgar y el índice la oscura melaza extendiéndola sin saber si estaba o no en su punto y si se podía dar vuelta a la gran llave para arrojar el oro líquido, oloroso y caliente, al móvil vientre de los cristalizadores. Ortega, algunas noches de irritación y malhumor, cuando Márquez llegaba, le extendía la muestra de la templa en un cristal, inquiriéndole—él sabía de la ignorancia del otro—si creía que estaba a punto. Pero Márquez se defendía con su autoridad absolutista.

—Usted es el responsable. ¡Haga lo que le parezca!—y se mordía los labios, prometiéndose para la zafra próxima no contratar al químico burlón y borracho.

Pero Márquez era primo de Oscar Arias y el abogado de Goldenthal lo había ido imponiendo hasta elevarlo a la situación que tenía. Por su parte, el americano no fué reacio a aupar aquel tipo lleno de melindres, servicial, como pariente de Arias al fin poco escrupuloso en cosas de nacionalismo y que podía decirle en correcto inglés bienandanzas y desgracias del feudo antillano que izaba el 4 de julio una gran bandera estrellada campeando sola y magnífica, desafiante y segura, bajo el sol estival de Cuba.

Estaba Márquez vestido de blanco, almidonado, elegante y calvo. Todo era en él claro, desde la calvicie a las gafas montadas al aire. La mesa llena de papeles ordenados, brillaba con el vidrio en que se reflejaban invertidas las imágenes. Por la ventana divisaba las chimeneas del ingenio vomitando humo negrísimo de petróleo y sentía el golpear isócrono de los carros que se iban vaciando en los hambrientos embudos. Este ruido monótono y seco, con su cascada de brusquedades, más que molestarlo, lo complacía. Encendía la pipa cuando silbó con estridencia desusada, la locomotora que arrastraba los carros hasta los embudos, en donde hombres sudorosos, jadeando bajo el sol abrían las compuertas para que la caña se desprendiera confusamente sobre el conductor que debía llevarla hasta la desmenuzadora triturante.—Hay vidas que se parecen a la débil caña desprendida por el gárfio que abre la compuerta y se deja arrastrar desde la cepa al trapiche sin resistencia, había dicho una noche de invierno a Viñas el doctor Maret, que estaba de *smoking* en la casa de máquinas después de comer con los Goldenthal.

Márquez escuchando el silbato desusado, desprendió el teléfono.

—¿Qué pasa en los embudos? ¿a qué viene ese pitazo de la locomotora?—reclamó de Alvarez, jefe del tráfico—¡tengo dicho que no piten en el batey sino en los cruces! ¡Repórteme al maquinista de la número cuatro!

Se llenó el batey de un ruido bronco, alargado como en espirales, hondo y sonando como una gran llamada de angustia. La sirena, sofocadamente, dejaba escapar vapores blancos. Márquez miró el reloj. Eran las once. Volvió a requerir el teléfono, ahora un poco más nervioso, agitado, poniendo las gáfas sobre la mesa.

—¡Becali! pronto... ¡déme la casa de calderas!...—volvió a golpear el aparato con los dedos de uñas pulidas y tocó al mismo tiempo el timbre del mensajero—bell-boy se le llamaba por acuerdo de Márquez y McDonald. El negrito entró.

—¿Qué pasa que Becali no me da la comunicación? ¡Anda a ver! ¡Vamos, aprisa!

—¡Miste, es la güega! ¡si too s'aparào, miste!

—¡Becali! ¡Becali!...—la voz tenía iras contenidas y terribles—. ¡Deme pronto la casa de Panchito! en seguida ¿eh? Después, póngame con el cuartel, o con la colonia del teniente. ¡Vamos! ¡pronto!...

A las once, todo se había detenido. Obedeciendo a la consigna de Viñas, exactamente a esa hora, la número cuatro detuvo su marcha lanzando un pitazo prolongado en vapores blancos. La ruda mano de Santos cerró la llave maestra y poco a poco, cansadas como si también fueran cubanas, las voladoras de los trapiches se fueron deteniendo.

Por no perjudicar a la compañía en sus intereses, Viñas y Corzo habían llegado al acuerdo de que a las once pararían solo las máquinas, pero

que los aparatos seguirían trabajando seis horas más, a fin de que no se perdieran las templas. No querían dañar el monstruo, sino enseñarle que ellos también, en su tierra, podían darle la batalla. El último en parar el trabajo debía ser Roldán el electricista. Era andaluz y conservador, pero no puso reparos al plan de sus amigos—no decía camaradas, por que eso le sabía a rojo ácido como guindas—Viñas, su cuñado, no tenía interés alguno en dejar a oscuras el batey y era condicional de los directores de la huelga que la planta eléctrica sería mantenida activa todo el tiempo, al menos que la situación no llegara a extremos desesperados.

Márquez no había creido posible aquel movimiento y cuando les fueron presentadas las bases de los empleados y trabajadores, confeccionadas por Viñas en un tono amigable y nada revolucionario, hizo una mueca fría y las abandonó con desgano sobre la mesa, diciendo que lo estudiaría. Allí estaban aún. Conociendo a los cubanos pensaba que sería inútil tratar de unirlos y sin duda confió demasiado en el individualismo de los suyos, para vencerlos. El abuso y los atropellos habían hecho el milagro. ¡Si hasta el negrito Tom estaba con ellos! Estallaba el conflicto y precisaba darle el pecho. Había en su ira algo de herido orgullo.

—Becali, póngame con la casa de Panchito ¡Pronto!—gritó con iracundias— e inmediatamente, localíceme al capitán Vivar en Palmares y el teniente Taboada... ¡es urgente!

Panchito sobre el caballejo bayo en cuyas ancas anidaban las moscas viajeras, llegó a la oficina mucho antes que el teléfono de su casa le diera la llamada angustiosa. Llevaba en el cinto la pistola, alardeante y enorme escuadra para medir trági-

cos destinos. Bajo el sombrero alón de fieltro duro, le corría el sudor hasta el bigote retorcido y amarillo. Tenía las polainas salpicadas de barro y el machete le golpeaba en la pierna como ansioso de salir de la vaina a la luz del sol. Cuando llegó al despacho, se cuadró, avanzando en silencio unos pasos. Tenía un gesto feroche, que hacía contraste con su figura de infeliz. Habló Márquez, ceñudo y nervioso.

—¡Inmediatamente, ¿entiende?, me toma a los directores de la huelga y los pone en el pueblo, amenazándolos si es preciso. Yo hablaré con los obreros. La compañía no puede acceder a lo que se le pide, pero trataremos de llegar a un acuerdo ¡pero no quiero directores! A ese Viñas, se lo llevá y dele dos planazos ¡imbécil! No se ocupe de nada y actúe. El bufete de Arias está al tanto y hablaré con Goldenthal por teléfono. ¡No hay cuidado, Panchito! Ya sabe, meta el hombro y adelante, porque esto hay que terminarlo hoy mismo ¡imagínese si se extiende! ¿qué dirá la Compañía de nosotros?—como lo necesitaba trataba ahora de adularlo. Pero Panchito tenía menos arrestos de los requeridos.

—Yo no tengo personal para enfrentarme con esto. No se trata de un movimiento como el del año pasado, ni siquiera igual al de hace dos años. Ahora están todos unidos y tienen una organización ¡yo no puedo hacer nada! ¡si fueran los obreros! Pero son los empleados los que dirigen y encabezan esto.—Quiso mostrar lo alta de su misión y su actividad.—Además, he tenido que dedicar cuatro hombres al cuidado de la casa de vivienda y me parece que sería bueno que no me separara de usted, mister.

Márquez se encrespó acobardado.

—¿Matarme a mí?

—No digo tanto, mister, pero hay que tomar precauciones. A usted, personalmente, nadie lo quiere mal—¡cómo mentía Panchito con sus argucias de guajiro lépero!—pero la compañía es distinto y usted la defiende.

Extrajo Márquez del pantalón almidonado la pistola amenazante y vació la mano temblorosa sobre el cristal un puñado de balas que resbalaron como escapándose a un uso antipático. Estaba acobardado y duro. Sonó el teléfono.

—¡Teniente! Bueno, ahora esto depende de usted—no oía bien y se impacientaba, como si la lluvia distante que interrumpía la comunicación hiciera caso de sus blasfemias—¿eh? No, los guardajurados no pueden hacer nada, ni imponer el orden ¡si estamos frente a una revuelta! ¿Qué tiene que consultar? ¡No, véngase para acá! Esto hay que acabarlo a tiros.... Bien, hablaré al Estado Mayor.

Se oía débil y lejana la voz del teniente Taboada. Mientras el orden no fuera alterado, nada podía hacer. Si la compañía, gracias a su influencia, tenía el privilegio de sus jurados, debía atenerse a ellos. La huelga es un derecho si no pasa ciertos límites.

—Si el orden se altera—explicaba, vacilando el teniente, que en el fondo tenía deseos de actuar y servir, a ver si le agregaban diez caballerías a su colonia—y yo no he llegado, llame al sargento Ibarzábal. Le garantizo que lo pone todo en orden. —Se oía mal y el militar alzó aun más la voz.—¡Bueno! No se preocupe, pediré instrucciones al capitán.

También el capitán Vivar habló al Estado Mayor, pero allí estaban intransigentemente legales. Si los obreros no hacían otra cosa que pedir mejoras y en tanto discutían el asunto no hacían violen-

cias, precisaba dejarlos. El ayudante de guardia estaba al teléfono.

—Nosotros, mister Márquez, no podemos hacer otra cosa que mantener el orden. Ya el capitán Vivar tiene instrucciones de esta jefatura. Lo más que podríamos hacer, es designar un supervisor de acuerdo con el Secretario de Gobernación, pero, en ese caso, actuaría como mediador. ¡Sí! ¡claro está! dándole la razón a quien la tenga.

Márquez estaba pálido con una total blancura de alarmas. Cerca de su oficina, el silencio del batey lo amenazaba. Polvillo rojizo se colaba por la ventana levantado por los caballos guajiros. Gentes de las colonias y las cercanías del batey, empezaban a acudir para indagar lo que estaba ocurriendo. Recelosos, más amigos de la compañía que de los empleados, los colonos empezaron a afluir, que ellos también tenían de viejo sus resentimientos con la *Goldenthal Sugar*, en los últimos años mostrándose recalcitrante en los créditos para chapeo y siembras y que los agobiaba un poco, agravando la baja de los precios con un régimen de liquidación abusivo.

Para pedirle a Márquez noticias, ofrecerle su adhesión y de paso, renovar las protestas viejas, se presentaron los hermanos Potts, colonos modestos que cultivaban tierra propia arrendada a la compañía. Contra su costumbre, el administrador los recibió hasta con un gesto cordial. Temía se unieran a la protesta unánime y quiso ganárselos.

—Ya he escrito dos veces sobre el asunto de ustedes, tan justo, a mister Druker, pero nada ha contestado. Yo no puedo resolver, sino aconsejar y ahora esto de la huelga entorpece un poco todo, porque hay que ponerle atención. Mi temor es que con el paro coincidan los fuegos ¡imagínense ustedes!

Tendió falaz su miedo falso para engatusarlos. Efectivamente, un fuego en aquellas circunstancias sería ruinoso. Los Potts lo disuadieron. No había peligro, pero salieron de las oficinas intranquilos a regar su pánico entre los demás. Un hombre con coraje y una simple caja de cerillas, cuando se desesperara, haría arder la isla de uno a otro extremo.

¡Y este Goldenthal metido en el yate, sabe Dios en qué mares! Frente al riesgo que acosaba, Márquez se encontraba un poco solo entre tanta gente hostil. Con mano decidida recabó el teléfono. Pidió simultáneamente comunicación con La Habana: Secretaría de Gobernación, con New York: oficinas de la *Goldenthal Corporation* en Wall Street, con Niza: hotel Negresco para hablar con su primo Oscar y con el yate *Marling*, en un punto del Atlántico del Sur.

Impaciente pero sin perder la sonrisa, Becali que no desocupaba la línea de la Habana, pidió aquellas comunicaciones a Conchita que se estaba untando polvos y pintando los labios en Aguila y Dragones.

—¿Pero qué quiere usted hijo mío?—bromeó la muchacha dándose con creyón los últimos toques—¡qué tanta prisa! Pide la rosa de los vientos y se queda tan fresco ¡cualquiera diría que tiene una novia en cada puerto!

Becali recordó que un mes antes, en el tiempo muerto, había invitado a Conchita al cinema para ver una film con ese nombre. Como, después de todo, la prisa era de Márquez y no suya, siguió la broma.

—No, me basta con tenerte ahí, en Aguila y Dragones ¡oye! ¿cómo te está tratando mister Bermúdez?

—¡Bah! ¿quieres Gobernación?

—No; te quiero a ti.

Paquito estaba demasiado ocupado en la oficina del Secretario, para perder el tiempo en el teléfono. Como sonó largamente una vez y quedó después en silencio el timbre, no hizo caso ¡todo el día llamando de todas partes, para dar quejas!

—Oye—explicó Conchita—Gobernación no contesta ¿quieres New York?

—Te quiero a ti ¡sabrosa!—y alargó Becali por el hilo el piropo, como si el acero y la boca se le hubieran fundido.

Entró en la pequeña oficina, Tom el negrito.

—Dise el miste que si no hay comunicasión?

—¡Señorita, por favor!—pidió Becali cortando los piropos.

—¿*Goldenthal Corporation*? Bien ¡un momento!—extrajo de la pizarra un tubo dorado y lo colocó en otra cajuela que se abrió cimbreando—¡hable!

Estaba al teléfono el propio All Druker, apoderado general del multimillonario y jefe de las amplias oficinas que en Wall Street poseían los intereses Goldenthal. Al oir la voz de Márquez, dejó sobre el cenicero el habano e hizo señales a la estenógrafa de que guardara silencio.

—Resuelva eso como sea mejor, Márquez. ¡Otra huelga! ¿pero qué diablos se traen los cubanos? No, yo no sé donde se encuentra Goldenthal, que ayer salió de Bahía en dónde estuvo tres semanas reparando el *Marling*. ¿Mi opinión? Vamos a mejorar a los colonos, pero dándoles un poco de larga en la cuestión de las liquidaciones. No nos conviene ahora que estén irritados. ¡Vaya! ¡No! pero no hay que preocuparse demasiado. Naturalmente, que habrá que hablar con Washington para que le den su toque a la embajada, eso siempre es bueno

a ver si no se descuida. La cuestión es hacer mediar al Gobierno, no sea que esto se nos extienda.

En el vigésimo quinto piso cuyas ventanas se abrían sobre el callejón estrecho de Wall Sreet, que a esa hora parecía, visto de lo alto, un sinuoso camino de hormigas, All Druker resolvía prontamente todos los asuntos. Había llegado a la oficina media hora antes porque pasó la noche, de claro a claro con tres muchachas, ópiparas del *French Casino* a las que invitaron él y unos amigos a cenar en el elegantísimo *Marrocco*. ¿Qué le importaban, al cabo, estos líos cubanos? ¡Pobre Márquez metido en ellos! Se acordó de la última temporada que el administrador había pasado en New York, atendido por él debido a órdenes expresas del mismo Goldenthal. ¡Bravo gozador aquel criollo que hablaba mejor el inglés que su idioma! Se veían por los cristales banderas y gallardetes en los rascacielos y un rumor de vida con premuras subía desde la calle.

—¡Vamos!—terminó el robusto dominador de millones—¡ánimo Márquez! Cuando meta eso en cintura, dese un paseito por aquí. ¿Se acuerda de la trigueña aquella? Bueno la hevisto y me preguntó por usted... ¡Oh! no se ha olvidado de aquella rumba que bailaron en el *Boseland* la noche de su despedida!

Pero no estaba Márquez para bromear de chicas guapas entrevistas o gozadas en New York, cuando la prohibición hacía cómplices a banqueros y contrabandistas. Tampoco este Druker lo comprendía en su situación delicada, a solas batiéndose por los intereses de la compañía, mientras los demás vivían plácidamente. La despedida de Druker lo calmó un poco.

—Bien, yo hablaré con el Departamento de Esta-

do ahora mismo por medio del bufete de Clidfford, que tienen acceso fácil a la Subsecretaría. ¡Pero, meta allí al Ejército a cuidar el orden! Trate mejor, usted mismo, de localizar a Goldenthal y ahora yo cablegrafío a Arias.

Dejó Druker el teléfono y volvió a meterse en la boca el cigarro oscuro, girando sobre la silla y apretando uno de los timbres que brillaban al alcance fácil de la mano. Se aproximó la secretaria con el lápiz en la melena rizada, ligero el paso y la sonrisa abierta. Tenía en la mano un bloque de papel y en las ojeras, cansancios oscuro de muchacha que vive. Imperioso y apenas mirándola, prendiendo el habano, Druker le dió sus órdenes.

—Necesito localizar á mister Goldenthal, esta misma tarde, en el mar, cerca del Brasil. Cablegrafíe al doctor Arias que se agrava la situación en Cuba y debe venir rápidamente, póngame al habla con Clidfford en Washington—dió una chupada al habano que aromó de humo acre la estancia, se recostó y siguió ordenando—¿ha pedido ya las flores para madamoiselle Ortoli? Bien, gracias. Nada más...

CAPITULO DECIMO PRIMERO

Duda bajo las estrellas

Se extendía, alargada en hierros y ecos la estación de Niza, con el andén al que se llega por el subterráneo confuso y casi a oscuras que en Dalila ponía miedos y remilgos. Dos vías paralelas se proyectaban hacia el norte y en el centro, junto a los equipajes custodiados por los maleteros, el grupo aguardaba el *tren azul* de las nueve.

Ir a la estación a decir adiós, es siempre fiesta nocturna entre los turistas. A despedir a Renaud obligado a pasar en París pocos días para atender sus negocios antes de partir, acudía Paulette acompañada de Maret. Para que Dalila se fuera en busca de unos trajes y a perder horas en casa de los modistos, iba Arias a regañadientes a decirle provisionales adiobses que parecían descansos. También dón Vicente se presentó con Cisneros, que aburrido, llenaba el andén de sus sabihondas maneras de mundano para con todos complaciente.

Pasó un tren que los más creyeron el suyo. Caliente y negra, la locomotora que traía en los aceros hielos del alto camino, siguió después de detenerse unos segundos. Venía de Mentón y se iba a París por torcidos caminos. Maret no desaprovechó la confusión para hacer una frase al oido de

Tessie, que estaba un poco aislada, calentándose las manos blancas bajo las pieles suaves.

—Este tren es como ustedes. Se va a París por el camino más largo, poco a poco, para llegar muchas horas más tarde que el otro ¡igual que las mujeres! Si al cabo han de llegar ¿quiere usted decirme, por qué toman los caminos más lentos?

Hizo Tessie como que no entendía y aprovechó para desviarse, el penacho de humo del tren directo que hacían gris las luces de la estación. El largo convoy se detuvo rugiendo un poco, cada carro, precisamente, allí en donde aguardaba el maletero. Mientras Dalila y Renaud montaban todavía calientes de besos de adiós las caras, a lo largo del andén acerado, los últimos encargos se iban haciendo con esa apresurada meticulosidad que tienen las despedidas sin importancia. Cada uno alargaba en el patio sus pedidos que envolvían el tren igual que el vapor blanco de la locomotora. María Teresa estaba más exitada que de costumbre y bajo los ojos se le abrían amenazadoramente las ojeras, diciendo a las claras sus desesperaciones y acaso también, la culpa de Jaime. Lanzó lejos el cigarrillo para hablar con su madre, aupándose un poco junto a la ventanilla.

Partió el tren, sin que la muchacha hubiera terminado de reiterar sus encargos. Paulette tiró a Charles un beso que debió, por pudor, quedarse preso en algún hierro de las columnas. Un minuto después el tren se perdió en la sombra y todos tuvieron un suspiro de descanso viendo las luces rojas en fuga hacia París. En la noche negra los fanales parecían al irse, como ojos de dragón que se durmiera Alargándose bajo el túnel las sonrisas cómplices emergían como flores oscuras. Iba Maret dando el brazo a Paulette, ellos los primeros, y trataba Arias

en vano de alcanzar a Tessie Agüero que por esquivarlo se pegaba a Cisneros, demasiado experto para galantearla. Cerraban la marcha don Vicente, su sobrino y cazurro junto a ellos, Pepe Agüero que tomando del brazo a Jaime le hizo observar cómo, en la luz azul de la escalera, se destacaba magnífica la silueta de Paulette. María Teresa cargada de revistas, iba avanzando retrasada, demasiado lenta para sus hábitos deportivos.

El soplo del aire fresco a la salida del túnel revivió en ellos el ánimo. Había un cielo clarísimo y era tibio como caricia de amante el aire. Doblaron a la izquierda para seguir los muros de la estación y buscar la Avenida de la Victoria, esquivando las calles modestas, oscuras y retorcidas en que algunas busconas hubieran saludado a los muchachos.

—¿Por qué no vamos a beber un trago, *Chez Madeleine?*—insinuó Jaime, que con el fresco de la noche tenía ganas de juerga.

Solo los jóvenes y Maret conocían el sitio. Allí, cerca de la estación, en una calleja oscura, alumbrada la puerta por los faroles rojizos, estaba la casa de Madeleine, antro más que cabaret, servido por infelices muchachas que reclutaba la dueña en el puerto de Marsella. Un piano mal afinado golpeado por un ejecutante de pupilas enfermizas y ambiguas maneras hacía un poco de ruido armónico con un violín, no con mayor destreza manejado. La sala estaba chinescamente decorada con oros falsos y negros desteñidos. Desde el vestíbulo estrecho se notaba ya un olor fuerte como a bodega de barco y la impresión de las mujeres, más que de alarma fué de sorpresa, al enfrentarse con Madeleine, vestida de un azul chillón; con la sonrisa roja y lasciva como un clavel. Arias con un pudor que solo se explicaba por el sueño o la tacañería,

se negó a penetrar y con él marchó María Teresa que era presa de un extraño malestar.

El sitio, no era ni una taberna, ni un cabaret. Más que otra cosa hacía pensar en un tugurio calentado por el snobismo y los vicios. Con no más de ciento veinte metros cuadrados de espacio, incluyendo el bar estilo americano todo entonado en rojo y plata, se congregaba allí en la alta noche una gran parte del turismo que se divierte. Hombres y mujeres venidos de procedencias diversas, se ponían en relación gracias a la habilidad un poco ruda, pero simpática, de Madeleine, maestra en el arte viejo de unir voluntades. Ella imprimía carácter al lugar, que sin su personalidad nada valía. Amiga de los parroquianos, confidenta y servicial, ponía cuanto de su parte estuviera por complacerlos, aun en cosas ajenas al establecimiento. Nadie discreta y segura como ella para conseguir el gramo de cocaína sin falsificaciones—la recibía de Suiza directamente y solo para sus clientes—ni nadie tampoco más hábil para poner en contacto una turista aburrida con un buen bailador que se hiciera por una noche su amigo.

Todo esto hacía de su casa un desfile nocturno, elegante y movido. Clientes alemanes en profusión y muchas inglesas, llenaban la sala todas las madrugadas porque cabarets y casinos cerraban demasiado temprano para los noctámbulos. Un espíritu de camaradería y complicidad los hacía a todos discretos y las aventuras *Chez Madelaine*, nunca trascendían a los hoteles, ni se conocían en el Paseo de los Ingleses. Estaba convenido, tácitamente, que allí se iba a hurtadillas o por ocultar deslices. Nobles de esfumadas arrogancias tenía también Madelaine entre sus clientes y hasta más de un matrimonio dorado salió de sus manejos, que

todo, decía con gracia, era anuncio al fin de la casa. Nadie más que ella había sido la propiciadora del matrimonio escandaloso de Su Alteza Real, Jacques Charles Ferdinand Philippe de Bourbon—tres lises de oro en cuartel azur—con la linda heredera de Konrad H. Hughes y también ella intervino, año y medio después, en el divorcio que Grace interpuso a su consorte porque éste le seguía siendo, según dijo, escandalosamente infiel, precisamente *Chez Madeleine*, con una amante antigua. El escándalo era reciente y mientras la gran propiciadora inclinaba el busto sobre la mesa, hablole de el Maret, con el tono confidencial que puede usar quien conoce íntimamente al protagonista de una historia. Del bulevardero Club de Capuchinos conocía al príncipe banqueando en el bacarat por las tardes. Madeleine reclamó por el prestigio de su casa.

—Miss Hughes lo sabía todo y cuando empezó a querer atrapar el título de Princesa de Bourbon gracias a sus millones, no se lo oculté y ella vió aquí a Su Alteza muchas veces con Lady Alice, como tampoco oculté a Jacques que ella había llegado a Niza en el yate de su amigo Parker.

—¿Pero el divorcio es un hecho?—apuntó Tessie, un poco tímidamente.

—Sí, pero con condiciones. Grace seguirá siendo princesa, que es lo que le interesa y Jacques tendrá una renta y eso es suficiente para él, que se casó por el dinero y no por amor. ¡lo conozco bien!

Por entre el humo llegaban cansonas las notas del tango. Iba resultando pequeño el salón, agregándole mesas a medida que arribaban clientes, casi todos caras conocidas a fuerza de verlas en la tarde por el paseo. De smoking y con boina, angulosas las facciones y sobre la mejilla izquierda la cicatriz de un viejo sablazo, entró S. A. R.—monóculo, tres li-

ses gastadas en el oro viejo del anillo, ojos cargados de nieblas nocturnas y un árbol genealógico a subasta—. Llegaba rodeados de dos amigos y una amiga y dió un manotazo a Medeleine al tiempo que tendía a la muchacha del vestuario la capa de armiño de su compañera y se zampaba de un solo trago sediento una copa de champaña abandonada en una mesa.

Se le asomaba a los ojos la vida aventurera de príncipe sin corte y en su desgano aristocrático había mucho de hastío burgués. De Rusia, se había traido la cicatriz y la costumbre granducal de quebrar las copas en los brindis, de Londres le quedó el hábito del monóculo y de todas partes, a girones, se fué formando su cansancio. Pudo Chicago dorar las lises del escudo, pero no devolver a Su Alteza Real las perdidas alegrías. Tenía la nostalgia del París anterior a 1914 y esa vida no podía resucitarla con todo el oro de mister Hughes. Percibiendo a Maret, le hizo una inclinación afectuosa y avanzó con la mano tendida, jovial y ligero con la consciencia de su intrascendencia histórica.

—Permitidme rogarles que se incorporen a nosotros. Hoy estoy de fiesta porque es fecha aniversario de mi boda—se tambaleaba un poco y se le iba la vista intoxicada—. De mi boda, sí ¡y la celebró porque el que no se casa no sabe la delicia de divorciarse!

Maret aprovechó un breve silencio para presentar a sus amigos. Su Alteza estaba efusivo de alcohol. Llamó a sus compañeros introduciéndolos a su turno.

—Querida Madeleine— gritó agarrándola por el brazo desnudo—mándanos champaña!... ¡prepara mucho champaña esta noche! Estoy esperando a la princesa mi exmujer porque la tengo invitada a celebrar el día de nuestra boda. ¡Oye!—ordenó con firmeza en el tono, igual que cuando era coronel de la guardia del Zar—que cierren la puerta ¡no más gente esta noche!

Sintió Maret en el muslo la presión de la mano de Paulette. Todos sabían el peligro de las principescas orgías que más de una vez terminaron ante el comisario de policía en San Remo y en París. Pepe Agüero displicente en su inmunidad diplomática, observaba la escena sin inmutarse y Tessie por su parte, estaba intrigada analizando al príncipe de quien le habían contado historias extravagantes. Maret habló por todos.

—Vuestra Alteza Real nos excusará, pero no podemos permanecer hasta muy tarde. Esperaremos solamente la llegada de la princesa para ofrecerle nuestros respetos y nos retiraremos después.

—¡Bah! Su Alteza Real mi exconsorte, prefiere que le ofrezcamos un vaso de *high ball*. Tienen que quedarse con nosotros para que nos vean bailar un tango, que es la única cosa en que nos hemos podido llevar bien desde que nos casamos. La conocí aquí mismo, bailando tango ¡Yo creí que todo era así, tan fácil como llevarla a compás! ¡Por el matrimonio y por el divorcio!—brindó alzando la voz y la copa—¡a bailar!

Se puso en pie y ofreció a Tessie el brazo que aceptó la muchacha con un dejo de complacencia. Por cortesía, Maret se vió obligado a dirigirse a la compañera del príncipe que había guardado todo el tiempo silencio a través de su larga sonrisa. Pepe Agüero se sentó junto a Paulette.

—¿Bailamos?

—Como usted quiera.

—¿Prefiero hablar? Si es así, tengo que decirle algo que se me ha estado ocurriendo desde ayer.

—¡Vamos a bailar!—cortó Paulette con enojuelo —¡ya sé lo que va a decirme y no me podrá convencer!. ¿no se lo he dicho hace días?

Bailaron lentamente, marcando cada paso, muy juntos, él asiéndola con fuerza y mirándola a los ojos que se entornaban con el ritmo de la música y el calor de la sala. Se dejaba llevar ondulando a su capricho, contrayendo un poco la boca, como si un gran cansancio la hubiera invadido de pronto. No pensaba en nada, ni sabía bien lo que estaba sintiendo. Pepe la hizo doblarse, arcada hacia atrás y por unos segundos, todo el ritmo de la danza se concentró en el balancear de sus cuerpos casi inmóviles.

—¡Tango muy 1910, bravo!—díjoles una de las veces el príncipe.

De pronto, con una carcajada amplia del anfitrión, la luz se apagó. Paulette sintió sobre los suyos los labios rudos del compañero que le sorbían un beso inesquivable, hondo, sensual y bárbaro, a plena boca. No pudo o no supo, defenderse, pero cuando la luz se restableció segundos después se negó a seguir bailando. Sentía una ira profunda y real, que no podía manifestar por miedo a venderse. Estaba sofocada y con rubores, creía que del disgusto.

Para los dos, por fortuna, la llegada de la princesa cortó el embarazo. Abiertos los brazos, vacilando, el príncipe se adelantó a recibir a su exmujer y la besó ceremoniosamente en la frente antes de tomarla en los brazos y depositarla a la cabecera de la mesa. La rubia princesa vestía de negro, sin otro adorno que un collar de perlas que resaltaba en la piel finísima del escote. Como un fluido emanaba de ella un perfume suave que al marido trajo recuerdos no del todo dormidos. Al sentirlo, cínico y sensual, casi frotó la nariz con la carne, aspirando largamente.

—¡A bber! ¡a beber! ¡champaña para Su Alteza Real!—gritó el Bourbon a Madeleine—. Hoy es el aniversario de nuestra boda ¡bendito sea el matrimonio! ¡Viva el divorcio!... No, darling, a mi lado no, ¡lejos de mí! Vamos a divertirnos ¡a tu salud! ¡por nuestro amor!—rompió a reir con un poco de falsete, bebió con prisa y quebró en la mesa la copa. Después se quedó un momento con los ojos bajos, persiguiendo algún recuerdo brumoso que en la embriaguez se le huía.—¡Querida, por tus amores! ¡por los míos! Parto para la Legión y quería decirte adiós, ¡gracias por haber venido! Después que me des un trago con tu boca, el último trago, querida, me iré... allá lejos... ¡Bebamos todos!... ¡Música Madeleine, tus músicos están borrachos! Voy a cantar en honor de Grace una canción que ella y yo conocemos.

Se fué junto al piano. Tosió varias veces y esperó a que el pianista dejara de fumar la colilla. Su exmujer lo miraba con sorpresa, y una duda o un presentimiento se asoma al ventanal de los ojos garzos. No era el Jacques de antes. Algo extraño lo agitaba, conmoviendo al aventurero que había cedido sus lises borbónicas por un puñado de billetes. Con voz bien timbrada un poco ronca, empezó la canción que conocían los dos por haberla oido mucho en París cuando su viaje de novios. Jacques cantando, se había tornado serio como si la música le disipara las nieblas del alcohol. Cantaba.

Si mañana en tu corazón no hay otro sueño,
y tú quisieras algunas vez reencontrarme.

Todos estaban desconcertados frente al giro im-

previsto de las cosas y un silencio profundo se abrió como la boca de un embudo para que no se perdiera una palabra, ni se fugara una nota de la canción desgarrada. Algo raro los iba envolviendo. Maret apretó con fuerza la mano de la amante que se sentía mal y un poco alucinada. En los ojos claros como aguamarina de la princesita rubia había un velo de lágrimas y los labios se apretaban sobre el pañolín veneciano, agitándose el pecho con una respiración acelerada. La canción terminó

¡Si mañana—¡oh! mañana es el porvenir,
—no me digas nada esta noche y danza—
quiero guardar la esperanza,
de que mañana has de venir...

La última palabra quedó apretada, hundida en un sollozo en la garganta del príncipe. Pero reaccionó inmediatamente para lanzar una carcajada estrepitosa, que se quebró con vilipendios en el silencio.

—¡Querida! ¿oíste nuestra canción? ¡Por nuestros amores Grace!—arrebató al cantinero una botella y bebió a grandes tragos, como con sed de olvidos. — ¡Viva el divorcio! — Por el divorcio, tú te puedes ir a New York, bonita y libre y yo me voy a la Legión para hacer el amor a las muchachas negras de Djibuti ¡viva el amor! No, querida, tú no debes estar cerca de mí. Me gusta tu perfume, pero no te quiero, no te quise nunca ¿quién dijo que yo te quería? ¡mentira!—No, yo amo a todas las mujeres... Cuando me des el beso de adiós esta noche, me vas a dar también un poco de tu perfume... Me lo quiero llevar para bañar a las moras y pensar...

pensar en París, en Niza, en Biarritz y en tu Palm Beach, también, Grace.

Todo le daba vueltas y sentía vacilar cuanto le rodeaba. No sabía lo que hablaba. Dobló sobre la mesa los brazos y aplastó en ellos la cara como si estuviera agarrotando sollozos. La princesa, turbias las pupilas como ajenjo con agua, miraba a todos sin saber qué hacer. Trató de levantarse y extender la mano, pero Maret, suavemente, la contuvo. Reinaba un silencio embarazoso y dramático. Lo partió imprevistamente un sollozo histérico de Paulette que se clavó en los brazos las uñas para evitarlo. Maret la acarició suavemente, ofreciéndole un poco de bebida que ella tomó sin resistencia.

—¿Qué te ha pasado? ¡nervios! Vamos; domínate ¿a qué viene esto?

No sabía ella a qué venía aquello, pero se sentía mal y presa de una angustia misteriosa. Temblaba toda y se mordía los labios para no gritar.

—Madeleine, quiero que cada uno se beba una botella entera... ¡No! no me digan que no. ¡Por mí! que me voy a incorporar a la Legión y por Grace que se vá a New York a buscar novio... ¡Tenemos que divertirnos! ¡Bah! ¡si la vida no es nada! —el príncipe tenía endurecida la mirada turbia todavía y se pasaba el pañuelo por la frente sudorosa como quien limpia recuerdos que duelen—. Después nos vamos a comer caracoles a casa de Pillard... ¡Madeleine! ¡música y champaña! Quiero que Grace me dé aquí su beso de adiós, delante de todos... ¡No, querida, a solas no! No quiero quedarme a solas contigo... ¡te tengo miedo!—volvió a beber para adquirir fuerzas y finalmente lanzó la confesión, como quien se arranca una espina—. ¡Sí, todo esto se acabó y cada uno se va por su camino!

Acentuaba el alcohol sus intransigencias y hubo

que aguardar dos horas a que la crisis se fuera resolviendo sola. Al cabo, rendido por la fatiga, el príncipe legionario se dejó arrastrar por Madeleine a una habitación y allí se quedó inconsciente más que dormido mientras entristecida y desconcertada la princesa se hacía llevar al hotel. Convino con Madeleine en mandarle el frasco de perfume para que lo diera a Jacques.

Se había abierto fresca la mañana y por tomar un poco el aire y aplacar con la caminada los nervios excitados, decidieron los demás irse a pie. Andando, Paulette continuaba encerrada en un silencio áspero como lleno de preocupaciones interiores. Toda la sensibilidad que el sexo excitado había ido apagando en pocas semanas, renacía en ella. Involuntariamente, no había dejado de pensar en Renaud un solo instante mientras el príncipe estuvo haciendo malabarismos con su dolor inconfesado. ¡Qué enorme responsabilidad la de una mujer que quiebra un sueño de amor! ¡Partir una vida para siempre...!

Caminaban en silencio y su enigmática actitud era analizada por cada cual a su capricho. Maret creía que pensaba en su amor y Agüero imaginaba encontrar en la turbación la huella perdida del beso robado. Vanidad donjuanesca del joven y credulidad inexplicable en el vividor. Los dos, no eran más que un polo en el conflicto sentimental y estaba el otro en el camino de París, que era hacia donde la brújula apuntaba.

Por horas todavía, no pudo Paulette dormirse, agitándose en la cama como si el cuerpo siguiera las vueltas del pensamiento. Renaud la quería, a su modo, sin gracia, con sus defectos y sus aburrimientos, pero con limpio corazón. Por unos segundos, Maret le volvió a ser repulsivo, atribuyendo a su

endiablado arte de amador el haberla separado del sendero de la paz.

Volver al camino perdido ¡era tan difícil! Porque su marido no le gustaba ya sino esporádicamente, por una misteriosa piedad. Al abrir los ojos a la realidad del amor había aprendido que ninguno puede durar toda la vida. El amor es vario y cada hombre lo hace a su modo, con sus propios matices. Maret besaba bien, pero Agüero le había dado un beso nuevo y nuevo hubiera sido el de Jacques y nuevo ha de ser el beso de cada hombre.

Miró el reloj. Ya las nueve. El tren debía aproximarse a París. Una hora más tarde, Charles confiado y bonachón, incapaz de sospechar de ella, en el piso de la Avenida Kleber, después de dar a Armanda la maleta, se estaría afeitando, parsimoniosamente para de lleno meterse en su oficina a luchar. ¿A luchar por quién? Por ella, como había hecho siempre. Los remordimientos le golpeaban en la frente como un dolor de cabeza. Se sentía traidora, mentirosa, infiel y perdida.

Logró dormirse con pensamientos honestos bajo la melena que el aire había revuelto. Ni se daría a Pepe Agüero, ni seguiría alentando la loca intención del profesor. Como esquivar al primero no le era difícil, se durmió meditando en la fórmula necesaria para convencer al otro.

Paulette, positivamente, seguía sin conocer la áspera vida que se precipitaba resbalando. El *tren azul* avanzaba en su vértigo entre marañas de vías y el panal verde y rojo de las señales de la estación de Lyon acercándose a París y aun Renaud luchaba contra el sueño en su estrecha litera. Se había dormido a las cuatro, cuando cortaba el convoy campos en sombras iluminados por el lejano amanecer. El mozo del vagón se llegó hasta el vestido de azul

oscuró y con el nombre de los coches—camas Cook expandido en todo el uniforme.

—Dice madame Arias que si no va usted a desayunar con ella.

Riéndose, los lindos y cuidados pies rosados, asomando entre las cortinas de la litera, sin otra belleza que los ojos oscuros y vivos en el marco de la cara arrugada y pálida, Dalila aguardaba la respuesta. Estaba orgullosa de su aventura y recordándola, experimentaba halagos. Renaud sentía la cabeza como hueca, vacilando y tenía turbios los ojos.

—¡Bien! Dígale a Madame, que en cinco minutos más estoy con ella...

CAPITULO DECIMO SEGUNDO

El pentágrama de acero

COMO la compañía no les permitió reunirse a deliberar en el modesto cinema del batey, a Viñas se le ocurrió que el lugar más a propósito era la sala de bailes públicos de *Los Rosales* amplia construcción en tosca madera, vecina a la bodega de Torres, un dominicano que había logrado hacer dinero sin contar con la compañía y que era, por eso, mal visto por Márquez. Se dirigió al dominicano.

La sala de bailes, lugar de reuniones campesinas en las noches del sábado durante la zafra y a donde acudían las muchachas del vecindario para bailar danzones y con la esperanza de levantar novio pueblerino, se alzaba al lado de la vía férrea, alumbrándose con acetileno, porque a Torres no le quería dar fluído eléctrico la *Goldenthal Sugar*. Todos los empleados del central y con ellos los obreros que permanecían vacilantes todavía, pero en el fondo solidarizados con la protesta, contribuyeron a pagar el alquiler del local. La cedió casi de balde Torres contando compensar con la venta en la cantina. La asamblea se citó para aquella noche a las ocho y en ella debía dar el comité que presidía Viñas cuenta de las gestiones realizadas. Máxima representación de la autoridad nacional acudiría pa-

ra velar por el respeto a la Ley, don Juan Bautista, alcalde de Palmares con jurisdicción nominal sobre el batey y sus contornos. El hijo de don Juan era guardalmacén del ingenio y había sido favorecido además por Márquez con la contrata para coser y numerar los sacos de azúcar en las centrífugas. Dos parejas de la Guardia Rural se encargarían del orden, al mando del sargento Ibarzábal, rechoncho, maldiciente e inconforme, pero noblote en el fondo.

El día iba transcurriendo monótono, en un silencio que se preñaba de augurios. Habían dejado de humear las chimeneas del central y estaban fríos los hierros de las locomotoras. Panchito y sus guardajurados no habían tenido descanso recorriendo el batey, pero sin encontrar motivo de gresca. En la calma dominical, la peonada formaba grupos pequeños frente a las casas de madera con portales medio arruinados, hablando en voz baja temerosos todos del dragón oscuro y feroz, la Compañía. Desde los balcones altos de la casa de los oficinistas—una de las pocas confortables en el batey—éstos, que habían seguido acudiendo a su trabajo, rebeldes a sumarse a los suyos, separados solo por un ridículo prejuicio de categoría, veían cruzar a los rebeldes, en voz baja alguna vez dándoles la razón, pero sin que lo oyera míster McDonald que fumaba su pipa midiendo con pasos largos y rítmicos el largo del portal que refrescaban aires venidos del campo, aromados de caña y de tierra caldeada.

En filas largas que se extendían algunos centenares de metros, de un extremo a otro del batey se estacionaban los carros cargados de caña. Un poco más lejos, llenos de azúcar para el barco que aguardaba en el puerto vecino, pintados de rojo y en blanco las iniciales de la compañía, los vagones formaban un campamento aparte con los tanques de

miel que ya debían haber partido para los alambiques norteamericanos. Todo olía a melaza y azúcar en bruto en aquel silencio infrecuente. No había en la gran calma bajo el sol más que un movimiento de vida con la nubecilla de vapor blanco que se agitaba como un gallardete bajo el azul magnífico del cielo. Era la caldera que nutría las plantas eléctrica y de bombeo.

Por orden de Márquez, los guardajurados cerraron la entrada del batey a todos los que no fueran empleados. Como señor feudal que alzara su puente, la *Goldenthal Sugar* se aislaba del mundo a resolver con sus obreros la cuestión pendiente. Fué primero la orden de que no se dejara regresar a quien saliera, pero se afirmó por la tarde que tampoco se podría salir sin un pase firmado por el jefe de los jurados. Viñas trató de comunicarse con su periódico, pero el teléfono estaba en la propia oficina y no se le dejó pasar. Fué entonces, al telégrafo.

—Tengo órdenes de no trasmitir mensajes que no vengan de la oficina.

Viñas se indignó con Ledesma el telegrafista.

—Tú estás al servicio del público y el telégrafo es del Estado y la compañía no tiene derecho a supervisarlo. Yo, como cubano, exijo que se curse este mensaje de prensa.

—¡Ay viejo!—lamentó con un dejo lleno de comprensión impotente el telegrafista—¡el periódico! ¿Pero tú no sabes que mañana no lo van a dejar circular? No, si no es orden del juez, ni de Gobernación, ¡nada de eso!, es de Márquez, que es quien manda aquí. Van a hacer con los periódicos que no se porten bien lo mismo que han hecho con los billetes de Lotería, que no se pueden vender en el batey. Mira Viñitas, déjate de tonterías y abandona

este negocio que te va a salir mal ¡si con los americanos no hay quien pueda, viejo!

Enviaría su mensaje, que era un grito de alarma, por otro medio. Había que hacer llegar al exterior la verdadera intención que los animaba para evitar que las informaciones oficiosas de la compañía dieran al movimiento carácter de revolucionario y de rojo. Yéndose a pie hasta el pueblo, no por el camino sino por la vía férrea inactiva, cualquiera podía usar el teléfono en Palmares. Marchó a la fonda en cuyo departamento de primera clase lo estában aguardando sus compañeros de comité. Explicó lo que ocurría y sometió su plan al consejo de los demás.

—¡Hay que hacer llegar esta información de todas maneras! De lo contrario mañana los diarios dirán que somos comunistas; que estamos fomentando una revolución ¡qué se yo cuántas cosas! ¡todas las que se le ocurran al mister ese, que tienen en la oficina de la Habana. Yo no puedo irme, porque temo que si me demoro no estaré a tiempo en *Los Rosales*. Tú Corzo, ¿conoces alguien capaz de irse escondido, salir por el fondo del batey usando el trillo del matadero y después, por la línea, llegarse a Palmares?

Hacía falta un hombre de temple para la misión al parecer sencilla. Los subordinados de Panchito tenían ojos penetrantes y estaban alerta y hubieran fácilmente detenido a quien intentara saltar las cercas de púas o meterse debajo de ellas.

—Además—explicó Regino Núñez que llegaba—en el cuartel de la rural están ya organizando las parejas y han llamado a todas las que estaban de recorrido para copar el batey a fin de que el orden siga manteniéndose y si alguien trata de escaparse, se expone a que los rurales le corten el vuelo, porque con las órdenes que tienen del capitán Vivar, no podrán hacer otra cosa.

—Pero ese mensaje hay que llevarlo de todas maneras o nos quedamos sitiados y seremos sometidos por hambre.—Viñas con los ojos azules abiertos por la furia de su justicia, paliducho y flaco, se creció una cuarta al hacer la afirmación. Se estaba poniendo nervioso y lanzó una interjección.—¡Bueno! ¿es que ninguno de ustedes conoce un hombre capaz de hacer lo que hace falta?

Santos el maquinista, se puso en pie y su corpulencia cubrió toda la luz de la ventana. Hablaba poco y con reposo, pero jamás botaba el cabo de su tabaco sino para decir algo definitivo.

—¡Deme el mensaje, Viñas, yo lo hago llegar!

—No, Santos no puede irse—protestó Tamayo y lo apoyaron Molina y Ortega.

—No, si no me voy porque sé bien que aquí soy más útil, pero eso se lo lleva a Palmares, Alfredito mi sobrino.

—¿El loco?—preguntó paciente desde su rincón Tomás de la Cruz acariciándose la calva absoluta.

—Sí ¡ese mismo! Pero nos hace falta para esto, un loco de confianza y de ese respondo yo. Se le escapa a los jurados y se le va a los rurales. Está ahí en la cantina ¿quieren que lo llame?

Entró Alfredito, frontudo y joven. Los ojos claros y grandes en la frente ancha estaban un poco adormidos de ron. Aun vestía el pantalón azul de trabajo. Se detuvo en medio del grupo y llevándose la mano a la frente con un saludo vertiginosamente militar, inquirió:

—¿Qué pasa? Alfredito, aquí, para servirles ¡ni se ocupen! Lo que digan los **compas** ¿a quién hay que matar?—extrajo del bolsillo un pañuelo y ru-

bricó con la seda roja en el aire, unos signos de hampón, como si lo fuera de verdad.

Santos le dejó caer en el hombro la mano ruda y lo miró seriamente, con cariño que se le escapaba por las pupilas. Tío y sobrino en nada se parecían y vivían litigando uno con otro, pero Santos sentía bullir en las venas del loco su sangre de joven.

—Cállese... Esto es serio, ¡sea útil alguna vez!

—¿Serio, mi tío? ¡Bueno, me voy!—e hizo ademán de levantarse.

Pero no se marchó. Como siempre que hacía falta dar el pecho en cualquier causa de amigos—que fuera o no justa a él no le importaba, porque ponía la amistad por sobre todo—el sobrino de Santos se comprometió a llevar a Palmares el mensaje de Viñas y a darlo por teléfono a la misma redacción.

—Pides que te lo tome Soloni, el mismo Soloni ¿oyes? No se lo dejes a nadie más.

—¡Ni te ocupes, Viñitas! A mí hay que matarme.—Sabía que el tío le iba a preguntar si tenía dinero y por casualidad, lo tenía—¿que si tengo manguá? ¡Uff! ¡Si le puedo prestar hasta el mister de la compañía!

Ocultó en el forro del sombrero de paja el texto que había de trasmitir, saludó otra vez hamponesco y desafiante, prendió un cigarrillo y tras detenerse un minuto en la cantina, partió a paso lento, las manos en los bolsillos, silbando una rumba de moda y levantando con los zapatos, nubecillas de polvo como quien marcha sin rumbo y sin prisa.

Aquella huelga tranquila y total que por vez primera unía a los obreros y a los jefes, poniendo al servicio de la causa común el esfuerzo de todos los resentidos, desconcertaba a Márquez. El cubano americanizado, mascaba con furia el cabo de su vieja pipa, pensando en lo que diría Goldenthal cuando supiera lo que estaba sucediendo. La protesta era tan unánime y tan justa al cabo, que ponía en contra de la hasta entonces omnipotente *Goldenthal Sugar Co.* a todos los que habían permanecido antes aislados y que con su dispersión permitieron al coloso impersonal dominarlos.

Márquez era bastante inteligente para no ocultarse la verdad. Aquello ni era comunismo, ni era revolución, sino un estallido de los cubanos, sus compatriotas, frente a la injusticia reiterada de la empresa extranjera: ¡Sí, también él tenía sus resentimientos con la compañía! Pero estar resentido, reflexionaba, no es romper relaciones. Cuando a Keynon, con lo inexperto que era y con la ignorancia que tenía, lo designaron, nada menos que Director General de la División Antillana de la *Goldenthal Corporation,* le dolió la injusticia, pero se guardó de decirlo. Al cabo, Keynon era americano, comía todos los sábados con Goldenthal en New York y solía acompañarlo en sus excursiones de pesca a Nassau los inviernos. ¡Y qué grandes son, además, estos americanos! ¡Tienen unos nervios!

Recordaba un episodio tres años atrás. Estaban en las oficinas de Wall Street, poco antes del almuerzo, el multimillonario, su apoderado Druker, Keynon y él. Había una mañana turbia de cielo. Hasta el despacho, por el callejón estrecho y hondo como un cañón, subió imprevisto un ruido formidable como de desplomes amenazantes o de cañonazos. Era tan fuerte que él palideció un poco y con nerviosidad criolla se asomó al balcón. Los demás se rieron extrayéndolo de su desconcierto.

—¡Oh! mister Márquez, no sabe lo que son los truenos en Wall...!

¡Diablos de americanos! Todos se habían reido de su alarma, porque, de verdad, no había sido más

que un trueno aquello, pero. ¡vaya que tienen eco los truenos en Wall Street! Pero, en este caso, en su país, no se reirían de él. Como Keynon a pesar de saber del conflicto estallado en una de las propiedades de la compañía, no había tenido la delicadeza de investigar, dejándolo entenderse directamente con Druker en New York que se defendía a su turno, quiso llamarlo.

—¡Becali!... Deme pronto el Hotel Nacional—Márquez pronunciaba con énfasis sabroso *Nacional Jotél*...—necesito hablar con mister Keynon.

Encendió un cigarrillo virginiano mirando a través de la ventana enmarcada en caoba el central inmóvil. Unas pocas tiñosas revoloteaban lejos sobre el matadero y en la calma del día haragán y largo, parecían poner las palmeras lejanas un poco de ensueño criollo. Era bonito su país ¡qué bellas las palmas espigadas con sus verdes penachos abiertos como abanicos rotos! Y aquellas lomas que azuleaban a lo lejos bajo un cielo límpido, transparente y tibio. Bebió el aire que llegaba fresco y se puso un poco triste, porque la sangre cienfueguera lo hacía sentimental cuando estaba a solas y no precisaba defender los intereses de la compañía. Engoló la voz como un tenor que necesita mantener un aria.

—¿Eh? ¡Bueno y qué me importa! Póngame con el *Country Club*, entonces.

Mientras él estaba allí batiéndose por los intereses de la compañía, exponiendo la vida acaso, luchando y batallando ¡qué bonito! Keynon esperando noticias, tranquilo frente al vaso de *high-ball*, mirando las muchachas elegantes vestidas por Bernabeu y tocadas por Eva y a lo lejos el gran campo verde del golf con sus torrenteras admirables con minucias de telón. Lo irritaba un poco esta idea. Pero mister Keynon era americano al fin y

tenía ciertos derechos. Además, Goldenthal lo quería mucho, porque habían sido al mismo tiempo mensajeros de Kindred and Com. cuando éste, en 1885 estaba en Texas especulando en terrenos. Sonó el teléfono otra vez.

—¡Bien! ¡qué le vamos a hacer! Dígale a mister Keynon—deletreó parsimoniosamente el nombre—que cuando acabe de jugar al golf llame a mister Márquez.

¡Y jugando al golf! Entró Panchito. Más que nunca las botas amarillas tenían salpicaduras de cieno y en la mano nerviosa el látigo parecía buscar una espalda en qué caer. A una seña de Márquez quebró el angustiado silencio lleno de sofocación.

—La cosa se pone seria míster ¡yo no puedo responder del orden! Hay que ordenarle a la rural que meta mano, o esta noche en *Los Rosales* se arma. Alfredito, el sobrino de Santos, no está en el batey y debe andar borracho en alguna parte, si no está haciendo algo peor. Yo creo que se ha ido al *Costa Rica* para soliviantar la gente allí de acuerdo con Menéndez, al que expulsamos de aquí hace dos meses. Me consta y de eso sí estoy seguro, que el chino Guzmán andaba por allá como delegado del gremio.

—¡Los gremios los disolvemos a tiros!—gritó Márquez lleno de iracundias y dando en el cristal de la mesa un puñetazo.

—¡Sí!—declaró Panchito, ahora con un arranque de sinceridad babosa de afectos a la compañía—¡pero como no sean los rurales! Dice el teniente que no puede hacer nada y ¡oíga!—subrayó con énfasis—¡y ese es de los buenos! Pero si no le llega la orden...

Márquez estaba desconcertado. Miéntras Keynon jugaba al golf y despreocupábase de la situación, al otro extremo del hilo telefónico, New Yor, por boca de Druker que apuraba con calma impertérrita su tabaco de lujo, le pedía que "llamara al Ejército" como si ello fuera cosa fácil. ¡A Goldenthal no había forma de localizarlo, perdido como andaba con su barco. ¡Todas las cuerdas de salvación se le aflojaban. En el bufete de Arias, Mora dilataba resolver las consultas. Cansado de vacilaciones y angustiado de urgencias, sin saber que hacer, Márquez pidió comunicación telefónica con el *Bremen*, en mitad del Atlántico, para hablar con su primo. Arias estaba en lo alto del gran paquebote, en el salón del Ritz, comiendo una sabrosa langosta a *l'americaine*. Le interrumpió la plácida digestión del crustáceo.

—¡Mantente ahí! No cedas ¡hay que acabar con esos agitadores!—Arias se desvergonzó a través del océano, como si nada costaran las palabras, pues al cabo él no las pagaba—. ¡Llevo instrucciones! ¡Animo, primo! Clidfford mismo está interviniendo en esto. Yo estaré pasado mañana en New York y me puedes esperar en la Habana el miércoles ¡mal rayo los parta a todos! Sí,—se dolió como siempre—¡imagínate! Dalila y María Teresa vienen solas. Tuve que dejarlas en Niza para embarcar en el *Coligny*.

Se oía débilmente la voz vibrante desde el Atlántico a la Nueva Inglaterra por el aire y desde allí a Cuba, yendo por hilo que parecía un largo pentagrama de acero hasta la Florida. Después se hundía en el mar para emergir en la Habana. Nuevo tendido aéreo hasta el Central de la *Goldenthal Sugar*. En los extremos de este magnífico alarde de técnica y civilización, dos mediocridades conspiraban.

CAPITULO DECIMO TERCERO

Los guiños de la Torre

SE hacían interminables las horas del tren. Nada le interesaba tanto como llegar a París, su París adorable y tranquilo dándole a Charles la sorpresa de su presencia en el pisito de la avenida Kleber. Por la ventana de la alcoba entonaba en azul, mirando caer el sol en el Bosque, le daría un beso de reconciliación inconfesada.

Animada de honestos pensamientos, Paulette estaba radiante aquella mañana con su traje sastre, en cuyo gris se destacaban los botones ocres. Corría el tren envuelto en copos de vapor, que a veces parecían montones de niebla retrasados en la soleada campiña. Campos amorosamente cultivados desfilaban ante sus ojos y de tarde en tarde, una casa pequeña con paredes amarillas y techos de teja gris, reverdecía en su pensamiento, lejano sueños de adolescencia. Alguna vez pensó en una casita así, al lado de Jean. Desvió de pronto la evocación casi infantil. Al cabo, Jean no había querido ser nada en su vida cuando se casó al volver de un viaje, con la hija del vinatero bordalés.

El *París-Lyon-Meditarranee* temblaba corriendo y allá lejos, erguido en la línea grisazul del horizonte, espiga negra, la torre Eiffel anunciaba la proximidad de la capital. No tenía en el compartamento

más que un compañero, espigado y rubio, que seguía a Amsterdam con sus maletas y sus aburrimientos sellados en Bengala. Ni en el buen mozo había reparado hasta que viéndola ponerse los guantes se le ofreció en pésimo francés para bajarle las maletas y sacarlas al pasillo. Se sintió el rubicundo, bien pagado con la sonrisa de aquella francesa de boca fresca como una jugosa fruta mordida en la mañana.

Llegaban. Trepidaba el tren en los rieles entrecruzados y trepidaba el corazón de Paulette. París había desaparecido, oculto por una línea de rojizos edificios sinuosos. Por unos cientos de metros, pasillos cementados se extendían a lo largo de la vía, alternando con caminos negruzcos. Se hizo de pronto, un poco de sombra. Estaban ya bajo el techo de los andenes y empezaban a verse en fila aburrida, los maleteros.

Paulette estaba nerviosa de su aventura. Sin advertirle nada a su marido, para darle una sorpresa y por huir de sus pecados, llegaba a París con un firme deseo de reposo. Quería escaparse de sí misma, alejarse de un abismo que la atraía para perderla. Por eso, el volver tenía sabores de cosa definitiva, porque pensaba dominarse y olvidar lo pasado en un afán ingenuo de reconquistar la tranquilidad perdida. Al mismo Maret, insinuante como serpiente tentadora, le había dado falsos pretextos para ese regreso que fué como arranque. No era a buscar ropa blanca a lo que iba a París, sino cosas más hondas la hacían huir. ¡Huir!... no sabiendo bien de qué, ni de quién. El aire de la mañana y la visión gris de su París, dieron a la sonrisa aires de sinceridad y a sus arrepentimientos sabores de definitivos. Como cansada, se detuvo la locomotora expeliendo vapor que opacaba los cristales.

La llegada al piso le produjo sensaciones contradictorias y confusas, ganas de reir y de sollozar. Todo estaba igual, gris, tenebroso y tranquilo como su vida durante seis años. Un pedazo de cielo con azul de primavera, se veía por la ventana amplia, a través de cuyos cristales avanzaron tantos y tantos soñares. Sobre la chimenea estaban aún las flores artificiales que una tarde de invierno compró en un tendido del boulevard. El reloj de cristal y bronce con base de porcelana. —¡pobre viejo reloj cansado, que ya no daba las horas!—, la hizo pensar en la tarde en que Renaud lo adquirió cerca de la Port Maillot, a un buhonero perdido. Se acordaba bien, con minucias. Habían almorzado en el *Café des Sports* y después dieron un paseo por el bosque primiveral, lleno de parejas de enamorados.

Como una niebla, extendiéndose, el recuerdo del pasado, tranquilo y sin grandes emociones, iba poniendo pátina a las cosas. ¡Qué loca había sido! Perder todo aquello, aquel hogar seguro, la misma tranquilidad que a veces la asfixiaba por monótona, ¿por qué? Por un poco de placer, por muy hondo y perturbador que fuera. Al final, cuando los años pusieran arrugas en el cuello y cansancio en los ojos, él la dejaría por otra. El, en aquel pensamiento sereno, no era sólo Maret, sino todos los hombres, con excepción de Renaud.

—Armanda, ¿a qué hora llegará el señor?

Renaud, desde la mañana en que arribó, sólo había estado en la casa de paso, por minutos, a buscar alguna cosa y a cambiarse de ropa. Había advertido a la sirvienta, en dónde estaba, por si algo imprevisto se presentaba. Con fingida vacilación, habló la doméstica.

—¿El señor? ¿Pero la señora no lo sabía?—se hizo la confundida para atraer más la atención de la

patrona. — Si no está en su oficina del bulevard, me ha dicho que lo llame después de las seis al hotel Majestic.

—¿Al Majestic?—inquirió sorprendida—¿pero qué hace Charles en el Majestic, a tres cuadras de casa?

Armanda no sabía, ni quería vaciar sus sospechas. Se atenía a las instrucciones recibidas del patrón. En la oficina le dijeron que Charles estaría de regreso a las once y por no llamarlo al hotel, dejóle recado. No estaba celosa, pero sí sorprendida al descubrir en su marido un engaño. Esto aligeraba un poco su conciencia, aminorando las culpas y resolviendo sus dudas. Empezó a atar cabos en un frío raciocinio lento, como desenredando una madeja. Los engaños debían ser antiguos. Le ardía herido, el amor propio. Hasta sintió impulsos de regresar a Niza la misma noche, a reanudar con énfasis su amor interrumpido con tanto esfuerzo y tan buenos propósitos. Un poco maquinalmente redactó el telegrama para Maret y lo dictó por teléfono, pensando en otras cosas.

Renaud la llamó a las once, con sorpresa y reticencia en cuanto a las dificultades que tenía para almorzar. No quiso forzarle las explicaciones.

—Bueno, ¿comeremos juntos, entonces?

—Es lo que te iba a proponer. En *Fouquet* podríamos vernos, a las siete y media.

—¿En casa? No ¿por qué te vas a tomar el trabajo, por dos días? No. —agregó, cómo si la idea le viniera de súbito—; yo quisiera también aprovechar para que invitáramos a la señora Arias. Sóla como está ella y sólo yo, no he podido atenderla. Podrías llamarla tú misma, por teléfono. Está muy triste con la partida del marido, que sólo demoró unas horas aquí.

—¿Adónde la llamo?

—Al Majestic...

¡Y con Dalila! Ahora era más honda la herida: Dejarla a ella en plena juventud, apetitosa y codiciada de tantos hombres, por aquella rival de pelo teñido y carnes flácidas!

—Armanda, todos los hombres son unos estúpidos y las mujeres más estúpidas que ellos. No quiero almorzar sino frutas y té. Cómprame el periódico.

Desganadamente comenzó a mondar la manzana y abrió el periódico. Se le cayó de las manos el cuchillo al leer los grandes titulares. "Se suicidó esta mañana en Marsella, S. A. R. el príncipe Jacques de Bourbon". "Marchaba a incorporarse a la Legión Extranjera". Leyó la noticia con avidez que jamás había puesto en enterarse de ninguna novedad. Pera la información, hecha con premuras, apenas traía detalles del suceso. El príncipe había llegado de Niza en automóvil una hora antes de zarpar el barco, sin que nada delatara en él intranquilidad. Reía y bromeaba, como siempre, y hasta el último momento permaneció en la escala hablando con su hermano Fernando. Cuando el barco soltó las amarras, entró en su camarote para darse un pistoletazo en la sién, después de vaciar un frasquito de perfume en la cama. Ni una carta, ni una última palabra, explicaban el final extraño del príncipe galante, bohemio y aventurero.

Hacía después el periódico, la biografía movida y accidentada del suicida. Junto a su fotografía, con el uniforme de Guardia Noble de Su Santidad, aparecía el de la bella Grace Hughes. Aquel matrimonio había sido, decía el diario, un matrimonio típicamente de nobleza en ruínas y millones caprichosos.

Sintió una pena intensa por la tragedia de aquel hombre, que sólo había visto una noche, pero que en

su embriaguez le había revelado un sentimiento lleno de delicadezas y desesperaciones. Aquello, sin duda, aunque inútil, tal vez, había ejercido influencia sobre ella y el episodio sin importancia, a punto estuvo de modificar su vida. Había visto llorar a un hombre, un amor perdido. Lo veía morir, ahora, inmolarse a ese amor, que no le habían comprendido. Ella sabía el secreto y le dolió ver que salpicaban, por incomprensión, el drama de un hombre en quien nadie, ni la amada, sospechó el amor, quizá sepultado en orgullo. El escepticismo que por la mañana la había invadido, se le disipó un poco. Quiso hacer al amigo de una noche la ofrenda de su comprensión y para eso llamó a Gilbert al periódico, dándole los detalles de lo que había acaecido en Niza, unos días antes.

Pasó la tarde aguardando la aparición de los diarios vespertinos. A las cinco pudo Armanda subirle el periódico. Sobre la fotografía del suicida, ahora de frac y con la banda de Mauricio y Lázaro, en el pecho, corona oscura en el remate de una vida agitada, campeaban los titulares negros: "Antes de matarse el príncipe Jacques de Bourbon quiso reconciliarse con su esposa, la millonaria Hughes". Tiró el papel impreso al suelo, sin querer continuar. ¡Qué difícil es encontrar en la vida quien nos comprenda! Un timbrazo del teléfono la sacó de sus meditaciones agrias y tristes. Era Maret.

—Te extraño mucho y no puedo encontrarme sin tí. ¡Ven!—se exaltó un poco—¿Leíste la noticia? ¡Pobre Jacques! ¡La quería como yo a tí!...

Paulette le hizo el relato de lo ocurrido con Gilbert y se dolió de la incomprensión que rodea el dolor de cada uno. Meloso, el otro engoló la voz con emoción, que acaso era sincera.

—Por eso, cuando dos seres se comprenden como tú y yo, hay que echarlo todo a un lado. ¡Vuélvete! No puedo estar sin tí y tengo celos de tu marido!

Rompió ella a reir y con donosura le contó la aventura de Renaud y Dalila. Cuando dejó de hablar, estaba más tranquila y las palabras del amante le resultaron como un calmante. Lo quería la vida y volvería a él.

El, en este caso, eran muchas cosas.

Comieron en *Fouquet*. Brunet, el maitre gordo y de bigote cano, les recomendó un *Mutton-Rothchild* que le parecía indicadísimo para beber con el *chateau* que Paulette pidió con desgana y displicencia. Reconociendo a Dalila, Paul, el otro maitre, preguntó por Arias, cliente desde años atrás, y después se interesó por María Teresa, a la que conocía desde niña. Paulette preguntó si conocían a Maret.

—¿El doctor Maret?—Brunet alargó el bigote encanecido, sonriéndose—¡el mejor comedor entre todos los hispanoamericanos! Ya lo extrañamos, que lleva tiempo sin venir. ¡Buen catador!

Perfumado de salsa *bearnais*, el mozo depositó frente a Paulette el *chateau* ensangrentado y en su punto. Paul, meticuloso, escanció un poco de vino rojo en las copas y se retiró abandonando a la clienta que al volver la mirada vió a Dalila y su marido haciéndose señas. Ni se irritó ni quiso por eso, dejar de comer. Fué cortando la carne, lentamente, mirando entre la niebla que ponía halos en los faroles, el Arco de Triunfo y allá lejos, casi invisible, el reloj de la torre girando brillante en las sombras. Llegaba hasta ellos aromas de castañas calientes y en la amplia acera, un borracho se doblaba, charlatán bajo las copas. Se acordó de Maret aquella noche en Menton, lanzando la parrafada revolucionaria. En secreto, lo admiró una vez más. ¡Cómo era comprensivo y rebelde! Oyendo a Dalila reir en tono bajo, se sintió un poco fuera de sitio y humillada.

Realmente, Charles era poco prudente y correspondía mal a sus delicadezas, que si engaño hubo en los días de Niza, nadie había podido notarlo.

Distrayendo su silencio y su derrota, dejaba vagar la mirada. Llovía finamente y brillaba el asfalto de los Campos Elíseos, como un espejo de acero. A la izquiera, la Torre hacía guiños de luces en la neblina. Estaba lleno de humo el salón y un poco caliente, en contraste con el frío húmedo que se presentía en la calle. Entraban y salían clientes a los cuales rendían homenaje *maitres* y mozos, con ese gesto familiar que el *maitre* tiene para el *gourmand* conocido. Se sentía anónima y perdida. Por retratos vistos en los periódicos y en las librerías, fué identificando algunos de los clientes. Aquel de la melena ensortijada y blanca, grueso y comiendo con una muchacha rubia de nariz larga, pero de cutis admirable, era Henry Berstein, naturalmente. Aquel otro, robusto, bien vestido, que llevaba un sombrero alón, reminiscencia americana, era Charles Lesca y, sin duda, el compañero sonriente que lucía en la solapa la Legión de Honor, y tenía un gesto de cansancio bajo el pelo gris, era Zaldumbide, el ministro ecuatoriano. Pepe Agüero le había dicho que escribía el mejor castellano de América. Era él y lo vió saludar a René Richard, comiendo a gusto sólo en una mesa recatada. Aquel otro trigueño, nervioso y de ojos vivos era Ortiz Echagüe y se lo habían presentado una tarde. La miró él sin reconocerla. ¡Pobre vida la suya, oculta y sin radiarse nunca! Hubiera querido hablar con alguno de ellos y a no ser por su marido, lo hubiera intentado. ¿Pero iban a prestarle atención a una mujer insignificante?

Todavía ignoraba que a las mujeres bellas todo le es fácil, menos la virtud. Seguía siendo una ingenua, pese a sus pecados, que aún no le habían de-

mostrado todo el valor de sus ojos, de sus grandes pestañas y de su cuerpo lleno de armonías. ¡Todo le hubiera sido tan fácil! La risa de Dalila la sacó del pozo de sus reflexiones.

—Seguramente Oscar tendrá que irse en avión desde New York a la Habana, ¡y con el miedo que le tenía a volar! ¡Esa huelga en el central! Y el gobierno sin hacer nada! Pero Oscar resolverá eso, porque tiene mucha influencia...

—¿Pero la huelga no interrumpirá el crucero?—se alarmó Renaud.

—¡Bah! Cuando lleguemos ya estará todo resuelto. Si el gobierno de Cuba no la acaba, la acaban los americanos, que esa suerte tenemos. ¡No hay peligro! —Volvió a reir enseñando los dientes blancos detrás de los labios finos—¡Lo que hace falta en Cuba, es matar algunos agitadores!

Como a Renaud los problemas cubanos no le interesaban, por cambiar el tema, apretó su pierna contra la de Dalila. Ella extendió la pantorrilla y se la pegó. Sorbieron así la taza de café oscuro, los dos despreocupados de Paulette, que cuando estaba en silencio dejaba siempre vagar la imaginación, por caminos lejanos que ya no eran los de antes, blancos o azules. Por hacer cómo que se preocupaba por algo, miraba al borracho que seguía recorriendo la acera. Harapiento, vacilante y torpe, aquel viejo enflaquecido, con el sombrero aplastado sobre la cabeza pringosa, se rebelaba al policía.

—¿Bien y qué? Yo tengo derecho a estar borracho aquí. No le hago mal a nadie, porque estar borracho no es delito ¿y todos esos que están ahí?—se puso a reir mordaz, certero y mascando sus rabias—¿todos esos, no están borrachos?

Complaciente y calmoso, el policía, joven y rubio,

quiso seguirle la corriente. Estaba de venas aquella noche, a pesar del frío.

—No, esos señores están comiendo.

—¡Ah! por eso. Comen y no se emborrachan—gimió más que gritó el infeliz dando un tumbo—¡pero ellos comen y yo no he podido comer!

Viéndolo resistirse y gritar, sin oír lo que decía, Paulette lo adivinaba. Unas semanas antes no hubiera sido capaz de comprender la dolorosa realidad de la escena y hasta hubiera pensado quedar bien echándole al hombre una moneda. Maret, amándola, le había revelado cosas que antes ignoraba. Viendo a Dalila lucir una pulsera de brillantes, ancha y magnífica, pensó en los obreros de Goldenthal, allá en el país que no conocía. Ciertamente, ella y su amante, como le había dicho por teléfono, se comprendían. Dalila estaba irritada porque el pordiosero con sus harapos ponía acíbar de remordimientos en su postre.

—¿Pero qué hacen que no se lo llevan preso? ¡Borracho! ¡Sabe Dios cuántas copas se habrá tomado!

Paulette pensó en Arias y recordó la naricilla enrojecida de alcochol, en la huella amoratada que ponían los excesos en su frente y del babear un poco estúpido al final de las comidas, con los ojos llorones. Es cuestión de vaso, de trajes y de precio, esto de embriagarse o emborracharse. La mano del marido apoyándose en su brazo la hizo abandonar sus pensamientos.

—Tenemos que alistarlo todo para el sábado a más tardar. El barco sale el lunes de Villefranche, ¿tú tienes algo más qué hacer en París?

—Por mí, podemos salir esta noche, si te place. Vine sólo por estar contigo.

Le dolió como un latigazo en pleno rostro la risa

hiriente de Dalila, pero no dijo nada. Hubiera sido inútil, y además la cubana estaba parcialmente en sus secretos y la temía, sabiéndola capaz de cualquier pequeña venganza. Después de todo, era suya la equivocación y no quería caer en la tontería de insistir en un error en que no estaba dispuesta a reincidir.

—Sería mejor que te marcharas mañana mismo, entonces, si te parece bien. Así, todo lo tendrás listo allá y yo aquí me ocuparé de los pasaportes mientras tú atiendes en Niza los equipajes.

—¡Bien!, me iré mañana—aceptó Paulette con una sonrisa ligeramente melancólica y de descanso.

Puesto que todos la empujaban, no iba ella sola a desafiar su destino.

CAPITULO DECIMO CUARTO

Bajo la cruz del Sur.

EXTRAJO Goldenthal de la gorda cartera, un billete rojizo con letras azules y tiró aquel *conto de reis* sobre el cuatro. Bajo las luces color de día del salón azul en el Casino de Copacabana, el rostro de los jugadores acentuaba sus tonalidades oscuras y los ojos de Dorothy parecían agrandar el semicírculo de las ojeras profundas, hondas de insomnios.

—¡Catorce!—cantó el crupier— *¡preto gana!*

El anciano, volviéndole la espalda a la mesa en que continuaba cantando la ruleta, siguió sorbiendo reposadamente la copa de cognac. Viéndolo sonrosado, el cabello de un blanco brillante casi de azules, las gafas redondas, sin aro y con el porte de abuelo bonachón, nadie hubiera adivinado en el viejo sonriente y hasta dulce, la gran cabeza fría y la tesonera voluntad que levantaron la *Goldenthal Corporation* con sus centrales en Cuba, sus minas de cobre en Chile, salitreras en Iquique y ahora, las grandes concesiones caucheras en el Brasil. Sonreía el anciano con complacencia ingenua a la sobrina. Por ella había hecho aquella escala en Río de Janeiro, fuera de su planes cuando en el *Marling* visitó el puerto propio que tenía cerca de Pará, al norte del país. Hecha ya la escala, se alegraba de ello, porque la capital

brasilera lo había subyugado con el encanto áspero y suave a la vez, de sus montañas con rincones de aguas azules y con los cerros en que florecían silvestres y blandas las orquídeas. Un sirviente — librea azul, calzón corto y medias de seda — pasó a su lado llevando una bandeja con tazas de café, que el Casino reparte con frecuencia y galantería entre sus parroquianos. Dorothy tomó con la mano enjoyada, tan fina y pulida, que parecía transparente, una taza y se la ofreció al tío.

—Así no te dará sueño.

Pero Goldenthal no quería desvelarse aquella noche. Estaba en el casino, al fondo del hotel, por complacer a sus invitados que insistieron para que los acompañara después de la comida. Hasta sus oídos llegaban desde un saloncillo cercano aires de *machicha* que se expandían contagiando la alegría en las dos grandes salas del Casino, verde una y entonada en delicado azul la otra, con grandes lámparas de bacarat, pisos brillantes y las ventanas abiertas a la noche veraniega. Pero Goldenthal estaba fatigado y hasta las magníficas muchachas de ojos enfermizos de promesas oscuras y manos consteladas de gemas ostentosas, que solían rozarle la manga por ver de atraer su atención, le eran indiferentes.

Estaban divertidos sus invitados, que hacían con él, en el *Marling* un magnífico crucero por el Atlántico del Sur. Los veía desde su aislamiento reunidos en la amplia rotonda que divide los dos salones. Dorothy, sobre todo, llenaba de alegría riente la sala y se posaba en ella complacida la mirada cansada y clara del tío, extasiado ante la inconsciente alegría de aquella chiquilla que era el rumor de su vida, llevándola presa en el corazón como la gardenia blanca que adornaba la solapa del frac. Mimosa, Dorothy se le acercó acompañada de Levine, su secretario.

—Queremos ver esta noche la ciudad desde el cerro de Santa Teresa y no quiero gozar sin tí ese espectáculo que ha de ser maravilloso. ¡y vás a venir con nosotros! ¿verdad que sí?.

Manoteaba como una chiquilla y se aniñó más alargándole muy juntos los labios para darle un beso. A la luz de la sala la carne rosada se hacía transparente y brillaban más claros que nunca los ojos grandes. Poniéndola sobre el hombre desnudo la mano y dándole golpecitos ligeros, sin contestarle, Goldenthal se dirigió a Levine:

—¿Todavía nada de New York? ¡Este Druker! Si dejamos tomar cuerpo a la huelga podemos tener conflictos serios en los demás centrales y hay que evitar eso. Ahora mismo vamos a hacer un cable con instrucciones concretas —se volvió a la sobrina que había desviado los ojos sobre la ruleta en que había puesto su billete de un millón de reis ¡el sueldo mensual de Viñas el bienpagado!—Excúsame, querida, iré contigo después que Levine y yo terminemos este asunto.

—Bien, Levine, El cable redáctelo en tonos terminantes y como para que entreguen copia a la prensa de Cuba. No es posible acceder a lo que piden los empleados del ingenio, ¡si estamos casi perdiendo dinero y las acciones no pagan dividendos! Y en cuanto a los puntos que Druker me consulta, dígale que no puedo resolver nada desde aquí y creo que debemos dejar ese asunto a Márquez y al gobierno de Cuba. Pero nosotros no podemos separarnos de lo establecido por las demás empresas. Yo no quiero represalias después, en Iquique o aquí mismo. Explíquele bien a Druker que deben resolver ellos con Márquez y Arias. Yo amo a Cuba y usted lo sabe y no quisiera ser causa de disturbios en la isla y si empezamos por acceder a estas demandas, lo seremos. ¡Eso sí! ¡si

la huelga tiene carácter comunista deben cortarla de raíz! Que no deje de estar en comunicación con Clidfford en Washington ¿eh? Bueno, Levine, ponga el cable y regrese, para irnos al cerro.

Cafetaleros del opulento Santos, quemados por el sol y engruesados por la molicie, cruzaban junto a ellos. Mozos bien portados, con andares sinuosos aprendidos en París se iban deteniendo junto a las mesas de juego, hablando con ese dejo dulce del brasileño educado. *Cariocas* espléndidas de nariz ganchuda y boca grande como para dar besos largos, con la carne trigueña sirviendo de fondo a las joyas rutilantes, daban a la sala reminiscencias europeas de la Costa Azul o de la Costa de Plata.

Al casino del gran hotel acudía todo el mundano aburrimiento de la ciudad. Damas de la aristocracia bragantina — únicas americanas que saben rendir con gracia la venia a las altezas reales — mantenían círculos exclusivos y soñaban en la clara noche del verano del sur en una imposible, pero legendaria restauración de los Orleans-Braganza. Por hacer gala de su monarquismo hablaban en purísimo francés las viejas aristócratas. Aún para Goldenthal, que había paseado sus hastíos de millonario por medio mundo, el ambiente era exótico y sugestivo. Empezaba a sentir en forma bien concreta no haber conocido antes el misterioso influjo penetrante y avasallador, de San Sebastián del Río Janeiro. Porque la capital carioca al abrirse a los ojos del viajero comenzaba a mostrar, reunidos como en manojo de encantos, la atracción de muchas ciudades. Y por sobre todo ello, el suyo, inolvidable y único.

Mientras Levine subía para redactar el cable con premura encomendado, dejando a su sobrina repartir sonrisas y prosodias francesas a un grupo de argentinos en vacaciones, se aisló sobre una ventana costanera a mirar las estrellas. Frente al hotel, gran curva abierta punteada de luces, la playa de Copocabana, dilatada y soberbia, con el ancho arenal, le hacía pensar en una Niza vista con cristales de aumento, duplicadas las proporciones. Detrás del paisaje nocturno, la noche llena de estrellas brillantes era como una capa de taumaturgo. Allí lejos, como sombrío que enmarcaban las estrellas, el Corcovado se iluminaba coronado de luces para dar envidia al Pan de Azúcar en sombras.

Le seguían llegando del salón vecino los aires ligeros y sensuales de las *machichas*, llenos de sensibilidad primitiva y dolorosa. En la noche, mirando las constelaciones desconocidas, Goldenthal el multimillonario, con sus cabellos blancos de abuelo bondadoso que removía un poco el viento de la bahía, se puso a pensar. Los ojos claros estaban casi sombríos cuando un beso de Dorothy se le marcó en la mejilla sonrosada. La sobrina lo conocía como nadie y le adivinaba el pensamiento.

—¿Qué te importa a tí lo que digan los cubanos? ¡Déjalos! ¿No hiciste por ellos cuanto te fué posible? ¿No has creado diez becas para hijos de tus empleados que quieran estudiar en los Estados Unidos? ¿No te preocupabas todos los años cuando ibas a Palmares, de hacer un reparto de juguetes a los niños? Si no se conforman con eso ¡qué le vas a hacer!

Sonrió con su sonrisa cansada y experta el viejo. Era cierto aquello, pero ¿sería suficiente? Sus millones eran pródigamente repartidos, no en Cuba, pero sí en otros lugares del mundo. Subvencionaba bibliotecas, pagaba becas universitarias, reconstruyó en Francia iglesias demolidas por la metralla y el mes anterior había donado cien mil pesos para que se construyera un campo de deportes en España,

país que lo había subyugado con sus encantos viejos y sus languideces murunas. Por Cuba algo bueno hubiera querido hacer, como por Chile y el Brasil y con más razón que los países europeos, pero no había podido encontrar la forma. Se le hacía repulsiva la política hispanoamericana, mezclándose en todo y que en cada intención ponía ambiciosas sugestiones. Levine cortó su meditación trayendo en la mano un periódico de la noche.

—Ayer se suicidó en Marsella, antes de salir para Africa, el príncipe Jacques de Bourbon. Junto con el cable a Druker he puesto uno a la hija de míster Hughes en nombre suyo. Según *A Noite* estuvieron reunidos en Niza antes de partir.

Dorothy dió un suspiro ligero e insubstancial. ¡Quién lo hubiera sabido! Ahora podría ella ser princesa y llevar en la portezuela del automóvil un escudo con fondo azul y tres lises de oro bajo la corona real de Francia.

—Levine, hágame el favor de poner un cable, en mi nombre, a Grace; ¡pronto! porque ya nos vamos a Santa Teresa!

—¿Nada todavía?—interrumpió Goldenthal.

—Sí, un cable del doctor Arias diciéndole que embarcó por Cherburgo y que antes de llegar a la Habana pasará por Washington. Otro que nos reexpiden desde New York, firmado por el doctor Mora en la Habana. Dice que la situación del central está localizada y que se van a tomar medidas para romper la huelga. Parece que hubo un obrero muerto en un disturbio o cosa así, pero no se dice cómo.

—¿Un muerto?—Goldenthal torció el gesto—. ¡Vaya! Eso sí es desagradable. ¿No dicen cómo fué? No importa; telefonee a Druker y dígale, que sea cual sea la causa, la compañía debe hacerse car-

go de la familia. ¡Hay que ser piadosos! Si tiene hijos, yo me haré cargo de educarlos.

Levine, sacándose un poco más el pañuelo del bolsillo del *smoking*, apoyó la idea del patrón bondadoso.

—¿Debe míster Keynon dar nota de esto también a la prensa de Cuba? Sería conveniente.

Goldenthal viendo a su sobrina impaciente, cortó la charla dejando sin contestar la pregunta. Ya sabía Levine lo que había de hacer. No sólo a la prensa de Cuba, sino al día siguiente al corresponsal de la AP, se lo debía decir. Hay que dar buenos ejemplos.

Partieron los automóviles por el ancho malecón y cruzaron el modesto túnel que viola la montaña divisoria de las playas magníficas. Botafogo, con sus palmeras alineadas, las residencias con jardines y el arenal ancho, se abrió al paso, iluminada y silenciosa. Todos con excepción de Goldenthal, iban alegres y decidores, un poco por carácter y por el champaña de la comida otro poco. Encerrado en sus jardines y con el mirador iluminado el *Hotel Gloria* parecía un gordo centinela que vigilara la amplia bahía en sombras. La ciudad olía a brisa marina y cuando se acercaban a la Avenida de Río Branco, remedó de bulevard parisino; les asaltó un perfume de café reciéncolado. Desembocaban oscuras las calles viejas en la gran arteria y a la derecha, blancos en la sombra, dominaban sin luces los edificios de la exposición. Junto al *Journal do Comerce* se empeñó Lyman en tomar una copa de cognac y una taza de café.

Las calles que llevaban al cerro de Santa Teresa eran modestas y un gran silencio de pobreza las envolvía. Todo el camino a las afueras, hasta la tortuosa carretera que entre árboles gigantescos y ma-

raña de vegetación sofocante conduce al *Hotel Internacional*, tenía sus farolas amarillas que abrían grandes lampos, en que temblaba el sombraje. Una gran oscuridad después y al cabo, torciendo a la derecha, la planicie de Santa Teresa, desplegando el espectáculo inolvidable que arrancó a la insubstancial Dorothy un grito de espanto estético.

Tenían a sus piés, dilatada con las luces envueltas en una niebla sutilísima, la ciudad, que parecía un encaje iluminado. Las lucecillas temblaban por millares, como en una fantasmagórica decoración de teatro absurdo, destacándose sobre el oscuro de la rada en que punteaban los faros Niteroy, la capital del estado casi no se advertían, tan modesta era. Formaban las montañas en el mar, grandes pirámides sombrías y junto a ellas, los barcos encendidos, parecían diminutos. Un pedazo de las sombras tenía al fondo rosicleres anunciando el apuntar de la luna. Para verla salir bajaron todos sentándose en la agreste roca envuelta en plantas salvajes, entre las que Dorothy escogía maravillada, húmedos de rocío aún los pétalos, torciendo sus cansancios elegantes, magníficas orquídeas.

Levine fué el único que no se separó de Goldenthal. La belleza del paisaje les había conmovido a todos y hasta el duro amontonador de millones iba sintiéndose presa del ambiente sereno en que se cuajaban sueños imprecisos.

—Es cómo si pusiéramos a Niza en los cielos del trópico. Los brasileños tienen razón en estar orgullosos de su ciudad. ¡Si hasta se parece un poco a la Habana! ¿verdad? ¡Cuba!—Goldenthal ponía en la voz mieles al nombrarla y le gustaba hablar de ella, como si disolviera un terrón de azúcar — ¡Bonito país ¿eh? ¡Lástima los cubanos! El pueblo es muy levantisco, pero no la clase media. ¡Buenos empleados y malos obreros!—definió riéndose de incomprensiones.—¿Y las cubanas? ¡Lo más lindo del mundo!

Las describió con éxtasis de admirador, pero sin concupiscencias. A todo, Levine, complaciente y aburrido, asentía.

—Lo grave será que la cuestión se vuelva comunista.

Había adivinado el pensamiento de su jefe y tomando el hilo de la meditación.

—¡Comunismo en Cuba!... ¡Bah! ¡Si hasta sería esó lo mejor!—le apretó el brazo en un arranque de sinceridad que no era en él frecuente—. Mire, yo preferiría que los obreros me ocuparan el batey y alzaran allí una bandera roja, que verlos tranquilos, protestando en silencio. Porque, si no hacen más que reclamar, aunque no tengan razón, hay que transigir; en tanto que si se exceden, entonces todo es sencillo, porque el Gobierno de Cuba acaba con el asunto o Washington interviene y pone las cosas en orden.

Levine era judío y tenía el alma llena de milenarias malicias de perseguido.

—¿Y si le aconsejáramos a Márquez que diera carácter comunista al movimiento? Una bandera roja la iza cualquiera y unos tiros al aire pueden dispararlos los mismos hombres de la compañía... Yo no confío en el doctor Arias. Ese es un cobardón, siempre escudándose en la Ley para no hacer las cosas... La Ley; en estos casos, vale poco y hay que ayudarla con los hechos... ¡Si hasta le haríamos un bien al país!—terminó Levine, descendiendo del automóvil para que Dorothy subiera, refrescada de luna y emoción:

—¡Oh! la primera vez que me case, vengo aquí a pasar la luna de miel, ¡yo amo a Río Jainero!

Puso las lindas piernas en alto y dejó entrever un

pedazo de carne. La rubia cabeza, cansada de libaciones cayó un poco como las orquídeas, sobre el hombro del joven Lyman, hijo del famoso fabricante de dentríficos de Iowa y compañero del viaje en el *Marling*, acaso con la intención remota de ligar sus dineros a la herencia cuantiosa del millonario. Lyman estaba también sentimental, como si acabara de salir de la Universidad. Suspiró bajo la luna, procurando que no lo oyeran.

—¡Vendremos!—y buscó entre la manta a cuadros, la mano de la muchacha que seguía embriagada de luna.

Lampos de sombra y luz bajando de la montaña, los automóviles iban oradando el silencio de la ciudad tranquila. Primero, a los lados de la Avenida Río Branco, unas luces multicolores señalaron modestos cabarets y después fué el gran silencio cortado por las olas hasta el Copocabana. Al llegar se esparció el grupo por la amplia terraza, abierta al lado del salón de baile y batida en la madrugada por la brisa marina. Goldenthal y Levine se quedaron en el desierto salón de lectura, todo pálido de pantallas verdes. Al millonario no se le había despejado el rostro cortado por arrugas de preocupación. Un mozo uniformado con cien botones montó guardia en la puerta, como un lujo más de la sala.

—Al cabo, Levine, he pensado que la idea de usted es aceptable. Si Márquez consiguiera dar a la huelga carácter comunista, ¡que lo tiene en el fondo y no hay que pensar otra cosa!—afirmó como para empezar a convencerse a sí mismo—resolveríamos la situación, porque así Washington tendría pretextos para exigir al gobierno de Cuba una intervención enérgica y rápida.

Dejó de hablar para tomar con la mano sarmentosa, con venas gordas y azules, que le trazaban el cuadro clínico de su arterioesclerosis, la copa de champaña que un sirviente les traía en nombre de Lyman. Dió al cigarrillo unas chupadas, largas como suspiros, miró las luces extendidas en la playa, aspirando el aire del trópico lujuriante y húmedo y apoyando otra vez la mano en la pierna de Levine siguió, animándose:

—¡Su idea es de hombre joven! ¡Me gusta! Hay momentos en que precisa batir una falsedad con otra. Claro está que yo no quisiera verme envuelto en esto, pero si encontráramos alguien capaz de sugerir, desde luego, sin que yo aparezca para nada, ¿eh? este plan a Druker para que lo hiciera llegar a Márquez...

Levine trató de interrumpirlo para ofrecerse, pero Goldenthal, que lo conocía, no lo dejó hablar.

—Naturalmente, hay que aguardar a que Arias esté en la Habana. Si usted le da la idea a Druker, debe decírselo.

Observaba por el abierto ventanal, la Cruz del Sur esparcir en los cielos ecuatoriales manojos de estrellas. Siguió razonando sin dejarse arrastrar por la poesía del cielo estrellado.

—Sería bueno hablar mañana con New York... De todos modos, si no lo hago, hable usted con Druker y hágale las indicaciones personales, personales, ¿eh? No me mezcle a mí en nada! Los viejos no tenemos que meternos en estas cosas. Todo esto debemos hacerlo mañana porque quiero salir para Bermudas el jueves. Avísele, también, al capitán del *Marling*, para que aliste todos los papeles.

CAPITULO DECIMO QUINTO

Un mundo en marcha.

LLEGO el día de la partida, con mar calmoso y viento escaso. Desde el embarcadero modesto, rodeado de veleros se veía en mitad de la rada, alargado y en reposo el *Coligny* con sus tres gordas chimeneas pintadas de rojo, gris claro el casco y blancas las cubiertas suntuosas, museos de lujo lánguido y muelle. El palacio flotante destinado a errar por todos los mares, cargado de cansancios, ensueños y hastíos, había anclado dos horas antes y sólo esperaba los pasajeros de Niza para poner nuevamente proa a Gibraltar.

Vestido de blanco con las bocamangas encintadas de plata y azul, un oficial a la escala del remolcador iba tachando de la lista los pasajeros que entraban, mientras a proa se amontonaban las maletas, los baúles y las regordetas sombrereras. Cajas de flores incontables llegaban para decir galantes adioses, perfumados a las viajeras, un poco trémulas siempre. Ya en la borda, Maret y Cisneros hablaban todavía con don Vicente, a quien preocupaba cada vez más la huelga.

No ocultó el indiano sus desconfianzas ni veló sus temores. El cable no le dejaba dudas de que en gran parte, el movimiento de protesta afectaba su monopolio en el batey.

—Acabo de recibir cable de Ruibal, diciéndome que todo está tranquilo, pero que continúa el paro. Iba a salir de la Habana para Palmares, pero ¿qué podrá hacer allí? Nosotros no podemos acceder a nada y tenemos un contrato con la *Goldenthal Sugar*, como concesionarios de la tienda mixta, por seis años y no podremos cumplirlo si se modifican las cosas.

Arribó Paulette sonriéndole a todos. Don Vicente le tendió la mano para ayudarla a pasar y despedirse.

—¡Buen viaje! Divertirse ¡y ojalá encuentren todo tranquilo en Cuba!

Seguían llegando pasajeros. Lolita Menéndez, con el perrillo tembloroso de sustos, dirigió una mirada enternecida al bailarín, oculto entre las cajas de mercadería. Con una gardenia en la solapa y en bandolera los gemelos, caído el jipijapa sobre los ojos, alardeando sus agilidades, Pepe Agüero detenido por Jaime, ganó a saltos el barcucho reclamado impaciente por su mujer. Subió una inglesa espigada, de ojos desorbitados, cachetes malpintados de un rubor excesivo y vestida de colorines. Miss Morrison, ágil y ligera, cargando flores, mezcló su risa al rumor de los adioses. Entró una dama de lindos ojos negros, vestida de rojo, ni esbelta ni gruesa, apetitosa en su otoño y acompañada del hijo, un mocito de diez años, más o menos, desconfiado y triste. Maret tocó con el codo el brazo de Cisneros.

—La viajera inevitable... En todo barco de lujo hay siempre una señora aún apetecible, viajando con el hijo. Esto es una cosa que se repite con una monotonía absolutamente marítima. Ya verás dentro de algunos días el niño recorrer la cubierta preguntando por la madre y oirás al pasajero bromista y bruto que le dirá que su mamá se cayó al mar. ¡Sí; esto

ocurre siempre! Te repito que es una historia eterna... ¡Pero si quieres un flirt de travesía!

Cisneros perdidoso la noche antes, no estaba para bromas. Además, se había hecho un buen amigo de Miss Morrison, desde tres días atrás. No respondió, viendo llegar a Dalila con María Teresa, un poco descompuestos los afeites por la carrera. Como de hábito, llegaban tarde, andando la muchacha con dificultades junto al novio que la hablaba al oído. Cuando lo abrazó y delante de todos le dió un beso, se le saltaron dos lágrimas gordas y calientes y en sollozos se ahogaron las últimas palabras. El oficial le tendió la mano remolcándola más que ayudándola a entrar. Desde la baranda la criolla tiró al muelle las violetas que llevaba presas en el abrigo y que Jaime atrapó en el aire.

La hélice empezó a levantar ondas de espuma rojiza y fangosa y cuando dejó atrás el muelle se alargó un silencio casi grave en todos, porque embarcarse es siempre ir un poco a lo desconocido y anidan incógnitas en el horizonte. Hasta que estuvieron al costado del *Coligny* apenas hablaron los viajeros, mirándose unos a otros, estudiándose y atisbando cada uno el vecino. Muchos eran conocidos de la ciudad, pero otros llegaron sólo horas antes que el barco. Aún en los viajes de placer hay siempre algo confuso de dolor en la despedida, como si se supiera que al volver no se será el mismo.

Cuando Paulette se vió en la borda, a la sombra de la ancha cubierta, acodada y sola mientras Renaud ordenaba el camarote y entregaba los documentos, experimentó sensación de angustia y de haber podido, se hubiera vuelto a tierra. En el salón, inadvertida, la orquesta daba el concierto habitual que en los puertos no tiene público. Miraba curiosa la maniobra de la estiba y reconoció sus baúles izados con los de Maret. Allá lejos, blanca más que

los arenales. Niza extendía detrás del faro la gracia leve de su curva. No experimentaba aquel año, al dejarla, el desencanto de otros, ni daría el suspiro satisfecho de veces anteriores. Ahora, pasara lo que pasara, mientras viviera, el ritmo de su recuerdo estaría siempre unido a la ciudad. Maret se le aproximó.

—¡Vámonos al bar!—invitó imperioso con su voz imponderablemente tentadora, caliente y baja.

—Estoy esperando a Charles.

Maret venía de verlo con Dálila, sorbiendo el aperitivo en el jardincillo de popa.

—¡Ven¡ Vamos a brindar por el amor y por el mar. Mejor que al bar, vamos al saloncillo de la piscina, para ver la salida.

A pesar de que todo en el barco era nuevo, primeriza en aventuras marinas como era, a Paulette nada lograba distraerla de la preocupación misteriosa. Nunca, hasta aquellos días del amorío, habíase sentido más indecisa y jamás fué presa de tantas vacilaciones. Una mujer nueva, distinta, más que alegre, triste, había nacido en ella.

Con la copa en la mano, envuelta en uno de aquellos silencios que se le habían vuelto frecuentes, casi no atendía a las palabras del amante. Tenía los ojos perdidos a lo lejos y cuando el barco, muy lentamente, crugiendo las maderas, comenzó a deslizarse en la rada y a través de la ventana vió girar la costa, sintió que se le velaban los ojos. Liso y gris, sin una onda, como acero bruñido era el mar.

—¡No sé qué tengo! ¡Me ahoga como un presentimiento! ¡No, déjame! ¡Pueden vernos!

—¿No me quieres ya?

—¡Si no es eso! ¡Siempre dices lo mismo! Pero ¡no sé! Con el amor me has dado la intranquilidad. Al dejarte en la Habana, temo no encontrarte más nunca.

—¡Te quedarás!—afirmó en un tono de suprema seguridad, decidido y fuerte—. ¡Tú serás mía para siempre!

No comprendió, porque no lo escuchaba. Frente a ellos, alegre bajo el sol, alargada como una cinta clara sobre las montañas del fondo, Niza se veía fragosa en la línea de sus edificaciones modernas, con júbilo de banderas internacionales. *La Jettée* avanzaba en el mar sus columnas de hierro batidas de olas y las gaviotas en torno. Más allá, los jardines del museo Massena, que a ella le traían tantos recuerdos, a la vez, dulces y amargos. Después, la fila larga de las villas blancas sombreadas de palmeras. Un grito verde entre médanos y rompientes en contraste con azules, el Hipódromo.

La costa se alejaba. Cannes no fué media hora más tarde sino unos puntos blancos, villorrio perceptible apenas en el horizonte. Los dos estaban silenciosos, ocultándose el pensamiento y oyendo el resoplar de la proa que empezaba a hundirse y alzarse, cada vez con más frecuencia, a medida que penetraban en el Mediterráneo. Un toque de clarines les anunció la hora del almuerzo.

—Yo no bajo al comedor. No me gusta mezclar el olor de la comida al encanto del adiós y prefiero ver hasta el último momento esta costa que me trae tan dulce recuerdo, porque en ella te conocí. Lo que me gusta más a bordo, es estar sólo para disipar recuerdos en el lomo de las olas—quería espiritualizar un poco la agonía misteriosa.

Paulette se puso en pié decidida, un poco sobresaltada.

—Me voy al camarote, yo tampoco tengo ganas de almorzar.

—Quédate conmigo, entonces.

—¡Imposible! Charles lo notaría. Además, querido—le puso la mano en el brazo que temblaba ligeramente—¡quiero estar sola yo también, porque tengo muchas cosas en qué pensar!

En el ascensor tropezó a los Agüero. Tessie estaba pálida y trataba en vano de disimular los efectos del mareo. Una inglesa callada y piadosa, viendo a la glacil muchacha sufrir en silencio, le pasó la mano por el cuello ofreciéndole un pomo de sales. Pero Agüero infló los carrillos en gesto que decía su aburrimiento y guiñó con malicia a Paulette.

—Me parece que esta tarde no tengo compañera para la piscina; ¿quiere usted acompañarme?

Ni afirmó ni tuvo tiempo de negar, porque habían llegado a su piso. Vestida se echó sobre la cama y así se quedó, mirando por el tragaluz avanzar las olas. No pensaba en nada y todo era vago y sin rumbo, como el volar de las gaviotas que seguían al buque. Había aprendido demasiado de la vida para, a solas frente a la ventana, sentir como en sus días ingenuos, el asalto de los sueños.

Los cuatrocientos pasajeros se esparcían por el barco y con dificultad se encontraban rincones solitarios. Los que habían embarcado en Niza dedicaron la tarde a recorrer la nave con sus tres cubiertas, sus veinte salones, los restaurantes, el café a popa, la piscina pompeyana con aguas verdes, el gran bar caliente y el gimnasio ultramoderno. En el último puente, el tennis y los grandes quitasoles a rayas verdes y amarillas, con sillas de extensión y palmeras remedando una playa sin olas y en la enorme popa ancha, quince metros más abajo, el golf en miniatura, con las jugadoras de cuerpos esbeltos y cadencias felinas, riendo y jugando, tostándose al sol con el *maillot* deducido o reposando con coquetería en los tenues pijamas de playa. A veces, cuando las chimeneas empezaban a vaciar humo, una gran sombra serpenteante se extendía a lo largo, trazando manchas caprichosas en el piso pulido.

Unos a otros, los turistas podían pasar horas sin encontrarse y precisaba darse citas como en la ciudad. Ya a la hora del té, frente a las costas esfumadas, casi perdidas entre las nubes blanquecinas, Cisneros, en la sala de juego tentaba la suerte, que se le mostraba adversa como en tierra aquel año. Maret vagaba presa de una ligera inquietud sin encontrar a Paulette. Bellamente pálida, extendida en el sillón y dejando el aire revolverle la melena blonda sobre la expresión triste, encontró a Tessie que sola y en silencio bebía la taza de té. Le dió pena la chiquilla un poco sola entre tanta gente y se le aproximó.

—¿Y Agüero?

Estaba en la piscina, alardeando del tórax ancho y de los brazos musculosos. Buen nadador y políglota, se había hecho pronto el centro de un grupo de muchachas rientes a las que abrazaba, como en broma, sin malicia para lanzarlas al agua verde claro de luces artificiales. Lánguidamente aburrida y con sonrisas de cumplimiento, Paulette, la taza de té descansando en el brazo de la butaca, un tanto aislada, los miraba con envidia. Un sueco, de piernas huesudas, todo rojo de soles sureños, huraño y constante, la tenía mareada zambulléndose desde el trampolín, cada tres minutos. Conociéndola, el amante la descubrió desabrida y con iras.

—En toda la tarde no he visto a Charles, ni a Dalila. Me parece que todo esto es un poco indelicado, por parte de los dos; ¿tú los has visto? ¡Si hasta nos han puesto en la misma mesa en el comedor! ¿quieres té?

Ensayó una broma por distraerla.

—No, ¡si me siento perfectamente! ¿Quieres venir a dar una vuelta?

La tomó del brazo y se la llevó hasta uno de los salones de popa, en donde abría sus vitrinas iluminadas, el bazar. El ir y venir de los pasajeros resbalaba al lado de ellos silenciados por los cristales espesos. Risas de chiquillos llegaban en el viento, desde el salón contiguo, decorado con leyendas infantiles de caperucitas y hadas de alto peinado. Aprovechando la soledad, le tomó la mano.

—Pero, dime, ¿qué tienes? ¡Dime! No te entiendo.

¡Si ni ella misma lo sabía! La agitaba una gran intranquilidad y sentía una angustia profunda, sin razón, pero que no la abandonaba desde la mañana. Quiso simular que la tristeza se le disipaba con su presencia.

—¿Tuviste hoy noticias de Cuba?

—Pocas y muy incompletas, las que me dió Fernández, pero ¡imagínate! Si uno de los puntos que reclaman los huelguistas le afecta directamente a él. ¡Y tienen razón en protestar, porque el almacén es el gran monstruo que hace trabajar a esos hombres para exprimirles después. ¿Que compren en otra parte? ¡Si tú no tienes idea de lo que es eso! El establecimiento más próximo está a tres kilómetros y además, los guarda-jurados no dejan entrar a nadie con bultos, ni cosas compradas fuera del batey. ¿Ley? En los centrales no rige más que la voluntad del representante de la compañía. Son como grandes manchas en la nacionalidad, focos aislados, casi te diría pedazos de territorio extranjero, bien cercados. Esos hombres tienen razón en cuanto reclaman y diga lo que diga don Vicente, no hay nada de comunismo en esto. Lo que sí hay es mucha injusticia en que ellos trabajen y se agoten para vivir

malamente y sin resolver más que el problema urgente del sustento diario y que Fernández y el inútil de su sobrino, se gasten en París y en Niza tranquila y sabrosamente, el dinero que extraen de Cuba.

—¿Pero tú no eres amigo de Goldenthal?

—Goldenthal, es lo menos malo de todo, con ser quien paga las culpas. Tiene negocios en varios países, está viejo y descansa. ¿Qué sabe él de lo que pasa y si lo sabe, cómo va a remediarlo? Los culpables son otros. Es ese bribón de Ail Druker que sí lo sabe todo, es Márquez, el cubano, que por unos miles de pesos da la espalda a los suyos, es Arias, que sirve de puente con la influencia que le da el dinero de su mujer y es Keynon, el Director de la Compañía en Cuba, que gana cincuenta mil pesos al año, por no hacer nada. Claro está, que esos sueldos que suman cientos de miles de pesos hay que extraerlos al precio bajo del azúcar y así los obreros y los campesinos, pagan el exceso de los que no trabajan. Yo dejé de ir al central porque me irritaba ver a los niños semidesnudos en el campo, los muchachos raquíticos vestidos de harapos y a los empleados cubanos sudando en la fábrica, mientras nos vestíamos de *smoking* para comer y en el grupo no había más cubano que yo.

Narrándole la tragedia de sus compatriotas y el drama que vivía su patria expoliada siempre, antes por unos y después por otros, la distrajo un poco, porque Paulette había empezado a comprender a los cubanos a través de aquel espíritu cansado y sabio. Lo quería tanto que se lo imaginaba capaz con artes de taumaturgo, para resolver conflictos seculares.

—¿Y tú nunca hiciste nada por remediar eso?

—¡Qué podía hacer! Hablé con Goldenthal varias

veces y eso me trajo la ira de los moscones que lo rodean. Publiqué artículos y no se les hizo caso. Cierto que pude hacer más ¡pero me canso tan pronto de todas las cosas! ¡Ah, si te hubiera tenido a tí al lado, hubiera sido distinto! Pero es difícil luchar sin una comprensión cerca. ¡Ahora verás, teniéndote conmigo!

—Te seguiré desde lejos con toda el alma puesta en la obra—subsanó ella.

—De lejos no, de cerca, a mi lado. No me vuelvas a decir que no es posible. Entonces no esperes nada de mí. ¿De qué ha de valerme defender el bien de los otros si voy a ser más desgraciado que el más infeliz de mis protegidos?

El crepúsculo avanzaba sobre las olas. Caía el sol enorme y redondo en un cielo diáfano y la proa parecía ir sobre él en un imposible intento. Las sombras eran largas y estrechas y el mar se escurría a popa. Se negó a que encendieran la luz del salón, sintiendo en la penumbra suave, el amor, que no es amigo de claridades. Consolaba sus dolores de cubano notando que la francesa risueña los comprendía y pese a su medio siglo bien vivido, sin percibir que las mujeres mienten el interés con la exquisita sabiduría que saben simularlo todo. ¡Qué le importaba al cabo, a Paulette, los dolores de los hombres de allá lejos! Siempre es igual en los países que ofrecen las materias primas, que París refina tan lindamente. Pepe Agüero era más materialista y menos patriota cuando se reía del "aroma magnífico de los campos de cacao" cantado por los poetas de su tierra. Tenía razón en no cambiar nada por París. Pero era la sabrosa juventud imperiosa quien hablaba en él, arrastrándolo y avasallándolo. Con aquel tórax ancho y aquellos brazos duros, vida plena que se asomaba a los labios calientes, hubiera sido demasiado pedirle otra cosa que no fuera el placer. ¡El placer! En la penumbra del saloncillo, Paulette entornó las pupilas encendidas y se mordió disimuladamente los labios. Maret la sacó del éxtasis invisible encendiendo la lamparilla en la mesa, que hizo brillar el oro de la estilográfica.

—Voy a poner un cable a esa gente. No hay derecho a que yo esté aquí en medio de este lujo agradable ¡y a tu lado!—le apretó la mano—mientras ellos están solos allá, defendiéndose. Me figuro que el Viñas ese de que habla el cable, es Viñas, un mozo simpático que siempre era mi guía en la casa de calderas. ¿Me permites? Ahora, hasta que lleguemos a Bermudas no tendré noticias de Cuba.

Escribió lentamente, palabra por palabra medida, el mensaje y llamó al *steward*. "Estoy con ustedes" decía aquel grito de aliento lanzado en mitad de un mar que vió las velas y los humos de todas las flotas conquistadoras de la Historia. Reflexionó en la paradoja de su existencia. ¡Un mensaje de aliento a los huelguistas, lanzado desde el *Coligny!* Pero su vida había sido siempre contradicción y sorpresa, rebeldía y placidez. ¡Si hasta el amor le llegaba a la hora en que los amores se doblan de cansancio!

CAPITULO DECIMO SEXTO

El grito sin eco.

LA segunda reunión de *Los Rosales* se convocó con augurios tumultuosos. Desde que Márquez rechazó de plano y sin discutirlas, las peticiones del Comité de Huelga e incomunicó el batey del resto del mundo, el paro general era uno de esos silencios que esconden tormentas. Ahora los elementos obreros se habían unido definitivamente a los empleados y hasta trataba su líder Salvador Otero, rubiales, esmirriado y hablador, de tomar la dirección de la huelga. El paro se prolongaba y la resistencia empezaba a quebrantarse, cosa en que cifraba Márquez sus esperanzas. Corrían rumores de que el almacén iba a cerrar los créditos y como nadie podía traer cosa alguna adquirida fuera del batey, esto significaba el hambre.

Se habían dejado de recibir los diarios que dieran noticias de la huelga, por orden de Márquez y acción personal de Panchito, que con sus jurados cohibió, bajo amenazas a Diego *el manco*, encargado de los embudos y agente de periódicos. Las escasas noticias que circulaban filtradas por la censura de la administración, eran contradictorias y poco favorables, puesto que emanaban de la oficina, por conducto de Becali, que oía las conversaciones. En representa-

ción de los obreros se había agregado Otero al Comité y ahora el frente parecía estar más unido que nunca, si bien los cortadores y los carreteros, elementos dispersos y volanderos, carecían de representación siendo acaso los que tenían más cosas que reclamar. Regino Núñez, que aspiraba a la Alcaldía de Palmares, se declaró campeón de su causa, después de hablar con el gallego Tobías, al que no admitieron por estar demasiado caracterizado de rojo.

Se sabía que el doctor Arias, abogado de Goldenthal, estaba llegando o había llegado a la Habana y se decía que el millonario desde el Brasil había hablado con Márquez, si bien en éste extremo eran contradictorias las noticias. Unos decían saber que Goldenthal quitaba la razón a su administrador, en tanto que los más estaban seguros de que el presidente de la Compañía marchaba ya en camino de Washington para pedir garantías. Habían llegado al batey, en automóvil, desde la Habana, don Julián Ruibal, el del almacén, que celebró con Márquez una larga entrevista y el vicecónsul de España en Palmares se decía que estaba interviniendo o había tratado de hacerlo, hasta que el teniente Taboada, dando un manotazo en la mesa, respondió por la vida del comerciante malquerido de los trabajadores. Esto era cierto, porque una pareja no se separaba, desde entonces, del gordo importador.

Míster Keynon había llegado como siempre en el vagón especial a conferenciar y estaba alojado en la casa de vivienda. Desde su arribo, obligó a izar en el jardín una bandera americana que provocó la protesta de Viñas. Se dirigieron él y Corzo, al teniente.

—Esa bandera es un desafío y está izada contra la Ley, que prohibe izar ninguna bandera extranjera sola. ¡O la arrían o la arrancamos nosotros!

El teniente Taboada entró en la oficina, dió al negrito Tom un empellón y tocó directamente en el despacho en que Keynon y el administrador conferenciaban.

—Míster Márquez, yo le ruego que arrien esa bandera americana. Puede traernos complicaciones y ha hecho muy mal efecto.

Keynon, que tenía los ojos inyectados y el gesto agrio, intervino agresivo como un procónsul.

—Oiga, teniente, a mí el Ejército no me ofrece garantías, ¿entiende?

—Míster Keynon—se irritó el oficial herido en su amor propio y apoyando la mano en el cinturón del traje de campaña—¡Yo respondo del orden aquí!

Intervino Márquez para evitar el incidente y el choque de los orgullos necios del dominador y la dignidad del otro.

—Si el teniente garantiza el orden, yo creo que se puede arriar la bandera. No es necesario exponernos. Podría haber dificultades serias y no hay que olvidar que los ánimos están exaltados con el descubrimiento del cadáver del sobrino de Santos y, a propósito teniente, ¿se ha sabido algo nuevo de eso?

—Ya he reportado a la capitanía de Palmares lo que aquí pudimos saber. Alfredito salió del batey burlando las órdenes, se fué a Palmares y habló a la Habana por teléfono. Después visitó varios cafés del pueblo y se emborrachó como de costumbre. Regresó de madrugada, ¡seguramente líos de mujeres! !Si ese loco tenía que acabar así! El tiro se lo dieron al pasar la cañada chica y parece que lo venían siguiendo. Además, ¿si la órden era de no salir, quién lo metió a irse?

Continuaba el paro y Márquez comenzaba a encontrase impotente para sofocarlo sin transigir Había logrado unicamente separar a los colonos de la protesta, aceptando algunos de sus puntos de vie-

jo reclamados y alargando la solución de los otros. Pero el Comité tenía elementos suficientes para darle la batalla a la compañía si el gobierno no colaboraba con ella. Pero los políticos esquivaban el cuerpo. Márquez había puesto sus esperanzas en el representante Martínez, pero aquel gran simulador, como estaba en período electoral, se escabullía. Por una parte se encontraba obligado a la compañía que le auxilió a financiar su elección y le dió antes una colonia, pero por otra, no quería malquistarse con los electores y Palmares era su término. Perderlo o ponerlo en peligro le encarecía la reelección, meses después.

En aquellos días, Viñas trabajó con afanes de apóstol, secundado por el Comité. La actividad y la lucha lo habían vuelto serio y hasta reservado, sintiéndose espiado en sus menores pasos y en sus intenciones todas. La resistencia empezaba a fallar, porque el hambre venía y por el hambre se trataba de rendirlos. Los delegados de la Hermandad Ferroviaria apenas se presentaron fueron expulsados del batey y la misteriosa muerte de Alfredito quebraba un poco la decisión en todos. Entre los macheteros y los carreteros la desintegración era absoluta, porque los jamaiquinos y los haitianos, que eran la mayoría, estaban al margen de toda actividad, pasivos, indiferentes y mudos. Los campesinos cubanos ignorantes, agotados y escépticos, abrían campo a las gestiones de Márquez y virtualmente, si no trabajaban era porque no hacía falta.

¿Quién iba a ponerse frente a los americanos?

Como un general que hace el recuento de sus fuerzas, Márquez le estaba explicando a Keynon la situación, sin acentuar demasiado su pesimismo, porque aún disponía de recursos que sólo él y Druker conocían. Panchito entró en la oficina, sudoroso, tostado por el sol, secándose las manos que transpiraban. Llevaba algo en el magín.

—Míster Márquez, parece que en casa de Veguitas, el de la cañada a la salida del batey, se ha muerto un niño y Veguitas quisiera autorización para velarlo. Le he dicho que preguntaría, porque usted tiene prohibido los velorios, pero yo creo, me parece—afirmó vacilante y lépero—que sería bueno decirle que sí. ¡Le quitaríamos gente a *Los Rosales*, con eso!

Era maquiavélico el ladino Panchito. Efectivamente, estaban prohibidos los velorios y muy especialmente los de niños o los "velorios tristes", especie de honras fúnebres de un paganismo primitivo. A Mercy le molestaban por la noche aquellos tambores roncos y monótonos que el viento empujaba por entre las palmas.

—Dile que sí y pídele a Ruibal que mande un barril de laguer y una caja de ron a cuenta de la compañía. ¡Que lo cargue a los gastos de la casa de vivienda! Y desde ahora, deja correr por ahí la voz de que hay permiso y ya verá Viñas cómo se le queda la mitad de la gente. Pero, eso sí, adviértele a Vega que no preste el muerto, ni lo velen más de una noche.

Fué cerrándose la tarde con tintes rosados sobre los cañaverales. La zafra interrumpida ponía mantos de silencios largos y hondos en el batey por el que discurrían hablando en voz baja los que carecían de caballo para acudir más tarde al salón de fiestas de Torres. Ningún empleado podía en el batey disponer de cabalgadura propia, excepto los que estaban obligados por su cargo. De las caballerizas de la compañía se podía obtener con la venia de Márquez alguna bestia los domingos, pero estaba muy restringida la costumbre y no había otro mé-

dio de comunicación al exterior que los autos desvencijados que iba a Palmares en competencia de suciedad, chirridos y peligros con un ómnibus propiedad del Alcalde. Hasta el viajar en los trenes estaba prohibido y sólo algunas veces, por la prisa en hacer algún traslado de macheteros, ponía Alvarez a disposición de los trabajadores una plancha taponando un tren cañero o uno de azúcar. Pero todo ello era tan viejo que constituía hábito y a nadie se le ocurría reclamar. Sólo un derecho, por hábito también, estaba reconocido y cuando un trabajador moría en algún accidente, cosa frecuente, se le ponía una locomotora y un carro para llevarlo a enterrar a Palmares. Pero esto era una tradición, como el hacer un encintado de hojas de caña a la última carreta de la cosecha o enviar a la casa de vivienda el último saco de azúcar negra y aromática llenado en las centrífugas con el número en rojo, diciendo el monto de la zafra.

A pié, andando con lentitud, sin perder el ánimo, por la guardarraya de tierra colorada, Viñas y sus compañeros del Comité partieron a las seis, acabada la comida, para llegar los primeros a *Los Rosales.* Allá lejos, pasó sonoro el avión correo de la *Pan American* y poco después, perdido, sonó como el silbido largo del tren que llegaba a Palmares. Era de la Cuban Company. Moviendo los brazos isócronamente, cabizbajo y tristón, en voz alta, Regino Núñez hizo el recuento.

—*Goldenthal Sugar Company, Pan American Airway, Cuban Company*... ¡Oye, Viñitas, aquí el que no sepa inglés!... ¡Cómo no sea Alcalde de Palmares!...

Un fragor como de truenos lejanos rodó por el crepúsculo que se diluía en violetas y amarillo. Venía de la cañada, a unos doscientos metros del camino. Viñas se detuvo, apersonado.

—¡Es el velorio que empieza!... ¡vaya! ¡Lo único que nos faltaba!...

Sintió desmayo y cansancio. Al cabo de tanto luchar y de exponerse en defensa de todos, bastaba un poco de música, de ron y de laguer para que los ignorantes desertaran. Corzo, que descubrió su agonía, le puso en el hombro la mano. Comprendía bien a su camarada.

—Manolo, ¿qué le vamos a hacer? Con esto hay que luchar también. Sigamos, aunque sea por nosotros. En *Los Rosales* cuesta diez centavos el trago de ron y se van al velorio, porque allí es gratis y porque le dan lo que necesitan para gozar una noche ¡como en la política, viejo! Cuando Maret pensó en ser representante fracasó y el mismo don Juan Bautista le dijo que si no traía plata, no saldría. Ya vez, salió Martínez que se gastó treinta o cuarenta mil pesos y ahora Martínez no da la cara por los que le vendieron el voto y Maret, es verdad que dice que está con nosotros, pero ¡qué fácil decirlo desde un barco de lujo, en mitad del mar!

—Hace bastante, contestó Cruz.

—No, si yo no lo critico. Es todo un hombre y si hubiera salido representante estaría aquí dando la batalla. ¡Ese sí que podría enfrentarse con Márquez y Keynon y con todos! ¿Tú crees que venga?— preguntó Viñas.

—¡Qué sé yo, imagínate! ¿Cómo le íbamos a responder al radiograma? ¿Quién manda un cable?

Con los zapatos manchados de polvo fino y rojizo arribaron a *Los Rosales.* Ya estaba en la puerta el sargento Ibarzábal con dos números y detrás del mostrador de la bodega, Torres, en mangas de camisa hacía sus cuentas del día. El amplio salón desier-

to se alargaba en las sombras llenas de ecos oscuros. Olía a madera sin pintar y a recina fresca que se unía a las aromas del platanal vecino. La presidencia de la asamblea se situaba en el entarimado de la orquesta y eran pocas las sillas disponibles, apoyadas a lo largo de las paredes. Viñas ocupó la presidencia y calmosamente depositó en la mesa de pino los papeles. Las luces del gas acetileno, azulosas y silbantes, se encendieron atrayendo a los mosquitos voraces. Entró el sargento que apoyó el pesado *Sprinfield* en la pared.

—Si el orden se altera tengo orden de despejar. ¡No! Si yo estoy con ustedes, pero, ¿qué quieres Viñitas? Hay que obedecer las órdenes. Bueno, yo me voy a darle una vuelta a la mulata y te dejo aquí a Pedro Manuel y Ayalita.—Se volvió a los dos rurales que apoyaban las manos en los cañones del fusil, fumando cigarros de lujo, regalo de Torres— ¡Ya saben! Lo que mande don Juan Bautista! Yo vuelvo dentro de media hora.

Por la guardarraya y la vía férrea, lentos, porque tenían cansancios viejos, los hombres iban acercándose charlatanes y esperanzados. Musculosos los brazos, aún manchados de grasa negra, con el pantalón de trabajo, el rostro quemado de viento bajo las gorras de cuero, los maquinistas llegaban formando el primer grupo con los fogoneros tiznados. Todos parecían prematauramente envejecidos al calor rojizo de las fornallas. Renqueaba su cojera, recuerdo de un choque, Matías de la Paz, el veterano del batey y que había corrido la primera locomotora en el predio de Goldenthal veinte años atrás. Junto con ellos, Alvarez, el jefe de tráfico, gordo, rojo, casi amoratado, sudaba ginebra con la caminata y en broma pegaba con una rama a los retrasados.

Desde su mesa, Viñas se descorazonó un poco viendo que concurrían menos de los que esperaba. Y no porque el velorio se los llevara a todos, porque ni los pesadores, ni el jefe del almacén, ni tantos otros, iban a velar al ahijado de Vega. Dejaban de ir por abandono, por indiferencia, por miedo tal vez, por escepticismo. El viento traía las voces de los grupos hasta el salón. Algunos perros se mezclaban a los caminantes, siguiendo al amo y olfateando lagartijas en los troncos. Un grupo de jornaleros del batey— caballericeros, mozos de limpieza, el vaquero Quintero y el aguador, sentados frente al atardecer, mientras mascaban caña para saciar la sed del polvo, oían a Estanislao *el bizco* dependiente de Torres, narrarles la aparición del fantasma del platanal. Se le veía algunas noches fosforescente, deslizarse entre las hojas anchas. Doctrinó Quintero, que el alma en pena señalaba, sin duda, un entierro de oro. Así lo pensaban todos y algunos convinieron con Estanislao intentar unas excavaciones. Ya en la colonia de Potts un fantasma había señalado, años atrás, un tesoro que se descubrió. La leyenda circulaba hacía tiempo y era creída por los desposeídos como si anclara en ella su última esperanza de riqueza. Se cortaron los comentarios con la llegada del Alcalde, nuncio del inicio de la asamblea.

Entró, barrigudo, pleno y lento, con las patillas canosas y una manga vacía, don Juan Bautista, alcalde ahora y antiguo guardalmacén en el central. Segundos después, a pasos largos, nervioso, flaco y el rubio cabello crespo, pantalón de franela y americana azul manchada, se presentó Otero, el líder obrero. En pocos minutos la sala fué perdiendo sus ecos con la concurrencia nerviosa y agitada de protestas. El gallego Tobías, entró con su tagarnina oliendo a humo, maldiciendo a los que no le dejaban

llegar a la presidencia "para depositar una protesta". El soldado Ayala arregló el asunto.

Ayala era bayamés e iracundo.

—Oye, gallego, mira que te tenemos vigilado. Siéntate donde puedas o lárgate, que en Cuba ya tuvimos bastante gallegos.

Tobías lanzó una maldición llena de eñes como una morriña. El soldado lo tomó por un brazo y lo sacó del salón.

—Espántante por ahí... ¡Este es asunto de cubanos y aquí no se quieren comunistas! ¡anda ligero!—y para ratificar su autoridad, con la culata del fusil, le dió en la espalda.

Medió el alcalde mesándose las patillas canosas con la mano única. La autoridad estaba en su mano e iba a iniciar la asamblea.

—Señores, les ruego que salgan de la sala—ordenó a los soldados que se miraron, recobraron las armas y a paso aburrido, arrastrándolas tomaron la puerta para darle un vistazo a los caballos.

Viñas, entre aplausos y protestas, abrió la sesión, anunciando que iba a dar lectura a las últimas bases presentadas a la compañía. Por espíritu de transigencia las había reducido a diez, pero Márquez, las seguía rechazando. Representaban el mínimo en las peticiones. Estaba caliente el salón y cada grupo quería dar un asalto para controlar el movimiento. Los del Comité, que no tenían experiencia en estas luchas, ni se habían curtido en las asambleas, tenían que defenderse con habilidad y sin romper la unión, del asalto bien preparado de determinados grupos, los maquinistas, por ejemplo, ya de tiempo habituados a organizar movimientos reivindicadores. La gran dificultad y el punto débil, era manejar aquella asamblea sin más nexo que el enemigo común, pero integrada por elementos heterogéneos que

iban desde el burgués tranquilo hasta el comunista iracundo o el anarquista violento e inútil. Menudo, vestido con atildamiento, Manolo Viñas dió lectura a los puntos fundamentales.

Primero:—De acuerdo con la Ley Arteaga, la compañía pagará en efectivo, no por vales ni fichas. ¿Hay algo qué objetar?

—No, está bien; siga.

Segundo:—Los empleados de la compañía quedan autorizados a comprar libremente y nadie podrá ser registrado al entrar en el batey.

—Que se diga "el conglomerado social"—saltó Otero, desde su asiento— ¡Se habla en nombre de todos!

—Bien, pondremos empleados y obreros.

—¿Y ustedes no son obreros? — insitió Otero, que por el matiz de una palabra armaba polémica, como si lo distinguiera— ¡Bueno! Como quieran, adelante...

—Tercera:—La compañía reconocerá los distintos gremios y la Federación de Empleados y Obreros.—Nadie le interrumpió y aprovechó para seguir:

—Cuarta:—Durante el período electoral, quedarán autorizadas en el batey las reuniones políticas.

—¡Si los candidatos traen plata!—desentonó Cancio, el chistoso, al que acusaban de soplón de Márquez. Nadie le hizo caso.

Cuando se disipó la breve burbuja de risa, continuó Viñas leyendo:

—Los empleados y obreros que no deseen los servicios del médico de la compañía no estarán obligados a pagarlo y podrán hacerse asistir por el médico que deseen. Todos los médicos tendrán derecho a dar consulta en el batey.

Desde luego, todos aprobaron y cada uno pensó

en el doctor Cañas que recetaba al paso, ligero y mortal como una ametralladora.

—Sexta:—La Compañía no podrá dejar cesante a ningún empleado u obrero sin abonarle una quincena, como estipula la Ley ¿aprobado? Bien, sigamos.

—Séptima:—La Compañía construirá en el batey una escuela y la pondrá a cargo del Estado.

Algazara y voces bajas, apenas perceptibles en su contenido. Al fin, titubeó incierto y hasta procaz, Cruz el carpintero.

—No, que se pague también el maestro, ¿pero es que no sabemos cómo andan los del Estado? ¡Si están peor que nosotros!

Se desgarró desesperado y escéptico, el analfabeto Manengue.

—Lo que hace falta es comía y no letras ¡aparente que viene sabe leé y tené jambre!

Don Juan Bautista intervino mediando. Creía que el Estado podía garantizar una buena enseñanza. Su hija era normalista y el representante Martínez le había prometido una plaza. Hizo sentir su autoridad de alcalde, de viejo, de gordo y de manco.

—¡Siga, Viñas!

—Octavo:—Los gaurda-jurados de la compañía no tendrán más atribuciones que las legales de su cargo. El empleado u obrero que sea acusado de cualquier falta, será entregado a la autoridad judicial competente y por la Guardia Rural, que se hará cargo del detenido: No podrá ser expulsado de las tierras de la compañía ningún trabajador sino para ponerlo a disposición del Juez.

—¡Camaradas! Todas estas proposiciones son burguesas y son falsas. ¡Yo no veo aquí ninguna reivindicación para el proletariado! ¡Nada para el conglomerado! ¡Si lo único que falta es pedir un cura que diga misa los domingos! ¡Vamos a pedir cosas más concretas, hay que llegar a un acuerdo entre el capital y el trabajo!... ¡Abajo el imperialismo!...

Nació el tumulto y fué creciendo. Voces encrespadas empezaron a levantarse en los rincones unas a favor y otras en contra. Se llenó la sala de interjecciones. Todos hablaban a la vez y nadie se entendía. Era inútil el gesto de Viñas con los brazos en cruz, ronco de gritar, pidiendo silencio y zanquillo como era, apenas se le veía. Desde su silla, Otero arengaba a los suyos exhortándolos. Regino Núñez, de pié en el estrado, en vano procuraba descubrir algún guajiro para pedirle que interviniera. Manengue, sólo estaba, que los demás se habían ido al velorio. Y el malaventurado machetero, en su ignorancia, se había dejado arrastrar por Otero y gritaba también por el proletariado, suponiéndolo un partido mejor que el Liberal, al que siempre había dado su voto. Desde el fondo de la sala llegaba el ruido de las sillas cayéndose. ¡Abajo el imperialismo yanqui! ¡Abajo la burguesía estorcionista! ¡A mí los verdaderos obreros! ¡Esos están vendidos a la compañía!

Crecía el tumulto y era en Viñas gesto perdido la procura. ¡Endiablado Otero echándolo todo a perder! La sala estaba llena de palabras marxistas y desvergüenzas criollas. Primero, un sombrero voló desde el fondo a la mesa presidencial. Una silla fuése a quebrar ruidosamente en la mesa de pino que tembló. Se le ocurrió en su desconcierto a Alvarez, que por estar en la cantina había abandonado la asamblea, y regresó atraído por la bronca, extraer del pantalón kaki lleno de arrugas, el revólver y por la ventana hacer un disparo a la noche.

Mordiéndose el bigote y seguido de sus dos soldados, entró el sargento Ibarzábal. Estaba feróstico, cuando se echó hacia atrás el sombrero que siguió

colgado de la correa y adelantó la jeta. A la luz del oscilante acetileno, brillaron azules los machetes largos:

—¡Plaaaan! ¡Plaaaan... ¡despejeeeen...

En pocos minutos quedó desierto el local. A Otero le doblaron el espinazo de un sólo golpe y le hicieron hacer una lastimera genuflexión.

—¡Anda ahora so!...—el sargento tenía los labios finos y voluntariosos pálidos, bajo la mordida de los dientes amarillos y grandes.—¡Vete a decir discursos!

Volviendo la calma a *Los Rosales* sólo quedaba el Comité. Por los oscuros caminos, huyendo despergigados, los demás se habían ido. Les envió Torres unos vasos de laguer tibio. Viñas, desconcertado, apoyándose en el hombro de Molina, tenía en la garganta una protesta imposible. ¡Maldito Otero!

—¡El bribón se saldrá con la suya, te lo he dicho! —confirmó Corzo.

Frío, con su cansancio de experiencia, Tamayito se fué bebiendo su copa y la de los otros, para ahogar sus maldiciones.

—Yo lo siento, Viñas—explicó Juan Bautista, político mañoso—pero ya ves que esto tomaba carácter comunista, aunque ví bien que ustedes trataron de evitarlo.

Silenciosos, rumiando su fracaso, viendo proyectarse en el camino áspero sus sombras móviles, emprendieron el regreso al batey. Opacos de distancia, en el silencio de la noche, ondas de derrota por sobre los cañaverales dormidos, se oyeron a la vez, el silbido del tren de Oriente—serpentina de luz en la campiña negra—y las guitarras del velorio en casa de Veguita.

A echarse un trago en la garganta seca de gritos

y a beber una taza de café, como era por la huelga de holganza el día siguiente, algunos de los dispersos hicieron rumbo al velorio. El bohío reducido, un poco más limpio y confortable que la mayoría, pues tenía de madera las paredes, en la sombra del palmar al lado de la cañada, era una mancha de luz amarilla. Se destacaban desde lejos las figuras de los concurrentes, como recortadas en negro sobre el aro iluminado del cobertizo. Estaban asando, aromándolo con hojas y ramas de guayabo un pequeño puerco; que perfumaba sabrosamente el aire cargado de bordones de guitarras y ruidos secos de tamboriles y timbales golpeados con la mano.

Veguita, en guayabera, sin destocarse la cabeza del sombrero de guano, rojo de tierra, el machete al cinto y los ojos un poco congestionados, recibía a los amigos que llegaban a velar al ahijado. En una caja diminuta y blanca, el niño muerto parecía de cera amarilla, a la luz de las velas de llamas oscilantes. Se desesperaba al lado la madre jipiando, agarrándole las manos crispadas, las comadres para que no se arañara más la cara y le daban a sorber tragos de agua con anís. Cada pocos minutos la doliente se agitaba en convulsiones histéricas y sus gritos desgarraban las canciones del portal. Los alaridos se sucedían cada vez más próximos y las vecinas que llegaban con trajes de fiesta arrancaban a la guájira ayes que eran correspondidos con gritos y plañideras demostraciones, ahogadas en seguida por el trago de anís.

En el portal y frente a la fogata en que se cocinaba la cena, la juventud huyéndole al pebete del bohío, celebraba la muerte del niño. Estaban todos un poco ebrios por las libaciones repetidas y con los nervios tensos de café negro. Había galanteos y lujuria al lado de la muerte y se rondaba a las mu-

jeres como en noche de fiesta. Unos bailadores de zapateo taconeaban ligeros, y al otro lado reñían en décimas sus improvisaciones dos cantadores. A la concurrencia se mezclaban flacos, y con pulgas, los perros, que daban de tarde en tarde una vuelta al ataúd, olfateando la carroña. Entonces, alguno se arrancaba un aullido que arrastrábase lúgubre en la noche.

—¿Y pa, cuando e l'entierro?—preguntó Manengue, por decir algo entre sorbos de café fresco.

—Entoabía no sabemos, camará, porque Valeriano e compai de Manuela ha pedío el niño pa velarlo en su casa. Pero me afiguro que, con el calor no va a podé ser y la rural se meterá a decí que no. ¡Ya no le dejan a uno ni aprestar un muertecito!

Valeriano, efectivamente, había solicitado, de la comadre, el niño para velarlo en su casa, a tres kilómetros de allí. Mientras se veía de complacerlo, no dejaba de ir de la cocina al trípode en que estaba el barril de laguer. Daba tumbos y por consolar a la comadre rociaba de alcohol su compasión. Vió en la sombra a los rurales.

—¡Abájense, señores, pa tomá un trago!

Los rurales echaron pié a tierra. Tenían sed después de la refriega. El soldado Pedro Manuel, que era de aquellos pagos, entró a saludar a Manuela tintineando las espuelas y el machete. Ayala se quedó en el portal rondando a las muchachas, ruborizadas frente al buen partido.

—¡Ay m'hijo! ¡ay m'hijo!....

Los gritos de Manuela partían el temblar de las guitarras. Chispeaban los leños verdes del guayabo aromando la carne grasienta y el perro aullador seguía desgarrando las sombras, como si viera algo en ellas. Los caballos atados a los horcones del portal coceaban su desvelo. Como una partida empezó a

salir la luna. Eran más de cincuenta los reunidos que habían preferido velar al ahijado de Vega que acudir a la asamblea de *Los Rosales.* Las muchachas encintadas y el pelo corto como en la ciudad, cazaban novio, soñando con la otra fiesta, el día que maridaran y el galán se las llevara en las ancas del caballo al bohío nuevo. Púberes de doce años contenían sensualidades, presintiéndose viejas a los veinticinco, que así devora juventudes el sol del trópico. Nadie hablaba de la huelga y apenas si alguno se interesó por lo ocurrido en la asamblea. A Quintero, el vaquero, que contó el sucedido, apenas le prestaron atención y aún lo reconvinieron.

—¿Y tú, pá qué fuiste, en vé de vení a cumplir con el amigo Veguita, en su duelo? ¡Hacerle la güelga a los americanos! ¡Vaya vaina!—y Valeriano se echó otro trago de ron con cerveza, chasqueando la lengua.

Democracia campesina, en el velorio del niño olvidado en su caja blanca, se reunía el vecindaje, sin distinción de razas, ni de posición social. Junto a Manengue paria, Valeriano propietario de una pequeña finca, cuyas cañas molía el central y con los macheteros, los mayorales de algunas colonias vecinas y los rurales galanteadores y Veguita, jornalero del batey. Por igual nivelaban la muerte y la ignorancia. ¡Y Viñas, el hombre de la ciudad, soñando conmover aquellos espíritus opacos!

CAPITULO DECIMO SEPTIMO

La sed inextinguible.

EUFORÍA extraña de los mares del trópico, azules, tibios y con perfumes enervantes. Cielos despejados en que parecen nuevas las estrellas, todo es en ellos transparente y claro y hasta se agrandan las distancias en los matices cambiantes del cielo y el agua. No es leyenda la sensualidad del trópico y ya Paulette iba sintiendó ésta verdad a medida que la proa del buque derivaba al suroeste. La primavera tropical le ponía duros los pechos y le encendía con deseos extraños las pupilas, ahora más negras y más hondas sobre la comba invertida de las ojeras dilatadas. ¡Y qué laxitud! Bebía y no saciaba la sed, respiraba; siempre sufriendo sofocación y disnea. El agua fresca de la piscina, más que calmarla, la excitaba. La aturdía la música y en la alta noche llena de ritmos, el mar distendía sus nervios tensos. Eran ganas de llorar, de llorar hasta rendirse, lo que le producían aquellos calores ignorados que la hacían transpirar y a la vez sentir frío Hasta el roce de las plumas de la capa en el cuello le traía vibraciones extrañas y chasquidos en la nuca.

Maret era demasiado viejo para no sentir en la amante el conjunto de sensaciones nuevas y trataba de calmarla sin percibir que sus mañas sólo conseguían excitarla más, porque cuando el cuerpo llé-

gaba a sentir fatigas, la imaginación acalorada seguía trabajando. Tenía rotos los labios a mordidas y al sorber licores le ardían como leves castigos. Aquellos días en el Atlántico, entregado al amor, lo habían agotado, sin que se lo confesara. Pero en las siestas calmosas se refugiaba a dormir en el camarote de Cisneros, que se burlaba malicioso y experto.

—¡Come apio!—recetaba mordaz—¡Te hace falta! ¡Ah, si tuviéramos ostras! ¿De verdad, Gonzalo, que insistes en casarte? Cuando lleguemos a Hamilton, te voy a comprar un afrodisíaco. ¿Qué no te hace falta? Mira, viejo, a nuestra edad en estas cosas de mujeres, hay que administrar bien el *parque*, como hacíamos en la guerra. ¡Si no tenemos ya treinta años!

El mar, de un azul oscuro, tenía algo elástico y denso cada vez que la proa tajaba en su seno alargando espumas. Aire caliente batía las cubiertas, en que las pasajeras dormitaban, con el libro abierto entre las piernas o las agujas de tejer abandonadas en el piso. Casi se habían olvidado por completo los cansinos deportes. La sensación de marasmo hería hasta los chiquillos y todos sentían el sueño tedioso del inesperado verano.

Pantalón de franela blanca, camisa abierta y sin corbata, Pepe Agüero, tostado por el sol, tropezó con Maret cuando abandonaba el salón. También el ecuatoriano sufría la malicia de sus climas, que ponían en su mujer languideces misteriosas para ella.

—Doctor, ya estamos en lo que llamaba usted el otro día, la "zona peligrosa". ¿No se ha fijado en las cosas que están ocurriendo?—señaló a la inglesa de los ojos de loca—mire a miss Leider. Esta mañana subió a la cubierta del radio en traje de baño a enamorar al telegrafista. Está loca por él y

le propone que abandone a su mujer para que se vaya con ella. ¿Y Lolita? ¿Y miss Morrison?

Efectivamente, lo que Maret sonriendo había nominado días atrás "zona del peligro" era lo que en realidad batía el casco gris del barco. Bajo los cielos claros, la vida se iba convirtiendo en algo nuevo, voluptuoso y arrollador. Se dilataban las narices por aspirar aquellos aires caniculares aromados de mar. Hasta la música empezaba a sonar distinta en los oídos. Parecían o lo eran, más grandes las pupilas de las mujeres que transpiraban voluptuosidad. El amor se volvía fácil, exigente y era como una obsesión en todos. Las horas de la tarde resultaban pegajosas y sensuales y no era sólo la histérica miss Leider. Maret, sagaz para observar los deslices ajenos y para ocultar los propios, se iba percatando todos los días de algún nuevo idilio, desesperado como todos los amores que tienen fijado su término. Lolita y el médico del buque, un mocetón rubio, tejían en los rincones su devaneo. De la magnífica *Miss Kansas*—aquella adorable miss Morrison jugosa, sonrosada y sabrosa como los melocotones maduros—que iba a casarse en Miami, circulaban historias picantes desde la noche en que se la descubrió envuelta en una capa rosada y leve, entrando en el camarote de Cisneros. El mar, el cielo y el barco—soledad frente a lo infinito—habían ido creando una intimidad sin disimulos. Todos sabían que al cabo de unas semanas se dispersarían tras un estrechón de mano o un beso y nada iba a quedar de la aventura. Ni el mismo Renaud procuraba ya con tapujos ocultar los amores otoñales de Dalila, que le eran indiferentes a Paulette, demasiado preocupada de sí misma. Sólo había una figura envuelta en un silencio melancólico, María Teresa, cada vez con las ojeras más hondas, los labios más gruesos, los senos más duros y

más pesados los andares. Pepe Agüero, cruel por joven, se la señaló a Maret.

—Va escorada, como los barcos cuando queman petróleo de un sólo tanque—. Y rió de la tragedia íntima de la muchacha que se bebía sus lágrimas, un poco olvidada de todos, porque estaba triste.

Aquella noche había baile de trajes a bordo. Las cubiertas se erizaron de focos amarillos, rojos, verdes y azules. En el comedor corrió sonoro y dorado el champaña. Al son de la orquesta de cuerdas con sus melodías clásicas, los pasajeros iban entrando, bañados por la luz de arcoiris del reflector, extrayéndolos de la escalera en penumbra para llevarlos al centro del gran salón en fiesta. Bajó Paulette lindamente, luciendo su traje de pastora versallesca, recuerdo de la fiesta a que acudió el año anterior en Enghien. Entre las blondas rosadas y los encajes anchos, con la falda amplia y el corsetín de raso azul, llevando en la mano sin guantes el callado con lazos, a todos pareció deslumbrante. Ella lo notó con íntimo orgullo, sonriendo a los aplausos y sintiendo como alfilerazos la mirada de tantos hombres en su carne. Agüero la devoraba con ojos golosos, mientras su mujer, pálida de mareos, apenas podía cortar el *soufflet-Richelieu.* Maret, de frac, un poco estilizada la figura, se alzó ligeramente en su mesa con la copa en alto para brindar de lejos. Estallaron unos aplausos aislados y sonrió Renaud viendo bajar a Dalila con bata blanca adornada de entredoses y encajes. La señora de Arias, graciosa y simpática cuando estaba sola, hasta bonita quizá, fué, al destacarse en la alfombra oscura de la gran escalera, como un copo de espuma ligero y breve. Rió contenta, con su boca fresca y expandió la cubana su perfume muy de París, al cruzar la sala con sus andares muy habaneros.

Sombrero hecho con rayos de sol, escandaloso y brillante, como para muchacha del bulevard en fiesta de Santa Catalina, entró charra con perifollos, Lolita Menéndez, midinette improvisada, que también arrancó aplausos. A su lado, —¡y qué bella la falsa japonesa rubia!—miss Morrison seguida de Cisneros portando traje de gala—casaca azul, más claro el pantalón, anchas charreteras de oro y en la espetera las condecoraciones en mezcla de rojos y azules. Por lucir la Legión de Honor, se lo llevaron a que se aburriera en la honrosa mesa del capitán.

Después de la comida, el baile. Con el *maitre,* Maret envió su invitación a Renuad para tomar el plus en el salón de proa, un poco lejos del ruído de la fiesta.

—¿Tú quieres ir?—preguntó a su mujer que se había aburrido— ¿No vamos a la baranda a tomar el café?

Pero tenía Paulette en la boca la solución. Acudiría ella y él podía ir con Dalila al piso inferior. Se verían después, a la hora del baile. La transacción le pareció magnífica al marido.

—Irá madame Renaud—dijo al *maitre* encorvado—. Explíquele al doctor que yo tengo un compromiso y hágame el favor de llevar a la mesa una botella de champaña en mi nombre para la señora Agüero.

Era como un ascua a medio consumir el *Coligny,* en el oscuro mar. Las cubiertas y el puente lucían sus luces de colores que atenuaban las sombras y las dos orquestas, una en el salón de proa con sus temas clásicos a base de violín y en el gran salón social abierto sobre la ancha popa la otra, sonora de saxofón —*Manisero, Carioca, Siboney y When I grow too old to dreams*—hacían pensar que el gran trasatlánti-

có era una caja de música, iluminada y misteriosa, mecida por las olas.

Ya el jurado se había reunido para elegir las triunfadoras y hacer el escrutinio, pues se había sometido a votación. El agente electoral de Paulette fué Maret, ayudado en la misión espinosa por Agüero. En los dos había puesto la coqueta sus esperanzas de triunfadora y si al uno nada tenía que ofrecerle, habíale hecho al joven peligrosa y tentadora promesa.

Porque hablaba español y lucía bonita, los cubanos se inclinaron a Paulette más que a Dalila, que seguía no siéndoles simpática. Maret recabó para ella votos en profusión y le aseguró el triunfo con los jugadores de pocker en la mesa de Cisneros, que no vaciló en traicionar a miss Morrison y seguía entregado al juego, despreocupado de la fiesta. Un inglés rollizo y gran consumidor de *gin* dirigía el escrutinio y Pepe Agüero, polígloto y bien vestido, fué comisionado para anunciar el resultado. Cantó a gusto el nombre de Paulette Renaud y al sonreirle le recordó la promesa pendiente. El había cumplido.

A la luz de las galas multicolores, un poco sofocada por el triunfo femenino y banal, Paulette bebió sorbos de champaña en todas las copas amigas. Había alegría, una alegría que no era del todo clara, en la cubierta con mesas dispuestas como en un cabaret que tuviera reales techos de estrellas y luna. Metros más abajo, el baile casi sobre el mar mismo. El aire era fresco, húmedo y cálido, pero menos perfumado y embriagador que el triunfo de su belleza caliente y tentadora. Amaba Paulette la vida aquella noche y estaba tan contenta que quiso enviarle un marconigrama a su madre, sin esperar a llegar a Hamilton. El champaña le daba audacia achicándole los ojos.

—Agüero me acompañará, quédate tú con Tessie—, pidió voluble a Maret, que no disimuló una mueca de contrariedad.

—Puedes mandar el mensaje con un muchacho.

—No, voy yo misma, porque quiero ver la caseta del radio en que no he entrado nunca. ¡Vamos Agüero!

La tomó Pepe del brazo y se perdieron pronto en la escalerilla blanca que conducía al puente. Batía ululeante en los cordajes, el aire salpicado de sal. La panzuda lancha salvavidas proyectaba sombras largas en el piso y las chimeneas oscurecían espacios cilíndricos. Paseando como un fantasma, abstraída de luna y de erotismo, descubrieron a miss Leider, con sus ojos enfermizos, rondando al telegrafista. En el pedazo de sombra de un ventilador que silbaba al tragarse el viento, Pepe le cruzó el brazo por la cintura, deteniéndola. Lo sintió fornido y brutal.

—Ya cumplí mi promesa, ¿y ahora?

—Yo cumpliré la mía—resistió falsamente—pero no dije cuándo. Será mañana en Bermudas.

Pero Agüero conocía demasiado a las mujeres. Apoyóla un poco en la barandilla, apretó entre los suyos un muslo de ella, la dominó con el brazo y maliciosamente fué acercándole la boca hasta besarla. Fué sintiéndola rendirse, entregarse, con resistencias y temblores de paloma apresada. Primero la mano se le apoyó en el pecho rechazándolo, pero fué cediendo y acabó ella por ponérsela en el cuello para hacer aún más fuerte la presión que la embriagaba. Soltó de pronto la ruda boca su presa y cayó en el pecho, hundiéndose en el escote, forzando un poco las blondas empolvadas. Media luna de púrpura, casi sobre el mismo corazón le quedó la huella. Reaccionaron y abrió ella los ojos, en silencio mirando los del hombre,

Por hacer algo, trató de ordenar los cabellos que el viento y los besos habían despeinado. Siguieron andando con paso vacilante.

—¿Me esperas esta noche?—pidió el dominador.

—¿Pero en dónde?—preguntó por no decir que sí, claramente.

—Cuando apaguen las luces en el saloncito de proa, que está aislado, junto a las grúas.

Al descender advirtieron que Tessie y Maret estaban bailando. Viéndolos llegar, el profesor escudó en eso su cansancio y dejó la dama para sentarse. En sus ojos temblaban reproches que Paulette aparentaba no ver, segura como se sentía de calmarlos. Por cortesía, Agüero invitó a su mujer a bailar.

—Si querías irte con Agüero a flirtear, podías haber sido más sincera y si me querías engañar, más hábil.

Se irritó Paulette alejando la copa vacía.

—¿Celos? Mira; ni a mi marido se los soporto.

Trincaba celos, unos celos rabiosos, mezcla de tristeza, ira y rabia. A la vez, hubiera querido golpearla y besarla.

—Bien, excúsame, me voy a dormir!...—tentó él sin decisión.

—¡Tonto! ¡Si sabes que te quiero! Pero hay que disimular. ¿No lo comprendes?—enmendó con dulzura suave, en los ojos reflejando estrellas—¡Vamos a bailar! ¡Si me acompañas al jardín, te doy un beso!

—¿Fuiste allí con Agüero?

—¿Vas a empezar otra vez? ¡Gonzalo, vamos a pasar la noche tranquilos! Me duele la cabeza y quiero acostarme temprano. Mañana a las siete llegamos a Hamilton y deseo ver la entrada.

—¿Bajaremos juntos? Hay tres grupos para hacer la excursión. Busca un pretexto para que Renaud se vaya con Dalila en el grupo que almorzará en St. Georges y no regresa hasta las cuatro. Nos quedamos a bordo, para bajar solos y pasarnos el día en un hotel.

—No sé todavía lo que haré.

—¿Esperas saber en qué grupo va Agüero?

Paulette se puso en pié, irritada y arisca, encendidos los ojos y crispando las manos enjoyadas.

—¡Hemos terminado! Me duele la cabeza y me voy a dormir, ¡perdón!—Se adelantó hacia la escalera y él la dejó partir con una leve reverencia, acodado en la mesa, viendo cómo el humo del cigarro seguía igual que sus celos, la dirección de la amante.

Después de pasear por las cubiertas su inquietud disimulada en sonrisas, pensó que era más cómodo estar en el camarote. Con la lógica terriblemente certera del celoso auténtico, empezó a reunir detalles, e hilvanar menudencias. Ciertamente, en los últimos días había cambiado mucho. Carecía ya de aquella timidez encantadora de los primeros tiempos. Su sensualidad había aumentado y sus entregas eran cada vez más plenas desde que la había despertado impulsos dormidos, reveládole sensaciones y excitado zonas hasta entonces inactivas. De la muchacha dulce conocida en Niza, no quedaba nada. Ahora, y era lo peor, era una mujer avasalladora, plena, voluptuosa, joven y con cierto afán de desquite.

Le ardía el fracaso y comenzó a estudiarlo fríamente, llamando en su ayuda aquel escepticismo elegante y sabio que había sido el blasón de su vida. Agüero, al cabo, era joven y fuerte y lo que estaba ocurriendo resultaba natural y humano, sin que nadie tuviera la culpa. Los celos y el odio le parecían

sentimientos primitivos, porque se odia lo que no se entiende, pero aquel, que comprende, perdona. Pero el amor no sabe de estas sutilezas. Se durmió intranquilo, cavilando su primer drama de amor.

CAPITULO DECIMO OCTAVO

El nudo en los caminos

El barco llevaba dos horas navegando frente a una costa baja y estrecha. La bahía de St. Georges se fué quedando atrás, incierta de azules brumosos. Lejos, entre los islotes, al frente de la amplia rada, empezaba a descubrirse Hamilton, blanca y tranquila. Un viejo fuerte de piedra izaba la bandera imperial. A sus flancos, como galgos cansados de correrías, dos cruceros finos y grises reposaban viajes y limpiaban las quillas. Al costado del único muelle, destacando sus chimeneas en el blanco de los edificios costeros, el correo semanal de New York acababa de llegar. Después, los hoteles con jardines sombreados, abiertas terrazas con palmeras y piscinas, que el cielo hacía de un suavísimo azul. Era espléndida la mañana y parecía aún más luminosa a los que llegaban de mares blanquecinos de niebla.

Mal dormidas las últimas horas, nervioso y presa de inquietudes a las que se resistía, Maret, en el extremo de la proa, apoyado sobre un cable, veía la ciudad y rumiaba sus interrogaciones. Un yate ligero, lujoso, con el casco amarillo y la cubierta blanca, al costado una lancha bailando en las olas, se le pareció al *Marling* de Goldenthal, con quien había pescado varias veces en aguas cubanas. El *Coligny* estaba detenido y ya la lancha de sanidad avanzaba

sonora, golpeando el silencio de la mañana. Unos minutos después, amarró junto a la escala el remolcador que debía conducir los viajeros a tierra. Subió un muchacho uniformado, llevando periódicos de New York y en la gorra el nombre del *"Hotel Hamilton"*. Maret escogió uno, al azar.

—Ese yate que está al fondo, al lado del torpedero, ¿cómo se llama?

—Es el *Marling*, que llegó ayer—respondió el negro—viene todo los años.

Goldenthal en Bermudas con su party habitual y su bella sobrina, inconsciente y ligera como la espuma. Y, allá lejos, en su país, bajo el sol terrible, la huelga, los jurados, la protesta inatendida.

Escribió en la tarjeta unas palabras de alegría insincera y la entregó al mensajero. Necesitaba hablar con el multimillonario, dar una batalla por sus hermanos cubanos, hacerle a Arias la contraofensiva.

Los viajeros empezaban a salir del comedor. Paulette, un poco arisca, falda azul plisada y el suéter blanco, estaba bonita y fresca como la mañana. Renaud, de pantalón corto, la Kodac en bandolera y el cigarrillo humeando, venía al lado de Dalila. Disimuló Maret contrariedades.

—¿Y María Teresa?

—Enferma, con mareo todavía. No baja a tierra. ¿En qué grupo se va usted?

No se iba en ninguno y miró a Paulette como para hacerle entender. Explicó su mensaje a Goldenthal. Bajaría a tierra desde el *Marling* y estaría—recalcó bien esto, como para que ella entendiera—a las once en la terraza del *Bermudiana*. A las once, junto a la piscina, al fondo del hotel.

—¿Usted va, también, a almorzar a St. Georges?—preguntó a Paulette, para tenderla el puente.

Tenía ella en los labios levantados algo cruel y era como de acero la mirada de los ojos aclarados por la luz de la mañana.

—No sé, pero creo que no. Bajaré después de almorzar y si me encuentro bien. Acaso una vuelta hasta el hipódromo, por montar en coche con Tessie.

—¿Me permite ofrecerle el aperitivo a las once?

—¡Si le he dicho que no bajaré hasta más tarde!

Mordió toda la crueldad de la amada, pero la esfumó en aquella sonrisa tan suya. Celos y orgullo heridos, sonrió con su burla de siempre, pero en su indiferencia había sorda rabia rencorosa. La presencia de Lolita cortó la atmósfera tensa.

—Lolita, no le dejan bajar el perro... ¿qué quiere? ¡Cosas de los ingleses!

—¿Por qué no lo deja con madame Renaud, que se queda? Nadie quiere acompañarme a gozar un poco la estabilidad de tierra, ¡siempre sólo el solterón!

Lolita rompió a reir, enseñando todos los dientes. No creía en la soledad de Maret y quiso ser un poco cómplice, para ayudar lo que pensaba era un engaño. La lancha del yate se había desprendido veloz y saltando corría en dirección al buque.

—Esa lancha viene para acá—señaló desviando la conversación, porque imaginaba a Renaud celoso de Maret.

Todavía quiso ofrecer a Paulette otra oportunidad.

—Viene a buscarme. Iré al yate un rato, quizás unas horas y estaré en tierra, acaso no a las once, pero sí a las cuatro, ¿me acepta Lolita, y si madame Renaud quiere, el que refresquemos en cualquier lugar pintoresco?

Lolita tenía comprometida toda la tarde con miss Morrison y declinó la invitación. Paulette tampoco podría ir. Haría, sin embargo, todo lo posible, pero

sin dar seguridad. Un poco bruscamente, irritado y duro, él le volvió la espalda. La lancha se había pegado al remolcador y un marinero ganaba por la cubierta del barquito la escala. Antes de que lo llamaran, Maret acudió después de una despedida afable y hasta cálida en sonrisas.

Goldenthal lo invitaba a almorzar, rogándole que fuera inmediatamente. La lancha quedaba todo el día a su disposición. Eran las ocho y media y prefirió ordenar que lo aguardaran hasta las diez. Quería dar un vistazo a las informaciones que hubiera de Cuba.

Las noticias eran impresionantes y el periódico las recogía con amplitud. Para la impaciente curiosidad del cubano resultaban atrasadas, datando el diario de tres días. La huelga continuaba en el central y después de una segunda reunión celebrada por los empleados y los obreros, se hacía más difícil la armonía. Los comunistas habían roto el frente y formado grupo aparte, dejando en situación comprometida al Comité de Huelga. La compañía interesada en atender las demandas, no sabía con quién entenderse, declaraba Keynon en la Habana. Para garantizar el orden, el Estado Mayor había ordenado reforzar la guarnición y el batey estaba de hecho, ocupado militarmente. Un cortador de caña nombrado Tobías Rojas, señalado como agitador comunista, resultó muerto al querer escapar cuando trataba de dar fuego a la caña y con ese motivo se rumoraba que el Embajador de España había conferenciado con el de los Estados Unidos. En los centros oficiales no se tenían noticias de esto. El corresponsal terminaba afirmando que los comunistas no se apoderaban del batey por la presencia del Ejército y que una nota—memorandum número dos, concretaba—

había sido entregada al Gobierno por el embajador de los Estados Unidos.

En la ira de su impotencia, Maret olvidó su mezquino problema sentimental. Hablaría con Goldenthal poniéndolo al tanto de la verdad. Sólo él era capaz de poner coto a los abusos. Conocía demasiado a Arias para no desconfiar. El abogado de la compañía, de acuerdo con Keynon y con el embajador, estaría procurando, sin duda, complicar las cosas para resolverlas después por la fuerza. Los rurales, al cabo, impondrían un orden angustioso.

En la cubierta del *Marling*, el ricacho, con su secretario, la sonriente Dorothy y el deportista Lyman lo aguardaban. Acababan de desayunar en la toldilla y aún quedaban en la mesa de mimbre amarilla y verde, tostadas quemadas y mermeladas oscuras.

Efusiones de amigos viejos que se encuentran en latitudes lejanas y de improviso. Abrazo, con salto al cuello y despliegue de risas de Dorothy encantada de ver a Maret, que le traía tanto recuerdo alegre e ingenuo, quizás únicos. Estrechón de manos, un poco rudo, de Lyman y la inclinación hipócrita de Levine, siempre reservado con el cubano efusivo. Maret portaba en la mano el diario neoyorkino.

—¿Noticias de Cuba?—inquirió Goldenthal sonriéndole. —También yo las recibí anoche. Todo está bien y tengo cables de Arias y de Márquez. ¡Levantiscos los cubanos! ¿Eh?—Y se rió bonachón e incomprensivo.

Lo tomó Maret del brazo conduciéndolo hasta la sombra del toldo. En frente de ellos la ciudad se movía al compás de las olas elásticas. Dorothy, presintiendo una conversación seria y de negocios, se alejó después de encender un cigarrillo. Se fué con Lyman a despertar el resto de los compañeros para

organizar una partida de golf en el *Belmont* de Warwick, después del almuerzo. Quiso contar con Maret.

Agradeció el profesor, que a ojos vista se estaba agriando y no era ya como antes.

—Su tío y yo nos quedamos aquí; ¡tenemos tanto que hablar! ¿No es cierto Goldenthal?

El ricacho afirmó, dió un sorbo al tabaco, clavó en Maret sus ojos sin maldad, y preguntó:

—Bien, doctor, explíqueme, ¿cuál es su opinión de lo que pasa en Cuba?

¡Lo que pasaba en Cuba! Habló con calor, reposadamente, midiendo cada una de sus palabras, buscando datos en la memoria, tratando de convencer y de impresionar al todopoderoso Goldenthal. El problema era sencillo y lo que pedían los empleados —los separó de los obreros para no traer alarmas rojas—justo. Detalló en una síntesis apresurada los males de la imperante organización. Pintó con palabra experta, la dramática situación del cubano.

—Pero Márquez es cubano y me parece que gana buen sueldo—se defendió el otro—yo no tengo animosidad, ni prejuicio contra los cubanos y de verás, me son simpáticos. Pero yo no he hecho nada nuevo en Cuba. Si esos son males, como usted asegura, son los que yo encontré. Ni lo que me dice del médico, ni lo que me cuenta del almacén, ni de los abusos de autoridad, es culpa mía. Ese es un sistema y yo no hice más que aceptarlo. Si modificara en algo esto—apoyó la mano en la mesa, se encorvó un poco y bajó la voz como si lo espiaran—tendría dificultades terribles. Protestarían todos los demás, mi propio Gobierno me amenazaría, el de Cuba me daría la espalda por irle a perturbar una armonía antigua; ¿qué puedo hacer yo? He hablado con Arias muchas veces de esto y Arias, que es cubano y es

abogado, cree que no hay otra manera de proceder. ¡Dígame usted si vé alguna! Yo la acepto si existe, pero garantíceme que no ocurrirá nada.

Hablaban los dos a muchos cientos de millas del batey, en la cubierta de un yate lujoso—millón y medio de pesos, un capitán, tres oficiales, un médico, un radiotelegrafista, quince marineros, cocinero, camareros, camareras y un cantinero—. El aire acariciaba fresco y no caliente como en la nave de los aparatos, el cielo era azul y no oscuro como el techo de la casa de máquinas, el mar tranquilo no se parecía al campo ardiente y verde, en que se corta la caña, bajo el sol. Goldenthal siguió yerrando sus explicaciones.

—No hay imperialismo que resista una legislación. Nosotros tenemos empleados en Alemania millones y ¿ha oído usted hablar de imperialismo yanqui? ¡Claro que no! Y los dólares son los mismos y nosotros somos los mismos. Invertimos nuestro dinero; claro que en bien nuestro, pero poniendo en actividad riquezas que los países inferiores no pueden desenvolver.

—Sobre lo de inferiores...

—No doctor, mi amigo, ¡vamos a hablar claro! Inferiores y usted sabe que es así. No es cuestión de que se le irrite el patriotismo, sino un hecho. ¿Cómo cabe esperar de los cubanos legislación adecuada, instituciones sociales, organizaciones, planes y movimiento nacional de propia defensa, es decir, lo que representa la superioridad, la clase A de las naciones, si no han sido capaces de rotular debidamente las calles de sus ciudades, ni de numerar sus casas como debe ser, ni de hacer bebestible el agua de sus poblaciones, ni de pavimentar sus zonas urbanas. Usted ha viajado y sabe lo que es mundo y puede distinguir, dígame con sinceridad, ¿es o no cierto lo

que digo? Baje a Hamilton ahora mismo y encontrará una pequeña ciudad de treinta mil habitantes apenas, sin riquezas en los contornos, aislada en mitad del mar, pero ¡cuántas cosas que en sus bellas ciudades no hay! Verá las calles empedradas, encontrará los niños en la escuela, verá los jardines cuidados. Y si penetra más en la observación, encontrará una legislación social completa, protegiendo el interés de cada uno. Aquí el dinero americano ha afluído por millones y son americanos casi todos los grandes hoteles y todo el comercio se hace con New York, pero ¿quién ha fijado los salarios mínimos? ¿Quién ha creado impuestos para asfaltar las calles? ¿Quién cobra al capital invertido una tasa que sirve para aumentar esas escuelas? ¡el gobierno colonial! Aquí nadie habla ni se queja del imperialismo yanqui y todo el dinero viene de Wall Street y si los americanos no viniéramos, sería la ruína de la isla.

Por no llorar la verdad, sonrió. Intentó una paradoja, pero la sintió partida al nacer. La primera escaramuza anunciaba difícil la batalla. Concretó el tema otra vez sobre el central. Goldenthal pidió al camarero wiskey y sifón. En vasija de cristal tallado llegó el hielo. Lo empezó a servir con su pulso de viejo, mientras Maret hablaba:

—Bien, pero la cuestión no es ahora discutir sobre la inferioridad de los pueblos. Concretemos el problema al central. La compañía, al cabo, se está perjudicando en asuntos que casi no le afectan. Lo que se cobra por el médico, va al médico, el almacén es de Ruibal y Fernández, las reuniones políticas no entorpecen la marcha de la zafra, porque el período electoral cae siempre en tiempo muerto. La casi totalidad de las cosas que se reclaman, están previstas por la Ley, ¿qué cuesta aceptar?

—Yo no puedo discutir esto con usted, porque, le repito que ignoro las cosas. Tengo que guiarme por Márquez y por Arias. ¡Si al cabo, yo soy también una víctima de este engranaje! La cuestión de los colonos, que a usted le parece tan sencillo, tiene detrás a los bancos. Esos bancos afectados por mí tomarían después represalias contra mis negocios en el Brasil o en Chile, en New York mismo. Aceptadas, además, las cosas que se piden, después tendríamos problemas nuevos, ¡si tengo de esto una experiencia larguísima! Ayer mismo, por cable, Arias me informó que era imposible transigir en lo del almacén.

—Porque la hija de Arias es novia del heredero de Vicente Fernández.

—Bien, ¿pero qué le voy a hacer? Usted comprenderá que sería absurdo que yo me pusiera en frente del capital.

—Dándole la razón a los que reclaman con justicia, los separa usted de los que piden sin razón.

—Cierto, pero surgiría el problema y cuando eso llegara, los complacidos no se pondrán de nuestra parte, sino que como siempre, permanecerán aislados de la lucha; ¡si le repito que eso me lo sé de memoria! Es lo mismo en las minas de cobre y en las recogidas de caucho—se interrumpió para beber él *high-ball,* que empañaba el cristal fino del vaso adornado con una M y un ancla y volviéndose al criado, le ordenó—Dígale a Martino que el doctor almuerza con nosotros. ¿Por qué no deja el barco y sigue conmigo hasta Nassau? ¡Voy a ordenar que le traigan el equipaje!

Iba a tocar el timbre cuando Maret le cortó el gesto.

—¡Gracias!, pero es imposible. Tengo que seguir a Cuba con urgencia ¡Sí, ya sé que son sólo tres días

de diferencia, pero es que no puedo dejar el barco! —recalcó con malicia.

El viejo rió a carcajadas y le apoyó la mano en el hombro. Tenía los dientes tan perfectos que se veían postizos.

—¡Ya! ¡Ahora entiendo! ¡Como siempre! Pero... tráigasela con nosotros también; ¿cómo se llamaba aquella amiga nuestra de la Habana que pasó las navidades en el central y pescó con nosotros después? ¡Ah! Ya recuerdo. ¿Cómo está Consuelito? No, no siga a Cuba; ¡tráigasela! ¡Vamos a jugar golf en Nassau! ¿Qué va usted a hacer en Cuba?

—Irme al central—afirmó sin énfasis, pero decidido—. Ir a ayudar a mis amigos y por eso he querido hablar con usted. Si me diera autorización yo mediaría, sirviendo a todos, porque no soy enemigo de nadie, sino amigo de usted y de ellos...

Descubrió Goldenthal una posibilidad de arreglo en el problema lejano. Confiaba en la habilidad de Maret, en su experiencia, en su influjo personal y lo sabía honrado. Tenía el hábito de las decisiones rápidas y concluyentes. Conocía bien a los hombres, tan bien, que los había dominado.

—Si es así, lo veo partir con gusto. ¡Ande a Cuba! Ahora mismo cablegrafío a Druker para que hable con Márquez y lo esperen. ¿Pero es usted capaz de garantizarme que resuelve el problema?

Estaba seguro de eso. Haciendo justicia retornaría la calma al batey. Solamente tenía que pedir en las negociaciones la exclusión de Arias. Márquez no debía ser sino un trasmisor y él con Goldenthal, resolvería el caso. El ricacho aceptó sin resistencia. Llamó a Dorothy, que fotografiaba la calmosa bahía.

—Maret se va a Cuba a resolver el problema, ¿qué te parece? Tenemos un mediador de lujo. Llámame a Levine y mira si Joe está a bordo para que me trasmita un radio.

El secretario y el telegrafista bogaban pescando. Maret se alegró de que le dieran un poco más de tiempo. No había prisa en comunicarle a Druker lo resuelto, pues le faltaban cuatro días para llegar a la Habana.

Almorzaron tarde. Viéndose en el comedor del yate, se le revolvieron recuerdos dispersos y lejanos que creía olvidados. Por primera vez, después que conoció a Paulette, encontraba algo de su ayer. ¡Qué distintos los días aquellos en que tenía a bordo a Consuelo! Habló poco, como si quisiera dedicar todo el tiempo a reanimar los recuerdos envueltos en bruma. Todo estaba allí igual. Eran los mismos candelabros, la misma vitrina con las copas de diez trofeos náuticos, el gran tapiz de ténues azules y grises. Sólo él se encontraba viejo, desolado y ya sin aquella jocunda confianza en la vida. Pensó en Paulette y de nuevo le mordieron los celos. Sobre hielo molido aparecieron grandes las ostras. Al tiempo que las sazonaba se acordó de Cisneros. Paulette le fué sorbiendo el pensamiento hasta aislarlo. Lo sacó de su mutismo Goldenthal.

—La cuestión de los colonos hay que dejarla como está.

—¡Ah! Naturalmente. Sí, ya me ha dicho usted...

Para ordenar su interrumpido pensamiento tomó con reposo largo, un trago de vino helado. Lo paladeó experto y se reanimó como en sus días triunfales. —¡Buen Chablis!

Mundano, volvió a sonreir y para cada uno encontró la frase amable o la pregunta interesante. Bromeó con Levine, amador de criollas. Galanteó a Dorothy y juró que sólo usaba las pastas de Lyman and Co. Detalló con sus galanuras de conversador,

su encuentro con Jacques de Bourbon y la despedida con Grace Hughes. Cuando se ha corrido mundo, en cualquier puerto hay siempre amigos comunes de quien hablar. A la esposa y a la hija de All Druker las había encontrado en Argelia. Con David Goldenthal, el hermano de su huésped, había comido en Saint Germain para ver atardecer. ¿No era míster Lyman primo de la esposa del comendador Antonelli? Había hecho con ellos el viaje de San Remo a Ginebra, dos años atrás. Dorothy dejó escapar su risa fresca.

—Y ahora se va a la Habana ¿eh? Bonita la Habana, pero demasiado calor ¡uf!—se sofocó la muchacha—¡Véngase a jugar al golf, doctor! ¿Es que no está todavía aburrido del mar?

Se quedó con el viejo ultimando los planes. Llevaba toda la confianza del ricacho. Trataría de hacer una transacción justa que complaciera a los huelguistas, sin lesionar la compañía. Desde luego, prescindiría de Arias, pero había que hacerlo con diplomacia por no irritar al vanidoso abogado. La cuestión comunista era un peligro y Goldenthal no quiso confesar las instrucciones que Levine había enviado a Druker desde Río Janeiro. Ya las retiraría, por cable.

El *Marling* se mecía en la siesta. El reloj marcó las cuatro y Maret quiso partir con la esperanza difusa de encontrar en tierra a Paulette. Un gran abrazo del millonario le ratificó la confianza y la amistad. El patrón esperaba órdenes.

—Bien, doctor, ¡Hasta vernos pronto y buen éxito! Gracias por el servicio. Estaremos en comunicación continuamente. Yo salgo para Miami y el cable va esta noche. ¡Y cuidado!¡Ya sabe de quién o de quiénes!

Estrepitoso el motor levantaba olas blancas en la

bahía rizada. El *Marling* se iba quedando a la espalda y se agrandaban los edificios de la ciudad. El desembarcadero era estrecho y se reducía más con la presencia del remolcador que aguardaba a los excursionistas. Maret puso en manos del patrón un billete y descendió ayudado por un cochero negro que se le ofrecía.

—Espéreme aquí para que me lleve al barco—se aparejó al auriga que hablaba un inglés áspero y brusco, de sonidos guturales.—Primero lléveme a una casa de flores y después al *Bermudiana*.

Compró para Dorothy un gran cesto de rosas blancas y rojas, ordenando que lo llevaran a la lancha. Por calles que subían retorciéndose llegó a los jardines del hotel cruzándose en todo el trayecto con rostros familiares. Miss Morrison y Cisneros, en coche descubierto, se reían. Lolita, con el médico que la llevaba amorosamente del brazo, volvía de los bazares. Ya dentro del jardín, tomando el té, a la sombra de una palmera escuálida, descubrió a Dalila y Renaud. ¿Qué sería de Paulette? Empezó a inquietarse y marcó los cien grados el termómetro de sus celos cuando en la terraza percibió a Tessie lánguida, hablando con miss Leider. Nervioso se aproximó a la muchacha que sonreía con sonrisa forzada de corista mal pagada.

—¿Y Agüero?

—Yo bajé sola, con miss Leider, que casi me obligó a acompañarla. Joe—le americanizaba el nombre al marido—bajó antes del almuerzo y no lo he visto aunque creo que ya regresaron las excursiones, ¿Quiere un poco de té, doctor?

Se excusó. La certeza lo tenía un poco anonadado. Ya no cabían dudas, pero quiso quemar la última esperanza, como un náufrago que prende el

último bengala. Demoró el paso y se acercó, indiferente, perezoso y aburrido a la mesa de Renaud.

—Pero al fin, ¿la señora insistió en no bajar?—para disimular su interés cambió el tema—pensé encontrarla aquí, a mi salida del yate, en donde he pasado todo el día. A mí siempre me ocurren esas cosas anómalas. Después de dos semanas en el mar, en la primera escala, almuerzo abordo.

—¡Bah! Yo creo que mi mujer se ha quedado todo el tiempo. Lo que es hasta ahora, contra lo que el médico me dijo, el aire del mar no le ha despejado la neurastenia y hasta creo que se la empeoró. Está intratable—hablaba indiferente y convencido, sin alarmas, ni celos.—Primero me dijo que bajaba con Tessie, pero acabo de verla con miss Leider. ¡En fin, qué haga lo que quiera! ¿No se tomaría un *high ball* con nosotros, doctor?

Lo que tenía eran unos deseos fervientes de quejarse al marido, de Paulette coqueta e infiel. La infidelidad de ella lo hería tal una cosa nueva y como si la amada resultara, por vez primera, perjura.

—No; gracias! Aún tengo algunas cosas que hacer.

Partió triste, pero alentando todavía una última, remota, absurda e inexplicable esperanza. Llegó a la lancha cuya proa adornaban en contraste las rosas blancas y oscuras—perfumado arlequín de pétalos—y ordenó abatido que lo llevaran al *Coligny*, cuya escala subió a saltos, sofocándose. La cubierta estaba vacía y sólo unas damas inglesas marineras y canosas, sorbían su Ceylan color caoba. Llamó al *steward*.

—¿La señora Renaud?

—Aún no ha regresado—respondió parco, tieso y severo el pecoso.

Maret le puso en la mano una rutilante media co-

rona con el perfil de S. M. B., y el hombre fué más explícito:

—Bajó en la segunda excursión, a las diez con Su Excelencia el Secretario de la Legación del Ecuador—terminó ceremonioso, sin notar que hundía hasta la cruz el puñal.

CAPITULO DECIMO NOVENO.

Hacia las vides amarillas.

OTRA vez los ojos se embriagaron de horizonte. Aquella noche rielaba la luna dándole tintes claros al cielo y al mar. Se sentía alegre y casi satisfecha, con unos deseos imperiosos de beber, de reir, de bailar y de agotar todas las menudas cosas que la vida ofrece. La tarde en Hamilton, en el cuarto del hotel con sus ventanas abiertas sobre la bahía, un poco caliente la atmósfera clara, entregándose con furia de desquite a aquel hombre que jugaba con ella como quien carga una chiquilla, la había extenuado y sentía un cansancio desconocido, una flexible languidez y un suave desmayar. Cierto que no le dijo lindas frases, ni había intentado estilizar lo brutal, ni jurado quererla siempre, pero, de verdad, como se lo había prometido, la había amado horas cuyo recuerdo valía bien toda una vida. Aún experimentaba en los brazos la sensación de las manos fuertes y sentía dolores aplastados en la cintura y en la nuca. A tragos de *chartreusse* amarillo, Pepe la consiguió embriagar de licor y besos y para siempre ya el líquido espeso le recordaría aquel hombre y el sabor de su boca.

Maret descubrió fácilmente la aventura. Ni una palabra de reproche, ni un comentario duro, ni un gesto agrio. Cada vez que se cruzó con ella la noche

anterior y el día siguiente, hasta le había sonreído, pero con sonrisa pálida de inquina. ¡Pobre Maret! Pero, al cabo, se consolaría porque contaba con experiencia añeja y cuando se vive demasiado intensamente, todos los olvidos se administran fáciles. !Si él sabía imposible lo que le proponía! ¡Casarse ellos! ¡Irse a un país exótico, diciéndole adiós a París, que es media vida!... ¡Bah! ¡Qué cosas se les ocurren a los hombres! ¿Y su hogar? ¿Y ese infeliz de Renaud? ¡Oh, pobre Charles, tan bueno!, cuya vida se quebraría... Una aventura es cosa pasajera. Un poco de placer, una entrega que, como decía Pepe, vale a veces toda una vida, pero nada más que eso. Lo substancial, lo que dura, lo que se alarga y sirve para encender las chimeneas cuando la vejez trae sus fríos, es el hogar, el marido, acaso un hijo.

Quería justificarse ante sí misma, a solas en el rincón de la cubierta. El propio Maret, serpiente tentadora y voluntad absorbente después, le fué inculcando aquella filosofía ligera y caprichosa, un poco dionisíaca. ¡Si le había enseñado él mismo, inconsciente acaso, que primero era el placer! No hacía otra cosa que seguir el camino en que la había puesto. Amar, no amaba a Pepe, pero le placía y eso era bastánte. ¡Si pudiera unir él placer al cariño! El amor al cariño, definió más concretamente. ¿El amor? ¡Qué equivocada y qué ingenua cuando soñaba en aquellas tardes frías de la avenida Kleber!

A Gonzalo, además de amarlo, quizás lo había querido también y lo quería aún. Le dolía verlo sufrir y hasta hubiera deseado evitarle el pesar. Al cabo, había sido el revelador ¡y con qué arte magnífico y cuánta dulzura! Pero la esquivaba, evitando el verse a solas con ella y pasaba el tiempo en la biblioteca, inclinado sobre los libros. Sintió que alguien llegaba y hasta tuvo la presunción de que había a sus espaldas unos ojos fijos en ella. No quiso volverse, ¿quién sería? Un caliente beso se le prendió en la nuca como una abeja. Tembló toda en una eléctrica convulsión y reconoció la boca de Agüero.

—Pensando, ¿en qué?

Mintió sencillamente, con su arte de mixtificadora.

—¡En tí!, ¿en quién iba a pensar?

Aceptó sin creerla, pero deseoso de no amargarse el placer con futiles vaguedades. Faltaban tres días para llegar a la Habana y después cada uno tornaría por sus caminos.

—Cuando vuelvas a París sólo te vas a acordar de una cosa en el viaje y será la estatua de Josefina, en Martinica, lo único que puede impresionar a una francesa. Al cabo, me parece que no valía la pena navegar seis semanas para tan poca cosa.

—¿Tú crees? ¿Y la tarde en Hamilton? ¡Bah!—virtió entonces lágrimas y en vano trató de ponerse sentimental.—¡Te quiero tanto!

Pensó en Maret Pepe, pero nada dijo. Aquella francesa bonita y sin desgastes, podía dar aún horas jugosas. Siguió cultivando la farsa.

—¿De veras? ¡Y yo a tí! Creo que has sido el único gran amor de mi vida...

Ninguno de los dos se engañaba, pero como no querían descarnar la realidad, siguieron la farsa. Hasta un poco romántico se puso Agüero frente a la luna diciéndole a Paulette versos viejos y tratando de vertir al francés quejas ecuatorianas.

—¡Vámonos de aquí—pidió ella al cabo, pensando que Maret podía verlos y sufrir un poco más. —Temo que Charles llegue a sospechar.

Escalaron la cubierta y de pronto se vieron frente al pasaje, iluminada la proa, llena de risas y música. Una marcha española se perdía en el sonoro respirar

fatigado del barco. Jugaban a las carreras de caballos.

Oficiales en traje de media gala, sentados frente a mesas pequeñas, integraban la Mútua del reducido hipódromo. Un grumete tendió a los recién llegados el programa. Se oían los dados y la voz abaritonada del médico que iba cantando:

—Uno: tres... cuatro... dos... seis: nueve.

—Vamos a jugar. ¿Cuál prefiere para la próxima?—invitó Agüero, revisando el programa—¿te gusta *Rumba*, del general Cisneros? Este cubano por jugar hasta compra caballos abordo! Te voy a buscar un ticket.

—No, espera... ¡mira! a *Olvidos*, juguemos a *Olvidos*... ¿quieres? ¡Sí, a ese!—demandó un poco exaltada porque el caballo había recibido ese nombre inquietante y extraño de su propietario, S. E. Gonzalo Maret rezaba en el programa.

Ganó *Olvidos* y se desencantaron un poco los cubanos, que todos jugaron a *Rumba*. Lo cobró Maret casi sólo con el inglés bebedor de ginebra y miss Morrison, a quien había obsequiado por galantería, un ticket.

—Puesto que mi caballo ha ganado el *Grand Prix de Nassau*—sonrió Maret a Paulette—quiero entregar a usted, como recuerdo del viaje, la copa que me han obsequiado, para que se la beba ahora en el bar, llena de champaña—bajó un poco la voz y la aisló del grupo—¿te acuerdas la noche *Chez Madeleine*? ¡Quisiera hacer como Jacques! ¡Vámonos al bar! A ver Renaud, véngase usted con Dalila y usted, Lolita, ¡vamos todos! Le mandaremos una copa al general para consolarlo de la derrota.

En el bar, sentó a su vera a Paulette, desconcertada y nerviosa. Con la mano un poco trémula quiso él mismo escanciar el licor rubio en la copa de plata.

—¡Por *Olvidos*!—brindó, mirándola frío y acerado.

Con un poco de femenina crueldad, chocó ella su copa de plata brillante con la cristalina del amante.

—¡Por *Olvidos*, que es el triunfo! Mañana le jugaremos a *Siboney*, en el *Grand Prix de l'Havane*.

—Les deseo éxito y desde lejos, rogaré porque gane *Siboney*.

—¿Desde lejos? ¡Pero si mañana llegamos a Nassau y hasta el miércoles no estaremos en la Habana!

—Pero yo no llegaré con ustedes a Cuba—afirmó parsimonioso y frío, acaso ligeramente triste, pero indiferente y dueño de sí mismo—. Los dejo en Nassau ¿es que no se lo había dicho?

Por un marconigrama, se le anunciaba que un avión lo aguardaría en las Bahamas el martes a las siete, para llevarlo directamente al central. La situación en Palmares era grave. Un mensaje de Márquez llegó imperioso y hasta áspero. Tenía, además, un cable de Viñas, pidiéndole que fuera pronto. Durante la tarde Druker cablegrafió informes precisos, exactos y desoladores. Los empleados todos unidos se habían puesto frente a los obreros malamente organizados, y éstos estaban decididos a seguir la huelga, apoyándose en los elementos extranjeros, haitianos y jamaiquinos en su casi totalidad. Solamente habían podido ser expulsados algunos agitadores polacos, que él sabía, judíos, pero los jamaiquinos tenían garantías por presión de la Legación Británica. Con eso, los cortadores de caña campeaban libremente al lado de los españoles revolucionarios. Agüero se interesó en el problema que le recordaba uno parecido en Guayaquil, cuando se contruyeron los modernos muelles. Maret, resentimientos aparte, trató de sintetizar.

—Esa es la realidad cubana en este momento. El

cubano es empleado en el batey casi en su totalidad, porque el guajiro que corta caña es escasísimo y maltratados en sus predios, ha ido a engrosar los sin trabajo de las ciudades. En los campos de caña, jamaiquinos, haitianos, isleños y gallegos. En su tierra al cubano se le puede hacer todo, pero ¡vaya usted a maltratar a un jamaiquino! Salta el Ministro y hay que indemnizarlo. ¿Se expulsa a un isleño revolucionario? ¡Protesta del Embajador! El único sin protección es el cubano, porque si a los unos los defienden y amparan sus legaciones, a la compañía la protege la Embajada—dió unas vueltas a la copa para mover las burbujas dormidas del champaña y sorbió un trago—Goldenthal me hablaba el otro día de que éramos países inferiores y aunque me dolió el adjetivo, no pude refutárselo ¡sí lo somos! Lo peor es que negándolo creemos ser patriotas, cuando sería más útil reconocerlo y ponernos a evitarlo. Nosotros mismos abrimos el camino al extranjero expoliador y lo terrible es que necesitamos de él, porque si no fuera por la inversión de capital del norte, estaríamos en el mismo estado de atraso en que nos dejó la colonia. Y yo no quiero patria sin higiene, sin garantías, sin caminos y llena de analfabetos ¡Y hay quienes piensan que es más patriótico eso, a cambio de no sé qué! La Patria no es una abstracción, sino una realidad confortable y sólo son patriotas los pueblos bien instalados y los hombres que sienten la ventaja de la ciudadanía. De ahí, que entre nosotros, generalmente, el sentimiento patriótico está circunscripto a la clase que gobierna—Porque—agregó poniendo dolor en el tono amargado de la voz—¿para el guajiro, qué diablos es la Patria? Se le habla de ella y se le quiere exigir que la ame, pero esa patria, ¿qué es lo que da a cambio? Mala escuela para el hijo, mal camino a la carreta y una ley implacable

que exige sin retribuir. Si necesita dinero para refaccionar la cosecha de caña, de tabaco o de café, ha de ir a un Banco extranjero que, como no tiene por qué ser sentimental ni patriota, le cobra crecido interés. Si se enferma, necesita buscar un político amigo que lo recomiende al hospital vecino, en donde, cuando al fín consigue cama, no tiene medicinas, ni comida, ni nada—se rió para borrar la amargura y sacudió la ceniza del habano—. Patriotismo, ¡vaya una farsa!

Paulette torció el camino áspero de sus reflexiones, marrullera, con un saetazo.

—¡Pero si es claro! Por eso el que ha nacido en otro mundo no puede habituarse! Me gusta ver que usted reconoce que hay cosas malas, malísimas, casi insoportables, en esa tierra suya, que ama tanto.

Porque la patria tiene contenidos impalpables y misteriosos y se la quiere mala, triste e imperfecta. ¡Si es cómo algunas mujeres, a las que amamos sabiendo que nos hacen mal... — retorció mañoso, una paradoja más—. ¡Si el encanto de las mujeres y las patrias es que nos hacen morir por ellas, cuando creemos que les hemos perdido el cariño!

—¿Morir usted por una mujer?

—¡Y quién puede decir que no! En la vida de los hombres, como en las carreras de caballo, no hay que afirmar nada hasta la última curva. No le digo que vaya a morir yo ahora por una mujer, pero ¿y si muriera por la Patria, o por las dos?

Cruel, Paulette recogió solo a medias el contenido de la frase.

—Pero ahora no hay guerra entre ustedes, ¿o es que piensa encabezar una revolución de esas que tira un gobierno y pone otro, sin que nadie quede contento? Yo no he conocido todavía un hispanoamericano que no haya contribuído a derribar un gobierno

o no esté pensando en llenar de tiros la plaza de la capital. ¡Oye Charles!, ¿cómo se llama aquel escritor colombiano que nos confesaba estar avergonzado de un país en donde las elecciones se falseaban sin tiros?

—¡Diablo de Pereira!—acentuó Charles sonriendo con su superioridad de ciudadano de país clase A.—¡Le tenía envidia a los mexicanos!, porque él concebía que se hicieran elecciones fraudulentas, pero no que los derrotados, por lo menos, no hicieran una revolución!

Agüero fisgón con el champaña, dejó de lado diplomacia y mentiras. Se apartó ligeramente de la mesa y aplastando en el cenicero el cigarrillo dió su opinión. Estaba ligeramente ebrio y somnoliento.

—¡Bah! ¿colombiano revolucionario? ¡Si allí no tienen ganas de pelear y todos son civiles!—a la paz llamaba cobardía, muy al modo de su tierra caliente. —Nosotros hemos hecho siete o diez revoluciones; ¿qué sé yo cuántas! mientras ellos han estado con los conservadores!

Continuaron los americanos disputándose, hiriéndose, riendo del largo drama continental y guardaron silencio los ingleses y el francés. Paulette se encontraba demasiado bonita para que en su torno tantos hombres hablaran de política.

—Doctor, ¿no quiere bailar ese fox con la madrina de *Olvidos*? ¡Anímese! Dígame, además, ¿es cierto que se va mañana?

Falsamente irritado, mintiendo celos, Agüero pidió excusas y bajó al camarote a dar una vuelta a su mujer. Maret burlón, rechazó la invitación insinuante.

—¡Imposible, señora, imposible! Créalo. No, no me mire de esa manera, porque me da miedo—tuvo que reír para ocultar la verdad—. ¡Esto del baile es cosa de jóvenes!

Recogió ella el contenido amargo de la alusión. Un mes antes hubiera llorado una lágrima oculta, sin saber qué contestar. Ahora era distinto.

—¡Vaya! Pensando en irse en avión a Cuba para empezar la ronda a las cubanas y hablando de vejez, ¡hipócrita! Estoy segura de que se deja un amor y que ni se acuerda de él.

—¡Es más sabio olvidar que ser olvidado! Por lo menos—terminó bajando la voz y alzando la copa medio vacía, que brilló en oros a la luz tenue de la sala—cuando nos olvidan debemos olvidar, porque recordar a las ingratas es un poco tonto.

Renaud y Dalila marcharon a bailar. Se llevó el inglés a miss Leider y quedaron solos en la mesa. Notándolo, al punto aprovechó el estar en pié para volverse a su amante, con un tono imperativo, sin réplica:

—¡Vamos a bailar!

—Quiero hablarte... oye Gonzalo ¡quiero hablarte! ¿entiendes?—la súplica desgarraba un poco su voz caliente y ronca y hasta estaban de verdad húmedos los ojos. —Necesito hablar contigo antes de separarnos por ahora—lanzó como un gancho falaz la falsía, pero él no la recogió, demasiado ducho en ardides.

—¿Hablar? ¡Si tú y yo nos hemos dicho ya todo! No insistamos sobre el mismo tema; ¿para qué? ¡Vamos a bailar! Cree—confesó contra su voluntad—que te he querido mucho, muchísimo Paulette, como a nadie, ¡te lo digo de verdad! Pero todo eso pasó!—Se contuvó porque sintió que se estaba rindiendo.

—¡Vamos a bailar!

Lo dijo en un tono tan firme y categórico que ella se puso en pié rendida, entregada por vez última a aquella voluntad, de la que no se podía escapar cuando la tenía cerca.

Había sonado la una y pocos pasajeros quedaban en pié, deseosos de estar listos los demás a las siete, hora en que anclarían en Nassau. Un mensajero del radio se detuvo a la puerta aguardando que terminara la danza. Inmediatamente que cesó la música, miss Leider le señaló al doctor, que junto con Paulette se había detenido intencionalmente por hablar con Dalila y Renaud. La esposa de Arias interrogaba indiscreta.

—¿Verá usted a mi marido, no es cierto? ¡Vamos a ver si entre los dos acaban con los comunistas que nos han perturbado el viaje! Bien, como lo verá seguramente mañana mismo, le dice que María Teresa sigue mal y que yo desearía que nos esperara el doctor Peña. ¿Se lo dirá?

Se lo diría y hasta se comprometió a hablar con Arias en vez de esquivarlo como pensaba. Le daba pena la muchacha, víctima del amor, enferma de un mal etérno, gracias al que la humanidad se prolonga, goza y vivé. En una bandeja le llegó el radio, que abrió curioso, pidiendo perdones en torno.

Viñas preso, había sido conducido al cuartel de la capitanía.

Pidió una estilográfica y apoyándose en la mesilla costanera al abierto ventanal, escribió nerviosamente e irritado, la contestación, sin saber nada de lo ocurrido, pero listo a sacrificarlo todo por aquél lejano amigo humilde, casi olvidado. Se dirigió a Márquez pidiéndole su libertad.

Sintió después, deseos de llenar el Atlántico de clamores. Un cable a Druker y otro al *Marling*. Se imaginaba a Viñas en la capitanía, maltratado acaso, por el capitán Vivar—ojos verdes crueles y bigotillo pretencioso y negro—y a sus compañeros del Comité bajo la amenaza de Márquez, a los obreros dispersos y perseguidos como alimañas y a los aterrados

campesinos quemados de sol, quizá ya con la trémula mano cansada apoyada en la mocha. ¡Y sobre tanta humana tragedia ignorada, meciéndose estilizadas, las palmeras bajo el más bello cielo del mundo! Por sobre el hombro inclinado, Paulette lo miraba escribir y una infusa y vieja admiración le envolvía. Era todo un hombre. No sólo ocultaba ¡y qué habilmente! su dolor, sino que respondía al sufrir de los otros. Ignoraba que aquel mismo dolor oculto lo estaba haciendo abnegado y comprensivo, como nunca.

Paulette estaba seria, un poco triste e intrigada. Había vuelto a sonar la música.

—¿Pero la situación es tan grave?

—Gravísima, ¿pero qué te importa? Mañana cuando tú estés frente al atardecer lento de mis mares azules y mis cielos purísimos—a fuerza de ser frío y de querer hablar sin pasión, estriaba las frases, como si las escribiera—yo estaré en el corazón de lo que tú llamas "allá lejos".

Recabó ella todavía, con donosura:

—¿Acordándote de mí?

—¡No, olvidándome de tí y olvidándome de todo! Voy a ser útil a una causa y esa es una novedad que la vida me reservaba; ¡si yo nunca fuí útil a nadie, ni a mí mismo!

—¡Ven!—pidió cruel o sincera—quiero darte un beso.

—Demasiado tarde. ¡Me han dado tantos besos de adiós, que quiero irme alguna vez despedido sin besos!

Aprovechó que se acercaba Renaud, hizo una inclinación fría y se fué al camarote a llenarlo de humo y de recuerdos. Escribió, ya tarde, su último mensaje a Paulette, con el pulso incierto, creyéndose que era de insomnio.

"Cuando se dice adiós a una mujer que dejamos
"para siempre, no puede dudar de la sinceridad de
"lo que se le escribe. Un poco antes de partir para
"no verte más nunca, te repito lo que anoche te di-
"je, que te he querido mucho."

"Lo he probado todo en la vida y nada me atrajo
"demasiado. Bebí y no me embriagué, probé las dro-
"gas y no me cautivó ninguna. Todo, vicios y mu-
"jeres, pude dejarlos suavemente y sin esfuerzo, ni
"dolor, ni trabajo. Estoy llorando esta noche mi
"primera lágrima de amor y sintiendo, por vez pri-
"mera en la vida, que hay un largo desgarramiento
"en dejar ciertas cosas. Te repito que a ninguna mu-
"jer quise como a tí. Al separarnos, no te reclamo
"que te hayas dado a otro, porque soy demasiado
"viejo para no comprender debilidades y excusar-
"las, pero sí te reprocho el engaño, la mentira y la
"deslealtad. Hubiera sido mejor para tí hablarme
"con sinceridad y así hubieras salvado tu recuerdo,
"en vez de dejarme la ligera sensación de repugnan-
"cia que el engaño tiene."

"Adiós, Paulette. Vamos a esperar cada uno que
"en su horizonte apunten brillando las estrellas.
"¡Qué sean rutilantes las tuyas, es mi deseo sincero!
"Yo me voy a luchar con la esperanza de ver exten-
"derse con el tiempo, como vides amarillas, los ol-
"vidos."

"Sé que no llorarás el final brusco de esta aven-
"tura, que pudo haber sido una cosa tan distinta.
"Alguna noche, sí, el remordimiento del dolor in-
"fringido a quien tanto te quiso, tal vez te quite el
"sueño. Me basta saber que será así."

"No leas esta carta más de una vez. Desde este
"momento tú y yo somos el uno para el otro, el pa-
"sado. Vamos a dejarlo en silencio y dormido. No
"me escribas. Piensa que las cartas de amor duran

"más que el recuerdo y acaban no siendo interesan-
"tes más que para los coleccionistas de sellos."

Clareaba cuando se levantó y con premuras ganó la baranda. Alargada y verde, con hoteles blancos lejanos y un faro grueso, retaco y sin gracia. Nassau se despertaba frente al mar en calma. Entre botes pesqueros y yates, descubrió el avión que lo aguardaba. Ordenó el envío de sus baúles a la Habana, llamó al *steward* y le entregó el papel para Paulette con encargo de dárselo sólo cuando el anfibio hubiera partido. Todos dormían aún abordo cuando la lancha de la PAA se acercó al *Coligny*, a recogerlo.

Cinco minutos después, en la cabina estrecha, ordenando el parco equipaje, sintió temblar las hélices y saltando sobre las aguas tenues, en el momento en que ganaba por última vez el aire, miró el trasatlántico inmóvil. Algo interno se le desgarró como si una cosa muy leve, muy sutil y muy honda se le quedara. No quiso sentir la angustia de la gran ilusión muerta y desvió la mirada al horizonte sonrosado de la mañana en que la perceptibilidad se iba haciendo escasa y por segundos difícil.

Viviendo, habíase habituado a no volver nunca los ojos sobre los puertos vencidos en la ruta.

CAPITULO VIGESIMO

La sombra de los palmares.

LLEVANDO todavía en el alma añoranzas frescas, quizás hasta dando forma de verso al desengaño, detrás de dos lomas, humildes para quien venía de la base de los Alpes, entre palmares que hería sabrosamente el sol, magnífico creador de sombras inquietas y largas, descubrió la mole del ingenio, con sus volutas oscuras de humo y en blanco sobre el rojo vivo del techo, el nombre del central. Un poco más lejos, azoteas humildes y paredes blancas calcinadas de sol, con la estación del ferrocarril hecha en hierros y alfombrada de ceniza negruzca, el pueblo. A medida que el avión perdía altura, se le aclaraban los perfiles reconociendo cosas que le eran de viejo familiares. Una bandera: el cuartel de la Guardia Rural. Una chimenea de ladrillos; la panadería de Ramos. El edificio de tres pisos, cuadrado y macizo: Fernández y hermanos, banqueros. En segundos todo crecía, como alzándose hasta él. Allá lejos se veía el cementerio. La parroquia tenía un jardincillo nuevo y habría que felicitar al padre Diego. Entre la vía férrea, el cementerio de un lado, del otro las últimas casuchas del pueblo, al frente cañaverales y naranjales al fondo, sin fragosidades, el aeródromo con la modesta oficina blanca, un semáforo que no funcionaba y a

su sombra, dejando pastar los caballos la yerba rasurada, los rurales. Dos banderas pequeñas estaban abiertas al viento del mediodía criollo. Pero pudo divisarlas apenas, porque el avión terreó rápido saltando y corrió unos cientos de metros para hacer un viraje y dirigirse sobre el automóvil en que Márquez y Panchito lo aguardaban. El anfibio se fué deteniendo a pocos y un soplo de calor enrojeció al viajero la cara.

Era martes. Exactamente dos semanas antes, estaba en Niza, al lado de la bella francesa, tranquilo apurando su coctel frente al mar y oyendo la música lenta y suave de los valses. Pero esquivó el recuerdo, como quien dobla una página leída. Márquez avanzaba, seguido de Panchito, abriéndole los brazos.

—¡Qué a tiempo llega! Esto se ha vuelto un infierno y hay que resolver las cosas cuanto antes. Yo no puedo hacer más nada, sino pedir al Ejército que intervenga. Hemos tenido que ocupar militarmente el batey para garantizar la vida a los empleados y de los obreros no comunistas y las propiedades de la compañía. ¡El disloque! —se asustó Márquez, secándose el sudor de la cara con el jipi costoso.

—Bueno, pero vamos por orden, ¿no le parece? ¿Viñas está en libertad?

—Naturalmente; ¿no lo pidió usted por cable? Lo soltaron y tenemos que custodiarlo, ¡si es un loco! Ahora no sabe qué hacerse, pues soliviantó a los comunistas, los apoyó, les dió fuerza y estos lo acosan, lo llaman traidor y quieren matarlo.

Los comunistas encabezados por Otero, habían sabido aprovechar la inquietud de la huelga. Primero ofreciendo su colaboración, atemorizando después a los guajiros, movilizando todos sus elementos de

acción hasta que consiguieron casi apoderarse del movimiento. Cuando la compañía quiso transigir y discutir con el Comité de Huelga, lo declararon traidor "al proletariado" y presentaron, por su parte, demandas inadmisibles. A su vez, los elementos menos radicales no querían hablar con Márquez por temor a la represalia roja, y en aquellos momentos en el batey había tres bandos que se temían, se vigilaban y no podían entenderse. En los barracones, los jamaiquinos y los haitianos capitaneados por agitadores extranjeros—un judío, un catalán retranquero y tres asturianos—mantenían el paro ofreciendo una resistencia tenaz si no les concedían el aumento de jornal. Por el campo andaban desperdigados los cubanos con familia, sorbiendo su café amargo en el bohío y viendo avanzar el hambre, pero con miedo de ir a los cortes, amenazados con ser asesinados en el camino. Otros, estaban al lado del Comité, al que Márquez había dado la alternativa para entrar en discusiones y ganar tiempo, pero el Comité tampoco accedía a tratar solamente la cuestión de los empleados, sino que involucraba puntos por igual, relacionados con todo el personal. La zafra interrumpida con todo esto, amenazaba con terminar en un desastre, pues avanzaba la temporada de las lluvias y el central no podría llegar a cubrir la cuota que se le había asignado para el año. Para llenarla le faltaban casi cien mil sacos y los días perdidos iban a ser difíciles de reconquistar. Oyendo la pintura de la situación complicada, Maret, sin decirlo, llegó a la conclusión de que era demasiado perfecto el desorden para no tener detrás una mano oculta, superior a la de los líderes visibles.

—De acuerdo con las instrucciones de Druker, no he querido hacer nada antes de que usted llegara. Ahora tendremos que actuar con rapidez. Yo no me

hago responsable de nada. Oscar consiguió que el Estado Mayor ordenara la ocupación del batey como medida preventiva y el capitán Vivar está listo a hacer un escarmiento, pero ya que habló usted con Goldenthal, preferimos esperar; ¿usted qué piensa hacer?

—¿Pero se imagina que pueda decírselo ahora? ¡Tenga paciencia! ¡Si aún no me he podido dar cuenta del asunto!—iban cruzando cañaverales por un camino rojizo, molesto y asfixiante de calor y polvo—¿usted está seguro de que los cortadores no tienen razón en nada? Porque hay que proceder con justicia. Ellos, me ha dicho usted que aceptan las bases del Comité, pero que agregan otras; ¿cuáles son?

—¿Qué cuáles son? ¡Las de siempre! Aumento en las cien arrobas, un peso corte, alza y tiro ¡en este momento! Libertad de asociación y reconocimiento del gremio ¡un absurdo! ¿Cree usted que pueda haber gremio de elementos volanderos? ¡Cosas de los directores, para ganar trabajando poco ¡explotadores! Soliviantan a los obreros y explotan a la compañía. Y no es la primera vez y usted lo sabe. Hace algunos años, cuando se reconocieron los gremios, teníamos que dar un sobresueldo a los delegados; ¡sí, a los delegados! y así solo nos evitábamos conflictos y eso se lo repetirán a usted todos los administradores de ingenios en Cuba.

Penetraron en el batey en silencio, caliente bajo el sol. Torbellinos de polvo colorado se alzaban, serpenteaban y corrían ligeros hasta disolverse metros más lejos. Atraídas por el silencio, las tiñosas se posaban en los aleros de la casa de calderas como puntos suspensivos. Con la seca, el verde de la vegetación se tornaba opaco y hasta las cañabravas en reposo, perdían el color brillante de sus hojas estrechas como

puñales. Por el mal camino marchaba lentísimo el automóvil y un guajiro, con caballejo esmirriado y magro se le aparejó. Llevaba en las alforjas raídas unos marañones amarillentos y apiolaba una jutía del costado de la montura. Viéndolo, Panchito sacó medio cuerpo del asiento:

—Oye Macario, supongo que no llevarás billetes, ¿eh? Acuérdate de lo que te he dicho y que si te cojo con un contrabando más de cualquier cosa, te voy a dar plan de mala manera! Y te vas dejando de vender tabacos de a kilo en el batey, ¿entiendes? Ya sabes que en el ingenio no se puede vender, ¿oíste bien?

Picó Macario el jamelgo que no podía con sus andares, avanzar. Los dos expandían miseria y tristeza con sus mataduras llenas de moscas, el animal, flaco de hambre y trotes y con el raído sombrero ennegrecido, la ropa miserable recosida cien veces y los zapatos abiertos en la puntera, como en una risa brutal, el campesino.

—¡Si e ío pol una melecina al pueblo! ¡Qué rayo e contrabando!—se quejó humilde frente al desplante, suplicando todavía el derecho de llevar a la hija enferma lo que el médico le recetaba sin ganas y sin ciencia—¡Ansina me parte un rayo si llevo algo ¿ni con qué inero ¿ha comprá na pa vendé? Oigá Panchito—agregó con afanes de congraciarse—¿sabe qué se murió el jabao e Medero?

—¿El que iba a peleár el domingo?

—El mismito, mal de ojo paese que le echaron ¡y con lo bien preparao que lo tenía! Pero deisde que l'acabó el cuento al jerezano de Castellanito, el del conuco del paradero, andába malo el fino!

Sin zapatos, cubiertos de mugre, un grupo de chiquillos suspendió el juego por ver cruzar el automóvil. Razas y procedencias diversas, los unía un

sello común de miseria. Pelirrojos con sangre del norte, mestizos ya con rasgos imprecisables, negros de dientes blanquísimos, típicos criollos, con sus juguetes baratos, se confundían y mezclaban en abigarrado conjunto. Jugaba uno tepe con un par de botellas vacías uncidas como una yunta y servía una rama a otro para imaginarse un caballo con bríos. Se adelantaron todos a los recién llegados como anunciándoles las miserias próximas. Le hizo una desoladora impresión aquella generación esquelética, enfermiza, perdida en mitad del llano. Porque pobreza y miseria la hay en todas partes, pero esa infancia descalza, a medias desnuda, esos niños abandonados a sí mismos, jugando al sol y entre el polvo, casi le resultaban característicos de Sur América. Mirándolos, interrogó a Márquez, que se dió cuenta de la intención oculta.

—No, doctor, si esto no es cuestión de jornal. Era exactamente igual cuando los padres ganaban dos pesos al día, tres pesos, uno veinte, qué fué el jornal de muchos años. ¡Es un hábito antiguo que no se ha desarraigado en el campo! Cuando hay dinero, se juega a los gallos, a la lotería, se apunta a *"la bolita!"*, si es en poblado; ¡qué bien se ve que usted no conoce el campo! En los días aquellos de la llamada "danza de los millones"; los bohíos se llenaron de fonógrafos, las vallas no podían contener más gente, había guateque todos los días. Pués bien, a ninguno de los campesinos se le ocurrió poner piso a la casa, ni cubrir de tejas o de zinc el techo de guano. Y entre lo que pudiéramos llamar clase superior, el que tenía tierras y las vendió o les extrajo a chorros el dinero, se lo gastó en futilidades, lo malgastó, envició más que educó al hijo, hasta quedarse sin un centavo. Desvió Márquez el tema porque entraban en el batey, por el correo—. ¿Ve el grupo aquél, junto a la panadería? Allí tiene a los comunistas.

Oyéndole, fachendoso en un alarde, Panchito echó sobre el muslo flaco la gorda pistola enfundada.

—¡Cómo den un grito!...

La mirada de Maret, entre curiosa y con reproches, le hizo retroceder.

—Bien, ¡que griten!

Cruzando frente al grupo Maret percibió a Otero rodeado de su segundo y al saludarlo encontró hostil la respuesta. El catalán retranquero, que por vez primera hacía la zafra en el ingenio, debió sorprenderse al descubrir en Otero y Maret amistad antigua. No repararon en ello los viajeros que siguieron hablando.

—Bien, Márquez yo creo que lo primero es que yo hable con los miembros del Comité.

—No sacará nada, porque se mantienen en sus trece, pero ¡en fin! si usted quiere, ¿no dice que trae intrucciones de Goldenthal? Pués ceda en todo lo que le pidan y verá que al cabo, no obtiene nada, porque los comunistas están dentrás, y con los comunistas supongo que no estará usted dispuesto a tratar ¿o es que nos vuelve de Europa convertido al marxismo?

—En lo absoluto. Usted sabe bien que soy socialista, que es hoy día ser conservador. Pero hablaré con los comunistas y me parece que podremos llegar a un acuerdo ¿y si buscáramos una línea media entre lo que piden y lo que se les puede dar? Por ejemplo, a ver... ochenta centavos por las cien arrobas?

—¿Acceder? ¡Pero está usted loco! Mejor le metemos fuego a la caña y *sanseacabó!*. Con el comunismo, la compañía no puede tratar.

—Pero, oiga Márquez, me parece que usted se ofusca un poco. ¡Bien!; Pero dejemos esto para después... Ahora me voy a dar un baño.

Bocinero, el automóvil entraba por la amplia ave-

nida bien cuidada, entre filas de rosas y marpacíficos rojos como sangre o bandera de rebeldía. Canteros de claveles, más perfumados que los de Niza, apuntaban ya los botones. Al frente, la casa de vivienda, magnífica y amplia, suntuosa de sombras y brisas, con salones dorados Luis XV y fuentes refrescantes en el patio sevillano, adornado con jaulas de canarios. Ligera, sobre la pared blanca del portal destacando la figura fina en el traje azul marino con pintas blancas, la señora de Márquez agitaba la mano, con un pañolín coqueto, dando la bienvenida.

Alegría franca y fresca de encuentros gratos. A Mercy la conocía Maret de niña, mucho antes que Márquez. Más de una vez la había sentado en sus piernas, veinte años atrás, en el viejo Yacht Club de la casona fresca de madera y tabloncillos verdes, cuando Marianao era una playa humilde con casas modestas y sin rumbosidades. Ganando el portal, la dió un abrazo y al apretarla le gustó sentir bajo la seda los brazos duros y regordetes. Pero se disimuló avergonzado la sensación de euforia.

—No, Márquez, ¡celos no!...—rió al tiempo que Mercy le hacía sitio en los muebles de la terraza sombreada— ¡Este es derecho de viejos! ¿eh Mercy? He bailado con su madre en el Casino Alemán y cuando sus padres se casaron, me acuerdo que fué en el Cerro, estuve en la boda, igual que en la de ustedes, ¡bien! igual no, porque tenía treinta años menos ¡qué diablos!—pensándolo se acordó de muchas cosas, pero Paulette se esfumó pronto del recuerdo.

—¡Si mi hija debe tener tu edad, Mercy!

Mercy se rió y tenía más frescura que la sombra húmeda de los cañaverales.

—¿De dónde tienes tú una hija, Gonzalo?

—¡Pobrecita mi hija! ¡Imagínate, si está en la cárcel!...

Todos se rieron y comprendieron que era broma. Maret sabía siempre ocultar detrás de una frase insubstancial, un dolor viejo. Ni hogar, ni hija había tenido y por eso se reía. Tomándolo de la mano, con mimos y cariños de conocimiento viejo que atomiza recuerdos, Mercy lo quiso llevar a la habitación. Le habían destinado una abierta sobre el lago en que los cisnes se aburrían, blancos y estilizados y unos flamencos de plumas rosadas parecían pedazos de crepúsculo. Del patio le llegaba humedad de fuente y de pensil bien cuidado, con sus yerbas recortadas, como un campo de golf, y subía el sofocante vaho de la tarde.

—¿Quieres que te mande un vaso de leche fría?—ofreció Mercy con mimos de sobrina que se alegra de ver al tío andariego.

—No, mejor me mandas un poco de *Bacardí*, limón, yerba buena, azúcar y unos pedazos de hielo... ¡tengo unas ganas de tomarme un *mojito!*

—Para eso hago que Leonardo te lo traiga—se rió Mercy por el marco de la puerta blanca asomando la cara bonita—¡pero qué tonta soy! Lo que tú quieres es una botella de *Carta Blanca*, unos limones, hielo y yerba buena, ¿no es eso?

—¡Si eres tan inteligente como tu padre!—y rompió a reír al tiempo que se inclinaba sobre el poyo de la ventana, divisando junto al lago artificial a Pancho, el jefe de los jardineros, que paseaba a *Tirano*, el magnífico gran danés arlequín que Goldenthal había regalado a Mercy, dos años atrás, cachorro todavía y con su pedrigri sellado en Londres. Sin querer, desvistiéndose, pensó en los harapientos muchachos del batey, que jugaban al lado del correo.

Estaba tibio y grato el baño. Cuando salió, se sen-

tía descansado y hasta joven. Un poco de frío al entrar en el cuarto. Sobre la mesa de noche percibió, ordenados, todos los elementos de su alquimia. Tocó el timbre. Tenía ganas de dormir. Flácidos se le distendían los músculos y girones de crepúsculo lento se colaban por la ventana. Entró el sirviente que lo vió revolver el tercer *mojito.*

—¡Ola, Leonardo!

—¿Cómo está el caballero?—calvo y vestido de blanco se inclinó afectuoso.

—¡Cansado! Traeme un poco más de yerba buena... y dile a la señora Mercy que no voy a comer. ¿Me puedes decir la hora?

¡Las seis y media! En el *Coligny* la orquesta ejecutaría algún viejo tema; ¡oh las rapsodias húngaras de Litz oídas sobre la rapsodia del mar! Y en la baranda, Paulette acaso pensando en los días de Niza ¡y la hora del atardecer a bordo! Tal vez, ¿por qué no?, una salobre lágrima perdida. Al cabo, Paulette ¡le debía tanto!, ¿y si verdaderamente lo quería?

Preparó el quinto *mojito.* Todo era en el jardín dorado y suave. Con el vaso de un transparente amarillo en la mano, un poco vacilante y triste, fué a cerrar las persianas que todavía le daban resplandores violetas. Lo que en la copa restaba, fresco y picante, se lo bebió de un trago. ¡Mañana!... ¡Mañana!... La lucha y la muerte acaso!... Pero a esta hora, camino de la Habana, en algún salón del barco, quizás Paulette le daba un beso a Agüero!

Corrió las cortinas, porque el crepúsculo le molestaba como un reproche. Tocó el timbre y Leonardo apareció, en la genuflexión mostrando la calva.

—¿El caballero se siente mal?

—¡Qué diablos voy a sentirme mal! ¡oye!—explicó con una áspera voz que el sirviente no le conocía—tráeme a las seis el desayuno. Sí, no me mires con esa cara de idiota, ¡a las seis! ¿Tú nunca has servido aquí un desayuno a las seis?

—Muchos, muchísimos!, casi todos los días, pero a la verdad, nunca se lo había servido al caballero Gonzalo!

CAPITULO VIGESIMO PRIMERO

La fuga de las quimeras.

LA fonda del central—Franco, Varona y Ca.—concesionaria de la *Goldenthal Sugar* era un edificio largo, de madera, a dos metros del suelo, compuesto solo de la cocina y una gran nave dividida en dos partes desiguales. La mayor, correspondía al comedor de los obreros y tenía la cantina, con su mostrador siempre húmedo y limpio, la curva de cisne del sifón tras la rejilla inútil desplegada en radios defendiendo el lavadero y en fila, botellas de ginebra, de ron amarillo, escarchado, anís, aguardiente de caña y algunas de sidra para los días de fiesta. El laguer se servía tibio en grifo especial. Sobre el poyo de la vitrina, al descubierto, mosqueada dentro del papel blancuzco, una barra de pasta de almendra dulce y blanca, al lado de una de tamarindo ácida y empolvada de azúcar, constituían la materia prima de los únicos refrescos populares en el campo soleado; la horchata y el tamarindo.

Era maldiciente y gordo Varona, el dueño, que atendía a la cocina. Franco, el socio industrial, servía el comedor de los empleados que constituían clase aparte de los obreros y podían disponer de un cuadrado pequeño un poco más limpio; al extremo de la nave. Durante el día, la sala estaba llena de

moscas que se ahogaban con frecuencia en los caldos demasiado claros y que por la noche, en cordones oscuros, negros, móviles y que parecían rosarios, dormían en las pantallas de porcelana, ennegreciendo los dorados soportes. Si no era buena ni abundante la comida—que descontaba del vale, el almacén de Ruibal y Fernández, socios capitalistas en el negocio de Varona y Franco—peor era el desayuno: una leche aclarada con agua, pan no siempre fresco y negruzco café sin aroma. En esto del desayuno eran igualitarios Franco y Varona y aunque pagado más caro, a los empleados no se les adicionaba sino un poco de mantequilla ictérica de extranjería. Aquella grasa, en cuya lata regordeta y roja con estampadas letras amarillas, tenían cementerio las moscas, era revisada todas las mañanas por Franco antes de presentarla a los abonados de primera clase. Usáranla o no, se les cobraba dos centavos más por el desayuno: café, leche, pan y mantequilla. A los trabajadores que quisieran poner aquel emplasto sobre el pan se les cargaba un centavo, pero en tal caso, Franco no se creía obligado a retirar las moscas que se hubieran muerto de hartazgo sobre la amarilla crema holandesa. Tampoco toda la leche era fresca ya que solía usarse condensada. Entregada como estaba al cultivo de la caña toda la región, resultaba más barato lo importado que lo cubano. Cierto que la vaquería de José Luis, en Palmares, podía haber dado a bajo precio el litro, pero en el contrato de Ruibal y Fernández con Franco Varona y Ca. aparecía como primordial la cláusula de que comprarían al almacén del ingenio todo aquello que fuera preciso, excepto los productos de la región. Y la región, cuyos límites no se especificaban en el contrato de subarrendamiento, no era

capaz de producir nada fuera de la caña, ya que hasta el azúcar blanca se traía de Cárdenas.

Caso anormal, con la huelga, la fonda no empezaba a llenarse sino hasta pasadas las ocho, que dormían con exceso los que tenían sueño de meses. Bigotillo oscuro sobre el rostro alargado de flaquencia; al brazo la servilleta no del todo pulcra, desgarbado y con sueño, Franco llevaba media hora de espera cuando Viñas y Corzo entraron al saloncito.

—¡Vaya! ¡al fin! si pensábamos que estaban desayunando en la casa de vivienda, ¿bueno y qué hubo del doctor? ¿Es que va a arreglarnos este lío o viene como otras veces, a pasear a caballo, cazar venados y de paso, enamorar a las niñas cándidas del pueblo? Oye, Viñitas, me parece que si no se compone esto, pronto se cortan los créditos. Ruibal y Márquez han tenido una conferencia ¡les veo la comida en el pico del aura, palabra!—cerró Franco.

Sin prestarle atención, Viñas pidió con calma el desayuno y siguió hablando en voz baja con Corzo. Corzo no tenía hambre.

—¡Oye! Franco—gritó alzándose a medias en la silla incómoda—mándame un ron en lugar del desayuno.

—¡Desayuno para Corzo!—comentó Varona detrás del mostrador, sirviendo con el vaso de ron uno de agua sin hielo—¡el de siempre!... Muchacho ¡el día en que te metas un café con leche, te hace daño!

—Si es el de la fonda, claro que sí—respondió mientras con cuidado, en el hueco oscuro de la encía se calaba un diente postizo, hecho con cera, que usaba solo los días de fiesta.

—Oye, Minio,—se rió Viñas—cuando tomes leche caliente, se te derrite el diente de Cañizares ¡pala-

bra! Pero vamos a terminar, que Maret me está esperando.

—¿Cito al Comité a las tres en la casa? Me huelo que esto no se arregla así, así... Buena intención, la hay por parte del árbitro, pero yo me figuro que Márquez por medio del hombre rubio—designaban así a Otero—va a prolongar la situación para salirse con la suya. Tú verás que esto termina en tángana... ¡si es viejo, chico! Aquí la cosa se acaba con la rural dando goma, unos expulsados, tú, Regino y yo, algún ahorcado por Panchito en los cañaverales y si el doctor sigue con sus idealismos, le aflojan también su gomazo y lo embarcan para que le vaya a decir discursos a los habaneros ¡lo de siempre! Por lo pronto—agregó bebiéndose las heces de su copita de ron y encendiendo un pitillo villareño—ya el doctor lleva aquí tres días y aún no ha hecho nada práctico. Se pasa el tiempo en la oficina.

Viñas que conocía las actividades de Maret, cortó la crítica incipiente, casi molesto. Sabía perfectamente que el doctor investigaba en los libros, estudiaba a fondo el problema, interesado lealmente en emitir un fallo justo y que respetara todos los intereses. Entre él y McDonald habían en dos días establecido una tabla, marcando las altas y bajas de los jornales en su relación con el gráfico de los precios del mercado azucarero. Se había llegado a la conclusión de que la demanda de los cortadores era inaceptable, pero también que el jornal devengado en aquellos momentos, era bajo. Se podía elevar un poco sin arruinar por ello a la empresa, que ganaría menos desde luego, pero esto era justo y en eso el árbitro no admitía discusiones.

—Pero de nuestras demandas ¿qué dice el doctor?—casi con desconfianza inquirió Corzo—. Veo que

se preocupa mucho de los cortadores y de los jornaleros, pero de nosotros, los que hemos tenido que estudiar y que somos técnicos ¿qué piensa?

—Nuestras demandas, como eran razonables, han sido aceptadas todas. Nos da la razón y Goldenthal acata lo que él haga. Pero Maret cree que también los cortadores tienen derechos que reclamar y no quiere abandonarlos ¡oye!—agregó con admiración dando al café con leche el último sorbo dulzón—¡si es el mismo Maret de hace cinco años! Bueno—agregó sin percatarse hasta donde era profunda su observación—él mismo no ¿sabes? no sé... lo encuentro más serio, un poco triste, como cansado ¡cansado, imagínate tú! cansado de divertirse, de darse buena vida, de gozar por esos mundos... Si te digo Minio que nadie está conforme con su suerte ¡las que habrá corrido ese diablo de doctor en París! Pero son más de las ocho y media y me voy a verlo. Vete tú—se creció como siempre que ordenaba—a la casa de los empleados y diles que esperen, y se lo adviertes a todos en el batey. A las tres Maret irá a darles cuenta de lo que haya hecho.

Andando a paso de premuras por el caminillo tapizado de cenizas, baja la cabeza y el sombrero en la mano, Viñas salió de la fonda para caminar a la oficina. Era sabroso el beso del aire mañanero que traía aroma de cañaverales. Se cruzó con algunos obreros que no le regatearon hostilidad en la mirada, pero hizo como que no los veía. A la puerta de la oficina cercada de púas y sombreada de cañabrava, el guardajurado aburrido, quiso cerrarle el paso. Tom el negrito se interpuso.

—Déjelo guaddia ¡peró no sabe que viene a ve a Maré el doctor! ¿pa qué toy yo aquí esperándolo?—aprovechó la circunstancia feliz para vengarse—¡so perico de juraos!

Por fresca, a Viñas la oficina pulcra parecióle hasta húmeda. Era lo único blanco, pintado, limpio y realmente confortable del batey. Vestido de dril como si el verano hubiese llegado, Maret lo aguardaba al lado de Márquez severo y enrojecido. Eran de caoba los muebles y en las ventanas, unas telas metálicas finísimas impedían la entrada a los mosquitos y las moscas. Por medias puertas de cristal biselado, en el salón contiguo se observaba el movimiento de los empleados. Un gran bambú musical y fresco daba sombras en torno a la ventana abierta sobre el parque. Había grandes botellones transparentes sobre vasijas esmaltadas que ofrecían agua fresca, helada casi, en vasos de papel encerado. Por un momento, Viñas que se acordaba de su sed en la casa de calderas, tuvo ganas de agregar una más a las bases ¡sabrosa como es el agua fresca en la atmósfera caliente de los aparatos!

—Bueno Viñas—habló Maret jugando con las gafas de aro de carey y puente de oro—. En lo que respecta a la demanda de ustedes, todo está aceptado pero después vamos a especificar algunos puntos. En lo del almacén nos pondremos de acuerdo ¿no es eso? porque hay intereses extraños por medio y debemos compaginarlo todo, con calma. Lo demás queda aceptado por la compañía, pero dígame ahora cuales son sus relaciones con los obreros ¿usted puede llevar este arreglo hasta los trabajadores a través del Comité?

No podía comprometerse. Los líderes obreros acusaban a los empleados de burgueses, de vendidos a la compañía, de traidores y hasta él mismo había tenido que ser protegido en evitación de un atentado. No se podía explicar lo ocurrido, porque ellos no rechazaron las peticiones obreras, aunque no quisieron dar a la protesta carácter de amena-

za como Otero exigía. Pero había, sin duda, Viñas lo recalcó con exceso, una mano oculta en todo aquello.

Maret templó, interviniendo para limar asperezas.

—Pero si a Otero, lo conozco, ¡nada! ese no es nada. Un poco exaltado, con una indigestión de teorías ¡nada! ¡nada!

—¿Pero quién ha dicho doctor—afirmó categórico Viñas—que sea Otero? ¡claro que ese no es nada. o lo es todo! ¿y si fuera sólo el instrumento que maneja la mano oculta a que me refiero?

Márquez estaba un poco rojo y tenía los labios contraídos. Ya había cedido demasiado con acceder a recibir en su despacho privado al líder del movimiento. Se movía inquieto en la silla y por hacer algo, con el cortaplumas afilaba los lápices amarillos de su mesa. Oyendo a Viñas, alzó la vista, puso en el escritorio el último lápiz y se irritó a ojos vistas.

—¿Y quién cree usted que pueda ser esa mano oculta? ¡dígalo! Me parece que aquí todos estamos interesados en resolver este asunto que ya cansa, ¡que ya cansa!—insistió molesto—¡no me vaya a salir ahora con que Moscú dirige esto!

Viñas sintiéndose amparado, irritado, agresivo como era, no quiso seguir guardando silencio. Espantó sus reservas como quien lanza una cuádriga a desbocarse.

—Pero a veces no son los comunistas solos ¿eh? mister Márquez. Para mí, Otero es un instrumento capitalista ¡sí! ¿qué es absurdo? Bueno, que lo parezca, pero Otero está al servicio de alguien que paga.

Saltó Márquez en la silla.

—¿Qué quiere usted decir?

—Eso mismo que usted ha entendido, y no solo

Otero, sino el *catalán,* igual que todos los que están dando a este movimiento un carácter que no tiene.

También se había puesto en pie y golpeaba con fuerza en el cristal de la mesa. Siguió alzando la voz, mientras Márquez con nerviosidad apretaba el dedo doblado sobre el timbre. Entró Tom y detrás Panchito. Márquez lanzó sobre la mesa la pipa encendida.

—¡Sáquenme de aquí a este hombre! ¡pronto!

Medió otra vez Maret y se soliviantó Márquez.

—¿Piensa usted que voy a tolerar faltas de respeto? ¡que se retire inmediatamente! ¡déjelo ir, Panchito?

—Bien, Márquez, yo me voy a retirar también y vendré a verlo más tarde ¡a ver si todos nos calmamos un poco!

La trifulca se coló en rumores como una brisa, hasta el salón de la oficina principal. Se detuvo el trabajo para oír la gresca y ver salir a Viñas pálido junto a Maret cabizbajo y un poco nervioso.

La acusación no podía probarse, pero una serie de maniobras extrañas, de reacciones imprevistas y sin lógica entre los dirigentes de la clase obrera y campesina, daba cuerpo a la sospecha. Era ya vieja táctica de la compañía el ganarse, mediante dádivas a los líderes cuando éstos cedían a la tentación. Si no se podía contar con ellos, se les expulsaba del batey. En la época en que los gremios estaban autorizados y reconocidos, se procedió así con frecuencia. Ya, al principio del movimiento y antes de que tomara cuerpo, fueron expulsados algunos agitadores y el hecho de que otros continuaran actuando, mezclando a las reclamaciones justas y razonables otras inaceptables, no era lógico. Un movimiento comunista, aislado, sin apoyo, era una cosa absurda

que solo se podía concebir como una maniobra capitalista para agravar la situación y evitar así que triunfara la causa verdaderamente justa. Manera taimada y simple de que todo permaneciera como estaba era esta sugerida por Arias—porque Arias desde la Habana era el genio maléfico—. La insistencia de Márquez para que otra vez el batey fuera ocupado por las parejas del capitán Vivar, auguraban chamusquina y desorden quizá sangriento y con víctimas inocentes.

Con los datos facilitados por el Comité y por sus propias observaciones, Maret al hablar con Otero estaba ya en disposición de sondearlo. Lo encontró torpe de raciocinios, cerrado de ideas, sin ductilidad, arisco y desconfiado: Repetía a cada paso palabras cuyo sentido no le eran del todo preciso, pero que sonaban a arenga. Se retiró del Comité por principios, aseguraba, rechazando el carácter típicamente burgués de la protesta. Hábil y dialéctico, polemista viejo, Maret lo enredó en sus mallas.

—Pero las demandas de ustedes no tienen carácter proletario, sino son las mismas que afectan a los empleados. Si ustedes tienen un credo y ellos otro ¿qué importancia puede tener? Yo no veo nada revolucionario en pedir un aumento de jornal. Me explicaría sus recelos y la separación, si ustedes aquí estuvieran pidiendo instituciones nuevas, en discordancia con las que ellos acatan.

—Ellos han retirado la proposición del reconocimiento de los gremios y nosotros la mantenemos ¡vamos doctor, si están vendidos al capitalismo!

No hubo forma de reducirlo, ni de que se comprometiera a acudir por la tarde a la reunión del Comité. Maret insinuó una amenaza.

—Si persisten en su actitud, los empleados a quienes se ha complacido en la parte posible de sus de-

mandas, irán al trabajo y ustedes solos no podrán sostener el paro. No se puede improvisar un personal técnico, pero cortadores se traen en dos días todos los que hagan falta, además de que ellos no los seguirán a ustedes. Retranqueros vienen cuantos se quiera, fogoneros lo mismo y los maquinistas acabarán por traerlos de los Estados Unidos y serán los cubanos los perjudicados, como pasa siempre, al final. Y si no alcanzara el personal reclutado, se corren menos trenes. Lo primero que hay que hacer para que se nos respeta un derecho es no abusar de él ¿no le parece? Pues bien, ustedes se ponen en situación de abusar de un derecho que se les ha respetado y yo entonces, me tendré que apartar y reconocer mi impotencia para resolver el conflicto ¿me entiende?

—¿Usted quiere decir que si el arbitraje termina, acaban con la huelga de mala manera?

Se lo temía sinceramente y por eso era casi un ruego, su consejo:

—Me lo temo, por el bien común deben todos unirse y llegar a un acuerdo en que obtengan las mayores ventajas posibles, sin exponerse a perderlas todas, como va a ocurrir.

—Sin el reconocimiento de los gremios, no queremos nada.

—Gestionen ustedes que eso se haga una Ley de la República, acudan al Congreso, hagan legal lo que aspiran, pero sin imponerlo ustedes aquí, porque están aislados, no tienen organización y serán reducidos, sin dinero, ni forma de resistir.

—Todas las causas necesitan mártires—respondió Otero, como repitiendo una arenga vieja, deshilachada en cien tormentas inútiles.

—Entonces ¿no hay nada que hacer? ¡Bien!, creo que el Comité decretará mañana la vuelta al

trabajo y estoy seguro de que a ustedes les esperan días duros.

—Si la compañía pacta con los burgueses del Comité, van a pasar cosas más graves de lo que se presume ¡se lo advertimos! Dígaselo a Viñitas, que se acuerde que las noches son oscuras.

Maret se puso en pie, mordiéndose un poco los labios, duro el gesto, la mano crispada en la mesa con mantel de hule amarillo. Fulminó al líder de los ojos azulencos que se dilataron.

—¡A mí no se me amenaza! ¿oyó? ¡ni usted, ni nadie! Si los empleados vuelven al trabajo es porque yo se los aconsejo y se los exijo, y no hay más responsable que yo. He venido a servirlos a todos, a mis compatriotas frente al abuso extranjero, sea obrero o capitalista quien abuse. Usted será el responsable, entiéndalo bien, de lo que aquí pase, abusando de la ignorancia de unos y de la credulidad de los otros para apoyar en ellos su ambición!

Salió de la panadería con tristeza en el semblante que en la incierta hora angustiosa tomaba perfiles nobles y severos, avejentándose un tanto, pero con una luz profunda en las pupilas grises. Las dificultades, sin irritarlo, le amargaban descubriendo en torno tanta incomprensión y tanta falsedad y esto lo transformaba. Viéndolo batirse con denuedo y afanes por una causa ajena que en nada le afectaba, nadie hubiera reconocido en Gonzalo Meret el turista mundano e inútil de Niza, ni al galanteador superficial de gestos llenos de reposo y ritmo que un mes atrás paseaba sus cansancios frente al mar.

Regresó a ver a Márquez, dispuesto a contenerse para no confesar que estaba descubriendo el juego y que llegaba a la conclusión de que cuanto Viñas había dicho, era cierto. El administrador de la *Goldenthal Sugar* había hablado ya con la Habana pa-

ra imponer a Arias del estado de las negociaciones, anunciándole que todo marchaba. Druker también aprobó lo que se estaba haciendo y prometió informar a Goldenthal que pescaba en Miami.

Maret habló con reposo, hábil en desenvolver con armonía el pensamiento, exponiendo la situación. No había conseguido nada de Otero. Por eso se veía en la precisión de abandonar a los líderes y ya buscaría un contacto directo con los obreros mismos, entre él y los cuales el líder se interponía como una barrera.

—No conseguirá usted eso ¡lo conozco ya!—afirmó Márquez dando fuego a la pipa y tratando de disuadirlo.

—Lo intentaré mañana cuando el Comité de la orden de regresar al trabajo. Esta tarde diré a los empleados que sus bases quedan aceptadas en las condiciones fijadas ayer.

Márquez rezongó. No podía aceptar eso. Como Otero, con ademanes un poco más cultivados pero de igual terquedad, se negó a nada que no fuera resolver de una vez el conflicto.

—Sería muy bueno eso de pactar con los empleados y seguir con el otro problema y así, cuando haya que meter las cosas por la fuerza en orden y reanudar la molienda, sea como sea—apoyó dejando entrever la amenaza—habrán ganado sin ayudar a la compañía ¡ganancia de pescadores en río revuelto! ¿no es eso lo que propone usted? ¡ni que estuviéramos locos!

—Usted me ha dado su palabra.

—Yo no tengo palabra cuando se trata de los intereses de la compañía ¡no he firmado nada! ¡ni firmaré! Lo siento por usted. O se ponen de acuerdo todos a ver si nos entendemos, o pido a la Habana que se actúe con energía.

Para llegar a conseguir su objeto, buscó un camino más largo. ¿Se comprometía Márquez a firmar si después de ordenar el Comité la vuelta al trabajo, él conseguía directamente de los obreros que se sumaran al pacto?

—¿Va usted a terminar en líder obrero?—se rió el administrador para pensar la contraproposición —¿usted, al lado de los comunistas?

—No, al lado de quien pide algo que se le puede conceder. A mí no me importa si alguno de ellos es comunista teórico ¿qué tiene que ver eso? Una revolución roja, me encontraría frente a ella, pero mientras una teoría no sea agresiva puesta en acción, no me inspira sino respeto. Cada uno es dueño de equivocarse como le parezca.

—¡Haga lo que quiera!—cedió Márquez en apariencias— pero vamos a poner un plazo a esto. Digamos mañana a las seis de la tarde ¿acordado?

—¡Acordado! Si a las seis los obreros no han vuelto al trabajo, he cesado en mi gestión.

CAPITULO VIGESIMO SEGUNDO

El último clavel.

LLOVIO toda la noche una de esas lluvias del trópico, densas, sonoras, perfumantes y espesas que reavivan el color de las cosas, cargan de aromas frescas el aire y hacen intransitables los caminos guajiros. Se había acostado tarde, después de jugar hasta pasada la una al pocker con Mercy y Márquez, buscando distraerse y aligerar de tantas preocupaciones la cabeza cansada. Se ayudó con buenos tragos de whiskey; porque el alcohol a la vez que reavivaba su pensamiento daba a la imaginación vuelos ligeros. Al irse a dormir, gracias al juego, a la caja de habanos y al sifón con el *Jhony Walker*, viejo que en sus bodegas tenía Goldenthal, las preocupaciones del incierto día siguiente se le disiparon. Llegó a sentirse con una embriaguez ligera, ni triste ni alegre, solo vaporosa reanimadora del recuerdo de Paulette que sentía con escozores.

Al tirarse en la cama, oyendo el agua en las persianas y divisando el batey nebuloso envuelto en la turbonada, opacos los faroles eléctricos azulosos y en sombras la gran mole de zinc de la fábrica, casi había por completo borrado de la imaginación el problema en que voluntariamente había querido complicarse. Pensaba, con una suavidad ligeramen-

te triste, desgarrándose un poco, en Paulette. Acaso se encontraba a esa hora en algún rincón perdido del barco, quién sabe viviendo qué nueva aventura. Fué repasando recuerdos y desfilaron personajes. Dalila estaría en la Habana. Pepe Agüero y su mujer también. Con su carga alegre, ligera y divertida, el *Coligny* navegaría rumbo a Jamaica, para seguir sus escalas antillanas. Pensando que sería lo mejor que Paulette con el marido, ahora sin aventura, estuviera durmiendo, descubrió que la quería un poco aun. Al cabo, por haberla puesto en la resbaladiza pendiente se sentía responsable de aquella mujer que para siempre había perdido el reposo.

No, decididamente, Paulette no lo había comprendido. ¡Era tan sincero su amor! Pero pagaba pecados viejos. Para opacar remordimientos se sirvió más whiskey. Volvió a pensar en la huelga y se le amargó la nostalgia. Empezaban los fracasos que en Niza presintió la mañana en que Mariita no lo llamó por teléfono. Por vez primera el amor lo había conmovido y por vez primera una mujer lo había abandonado antes de darle el último gramo de ilusión puesto en ella.

Se quedó dormido a fuerza de alcohol, la boca reseca y amarga y los labios como hinchados. Sueño torpe, brutal, sin pesadillas, con despertar sediento de madrugada. Llevaba años sin beber con aquel exceso y lo comprendió cuando en la mañana, Leandro entró con el desayuno. Le dolían las rodillas, la cintura un poco y la mano derecha.

—¿Qué hora es?—preguntó aun a medias dormido al sirviente curvado para servirle el café.

—¡Las once! bien que ha dormido el caballero.

—Bien nó, pero mucho tal vez. Dile a Mercy que

me mande un poco de sal de fruta. Tengo acidez en el estómago y un poco de reúma.

—Ahora traigo todo al caballero ¿el caballero Gonzalo piensa salir? En ese caso será bueno que pida a la caballeriza un caballo ¡porque hay un fango! ¿Quiere que le pida la yegua inglesa?

—No, pide que ensillen la mula, no estoy ya para maromas—¡cómo le dolió confesarlo!—y nada de galápagos, porque ya no monto a la inglesa. Dile que una silla criolla, cómoda, aunque no sea elegante.

Leandro a través de años y propinas, se había encariñado con Maret. Cuando estaba en el central atendía a su ropa, planchaba sus trajes y sus corbatas y más que mayordomo de la casa, se convertía en valet del habanero vividor.

—El caballero no trajo poláinas, ni traje de montar ¿cómo va a salir ahora?.

—Mira—cada frase era una confesión de derrotas—déjate de eso. Para andar en mula, no hace falta traje de montar. Me basta un traje blanco que debe estar en el baúl ¿te acordaste de mandarlo a almidonar?. Esto es cosa de viejos *Andro*—lo llamaba así por comodón que era—¡si supieras que voy a hacer testamento uno de estos días.

Pero ¡qué cosas tenía el caballero Gonzalo! El mismo siempre. Los años pasaban, la vida corría y seguía igual a sí mismo. El traje blanco de que estaba hablando llevaba cuatro años encerrado en el baúl en el sótano de la casa. El mayordomo tuvo ganas de preguntarle por la señora Consuelo, la esposa del doctor Ampudia, que había pasado unos días en la casa. ¡Las combinaciones que tenía que hacer él para que nadie descubriera la verdad! Porque ella dormía todas las noches en la habita-

ción de Maret y hubo mañana en que tomaron el desayuno juntos.

—Oye Andro, ¡bien hace años que no venía por acá! Si tú supieras cuantas cosas han pasado.... Bueno, me voy a vestir, tráeme un poco de *Bacardí.*

—Pero, ¿a beber por la mañana? ¡qué cosas se trae de Europa el caballero! Cuando lo conocí hace veinte años ¡cómo pasa el tiempo! en casa de Amenábar, no tomaba nada antes del almuerzo.

Volvió con la botella y agua fría y siguió hablando, charlatán como era.

—El año pasado estuvo aquí la señora Conchita a pasar la luna de miel con el diablo de Gerardo el primo ¡si todo el tiempo se lo pasaba con Andrés el cocinero y conmigo! ¡imagínese el caballero, nosotros que los enseñamos a montar a caballo hace trece años! Linda que está la prima de la señora Mercy.

Maret se iba vistiendo lentamente, con parsimonia, molesto por los dolores reumáticos. Andro íbale extrayendo recuerdos viejos como quien mete la mano y la crispa en un saco de sorpresas. ¡Si a Conchita la había visto nacer y a Gerardo también! El mayordomo seguía hablando, al tiempo que le extendía la ropa.

—Pero ¿tú no vas a la huelga?—preguntó mientras se ponía la corbata.

—¡Qué cosas tiene el caballero! igual que siempre, haciéndole preguntas a uno. ¿Qué sé yo de huelgas? ¿Cree el caballero que con estas canas?...

—Las que te quedan porque estás calvo.

—¡Las que quedan, qué diablos! Voy a meterme en revoluciones ¡bah! ¡bah! ¡allá la gente joven!

Terminó de vestirse. Le molestaba un poco aquel dril almidonado y recto que adquiría arrugas a cada movimiento. Con los cascos golpeando la arena

del jardín, la mula enjaezada al modo criollo con la ancha montura, lo aguardaba atada a la escalera de la terraza.

Tomó la cabalgadura sintiendo ansiedades misteriosas y oscuras como presentimientos y envió a Mercy un recado para que lo excusara de no irla a saludar. Cruzó los arenosos caminos del jardín y vió los cisnes y los flamencos bogar inútiles en la inútil laguna. El guardajurado, a la entrada de la casa—uniforme azul desteñido, en la mano el rifle y en los ojos cansancio—viéndolo avanzar abrió la rechinante verja de hierro oscuro coronada de un relumbrante dorado. El guarda jamás lo había visto, porque era un trinitario recientemente incorporado por Panchito, pero conocía la mula. ¡Qué ondulante paradoja perdía el doctor al no saberlo!

Al entrar en el caserón un poco frío, le hirió el oido la música rechinante de un fonógrafo, único instrumento musical que en la casa existía desde que se descompuso la radio. Desde el salón del segundo piso, la voz de un viejo cuplet picante decía refranes de *La gatita Blanca* cantada por María Conesa. Los años le soplaron calientes en la cara. ¡Boca aquella de María! En medio de sus preocupaciones, sonrió recordando la leyenda del brillante incrustado en el diente. Insubstancial, alegre y ligera como sus seguidillas. Lo volvió a la realidad Regino Núñez.

—¿Llegaron ya los volantes que enviamos a imprimir a Palmares?

—Todo está listo y estamos preparando el engrudo para pegar los carteles cuando usted lo ordene ¿hay noticias de la oficina?

No había nada de nuevo, pero tampoco era necesario. La declaración del Comité ordenando a los huelguistas volver a las tareas sería primero dada

a conocer en grandes carteles y por el batey y los campos serían repartidas hojas impresas. A las seis debían entrar los obreros y los jefes a su trabajo. A las cuatro los obreros debían reunirse frente a la casa de locomotoras, en la explanadita despejada, para que el árbitro directamente les informara. Golpe maestro pensaba Moret y doble. Hablándole a los obreros y a los campesinos que tuvieran tiempo de llegar, destruía simultáneamente la labor de zapa de Otero y sus secuaces pagados por la compañía y obligaba a ésta a mostrar las cartas. Antes de las seis de la tarde el conflicto debía quedar resuelto.

Volaron las horas en preparativos. La noticia de que la compañía accedía a la casi totalidad de las demandas, puso el batey en movimiento y la casa de los empleados y a la modestísima vivienda de Molina, que por ser casado habitaba una casita menuda de madera, fueron todos los demás a pedir noticias y recibir instrucciones. Surgieron las primeras dificultades cuando se advirtió que la molienda no podía reanudarse a las seis como Maret quería, si antes no levantaban presión las calderas y la gente de los hornos no aparentaba ceder, instigadas por el *catalán* y por Otero que se multiplicaba en actividad no usual en él para el trabajo. Era necesario, además, poner en movimiento los trenes. La caña cargada apenas daría para unas ocho horas de molienda y estaban intransitables las guardarrayas con el aguacero de la noche anterior.

Impotente, el doctor se desesperaba junto a Viñas nervioso a grandes pasos recorriendo los portales. Nadie había ido a almorzar y cada uno aumentaba con tazas reiteradas de café, la nerviosidad de aquellos momentos un poco angustiosos. Maret, en un último esfuerzo, quiso tender a Otero

un puente y pidió al teniente Taboada que hablara con él. Volvió irritado el militar de la entrevista.

—Doctor, dejémosno de contemplaciones ¡si esto se acaba en veinte minutos! Cuando yo era muchacho y acababa de entrar en la rural, una vez en el *Costa Rica,* aquí al ladito, los gallegos y los jamaiquinos armaron una huelga porque no se les pagaban los jornales y hasta trataron de meterle fuego a la casa de vivienda ¿y sabe lo que hicimos? Como no éramos más que dos parejas en el puesto y no podíamos prender a tanta gente, los fuimos amarrando a las carretas y así los tuvimos hasta que por la mañana llegaron refuerzos de Palmares, que era en aquel tiempo un pueblucho y entonces ¡a repartir plan! Si estas cosas se arreglan con leña.

Derrotado, Maret seguía siendo optimista. Todavía tuvo ánimos para desenvolver la serpentina de una frase.

—Esté tranquilo teniente. A Napoleón, una lluvia le costó perder su última batalla y con ella el Trono ¡déjeme a mí dar la mía! Eso sí, téngame a la gente en el cuartel ¡que no se vea un rural!

Taboada chocando los talones hizo sonar las espuelas, dió rápido, media vuelta a la derecha y saltó sobre el caballo ¡ya vería el doctor habanero en lo que se había metido!

Desde el balcón se divisaba el movimiento del batey renaciendo a la vida a medida que se iban en paredes y postes pegando los grandes cartelones con la orden del Comité. Unos, al leerlos, seguían su camino como si ya supieran del caso y otros regresaban a los barracones o a sus casas de madera pintadas con cal que se extendían en doble fila a lo largo de la vía férrea que iba a *La Panchita.* Se hacía difícil andar entre el barro pegándose a los talones y haciendo pesado en libras cada paso. En

sus caballos criollos con las alforjas cargadas de volantes impresos, los primeros comisionados salieron al campo a repartir en las colonias la orden del Comité que fué confirmada a los colonos por Becali, charlatán, con nerviosidad de reportero.

Maret acudió a la oficina para tener con Márquez una entrevista. Todo estaba listo y a las cinco, la gran sirena bronca llamaría al trabajo.

—Hay vapor ¡no se ocupe! La caldera de la planta eléctrica sigue trabajando ¡a las cinco hago sonar la sirena!

—¡Con tal de que no sea la llamada al desastre!

—Sonará, sea lo que sea y pase lo que pase!—ya estaba cansado él también y se le iba aflojando la resistencia, porque no estaba habituado a luchar y las contrariedades empezaban a irritarlo siendo nuevas para él—. ¡Ya verá Otero si hablo verdades!

Estaba cansado, sudoroso, con el traje blanco arrugado. Al llegar a la casa de los empleados, se desplomó en una mecedora con fatigas, bebiéndose de un solo trago un vaso de agua que en el porrón se refrescaba. Todo estaba hecho y solo quedaba aguardar los acontecimientos. Faltaban dos horas. Lo fué adormilando la brisa húmeda que batía el portal.

Enfangado, sucio de barro, un empleado del telégrafos llegó a buscarlo con un mensaje. Firmó el recibo Molina y vaciló, por miedo a despertarlo. Lo increpó Santos.

—¿Y si es algo de este asunto? ¡anda a dárselo!

Medio dormido aun, rasgó el sobre con mano temblorosa de viejo y una sonrisa se fué abriendo escéptica y alargada mientras leía el mensaje fechado en Jamaica y firmado por Paulette. Ni se tomó el trabajo de romper el papel del que hizo una bola

con la mano crispada. Lo arrojó por el balcón al jardín y como observara la interrogación muda de Molina, le explicó.

—Nada... tonterías ¡estas mujeres! Molinita, ¿por qué diablos serán tan hipócritas las mujeres? ¡hipócritas!—guardó un largo silencio y perdió a lo lejos la vista al tiempo que dejaba caer, inerme, cansada, y fina, la mano. Después suspiró—¡pero es tan grato creerlas!

Todo era tranquilo en torno. Allá lejos, se doblaban ligeras ondulando al viento, las palmas. En la enredadera del portal piaban sin música las ligeras bijiritas con las plumas brillantes de lluvia traída de lo alto. Hasta el color de los totís cambiaba con la humedad y se volvía azuloso el plumaje. Calma de fatigas tenía el batey enfangado. Humeaba con humo gris la chimenea de la panadería y era tan escaso el viento que las volutas subían rectas. Calma absoluta ¿quién podía pensar que más allá había vidas agitadas, trémolas de afanes, vértigos absorbentes? Y placer también y vicio y pecado. Y el *Coligny* con sus chimeneas en rojo y blanco, pequeño mundo en marcha, estaría sobre el azul y cada minuto, Paulette más lejos, más perdida y también más ausente.

—Molina, por favor, pida que me recojan el papel que boté...!

Lo volvió a leer y entornó los ojos, como si quisiera creerlo. Lo volvió a la realidad una nerviosa agitación de cuantos estaban en la casa, asomándose al balcón y llamándolo.

—¿Qué? ¿qué pasa?—se puso en pie metiendo en el bolsillo el papelucho arrugado.

En torno a la panadería se agitaba una multitud nerviosa, móvil, confusa, engrosada a cada minuto por hombres que corrían de todas partes. A dos-

cientos metros, el aire traía sus gritos llenos de furia e ira. Un hombre, sobre la baranda de madera, apoyándose con un brazo en una columna, hablaba haciendo con la mano libre, gestos que describían curvas abiertas en el aire. Por el pantalón de franela y la americana azul, reconoció, flaco, nervioso y charlatán, a Otero. Pronto, los que le rodeaban, gritando aprobaciones sumaron cien. doscientos, tal vez más. En el momento confuso, ligero gallardete de humo blanco ondulando bajo el cielo de añil, la sirena rasgó la tarde con su voz ronca y alargada. Sonaba antes de la hora indicada.

—¿Pero qué pasa? ¿qué es eso?—demandó agarrando a Viñas por el brazo y obligándolo a detenerse.

—¡Qué se yo! ¡vienen para acá o van para la casa de calderas! ¡miren!

En patrullas, los hombres avanzaban saltando las vías férreas, corrían veloces cayéndose algunos en las zanjas. Otros resbalaban en la yerba húmeda o se hundían en los fangales. Un vocerío lejano venía de la multitud. De pronto, en la nave más próxima de la casa de máquinas, sobre un asta improvisada, flameó una bandera roja que saludó un grito atronador de ira y alegría. Subido en un carro de caña, medio hombre y medio mono de lejos parecía, doblado y móvil como una veleta, Otero daba gritos y señalaba las puertas de la usina. Los hombres por mirarlo se atropellaban, caían, volvían a levantarse y seguían la carrera absurda. Algunos llevaban machete, mochas los más y unos pocos agitaban revólveres. Parecían deslumbrados, atraidos fatalmente, como mariposas perdidos, por aquella bandera roja que se desplegaba tremolante entre los hierros.

—¡Ya sale la rural!—gritó Tamayo con los ojos dilatados de furia, impotencia y espanto.

La rural avanzaba. Del cuartel iban saliendo rítmicos los hombres, máquinas con alma, disciplinados, el "Sprinfield" corto en la mano, el machete golpeándole la pierna, divididos en tres pelotones iguales. A caballo, el machete al sol y en tenida de campaña, el teniente Taboada. El pelotón que tomó por el camino central llevaba unos pasos delante al sargento Ibarzábal. El tercero, caminando rápido, al trote, con dos ametralladoras ligeras, iba a posesionarse de la casa de calderas para desde allí dominar con sus fuegos el batey y evitar el estúpido asalto. La pareja que estaba de servicio en la oficina, viendo que un grupo se desplazaba del grueso y tomaba el trillo a la sombra de las cañas bravas como corriendo en dirección a ella, echó rodilla en tierra, alzó hasta los ojos la mira de los fusiles e hizo fuego casi al unísono. Rodó un hombre y todos lo vieron saltar, con los brazos abiertos, para caer rendido, boca arriba sobre el trillo enfangado.

Cuando Molina, Santos y Corzo trataron de oponerse, Maret había ya ganado la escalera de un salto increíble a sus años, y montando la mula. Saltando canteros, aplastando flores, resbalando en la vía férrea, como un loco, doblado sobre el lomo de la cabalgadura corría en dirección al grupo que se abalanzaba sobre la nave en que flameaba indiferente la bandera roja, izada por Panchito. Llevaba en la mano izquierda las bridas y la derecha en alto, pidiendo que se detuvieran a los que ya nada veían en el fragor de su exaltación.

Desde el piso de los tachos, los soldados hicieron una descarga y por unos segundos los amotinados se detuvieron vacilantes, cediendo al cabo. Las balas levantaron salpicaduras de barro y se suspendió

el fuego mientras el pelotón de Ibarzábal reforzaba la custodia de la oficina y empezaban a cruzar la vía los soldados de Taboada deseosos de tomar a los huelguistas entre dos fuegos. Maret vió la maniobra y calculó sus horrores. Unos minutos más y muchos cuerpos quedarían tendidos en el fango. Otero seguía arengando el motín y subido en una plancha de maquinarias, agitaba el pañuelo rojo en la mano crispada. Azuzando gritaba el maligno:

—¡Ahora proletarios!; ¡a la casa de máquinas!

Logró meterse con la mula sofocada en medio del grupo central, con los brazos en alto.

—¡No! obreros... os están traicionando... ¡alto!... ¡alto!

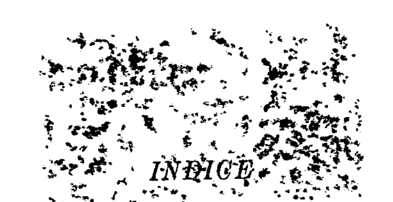
Como el fuego había cesado y las tropas parecían dar un descansó antes de atacar, aunque los ayes de algunos heridos ponía un poco de inquietud en los ánimos, sintiéndose garantidos por el hombre que era amigo de la compañía y al que presumían al abrigo de las balas, se detuvieron con incertidumbre los amotinados. Eran unos obreros, campesinos otros, todos curtidos por el trabajo y la fatiga, cada cual con un burgués anhelo de reposo en el fondo del alma.

—¡Yo vengo a deciros...!—refrenando la mula, estiradas las piernas en los estribos con redonda guarnición de la montura criolla, sofocado e indiferente al peligro que corría, hablaba con calma, como en sus tiempos mejores—¡oidme! ¡Yo vengo a deciros...!

Desde la plancha, apoyando la mano traidora en una maza de trapiche cubierta con una lona, Otero, frío, artero y dueño de sí mismo, apuntó el revólver y la detonación cortó el discurso inédito.

Doblóse un poco sobre sí mismo, cerró los ojos—¡y Paulette sin haberlo comprendido!—se fué inclinando lentamente y, de pronto, en el silencio aterrado de todos, se desplomó de la cabalgadura. De la boca, rojo, serpenteando ligero hasta la tierra por el traje albo, corría un hilillo de sangre—la última paradoja acaso—. Cuando llegaron a socorrerlo, bocabajo en la tierra, con la mano en el pecho, estaba muerto.

Sobre el cansado corazón adolorido, último clavel en la pechera, una roseta roja marcaba la huella nueva de la bala.



INDICE